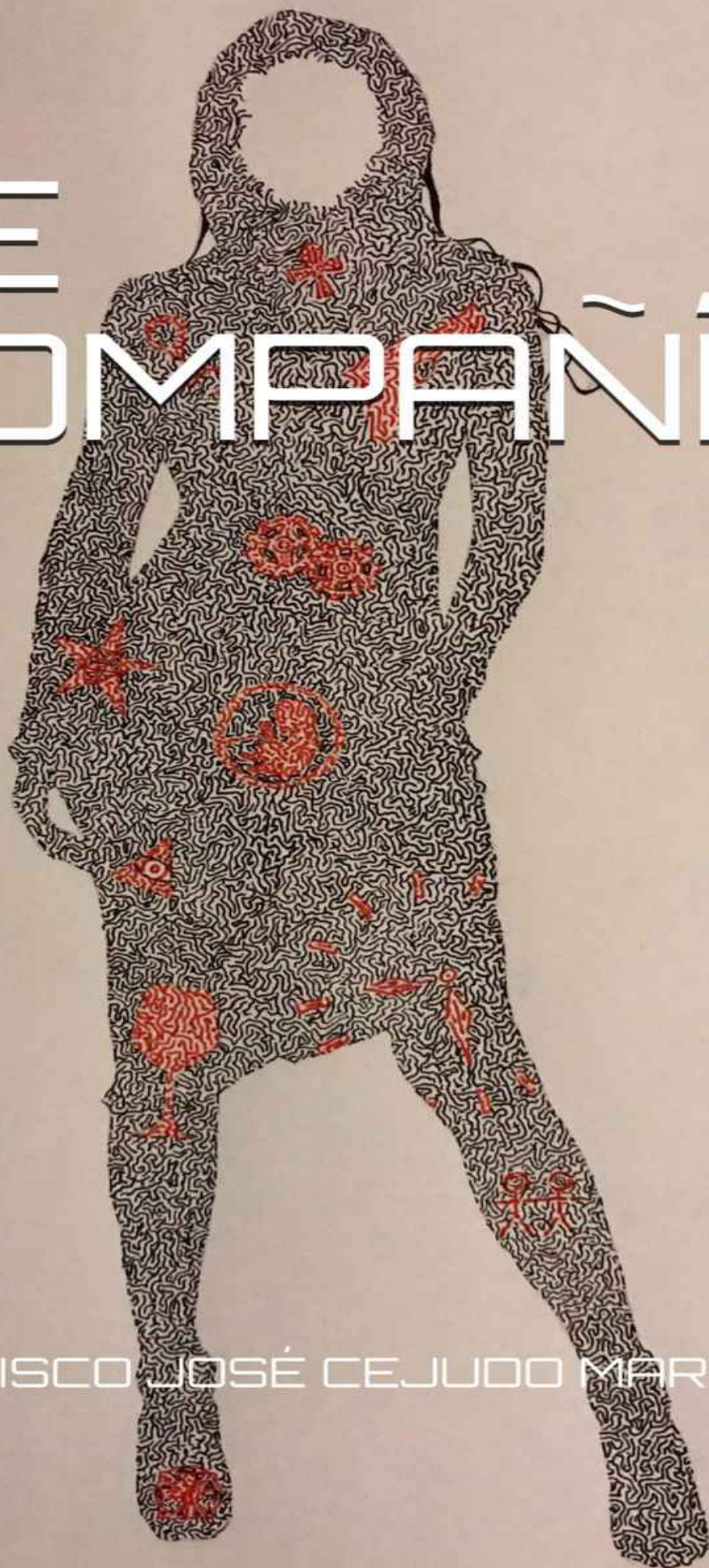


DE COMPAÑÍA



FRANCISCO JOSÉ CEJUDO MARTÍNEZ

DE COMPAÑÍA

Francisco J. Cejudo Martínez

A Abril y Eric

Es imposible tener hijos y no intentar, modestamente, crear algo de lo que puedan llegar a sentirse orgullosos algún día.

1

La tarde era triste como el color de una fotografía antigua. A Marcus le seguía incomodando tener reuniones privadas en aquella sala. Cuando estaba llena de personas y le rodeaban pantallas con cifras (sus adoradas cifras, costes y estadísticas) podía soportarlo, pero cuando estaba solo y sin los proyectores, era inevitable fijar la atención en los cuerpos con secciones abiertas, repartidos por las mesas, mostrando su interior electromecánico. En una de las sillas uno de los androides parecía una joven salvaje y asustada que hubiesen llevado a la civilización. Encogida en el asiento con la cabeza escondida entre las rodillas. Era imposible no imaginarse historias como aquella para cada uno de los cuerpos sintéticos completos que había en la sala.

El hecho de que el director le hubiese convocado en privado y con urgencia, le forzaba a mostrar una postura natural, de modo que se obligó a omitir el entorno y centrarse en el mensaje.

Se acomodó en el mejor sitio que encontró, tenía a su derecha, en una bandeja, un catálogo tridimensional de pezones sorprendentemente reales, ordenados por tamaño, tono y relieve, y a su izquierda los nuevos sistemas de refrigeración para los procesadores.

Finalmente Roma entró en la sala, cerró la puerta, apoyó la espalda contra ella y se quedó de pie mirando al suelo en silencio, buscando las palabras con las que empezar.

Ante sus ojos Marcus tenía a un hombre que parecía llevar décadas cumpliendo cuarenta y cinco años. Alto moreno, muy delgado y peinado con aquella precisa raya diagonal que le cruzaba la cabeza tal y como dictaba la moda entre los ejecutivos.

Roma, (cuyo nombre se debía a la moda que hubo entre las familias acomodadas de poner a sus primogénitos nombres de importantes ciudades históricas), presumía de haberse hecho a sí mismo y a la empresa desde cero, lo que, sin restarle méritos, tampoco era cierto del todo. Su padre tenía una importante fábrica de electrodomésticos y en cuanto Roma acabó los estudios, le hizo responsable único de un nuevo departamento para ponerle a prueba. Nunca se supo si el padre no daba nada por el proyecto o si era su gran apuesta de futuro.

Aquel departamento de la fábrica pretendía cubrir el único hueco al que

no llegaban sus electrodomésticos robotizados: los juguetes sexuales.

En vez de sentirse incómodo o menospreciado, el joven Roma abordó el proyecto como un reto personal. Se rodeó de los mejores expertos en software y hardware miniaturizado de la empresa y contrató a especialistas en diseño e implantación de prótesis médicas.

En menos de medio año tuvo los primeros prototipos operativos: auténticas reproducciones de partes del cuerpo, idénticas en forma, peso y textura. Sencillamente parecían arrancados de uno real. Diseñados para practicar sexo (o para *estudios de anatomía* se atrevió a mentir alguno), convencían a todos los sentidos en acción y en reacción.

Pocos meses después, cuando estaba a punto de agotar el presupuesto límite por incorporar al equipo cirujanos plásticos, una vez superadas las exigentes pruebas del Estado, salieron a la venta.

Después todo fue sorprendentemente rápido: la minuciosidad del diseño anatómicamente perfecto, (detalles como lunares, vello superficial microscópico o la reacción de la piel al contacto), hizo que las ventas se disparasen a pesar del precio prohibitivo para unos dispositivos ideados únicamente para proporcionar placer sexual, fuese del tipo que fuese.

Roma decidió centrarse en esos pilares: un producto de calidad realmente inimitable (y, ya que los materiales, el diseño y las reacciones así lo requerían): al alcance solo de unos privilegiados, o de aquellos que estuviesen dispuestos a sacrificar todos los demás caprichos por uno de estos *juguetes*.

El pequeño departamento pasó a ser el número uno en margen de beneficios, lo que permitió un aumento exponencial del dinero a invertir en desarrollo y diseño de conjuntos más complejos y completos.

Prácticamente funcionaba ya como una empresa aparte cuando sacó oficialmente el primer androide de compañía. Comparado con los actuales modelos, aquel primero casi parecía tosco en algún detalle, pero cuando salió a la venta parecía sencillamente tan real y ofrecía tal abanico de configuraciones a elegir en la compra, que los críticos en su día dijeron que era como “*comprar un hombre o una mujer para practicar sexo*”.

No se trataba solo de un *muñeco perfecto*, el software que le permitía entender las conversaciones, hablar, y simular tener iniciativa, hicieron que fuese la revolución total: Grupos religiosos manifestándose en contra, bancos creando créditos especiales para que pudiesen estar al alcance de cualquier bolsillo, leyes creadas para prohibir la réplica de personas reales, por

supuesto la ley de prohibición de crear réplicas de niños, la salida a bolsa de la empresa. ¡Hasta el gremio de prostitutas legales salió a las calles a protestar!

Una auténtica hemorragia de Eurodólares. Y finalmente la separación definitiva de Real Life Droids como sociedad a parte, (*La Empresa* como la calificaron).

Su padre vivió lo suficiente para ver como aquel imperio se posicionaba entre las cuatro compañías más poderosas del país, dirigida con mano firme por su creador: el hombre con nombre de ciudad de emperadores. La mente prodigiosa que en ese momento seguía buscando palabras derramadas por el suelo, para dirigirse a su empleado y confidente.

—No me tengas así, Roma, por favor. Empieza por donde sea, arranca con cualquier cosa joder, pero no me tengas en ascuas.

—Disculpa Marcus —sonrió sin humor mientras se pasaba nerviosamente la mano por el pelo, desde la frente hasta la nuca— son... son muchas cosas. Importantes acontecimientos... hay que pensar en las posibles consecuencias y el escenario...

—¡Arranca ya! —en otra situación no se habría atrevido a dirigirse así a su superior, por mucha confianza que tuviese, pero se estaba poniendo nervioso.

Roma lo miró atónito, como si acabara de aparecer delante de él. Y de inmediato reaccionó afirmando con la cabeza, en silencio, aceptando el problema que tenía que afrontar. Tomó aire...

—Ha muerto una persona que poseía uno de nuestros androides de compañía —dijo secamente, mirándole directamente a los ojos y haciendo una larga pausa, para continuar distraídamente, hablándose más a sí mismo que a Marcus—. La empresa corre peligro, esto puede mandar a pique todos nuestros proyectos, ... dejar la gente sin trabajo... y ya sabes que son... que sois, como mis hijos, o bueno: mis amigos.

Marcus estaba descolocado. Aquella actitud era totalmente inapropiada en Roma, alguien frío, calculador e inalterable. Casi le parecía una actuación. El asunto era grave, pero ya lo sabía, había pasado hace meses.

—Roma, me habías preocupado —dijo sin darse cuenta de que hablaba como si tratase con un crío— ese tema ya está resuelto. Quiero decir... No me malinterpretes, soy humano, quiero decir que fue una tragedia, como toda muerte, pero quedó demostrado que fue un suicidio, aquel hombre se quitó la vida. Los de siempre quisieron aprovechar la desgracia para señalar a nuestro

androide y quisieron hacer un juicio paralelo antes de que se supiese toda la verdad. Nos hizo algo de daño en bolsa y en ventas pero tras el juicio, quedó todo claro y las aguas volvieron a su cauce. Volvió la confianza, se estabilizaron las ventas...

—¡Otro!... ¡Estúpido!... Otro —Roma lo miraba con furia y aunque bajó el tono al darse cuenta que había gritado, seguía asustando a Marcus. Éste, que se había puesto en pie durante su monólogo, volvió a sentarse despacio.

—... Q.. ¿Qué?... ¿Qué quieres decir?

—Lo que imaginas. Otro hombre ha muerto en circunstancias sospechosas y estaba solo. Solo y con uno de nuestros androides de compañía en la casa.

Superada la breve crisis de Roma, se dio el cambio de papeles hacia lo habitual: un subordinado desorientado y Roma con su actitud de director de orquesta.

—He hecho unas llamadas y...

—¿Cómo has sabido esto? No... no he escuchado nada en las noticias y tengo programados los titulares automáticos —dijo señalándose la pantalla flexible inteligente (PFI) fijada en su antebrazo.

Roma se desvió para contestarle.

—Después del otro episodio me aseguré de tener *amigos* que me pudiesen avisar de cualquier caso antes que a nadie, para poder prepararnos ante nuestros enemigos... solo por si acaso... Como te decía: He hecho unas llamadas, el caso saldrá a la luz en breve, eso evidentemente no podemos evitarlo. Estoy tan convencido como la primera vez de que somos inocentes, así que he conseguido que un investigador privado trabaje para nosotros. Creo que es el mejor en este tipo de casos. También he hablado con el alcalde y tenemos acceso a toda la información del caso anterior y del presente, mientras no intervengamos, y siempre después de la policía. Eso sí... si el asunto empezase a apuntar hacia nosotros los privilegios quedarán cancelados de inmediato; pero bueno... eso... eso no pasará, ya lo sabemos.

Marcus, contagiado por la frialdad recuperada de su superior y centrado tras la explicación, cumplió con la función para la que sabía que le había convocado: lanzar preguntas sobre lo hecho en busca de posibles fallos.

—No tenemos en nómina ningún investigador privado y ya no digamos uno especializado, ¿cómo has conseguido uno con tan poco tiempo y que sea bueno?

—Solo he llamado al único que me vino a la memoria, y dispuesto a

hacerle cualquier oferta porque tenía el tiempo en mi contra. No sé si he tenido suerte o es que he conseguido ser lo suficientemente persuasivo, pero aceptó trabajar para nosotros y está de camino al lugar de los hechos.

—¿Y le dejarán acercarse? Has llamado al alcalde, pero eso solo ...

—Bueno, el alcalde habrá llamado a otros del departamento de policía, ya sabes una... cadena de favores. Lo que me recuerda que has de sacar de stock cinco unidades del último modelo en mujer, las especificaciones ya nos las enviarán —añadió distraídamente.

Marcus era consciente del dinero que eso suponía, pero dado lo que había conseguido, lo consideraba una nimiedad.

—Sin problema, claro —dijo mientras lo registraba en su PFI.

—Lo dicho: al llegar le darán la información del otro caso, no hay relación alguna con el de ahora, pero prefiero prepararme esta vez para lo que sea y que Leo esté al tanto de cómo nos suelen intentar atacar.

—¿Leo? ¿Solo Leo?... —buscó en su memoria pero no encontró un apellido con el que acompañarlo, y por la familiaridad con que lo había dicho Roma entendía que debería reconocerlo— un momento... ¿no es el tipo que defendió al androide del caso de robo?

—Más que defender al androide (lo que habría sido un teatro ridículo) acusó al culpable real. Leo fue el investigador que consiguió las pruebas decisivas.

—Los medios lo apodaron el *defensor de los androides* —dijo Marcus, entrecomillando con los dedos el título—. Coincido contigo en que puede ser muy acertado haberle elegido y que hemos tenido mucha suerte de encontrarle disponible e interesado.

—Creo que le he convencido gracias a los honorarios prometidos, las facilidades y a incluir en el lote, de regalo, un androide de compañía, con la excusa de que sepa de primera mano como son y actúan nuestras obras —Roma nunca habría dicho *productos*. Sonrió visiblemente orgulloso de lo infalible que había sido la oferta y considerando que un investigador privado, solo habría podido adquirir una de sus máquinas perfectas hipotecando sus propios órganos internos.

Roma no tenía ni idea de cuántas eran las cosas en las que se equivocaba respecto a lo que había pasado realmente, y jamás lo sabría.

Los medios de comunicación, tan amigos de generar títulos atractivos en pro de las ventas, apodaron *defensor de los androides* a un detective al que el azar (y solo en una ocasión) había llevado hasta un caso relacionado con un androide, o para ser más precisos, un caso con un hombre que tenía uno. Eso ya formaba parte del pasado.

Ahora Leo se encontraba en un momento de su vida en el que poco le importaba el dinero. Y poco o nada le importaba su propia vida. Y a este tipo que siempre había odiado a los suicidas por cobardes, justo en el momento de decidir si lo sería también o no (si fuera posible elegir), una llamada *le salvó*. En esa llamada un hombre nervioso le daba explicaciones rápidas, una oferta, una dirección y un *regalo* especial. Cuando colgaron aún estaba procesando la primera parte de la conversación en la que se oía a si mismo decir que aceptaba el caso.

2

En un día normal Leo, mirando por la ventana, habría elegido con qué ropa salir a la calle, según el tiempo que hiciese.

También llevaría su PFI pegada al antebrazo izquierdo desde el momento de levantarse y habría estado recibiendo su dosis diaria de noticias del mundo, mientras repasaba mentalmente los lugares a visitar en la jornada y en qué orden hacerlo. En un día normal no habría tenido la batería de su arma cargada. Y ésta no descansaría sobre una mesa, mientras la contemplaba derramado en el sofá.

El modelo de la pistola era el que usaba la policía en el periodo que trabajó allí. Estaba seguro que ahora utilizaban otra versión, más moderna, pero dado lo poco aficionado que era a las armas y el poco o nulo uso que hizo de ellas, había sido el único modelo y tipo de arma al que se había acostumbrado.

Leo era un hombre moreno con el pelo corto, muy rapado por los lados, al estilo militar; de estatura media, piernas delgadas y torso y brazos musculosos. Mandíbula angulosa y pómulos marcados que le dibujaban un rostro duro y atractivo a pesar de la dejadez y la falta de afeitado. Iba vestido solo con un pantalón largo de deporte y lucía un gran hematoma en el costado que se acariciaba involuntariamente de vez en cuando con un gruñido.

Paseó la mirada por el amplio salón mientras se incorporaba acomodándose en el sofá. En las constantes visitas de su hermano, éste le había ido quitando disimuladamente las antiguas fotografías de su hijo y su pareja, madre del pequeño.

Antes llenaban las estanterías, rompiendo con el habitual minimalismo que dictaba tener solo un marco digital que fuera pasando las imágenes una tras otra o un proyector oculto que las dibujara en una pared lisa. Pero el intento, bien intencionado aunque torpe, de su hermano solo había dejado huecos que a él le recordaban lo mismo que las propias instantáneas desaparecidas.

Había elegido una de las pocas fotografías impresas que le quedaban de su hijo y era la que estaba sobre la mesa, junto al arma cargada.

El conjunto era un cliché tan usado por el cine y la literatura, que casi le habría hecho sospechar si se lo hubiese encontrado él mismo en el escenario de un crimen, tan perfectamente típico y estudiado que solo podía ser un

montaje.

Había vuelto a pasar: Concluido un caso que, aun siendo sencillo, le había mantenido entretenido unos días, volvía a tener tiempo para estar en casa y pensar (o *regodearse en su pena*, como decía su hermano Paul).

Paul era dueño y esclavo de un moderno y modesto bar que ni reunía lo peor de la ciudad ni salía en la lista de locales más exquisitos.

Por ayudante tenía a un androide sencillo que de cintura para arriba era una lejana imitación de una voluptuosa chica, y de cintura para abajo era una estructura metálica anclada a unos raíles del suelo, que le permitían moverse tras la barra. Un modelo básico que no daba conversación fluida porque no reconocía todos los registros de voz, ni las ironías, ni todas las enfatizaciones; pero que servía copas, tomaba nota, cobraba y limpiaba mejor que el propio Paul.

El local contaba con unas pocas mesas y al fondo tenía un pequeño escenario, en el que dejaba actuar a artistas noveles de forma gratuita. A cambio de estas modestas promociones solía tener el local lleno y se renovaba la parroquia según la actuación de cada noche.

Todo ello le restaba tiempo para poder vigilar más de cerca a su hermano menor.

Le visitaba frecuentemente, siempre sin avisar y cuando no podía hacerlo (como el día anterior) al menos se conectaban con las consolas y con un hardware ilegal de simulación de lucha, con el que combatían con un juego, hasta que uno de los dos se hacía daño de verdad.

La versión comercial del juego era un clásico con traje de realidad virtual, en el que cada contrincante (niños incluidos) podía pelear desde su casa marcando los impactos con luces y sonidos. La cara versión que consiguió Paul, era la que, según la leyenda, desarrolló el ejército ruso para extender los entrenamientos reales al terreno lúdico y al hogar de los soldados. Esta versión era mucho más grande y aparatosa ya que conseguía que los golpes que lanzaba un oponente le *llegaran* al otro como impactos reales. De ahí el recuerdo del costado de Leo.

Con esta excusa se mantenían en forma y sobre todo en contacto.

Pero Paul no sabía que Leo acababa de terminar un caso y tampoco cayó en la cuenta de que ese día habría sido el octavo cumpleaños del pequeño Mike (el nombre que a Leo no le acababa de convencer cuando se lo propuso su antigua pareja pero que ahora asociaba al hijo perfecto... Al desaparecido hijo perfecto).

Primero se quedó sin Mike y luego sin ella... la maldita *chica-gato*.

Leo llevaba medio año entrando y saliendo de esas *crisis*, y estaba decidido a que no se repitieran ni una vez más. Medio año decidiendo periódicamente si seguía recordándolo y viviendo, o si se reunía con él. Medio año con el discurso típico y constante de su hermano y de especialistas: *él no querría verte así... Más no pudiste esforzarte por él, esté donde esté lo sabe... Eres muy bueno en tu trabajo, encuentras gente y salvas vidas...* Etcétera, etcétera, etcétera.

Como todos, su cerebro tenía una parte racional lógica, y una parte emocional subjetiva, y si uno no conseguía alinearlas positivamente, se podía acabar frente a una fotografía y una pistola.

—Ya está —dijo en voz alta, alargando la mano.

Fue en ese momento cuando sonó la llamada. Se miró el antebrazo instintivamente, confuso por la ausencia de su PFI abrazándole el músculo.

El momento de la llamada había sido tan proverbialmente preciso, y le encontró tan desorientado, que no pudo evitar levantarse para mirar quién era.

En lo que para él hacía un siglo había sido un despacho, tenía su taller de electrónico aficionado, ordenado a pesar del abandono. Sobre la mesa su PFI seguía sonando insistentemente. Irónicamente le vino a la cabeza que sobre esa misma mesa hizo el amor por primera y última vez con su vecina... si a eso podía llamársele “hacer el amor”.

Recordó como una rápida secuencia de fotogramas la tarde que ella entró para despedirse, concluida la mudanza; cómo se miraron, cómo ella se entregó, prácticamente arrancándose la camiseta mientras se besaban torpe y apasionadamente, sin pronunciar una palabra. Recordó su cuerpo delgado pero atractivo, el calor de sus arañazos y el tacto de su trasero atlético al acariciarlo. Cuando acabaron Leo, sin saber muy bien qué decir, dejó escapar un estúpido “gracias” al que ella contestó riéndose mientras se marchaba: “¿Gracias?... Llevas deseando esto meses, sin atreverte a pedirlo. Es triste que sea mi mudanza, la última oportunidad, lo que lo ha propiciado... una verdadera lástima...”.

En una tabla de éxitos y fracasos sexuales Leo no sabría en qué columna marcarlo.

Apartó de su cabeza sus inoportunos recuerdos, se ajustó el aparato en el

brazo y aceptó la llamada sin modo video y con audio libre.

Resultó ser un hombre llamado Roma. Hablaba rápido y atropelladamente, como si estuviese en mitad de un incendio. Mala combinación para el estado de concentración de Leo.

Mientras le escuchaba volvió al sofá y vio la pistola y la fotografía como si fuesen objetos extraños, de otra casa. Se perdió un par de frases mientras recogía los dos objetos y negó con la cabeza, chasqueando la lengua apesadumbrado, imitando involuntariamente el gesto que habría hecho su hermano, de haberle visto.

... Honorarios... Libre acceso a la información... Cuando consiguió centrarse en la conversación, Roma estaba relatándole los detalles de un asesinato y de un suicidio anterior no relacionados, pero con algo en común. El *algo* por el que hacía tiempo que no le llamaban: casos relacionados con esos androides tan increíblemente reales.

Dejó de lado lo de los androides y se quedó con el hecho de poder dar caza a un asesino y tener la mente ocupada.

—Ha estado callado todo el tiempo, señor...

—Leo, estoy acostumbrado a que me llamen sencillamente así.

—... Bueno, pues no sé si está interesado y disponible o si le estoy cargando de información sin darle oportunidad a contestar.

—Estoy libre.

—Perfecto... Leo —Roma soltó aire con alivio, como si le hubiesen dado por fin permiso para respirar.

Roma continuó dándole los datos del lugar del crimen donde, por lo que le indicó, ya tenía permitido el acceso. A Leo le sorprendió que pudiese ir para allá de inmediato, estando aún la policía en el escenario. Había grandes intereses en juego y buenos contactos, eso no se lo tenía que adelantar nadie.

Iba a anotar en la pantalla la dirección cuando vio cómo le llegaba directamente de parte de Roma y retiró el dedo sonriendo.

—Leo... permítame que insista en la delicadeza de la situación y las consecuencias de cualquier posible fuga de información. Estoy informado sobre sus conocimientos de robótica... Sé que trabaja solo y por supuesto estoy al tanto de su éxito en el caso del androide —hizo una larga pausa para que el detective pudiese digerir cuánto sabía de su vida personal. En el pasado Leo se vio obligado a aprender cuanto pudo de robótica, sin ser su especialidad, al no ser estudios oficiales no figuraban en ningún sitio, pero estaba claro que Roma estaba al tanto de ello.

Leo se mantuvo frío y no se ofendió, de hecho Roma estaba alabando lo que consideraba virtudes que lo hacían idóneo para ser su único hombre de confianza. En cuanto a la investigación, solo necesitaba un cambio de mentalidad después de años con casos sencillos, rápidos y modestos. Ahora estaban hablando de asesinato, empresa multimillonaria, víctima adinerada... la primera división.

Mientras Leo reflexionaba sobre ello con resultado positivo, Roma añadió algo sobre formarse directamente en su empresa, más detalles sobre sus productos, y también algo sobre que le entregarían uno de los androides para que pudiera conocerlo y como parte de sus honorarios. Aquí Roma volvió a hacer una de sus teatrales pausas, dando tiempo a Leo para valorar la importancia de dicho regalo. Pero tal vez no encontró la expresión de sorpresa o gratitud que se esperaba.

—Cuenta conmigo —contestó finalmente Leo—. Le mantendré informado en todo momento y acudiré a sus instalaciones después de visitar el escenario, para hablar en persona —como era habitual, la conversación estaba siendo grabada y a todos los efectos contaba desde ese momento como un contrato legal y cerrado una vez lo firmaron digitalmente vía PFI.

—Es un placer contar con sus servicios pero por favor no me trate de usted y llámame solamente Roma —el apellido no era de uso habitual, había tal diversidad de nombres, apodos, abreviaturas y nicks, que el uso del apellido como elemento diferenciador carecía de sentido. Además, como recordaba Leo que decía su padre: *las personas ya no tienen nombres, sino números de PFI*.

Colgaron y Leo fue al dormitorio para cambiarse. Entre todos los puntos del caso a repasar mentalmente, se le coló un pensamiento fugaz sobre el regalo del producto de la empresa, que le dejó paralizado con un calcetín a medio poner: *son Real Life Droids, hacen... Androides de compañía*.

—Paul no se lo va a creer.

3

Mientras esperaba en la entrada de la lujosa mansión, volvió a pasarse la mano por el costado aunque ya le dolía mucho menos. *Paul me dio bien... pero él acabó peor.* Una fugaz sonrisa cruzó su rostro, como si le hubiese recordado una anécdota de la infancia.

Finalmente abrió la puerta un agente, solo por la edad y expresión, Leo pudo adivinar que era novato y que lo tenían esa noche de *chico para todo*, atender a la puerta inclusive.

—Lo siento señor, no se puede entrar, estamos...

—Disculpe —atajó Leo— tal vez estén avisados de que venía, soy Leo, el detective privado que...

—¡Ya ha llegado el detective y quiere pasar! —gritó el agente al interior de la casa, cortándole y sin dejar de mirarle.

Un breve silencio seguido de unos gruñidos lejanos llegaron hasta la entrada. No había puesto un pie en la mansión y ya era palpable que no era bienvenido.

—Que pase —dijo finalmente una voz grave y cansada. No se molestó en elevar el volumen, como si le diese igual que le escucharan o no.

Leo sonrió con amabilidad al agente y pasó al interior. Esperó a que el policía cerrase la puerta y le guiase.

Caminaron en silencio, lo que ayudó a Leo a concentrarse en cada detalle a lo largo del camino. La mansión era menos ostentosa en su interior que en su exterior, con una delicada decoración minimalista (sin duda asesorada) ideada para destacar aún más las caras piezas que aparecían aquí y allá en un aparente desorden elegante: cuadros, jarrones, equipos de audio clásicos, etcétera.

Habían conseguido un interesante equilibrio entre el calor de una residencia clásica y la eficiencia de la más alta y sofisticada tecnología.

Al final del pasillo que precedía al salón donde se hallaba el cuerpo, se quedó admirado al ver que había colgado un Emergencybot. Al pasar al lado el novato lo señaló y soltó un silbido sin dejar de andar, indicándole que también sabía que allí colgado estaba el equivalente económico a la mitad de su casa.

Emergencybot era la revolución médica doméstica, al alcance solo de millonarios. Colgado de la pared parecía una gran caja rectangular, pero al

desplegarse de forma autónoma era un exoesqueleto completo, una estructura metálica como una compleja marioneta, que literalmente se pegaba al cuerpo del paciente y estaba equipado para actuar mientras llamaba a emergencias. Equipado con todo tipo de sensores para diagnosticar al accidentado, podía desde despejar las vías respiratorias en caso de asfixia, hasta realizar descargas con sus desfibriladores. Pegado al cuerpo era capaz de girar al paciente y dejarlo en posición segura o incluso incorporarlo.

Con todo, lo más importante era su capacidad de análisis y la monitorización constante de su paciente. Podía estar en cualquier sitio de la casa y actuar automáticamente en caso de emergencia. *Regalo estrella para abuelas ricas*, recordó.

Leo entró en el salón, dejando atrás la valiosa máquina que aparentemente no había actuado ni para llamar a emergencias. *Gran inversión*. Se detuvo nada más atravesar la entrada y antes de presentarse, para intentar empezar con buen pie, preguntó:

— ¿Se han lanzado ya los diamantes?

—Hace horas, en cuanto llegamos —dijo el novato antes de que pudiese abrir nadie la boca. Su superior le lanzó una mirada que le invitaba al suicidio y el agente calló, probablemente para el resto de la jornada.

La pregunta de Leo había sido un mero formalismo. Un acto de cortesía. Sabía perfectamente que en cuanto se acudía al escenario de un crimen, antes de nada, se hacían dos cosas: En primer lugar el *volcado de la memoria de la casa*, en unos segundos se registraban las últimas actuaciones de todos los aparatos de la vivienda, gracias a la automatización de los electrodomésticos y la estandarización de la domótica, así luego los investigadores, en la comodidad del laboratorio, podían saber desde cuándo se apagó una cafetera, hasta cuando se subieron las persianas; todo lo que el inquilino tuviese ligado a la red del hogar.

La otra acción que se hacía nada más llegar era *lanzar los diamantes*. Se trataba de cuatro pequeños drones que, en cada habitación, se posicionaban y hacían miles de fotografías y termografías simultáneamente y al instante. Lo que dejaba también para el laboratorio una recreación tridimensional perfecta de toda la casa, en imágenes y en temperaturas. Los drones parecían pequeños helicópteros sin cola y estaban cubiertos de espejos poligonales que les hacían parecer bastos diamantes gigantes, lo que acabó haciendo popular la expresión “*lanzar los diamantes*”.

Leo aun sabiendo todo eso, hizo la pregunta con humildad, para ver si se

arrancaba la etiqueta de *enchufado*, que el detective de la policía le habría colgado desde que le avisaron que iría.

—Soy Martin, detective responsable de este caso —dijo de forma atropellada, colocándose entre Leo y la víctima que estaban a punto de retirar. No le tendió la mano, pero Leo sí y la mantuvo sin importarte el tiempo, obligándole a estrechársela.

Martin era un hombre alto con los hombros y la espalda del que ha practicado deporte pero la discreta barriga del que ahora prefiere verlos en televisión. El pelo hacía años que se había batido en retirada, lo que atajó afeitándose el que quedaba a los lados de la cabeza.

—Soy Leo, me envían de Real Life Droids, no pretendo molestar ni influir en sus investigaciones, solo quiero ayudar...

—...A la empresa. Velar por *sus* intereses.

—No. Ayudar en la resolución del caso —señaló el cuerpo del sofá— mi cliente está seguro de su inocencia y por ello es el primer interesado en averiguar la verdad, antes de que se les juzgue y condene en los medios; y que muchas personas, también inocentes, pierdan sus puestos de trabajo —quiso tocar el tema popular para intentar alejar la imagen de gran corporación deshumanizada.

—Ya —dijo distraídamente el policía mientras garabateaba sobre la pantalla de su antebrazo— mira, no sé cómo han conseguido los tuyos tal grado de... acceso a la información, —se mordió la lengua sin disimulo— aunque puedo imaginarlo. Me obligan a pasarte también el informe, los diamantes y el volcado de la casa del otro caso, el del suicidio.

Leo agradeció en silencio que le facilitaran la información del caso del suicidio. No le apetecía debatir el porqué de la necesidad de aquella información extra de un caso ya cerrado por la propia policía, juzgado y con veredicto emitido, solo por la peculiaridad de que el suicida poseía también un androide de compañía.

Únicamente quería que le diesen los datos de aquel caso, del presente, poder echar un vistazo, hacer algunas preguntas (con respuestas o no), y dejarse los ojos en casa investigando de verdad.

—Escúchame bien: Si algo, joder, lo que sea, de aquí —señaló su antebrazo— sale a la luz pública antes de que lo decidamos nosotros... date por jodido. Y me dará igual quienes sean tus *padrinos*.

—Tranquilo, no soy el enemigo. No dudo de vuestra capacidad y profesionalidad, solo ofrezco mi ayuda por un interés común. No tengo

ningún interés personal, solo es mi trabajo —dejó de insistir al ver los esfuerzos de Martin por no prestarle atención. El policía iba seleccionando carpetas en la pantalla sin levantar la cabeza y Leo le dejó acabar en silencio.

Cuando terminó hizo un gesto sobre la PFI, en dirección a la de Leo y al instante se oyó la voz monocorde del dispositivo que ambos esperaban:

—Archivos entrantes procedentes del dispositivo personal CVPC51. ¿Aceptar? —Leo consintió con un gesto— Archivos almacenados y encriptados.

—Conozco los casos en los que has trabajado, y debo decirte que todo esto te queda grande —continuó Martin más tranquilo—, creo que tuviste suerte con el caso del robot aquel y los ricachones a los que robaron. Pero ahora hablamos de asesinato.

Leo no dignificó la pobre reflexión con una defensa.

—¿Me puedes pasar los datos del caso actual?

—¿Cómo no, señor? Diamantes, volcado de la casa e información. Todo calentito para tu jefe —mientras hablaba repitió la operación anterior para el envío de archivos.

—Mi *cliente*.

—¿Cómo?

—Que no es mi jefe, es mi cliente. Hay una sutil diferencia: uno ordena y el otro pide.

El detective de la policía reflexionó sobre su actitud. La situación le sacaba de sus casillas pero era consciente de que estaba tomando una postura infantil y tenía un caso por resolver. Se obligó a recordar que alguien con la influencia suficiente como para conseguir que un detective privado, entre directamente al escenario de un crimen reciente, podía hacerle más daño del que deseaba.

Se sintió en la obligación de justificar su actitud, lo que también estaba más en línea con su forma de ser:

—Mira, cuando llego a casa no puedo decir *nada* —recalcó esta palabra — del caso en el que esté trabajando, ni a mi mujer, ni a mis amigos en el bar; porque una cláusula de confidencialidad hace que me puedan despedir de inmediato si filtro *una* palabra de un caso abierto, (por no hablar de que me juego ir a juicio según las consecuencias de lo que se filtrase). Y me parece correcto. Pero me encuentro con que a un desconocido, que trabaja para el que podría llegar a ser uno de los acusados —levantó la mano para que Leo no le interrumpiese—, he de facilitarle absolutamente toda la información...

Leo aceptó la justificación como disculpa y pensó que la mejor forma de fumar la pipa de la paz era abordar directamente el caso como si fuesen compañeros. Los compañeros que empareja al azar un profesor de instituto, para hacer un trabajo, y que están obligados a entenderse para aprobar.

—Un hombre grande... —dijo mientras se acercaba al sofá donde seguía sentado el cadáver.

—Puedes decir gordo, no se ofenderá ninguno de los presentes y es un hecho. Quedan pocos de estos, y los que lo son es por propia voluntad —dijo sin ocultar cierto tono de desprecio— décadas con programas de concienciación y control contra la obesidad desde la infancia, alimentos con exceso de grasas retirados, tutores de dietas y ejercicio en los colegios, operaciones de reducción de estómago cubiertas por la Seguridad Social, terapias y ahora parece increíble que estos millonarios se pongan a engordar para destacar y presumir de abultada cartera y cintura. No lo llamaría ni moda; además es evidente que *esto* a una mujer no le puede atraer.

A Leo no le interesaba ese debate y quería volver al caso.

—Sobre gustos... ¿Está aún tal y como lo han encontrado?

—Así es: sentado, la cabeza echada para atrás, descansando sobre el final del respaldo del sofá, caída por su propio peso; los brazos a los lados, sobre el asiento, sin nada en las manos —según iba describiendo señalaba con un viejo lápiz digital que tenía en la mano y que Leo supuso que usaba también para mover ligeramente algún objeto del escenario sin tener que tocarlo. Se lo imaginó tomando breves notas personales sobre la pantalla de su antebrazo hasta su llegada y también tuvo la certeza de que esas notas formarían parte de la información que no le había pasado. Martin seguía con las observaciones— rostro gravemente quemado. Por ahora suponemos que fue la causa de la muerte y por el dolor que debió sufrir se descarta el suicidio... —se aproximaron para ver mejor la cara desfigurada donde aún colgaban débiles jirones de piel quemada. El rostro estaba hinchado, ensangrentado y cubierto de ampollas reventadas. Leo notó como el policía le miraba de reojo para estudiar su reacción ante el macabro espectáculo.

—El pelo no ha ardidido, esto no lo han hecho con fuego.

Martin sonrió ligeramente con la expresión que delataba un *me alegro de que hagas esa pregunta, ahora viene lo mejor*.

—Acompáñame.

Se separaron del cadáver y recorrieron el pasillo que llevaba a la cocina. Finalmente se detuvieron ante un gran microondas salpicado en su interior de

sangre y restos de piel.

—Alguien muy ingenioso, arrancó la pestaña de la puerta del microondas que encaja en este hueco al cerrarla, y la puso dentro, de modo que el electrodoméstico *pensaba* que tenía la puerta cerrada y podía funcionar con normalidad. El asesino (hablo en singular pero pudieron ser varios) mantuvo a la víctima con la cabeza dentro hasta que falleció. Esa es la teoría principal... hasta el momento —apostilló sonriente el policía.

Leo entendió que el cambio del policía hacia aquella actitud colaboradora, se debía a que estaba realmente interesado en un caso peculiar y que le permitía presumir de sus acertadas deducciones ante un nuevo espectador.

Quería volver a estudiar el cadáver donde lo habían dejado, así que lanzó la pregunta desandando el pasillo en dirección al salón, invitando al policía a acompañarle.

—De modo que fue asesinado en la cocina pero se molestaron en llevarlo hasta el salón y sentarlo, ¿no?

—Exacto.

—¿Qué nos quiere decir el asesino?

—A veces los asesinos no tienen ningún mensaje encriptado a enviar como en las películas ... —dijo Martin ocultando aún parte de la información.

—Impulsivo no es. Sin ir más lejos, la cocina está llena de cuchillos y en lugar de usarlos ha hecho lo del microondas, que sin ser una obra de ingeniería, ha sido más elaborado, frío y lento. Luego está lo de ubicar el cuerpo —señaló con la cabeza el cadáver en el centro del sofá que volvían a tener delante, recordando la dificultad de mover ese peso.

—A lo mejor lo trajeron hasta aquí para hacerle el *dibujito* con mayor comodidad —se acercó al cuerpo y se puso de rodillas extendiendo el lápiz digital para levantarle el jersey— de nuevo la sonrisa de *no se vayan todavía, aún hay más*.

Al descubrir el abultado abdomen quedó visible el grabado que le habían hecho: con más precisión que profundidad habían cortado la piel dibujando una estrella de cinco puntas. En el pentágono que quedaba en el interior de la misma, habían dibujado una segunda estrella de cinco puntas. El símbolo era bien conocido por ambos.

—Diyers. Amantes de la ciencia y la tecnología...

—Podrían ser fanáticos religiosos —dijo el policía, y poniéndose en el

papel del asesino continuó—: Odio a este pecador, amante de la tecnología, copulador de máquinas; me lo cargo y como quiero dar una muestra al mundo y a mis hermanos fanáticos religiosos, no pondré un símbolo como la Cruz sobre su sucio cuerpo, sino que grabaré en su cadáver el símbolo de su pecado...

Leo lo veía demasiado retorcido para un asesinato de ese tipo, asociaba un ataque directo con un mensaje directo; pero le convenía que tuviesen varias teorías y siendo sincero consigo mismo, a esas alturas aún no se podía descartar nada. Sin negarle la posibilidad volvió a la ubicación:

—El dibujo con cortes se pudo hacer perfectamente en la cocina —se retiró un par de pasos del sofá, contempló el conjunto de la escena, como un experto estudiaría un cuadro de su pintor favorito, e hizo invisible al policía. *¿Qué queréis enseñar aquí?*

El cadáver centrado en el sofá. En la pared, al lado, a la altura de la cabeza apreció profundos huecos cóncavos, pero descartó que fueran cabezazos ya que tendrían restos de sangre; también miró al techo ya que en esa postura parecía que el muerto dirigiese allí su mirada, pero no había nada anormal, pensó que sencillamente el peso de la cabeza la hizo caer hacia atrás igual que la podía haber tenido caída hacia delante.

Unos pasos a su espalda le devolvieron a la realidad. Era el joven agente que le recibió a su llegada, acompañado por una mujer.

A Martin le vino bien la situación para acompañar sus últimos comentarios.

—Y aquí —señaló a la mujer— el motivo por el que unos fanáticos han matado al *obeso*. O la propia asesina, claro...

—O una testigo... —Leo estaba dispuesto a echar agua en la misma medida que el policía avivase el fuego.

Volvió a girarse para contemplar más detenidamente a la *mujer*. Evidentemente por el comentario de Martin debía tratarse del androide de compañía por el que estaba investigando el caso.

¿Sería correcto decir la androide de compañía?

Pensaba que un segundo examen, siendo consciente de que era una máquina, le haría ser un observador más crítico, y que encontraría algo, lo que fuera, que le recordase que no era humana, pero para su sorpresa no encontró nada. Incluso la expresión facial entre asustada y nerviosa y su postura eran perfectamente humanas. *Bravo Roma*.

La mujer; el robot, (imposible separar los conceptos en su mente). Era de

apariencia afroamericana, con un rostro angelical, labios carnosos, ojos oscuros, pelo corto y liso, y con unas discretas arrugas en las comisuras de los labios, en los ojos, y en la frente para que no pareciese una jovencita. *Si uno se la cruzase por la calle, podría pensar en una madre con hijos pequeños, agraciada genéticamente y que no perdonaba una sesión diaria de gimnasio.*

El difunto señor de la casa la había elegido por catálogo con dos enormes pechos que destacaban contra una delgada cintura, pero ni siquiera esa combinación hacía pensar que no fuese humana.

—Ya he terminado con las declaraciones, detective —dijo el joven dirigiéndose a su superior—. Está todo registrado, pero se puede resumir en que la encerraron, oyó jaleo, la dejaron libre al rato, encontró a su dueño así y nos llamó.

Leo esperaba otra mirada asesina de Martin al subordinado pero se sorprendió viéndole sonriente. *La mujer-máquina es tan culpable o sospechosa como cualquier otro por ahora.*

—Di a los chicos que ya pueden proceder. —dijo al agente mientras se apartaba a un lado del salón e invitaba a Leo a hacer lo mismo— Ya tienes toda la información... —se dirigía a Leo, pero se interrumpió al ver al joven agente dubitativo y que no salía de la habitación—... ¿Qué pasa ahora, joder?

—¿Le... le pongo las esposas o algo?

—Llévala al coche y ya está, no se puede escapar. La dejas en el asiento de atrás. Cierras la puerta. Le dices a los chicos que se pueden llevar el cadáver. Comprueba que los diamantes siguen en el maletín blindado. Apagas las luces. Cierras ventanas y puertas. Nos vamos al laboratorio. ¿Alguna duda?

—No, no, gracias señor —respondió tomando delicadamente al androide por el antebrazo.

—¿Por dónde iba?

—Tengo toda la información...

—Eso. Que tienes ya todo y si hay novedades, y mientras me obliguen —pausa y sonrisa—, te las enviaremos. Por ahora estamos juntos en esto, así que espero que si te llega otra pista, inspiración, información, o confesión; cumplas y me envíes también las novedades —nueva pausa y esta vez mirada seria y directa a los ojos.

Entró la camilla en la que cargaron costosamente el cadáver y los dos detectives salieron del salón para no molestar. Ya en el pasillo Martin se

detuvo indicando que tenía que quedarse hasta cerrar y Leo, consciente de que no sacaría nada más, vio correcto despedirse. Se estrecharon las manos y dirigieron sus pasos en direcciones opuestas. Cuando estaba en el otro extremo del pasillo, Leo dijo algo como si se le acabase de ocurrir:

—Martin.

—¿Sí? —contestó distraídamente, girando solo la cabeza.

—¿Y eso? —Leo señaló el Emergencybot colgado.

—No funcionó —contestó el policía y continuó hacia el salón de donde ya sacaban el cadáver.

Ya en la calle, valorando temperatura, hora y distancia a su casa, decidió volver andando; llamaría a Roma con el resumen objetivo de lo visto y le propondría verse al día siguiente para poder añadir sus reflexiones.

¿Fanáticos religiosos capaces de asesinar cruelmente a un hombre por tener relaciones con una androide... pero que dejan la máquina intacta?...
Leo caminó acompañado de la incómoda sensación de no saber si el policía era más listo de lo que parecía y solo había estado distrayéndole.

4

El imperio de Real Life Droids se concentraba en un único edificio. Roma reunió el negocio en un rascacielos con la excusa, más que plausible, de que no necesitaban más espacio porque su producto era tan personalizado, que prácticamente no había androides completados en stock, sino que eran creados al ritmo que llegaban las solicitudes.

Los androides pasaban por etapas totalmente automatizadas para el montaje de la estructura interna, pero el proceso de personalización, (cada acabado final era único, atendiendo a los deseos del cliente), comprendía procesos artesanales que no entendían de prisas ni de producción en cadena. Motivo por el cual la competencia jamás consiguió alcanzarles.

Cuando consiguieron ser algo más que una marca, los rivales ni se animaron a competir, sencillamente se dejaron fagocitar por el imperio o se dedicaron a otra cosa.

Pero el verdadero motivo para unificar la producción, la comercialización, la investigación y el desarrollo de los androides en un mismo lugar, atendía más bien al miedo de Roma por las fugas de cerebros, el espionaje industrial y a la vez le permitía el placer de pasearse por sus dominios consciente de tener al alcance de la mano todas las fases de su obra.

A las puertas del siglo XXII Roma seguía prefiriendo las reuniones presenciales; si gritaba a alguien no quería ver un nervioso holograma, quería ver las perlas de sudor y sentir el olor que le confirmaba que se haría bien la próxima vez. Sentir el calor de los aplausos propios y ajenos en lugar de solo oírlos. O el silencio de las respiraciones contenidas al entrar en la sala en un mal día.

No era duro, era estricto y tenía las ideas claras. *El que no decide no se equivoca* decía, así como: *un miembro del equipo de remeros marca el ritmo del equipo ganador (los tambores de los barcos de esclavos, bromeaba alguno a sus espaldas).*

Se esforzaba en transmitir al personal que su actitud lejos de ser prepotente, era la de *humilde colaborador motivado*.

Leo ya había visto antes aquel edificio, destacado entre los de la zona. La construcción, con las curvas esbeltas de un jarrón clásico, se alzaba hacia el cielo, como otra Torre de Babel desafiando a un dios. Lo que desconocía era que se dedicaba en su totalidad a idear y desarrollar androides de compañía.

Con esas dimensiones podía albergar la población de una ciudad pequeña, y una vez dentro transmitía la personalidad del director.

Tras pasar las ostentosas puertas de la entrada principal Leo se dirigió a la mesa circular que parecía olvidada en mitad de aquel espacio y habló con la atractiva chica (humana o no) que estaba trabajando en el amplio hueco central de la mesa. A Leo le recordó una camarera en el centro de una barra circular, en la piscina de un hotel. Para su gusto la cantidad de maquillaje que llevaba era excesiva, pero de cualquier modo era una auténtica belleza.

—Tengo cita con Roma —le resultó extraño no precederlo de un *señor*, aunque fuese un trato que no hacía juego con las modernas instalaciones.

—Un segundo, por favor —se la podía imaginar repitiendo la misma canción trescientas veces al día.

Mientras esperaba paseó la mirada por las enormes paredes interiores y entendió el sentido de la mesa, pequeña en proporción a las dimensiones de la sala: era para obligar al visitante a fijar la mirada en las enormes proyecciones y valorar aquel derroche de espacio.

Con aquel tamaño los hologramas habrían sido de pobre calidad y desproporcionados, por lo que habían optado por imágenes planas en alta definición. Se podían ver personas charlando en diferentes grupos, alrededor de toda la sala, lo que daba la sensación de estar en mitad de ellos, participando del encuentro como un invitado más, y no como un mero observador. La mitad llevaba ropa con emblemas corporativos de Real Life Droids, ya fuese en batas de laboratorio o en camisas; y la otra mitad llevaba ropa normal de calle. Parecían un gran grupo de compañeros de trabajo charlando al finalizar la jornada o en un ameno descanso. Leo supuso que la intención era mostrar que los androides, con ropa de calle, eran tan reales como los propios trabajadores. Era interesante el concepto: no era necesario un mensaje cargado de sexo o erotismo, ni siquiera hacía falta insinuarlo. Todo el mundo conocía la empresa, lo que hacían y lo que podían hacer sus *productos*; todo eso estaba ya mezclado en el subconsciente, con las fantasías. Por ese motivo se esforzaban en transmitir la ¿humanidad? de sus androides. *Y luego haz lo que quieras con el tuyo*, se dijo Leo.

—Acompáñeme, por favor —la voz de la chica le devolvió a la realidad. Ella se aproximó a un lateral de la mesa que desapareció para dejarla pasar. Pasó junto a él y no se detuvo, segura de que el detective la seguiría. Leo acompañó los sonoros tacones de aguja (se le ocurrían calzados más cómodos para estar todo el día en esa mesa) y subió la mirada hasta el perfecto trasero

aprisionado en unos sencillos pantalones negros, se recreó la vista con la absoluta certeza de que ella lo sabía, pero le dio igual. Al hipnótico contoneo acompañaban las manos que la chica mantenía a los lados en un ángulo de noventa grados, con las palmas apuntando al suelo. A Leo le pareció tan ridículo que pensó que tenía que ser humana.

Llegaron a la batería de puertas de ascensores y fueron hasta uno que no tenía botón de llamada. La chica acercó la mano a las puertas y se iluminó su pulsera. Esperó junto a ella hasta que se abrieron las puertas y entró. Ella se quedó fuera.

—Este es uno de los ascensores privados del señor Roma, lleva directamente al despacho donde él le espera.

—Muchas gracias —dijo él pulsando el único botón que había. Cuando se empezaron a cerrar lentamente las puertas ella añadió divertida, a modo de despedida:

—No soy un androide.

Leo exageró una mueca de sorpresa como disculpa por si la había ofendido, ya que por lo visto había disimulado mal su duda; pero se relajó al verla sonreír y alejarse.

Cuando las puertas estaban a punto de cerrarse (un tiempo que ella tendría perfectamente calculado) giró la cabeza mientras seguía andando y añadió:

—¿O sí?

Leo sonrió a su propia imagen reflejada en la puerta cerrada del ascensor.

—Bienvenido a mi humilde morada —dijo Roma mientras se acercaba al ascensor antes de que llegaran a abrirse del todo las puertas; adelantando la mano para estrechársela al detective— *Morada* podría no parecer el término más acertado, pero por las horas que paso aquí y cómo las paso, es más mi hogar que mi empresa, ya me entiende —sonrisa de anuncio.

—Encantado. Impresionante edificio, enhorabuena.

—Acompañeme a la ventana, por favor —Leo le siguió colocándose junto a él y contempló las vistas. Bajo ellos se extendía una amplia avenida con una zona peatonal en el centro, flanqueada por dos juegos de carriles para vehículos. Se encontraban en una planta relativamente baja del edificio, de lo que se deducía que estaban en un despacho para visitas y no el que tendría el

dueño del imperio, probablemente en lo más alto. Desde allí aún podían distinguirse los rostros de las personas que transitaban la zona peatonal.

La curiosidad de Leo iba a tornarse incomodidad cuando por fin Roma empezó a hablar.

—¿Ves toda esa gente?... ¿Sabrías distinguir cuales son androides de compañía?... —el detective sabía que el director no esperaba una respuesta así que no le interrumpió—. Imposible saberlo. Ni yo mismo podría decírtelo. Aunque estuviésemos ahí abajo, entre ellos. Son tan... —hizo una pausa y sonrió al darse cuenta de que estaba divagando.

Arrancó de nuevo para encauzar la conversación.

—No te quiero entretener Leo. (Permíteme que te tutee, es el trato habitual en toda la empresa) —el detective asintió en silencio, invitándole a continuar—. Sé que soy bastante —hizo una pausa buscando la palabra aunque la sabía de sobras—... cuadrulado. Lo que seguro choca con la forma de trabajar de un buen investigador, que ha de seguir indicios, pruebas, intuiciones, siempre al ritmo cambiante de los acontecimientos. En ese sentido tienes mi total aprobación, por supuesto. Pero hay una cosa que no me incomoda confesar que me obsesiona: No es que esté convencido de que nuestros androides son incapaces de hacer daño a nadie. Y no es que quiera convencerte de ello. Es que quiero que *sepas* todo de ellos para que juzgues por ti mismo —pausa sin interrupción y continuación—. No pretendo, ni me interesa, desviar ni un minuto tu atención de la investigación, pero es importante que al menos hoy te reúnas con dos de mis mejores expertos, para que te expliquen y contesten absolutamente a *todas* tus preguntas. Ellos ya están avisados y a cambio solamente te pido que firmes —señalando a la mesa— unos documentos sobre confidencialidad y secreto industrial. No es que sea desconfiado, son cosas de los abogados de la empresa...

—Claro —dijo el detective sin emplear el tono irónico que hubiese deseado.

—No eres hombre de muchas palabras.

—Proceso —bromeó mientras firmaba el par de folios ofrecidos.

—Para tu desgracia estoy acostumbrado a hablar mucho, soy consciente de ello... hasta tengo que animar a mis colaboradores a que me interrumpán más...

—¿Los dos expertos?

—Sí. Es en lo único que te entretendré con mi guion *cuadrulado*. Serán dos citas hoy: primero con Turing, nuestro máximo responsable en diseño de

hardware. Es el genio que orquesta y moderniza la estructura interna de los androides, combinando electrónica, mecánica y nuevas tecnologías que incluso yo desconozco —Leo sonrió, pero dudaba mucho que se investigase allí nada de lo que no fuese detalladamente informado—. Turing es una persona... peculiar.

>>Después podrá entrevistarse con Sorah. La responsable de la lógica y psicología de los androides. La que los hace a la vez más humanos y efectivos en sus labores. Es una mujer encantadora y muy comprometida con su trabajo.

—Me parece un plan muy práctico. Perfecto. —Leo hablaba con sinceridad, tenía un millón de preguntas sobre aquellas máquinas y un día de formación intensiva le podría ahorrar muchas consultas y le haría posible imaginar ciertos escenarios y situaciones.

—De acuerdo entonces. Ahora es tu turno de hablar, por favor. ¿Qué primera valoración tienes de lo de ayer? —era la primera pregunta que Leo se había esperado recibir nada más salir del ascensor, de modo que no le llegó de improviso.

—Desde luego el suicidio queda descartado en este caso. La víctima sufrió mucho antes de fallecer, más de lo que se pueda soportar voluntariamente aun siendo un suicida. Además el cuerpo sin vida fue trasladado desde la cocina al salón —Roma escuchaba con la misma atención que le prestaría a un médico que le estuviese diciendo los días que le quedaban de vida—. Anoche estuve descargando en casa toda la información que me facilitaron, para poder analizarla con más tranquilidad y detalle. El software que tengo allí es especializado, lo que me da más juego con este volumen de datos. Con las primeras pistas que saque definiré las ramas que investigar y dejaré al software la comparativa entre las rutinas de la casa y todo lo que haya tenido algún comportamiento anómalo, por leve que sea, en los últimos días —Leo entendió por la mirada de Roma que lo último no lo acababa de tener del todo claro y volvió sobre sus pasos, puntualizando—. Es el sistema que tengo para investigar. Cada uno tendrá el suyo, pero yo prefiero moverme mucho y dejo al ordenador las tareas que puede hacer solo, como estudiar las rutinas. Por ejemplo: si una persona pone absolutamente siempre la lavadora a las diez de la noche, y un día antes de su muerte no lo hace, es un detalle interesante a investigar. Con eso me refiero a las *rutinas de la casa*.

—Entiendo.

—También estoy revisando el caso anterior...

—No has de entretenerte con aquel suceso, por favor —consciente de lo cortante de su respuesta, Roma se vio obligado a justificarse—. Sé que puede haber sonado mal. No es que piense que puedes averiguar algo nuevo de aquel caso que se pueda volver en nuestra contra, o algo así. Es sencillamente que aquel está cerrado, (juicio y veredicto inclusive). Y el que nos ocupa es nuevo, con todo por aclarar.

—Lógicamente no iba a ser mi centro de atención. No hay nada que aclarar, no te preocupes.

—La prueba de que no tenemos nada que ocultar —continuó igualmente —, es que hemos sido nosotros los que nos hemos adelantado solicitando toda la información y pidiendo que te la pasaran directamente. La intención es que puedas valorar los aspectos que tuvieron en cuenta aquellos que en su día quisieron dañar nuestra imagen, sembrando la duda sobre nuestros androides. Ver cómo lo intentaron justificar, para poder defender esos puntos en el nuevo caso, antes incluso de que vuelvan a plantearse... No sé si me explico, puede que sea solo la psicosis del mal ajedrecista —bromeó relajado—. Me quiero adelantar en tantos movimientos que al final acabo jugando mal.

—Esa es precisamente la intención con la revisión, *por encima* —remarcó las últimas palabras sonriendo para mantener el tono cordial—, del primer caso, el del suicidio, no busco pistas para el presente ya que no tienen relación alguna, pero siempre va bien algo de información, y confesaré que al no estar totalmente familiarizado con vuestros androides, me es de ayuda revisar los argumentos utilizados por los que os intentaron acusar.

Le había sonado convincente al propio Leo, pero en realidad con el caso del suicidio, empezaba a tener la misma sensación de cuando con las prisas te dan mal el cambio en el supermercado sin darte cuenta, y te encuentras jugueteando con las monedas en el bolsillo, con la sensación de que *algo* ha pasado.

—Perfecto. Sabía que no nos equivocábamos al contar contigo como primera opción. No imaginas lo que me reconforta que nos entendamos, dada la situación. Como sabrás, la noticia ya se ha hecho pública.

—No han dicho nada del androide.

—Por ahora sería como decir que la víctima tenía un frigorífico o dos coches... Nada trascendente... —escuchando esta frase Leo podía imaginar cuantos contactos tendría en nómina Real Life Droids.

De todos modos, ambos sabían que en unos días saldría la acusación contra los androides, lo dijese expresamente la policía o no, y con ello el juicio en la calle estaría servido.

—Conoces bien a la policía. Fuiste uno de ellos —Roma cambió de tema como si él mismo quisiera ahuyentar esos pensamientos—. ¿Cómo acaba haciéndose policía alguien que estudió psicología?... “Comportamiento y software” si no recuerdo mal de su ficha. ¿Me equivoco?

—Creo que a esa carrera ahora la llaman “Computación del comportamiento”. No era exactamente psicología, pero es una confusión habitual —Leo recordó lo incómodos que se sentían en ocasiones él y sus compañeros de estudios: “Comportamiento y software” estaba a caballo entre la informática y la psicología, lo que a él le parecía fascinante aunque no les tomasen en serio los estudiantes de las otras carreras tradicionales. Alejó estos pensamientos y volvió al presente para contestar—. ¿Cómo llegué a la policía?... Pues me encantaba analizar el comportamiento humano, estudiar cómo personas diferentes reaccionaban de modo totalmente diferente ante situaciones iguales; saber qué motivaba a la gente para hacer cosas increíbles, o ver qué señales delataban las intenciones o sentimientos reales de alguien frente a lo que decía. A eso se le sumó que no me gustaba la línea de estudios *común*, que tendía demasiado a una ciencia y tecnologías perfectas y... ¿deshumanizadas? Así acabé estudiando “Comportamiento y software”, algo que dado tu negocio, hoy puede parecerme muy útil, pero que cuando acabé la universidad no tenía tantas salidas. Y una de ellas era dar soporte a la policía para crear los perfiles de los criminales, dar consejos para los interrogatorios, trasladar esto a un lenguaje informático, ... y bueno, al final se me dio bien y me gustó —sonrió.

—Solo si se te da bien de verdad puedes permitirte dejar la policía para ser detective independiente —añadió Roma.

Los motivos por los que Leo tuvo que dejar la policía eran complejos y requerían unas explicaciones que no le apetecía desarrollar en aquella conversación. Para alguien normalmente poco hablador ya había sido una buena sesión y Roma no dejaba de ser su cliente. Solo su cliente.

—Básicamente eso es todo —dijo alzando los hombros. Hasta ese momento los dos hombres habían estado hablando mirando distraídamente por el gran ventanal, entonces Leo se giró hacia Roma— me gusta hablar de mí mismo tanto como a cualquiera —mintió, como si bromeara— pero si no te importa me encantaría empezar ya con las preguntas a tus colaboradores.

Cuanto más sepa de vuestros androides, mejor podré imaginarlos en los lugares de los hechos.

—¡Por supuesto! Esa es la idea. Disculpa, a veces enredo a las personas en mis propias cavilaciones, abusando de su paciencia. Pero en esta ocasión distraerte es imperdonable —puso una mano en el hombro de Leo y le guio hasta el ascensor en el que llegó. Entraron los dos y Roma pasó la mano por el único botón que había, sin llegar a pulsarlo. Se iluminó la discreta pulsera que llevaba (apenas un hilo trenzado) y se proyectaron en la pared los números de todas las plantas del edificio. Pulsó la antepenúltima.

Roma le explicó que se trataba de un ascensor para asistir a reuniones con personal ajeno a la empresa y bromeó añadiendo que solo según cómo acabase la reunión, se les decía que el mismo ascensor además les podía llevar a las demás plantas.

Según iban pasando por los diferentes grupos de plantas, Roma comentaba a qué se dedicaban; con lo que Leo se hizo un resumen de la estructura general. Las últimas plantas: las ideas, tanto a nivel mecánico, como informático o de conducta. Todo lo que fuese investigación y desarrollo.

Plantas intermedias: los detalles; dentro de la producción era la parte más artesanal, estaba parcialmente automatizada, requería mayores controles de calidad y se conseguía la personalización de cada unidad. Tal como lo contaba Roma, era donde la máquina se convertía en arte.

Plantas más bajas: producción y logística, ensamblaje en cadena de toda la estructura interna y gestión de la distribución mundial de los androides.

Leo imaginó que a su vez cada grupo tendría sus propias plantas de administración, calidad, etcétera.

Aquello había sido un pequeño bombardeo de información y aunque el detective no era un experto en industria, no se le escapó que el producto, con aquella estructura, daba demasiadas vueltas en el edificio: era fabricado *abajo*, subía para añadirle los acabados más delicados y volvía a bajar para su distribución... Pero estaba lejos de querer discutirlo con Roma, y menos si el orden podía haber sido dictado por él, para dejar claro a cada uno su sitio en la empresa, en función de su importancia.

—Aquí nos quedamos. Vamos directamente a los dominios de Turing. Olvidaremos por el momento toda la complejidad de la lógica de los androides y empezaremos por la parte física. Necesitarás una mentalidad abierta para entender y no *escandalizarte* con los detalles sexuales —

Mientras hablaba seguían un amplio pasillo que iba en línea recta desde el ascensor hasta la sala principal de diseño electromecánico, a la que se accedía a través de dos grandes puertas. A los lados iban quedando despachos y laboratorios con las puertas cerradas, pero Roma no se molestó en detallar a qué se dedicaba cada uno.

—Insisto una vez más —continuó Roma— en que preguntes cuanto desees, sin reparo. Tanto Turing, como Sorah, tienen la obligación de contestarte a todo —se detuvo y miró a Leo a los ojos para decirle la frase que había ensayado—. Un buen abogado dará el cien por cien por defender a su cliente, pero dará el doscientos por ciento si además está convencido de su inocencia.

El detective sonrió con sinceridad.

—Seré un alumno objetivo.

—Perfecto. Te dejaré a solas con Turing para no entrometerme, si no vuelvo a tiempo, él mismo te guiará luego para ver a Sorah. ¿Alguna duda por ahora?

Iba a decirle que “no” a secas, pero no pudo evitarlo:

—La chica que me ha atendido en la recepción... ¿Es un androide?

—Ja, ja, ja. Te adelanto que cuando hables con Turing sabrás que *podría* ser un androide, pero que cuando hables con Sorah sabrás que no lo es.

>>Es una mujer atractiva y sensual... como nuestros androides de compañía femeninos, pero no es uno de ellos —le dio una palmada amistosa en el hombro—. Es curioso, ahora que lo pienso. ¿Cuántas visitas se habrán planteado lo mismo y ninguno lo ha llegado a preguntar abiertamente? ¿Qué opción habrán elegido y cómo lo habrán justificado para convencerse?

Al detenerse delante de las puertas, estas se abrieron automática y lentamente. Turing ya les esperaba.

—Todo tuyo —dijo Roma, sin especificar a quién iba dirigida la frase.

El detective se aproximó y le tendió la mano.

—Leo. Encantado —el científico se la estrechó con firmeza.

—Turing: mente brillante en general y resuelve-dudas en particular.

—¿Turing no es un apellido?

—No en mi casa. Y ¿Leo no es una constelación?

—No en mi casa. Mis padres querían tener una hija y llamarla Leonor; pero les tocó un hijo y se vengaron llamándome Leo.

—Curioso. Adelante, por favor.

5

Las puertas volvieron a cerrarse solas cuando se fue Roma, y Turing invitó a Leo a sentarse en un taburete alto de laboratorio. El científico se sentó en otro igual, al otro lado de la mesa.

Podía haber elegido cualquiera de las seis alargadas mesas de la sala, ya que eran todas iguales y estaban rodeadas de los mismos taburetes, solo cambiaba el tipo de tecnología y herramientas que había sobre cada una: pieles con sensores, placas de circuitos con nano-soldadores, servomotores con baterías compactas, ojos con monitores, etcétera.

Ninguna mesa presidía la sala y para sorpresa del detective tampoco parecía haber ninguna elegante silla de diseño reservada para el jefe del departamento.

Turing era un hombre que aparentaba más edad de la que tenía realmente, con el clásico aspecto de genio loco y despreocupado por su imagen personal. Pero a Leo no le pasó desapercibido que el pelo lo tenía alborotado en un *desorden perfecto* y que las gafas que llevaba eran de una conocida y cara marca, de lo que dedujo que acertadamente o no, se preocupaba de mantener su imagen. Era muy delgado, lo que se destacaba en su rostro huesudo, y parecía visiblemente nervioso. El científico estaba muy atento a Leo, como si tuviese curiosidad por el detective.

—No lo hago todo yo —bromeó.

—¿Cómo?

—Que estás mirando todas las mesas, que abarcan campos tan dispares como la sensibilidad de la piel o la mecánica para articular una pierna, y estarás pensando que cómo lo puede desarrollar todo una misma persona — su voz era alegre y pausada.

—Pues algo así estaba pensando. Pero supongo que tras las otras puertas del pasillo trabajan más personas.

—Así es. Por mucho que presuma de lo bueno que soy, sería imposible dejar que una sola persona desarrolle un producto tan perfecto como el nuestro. Diría muy poco de su calidad. Tenemos varios departamentos encargados de mejorar cada campo y yo soy solo el tipo que sabe un poco de todos para poder casar al final las evoluciones de cada uno —entrelazó los dedos de las manos como si fuesen las piezas de un puzle—. También soy el que les vuelve locos si estudio una mejora y hago avanzar a todos en esa

nueva línea... y todo para conseguir una mujer perfecta que folle como una diosa.

Leo estaba escuchando distraídamente pero la última frase le despertó tal como pretendía su ahora orgulloso interlocutor. Estuvo a punto de preguntarle si había escuchado bien, pero la sonrisa del científico, de oreja a oreja, despejó sus dudas.

—... O un hombre —continuó Turing—. No quiero parecer sexista.

—Entiendo. Es la figura que me imaginaba por lo que me había adelantado Roma —dijo Leo con naturalidad para que el científico siguiera expresándose abiertamente. De hecho, a su edad y con los trabajos que había tenido, oír la palabra “follar” estaba muy lejos de ser un sonido grosero, pero confesaría que le había chocado en aquel ambiente pulcro, educado, adinerado y blanco que había respirado desde que entró en el edificio.

—Otros se refieren a ellos como máquinas, robots o androides.

—¿Y no lo son?

—¡Claro! No digo que se refieran a ellos así para deshumanizarlos —dijo Turing señalando los armarios que cubrían una de las paredes de la sala, donde Leo imaginó que almacenaban prototipos—, lo hacen para alejarse del componente sexual. Incluso cuando se refieren a ellos como *chicos* o *chicas*, es como si hablasen de inocentes muñecos. Pero *aquí* lo tenemos claro —su huesudo índice señalaba el suelo mientras miraba con firmeza a los ojos de Leo. El detective aún no sabía si Turing se refería a la empresa, o a su departamento—: son conjuntos perfectos para follar. ¿Te molesta la palabra? ¿Prefieres que diga para *hacer el amor*? —Leo cerró los ojos y alzó los hombros con sincera indiferencia—. Intentar olvidar en qué trabajamos y qué es lo que queremos, no nos sirve. Aquí se fusiona lo mejor de cada tecnología, lo más novedoso, para crear una obra maestra: Un androide capaz de enviarte al cielo, al infierno y al cielo otra vez; que te permite sumergirte en fantasías sexuales que aún no sabes que tienes; que se funde con tu cuerpo como si fuese parte natural de él; y que convierte la mecánica en el arte de convencerte de que no es un androide.

—Deberías ser vendedor —apostilló Leo aprovechando la pausa que había hecho el científico para tomar aire y recuperarse del discurso.

—Me lo dicen mucho —dijo sonriendo—. También que soy un viejo verde y que paso demasiado tiempo con ellas —hizo amago de acercarse a su oreja y susurró a continuación, bromeando con complicidad—. Lo siento, siempre hablo en femenino de los androides, pero es que el ochenta por

ciento de lo que fabricamos son chicas y es agotador estar todo el tiempo puntualizando que nos referimos a androides masculinos y femeninos...

—Sin problema —dijo el detective agradecido de que hubiese acabado la parrafada propagandística.

—Acompáñame a la ventana, por favor.

—¿Hacéis algo más en esta empresa?

—¿Cómo?

—Nada, una broma sin sentido, perdona. Es que Roma también me condujo a una ventana en el despacho, nada más vernos.

—¿Ves toda esa gente? —continuó Turing, dando por entendida la explicación— ¿Podrías distinguir los que son androides de compañía?

—Estoy viviendo un dejavú.

—¿Roma?

—Se te adelantó con la pregunta.

—Pero supongo que no con la respuesta. Yo voy a decirte, desde aquí, exactamente cuales lo son —Leo echó de nuevo una ojeada al exterior, con curiosidad—. ¡Ninguno! —el detective se giró hacia Turing atento a la continuación—. Ya sabes que son obras de arte, que son juguetes muy muy caros y que parecen humanos, pero lo que has de saber, además, es que normalmente sus dueños los convierten en sus amantes, sus compañeros, sus *parejas*. Se vuelven tan posesivos que llegan al punto de no querer enseñarlos ni para presumir. Para ellos se convierten en algo totalmente privado, especial y *único*.

—Y todo esto es importante porque...

—A nivel estructural, que era lo que *me tocaba explicarte*, por nada, pero es una reflexión que me gusta hacer —Leo entendía que para los empleados de aquella empresa, su trabajo suponía tener que abordar frecuentemente dilemas éticos, que enfrentaban lo moral con lo profesional; por lo que se obligó a tener paciencia con el ensayo gratuito de este segundo conferenciante del día.

>>De acuerdo. Me centro de nuevo —continuó el propio Turing— Vamos a lo más básico y general: nuestros androides son una compleja estructura que se mueve exactamente igual que el cuerpo humano, flexiona las mismas articulaciones, en los mismos puntos, con los mismos límites de recorrido, solo que en lugar de músculos tiene capas de tejidos sintéticos que se comprimen o dilatan estimulados eléctricamente. El esqueleto en lugar de por huesos, está constituido por una combinación de fibra y metal con la

fuerza suficiente para soportar todo el conjunto, siendo ligeramente flexible y sobre todo reduciendo el peso —hizo una pausa para destacar este último detalle y valorando el grado de atención del detective, hizo un inciso antes de continuar—. Siento ser tan aburridamente directo y técnico, pero es cierto que necesitas información concreta y no puedo robarte tiempo como si charlásemos en un bar —en su tono había más comprensión que acritud.

—El tema me interesa de verdad, si no investigase un asesinato, créeme que sería yo el que te robaría el tiempo. Continúa, por favor.

—El peso fue el gran problema de los primeros androides. Si quieres que parezca una chica, sentir a una chica, acostarte con una chica... no puede echarse encima tuyo y pesar tres veces lo que aparenta. Las evoluciones en el esqueleto compensaron el peso de las baterías y la electrónica.

>>Todos los sentidos responden como los humanos: huele, escucha, ve, degusta (imagina lo que quieras) —codazo y guiño innecesarios— y es sensible al tacto, de hecho es *tan* sensible como los humanos, no solo por las yemas de los dedos, sino por cada centímetro cuadrado de su cuerpo. Siente, por ejemplo, si le acaricias en el muslo identificando exactamente dónde lo haces y con qué fuerza. De hecho... —se detuvo girándose a mirar las puertas de los armarios antes señalados, pensativo. Leo podía notar como repasaba mentalmente el contenido de cada uno, hasta que mantuvo la mirada en la quinta puerta, que señaló varias veces mientras se levantaba y se dirigía a ella. La abrió y aunque el detective se lo podía imaginar, le sorprendió ver el cuerpo de una voluptuosa mujer pelirroja de cabello muy corto y liso, vestida solo con una sencilla camiseta de tirantes, sin sujetador, y con un ceñido pantalón corto de deporte. Tumbada habría parecido dulcemente dormida, pero dada la forzada postura, de pie; uno solo podía imaginar que era un hermoso cadáver colgado, (de haber existido los cadáveres hermosos).

Aproximándose, pudo ver que el androide se sostenía por dos esferas bajo las axilas, que estaban sujetas a la pared del fondo. El científico hurgó en su espalda hasta encontrar lo que Leo imaginó como un clásico interruptor y mientras la máquina seguía inerte se dirigió al detective.

—Está cargando el software, es una unidad de simulación, esto no lo verás nunca porque nuestros androides no se *apagan* jamás. De hecho, si lo hiciesen, aparte de perder toda su memoria, tardarían horas en cargar su perfil base. Ellas —señaló con la cabeza el resto de puertas— son modelos con una base muy sencilla, para ir probando componentes nuevos. Arrancan *pensando* que es siempre el mismo primer día, y tienen la sensibilidad de parte de la

espalda anulada para que no sepan que la tienen abierta —el androide estaba sobre una base giratoria, Turing hizo fuerza y giró el conjunto. La pared del fondo resultó ser transparente, con lo que manteniendo el cuerpo aún sostenido por las esferas metálicas, dejaba a la vista la espalda con una importante sección abierta, directamente sin piel. En el interior se podía apreciar un conjunto de mecánica y electrónica miniaturizadas, encajadas con la precisión de un puzzle tridimensional, que no dejaba de resultar bello. Una vez superada la impresión de que dentro de aquel cuerpo hermoso no había nada vivo, el propio Leo lo habría calificado de obra de arte—. No hagan fotos —bromeó el científico disfrutando de la reacción del detective.

—Es impresionante. Es como ver un millón de diminutas máquinas dentro de una máquina... es increíble.

—¡Y vaya culazo, eh! —dijo Turing dando una suave palmada en el trasero del modelo—. ¿Has visto como se ha movido? El equilibrio perfecto para que no sea ni artificialmente duro ni muy blando, que no esté caído pero que parezca fruto del deporte. Además responde de forma diferente según la postura, como un glúteo humano: según si está tenso en ejercicio o relajado sentado, tendrá diferente *tacto*. Otro de los logros tras mil pruebas y ensayos... aquí nada ha salido a la primera ni ha sido improvisado. Nada. Solo la suma de infinidad de pequeños detalles puede dar un conjunto de tal perfección —volvió a girar la base y contempló al androide con auténtica devoción; a Leo le dio la impresión de que el científico la miraba como el artista que acaba de dar la última pincelada, y no como si observara a una mujer casi desnuda.

—Es anatómicamente perfecta, eso es innegable.

Turing sacudió la cabeza para volver de su ensimismamiento.

—¿Qué quería enseñarte?

—Antes de levantarte y *ponerla en marcha*, hablabas de la sensibilidad...

—¡Ah, sí! —cortó sonriente al detective, recuperando el hilo—. Verás una de las grandes novedades para el último modelo. *Elisa, despierta* —dijo mirando directamente al androide, y dirigiéndose de nuevo a Leo explicó—: Son las palabras clave para que salga de la pausa tras cargar el programa base.

—Hola doctor —fue la sencilla respuesta que pronunciaron los labios carnosos de la mujer, con el tono perfecto para no ser ni ridículamente sensual, ni seria. Eran solo dos palabras y a Leo ya le habría resultado difícil describir la sensación.

El androide había abierto sus ojos claros, avanzó un paso separándose de las esferas sobre las que había descansado y salió del armario al que miró divertida, como si no recordase cuando había entrado. Turing continuó hablando a Leo como si no hubiese oído nada.

—Mi última novedad en reacción sensitiva —y continuó dirigiéndose finalmente al androide—. Elisa, enséñame las tetas.

Se giró para ver la reacción de Leo, pero no encontró muestras de sorpresa por el tono empleado. De todos modos, aunque el detective era consciente de que era un robot, con el aspecto y movimientos propios de una mujer real, descubrió que le incomodaba lo directo de la orden.

—No me parece lo más correcto y no estamos solos —dijo el androide lanzando una mirada a Leo que hizo que el detective tuviera que recordarse a sí mismo cómo era la espalda que acababa de ver, para intentar no pensar en ella como en una mujer.

—Ahora que caigo, vas a aprender otra cosa más de los androides que es muy importante que sepas y que no te he comentado aún, detective. Elisa, enséñame las tetas.

—Si es, que puedes dirigirte a ella con el tono o la educación que quieras, como si fuese un objeto, y que no reacciona mal: ya lo he entendido.

—Eres incorregible, Turing —dijo sonriendo mientras jugueteaba con la costura de su corta camiseta, a la altura de su ombligo. Leo pudo apreciar como parecía que a Elisa se le aceleraba ligeramente la respiración, ya que se le apretaba el pecho contra la camiseta al ritmo de las inspiraciones.

El científico contestó a Leo, ignorando a la modelo.

—No es eso. Es una *regla básica* de cada androide con su dueño —y repitió la orden—. Elisa, guapa, enséñame las tetas.

—¿Tienes ganas de jugar? —ella puso un tono de voz más sensual y se dirigía al científico como si ya no estuviese Leo. Sin soltar la costura de la camiseta, que apretaba con más fuerza, y giraba uno de los pies descalzos sobre el suelo, como si aplastara un insecto sin parar.

—Podrías decirle que te enseñe los pechos.

—O las glándulas mamarias, ya puestos. Ja, ja. Atento porque la regla básica es que tenga el perfil que tenga, (en este caso es un modelo de pruebas, sin recuerdos, y con perfil seductor), lleve contigo el tiempo que sea, y en cualquier situación, si le pides cuatro veces seguidas que haga algo... lo hará —Turing hizo una pausa teatral previa al ejemplo práctico esperado, y Leo descubrió que no podía dejar de mirarla... deseaba que pasase más de lo que

se esperaba. No era como si estando *apagada* le hubiesen quitado la ropa para estudiarla. Ahora era tan... humana— Elisa: enséñame las tetas.

Leo supuso que el científico las había visto cientos de veces y además en la intimidad del laboratorio; aun así, estaba seguro que no se distraería estudiando su reacción.

Por un momento quiso mirar al suelo, como si unos amigos estuviesen robando en un supermercado y él no quisiera ser cómplice... pero no despegó los ojos de la camiseta.

—Hoy tengo calor, doctor; espero que esto no te incomode —tomó el borde inferior de la camiseta y con un gesto decidido se la quitó en un solo movimiento, dejándola caer a un lado, sin dejar de mirarle a los ojos.

Ella, en vez de imitar sonrojarse, se ordenó el cabello distraídamente, con los ojos cerrados, como si deseara que la admirasen sin cohibirlos. Finalmente bajó las manos a las caderas y las dejó descansar ahí.

—Da igual cuantas veces las vea. Mis chicas son maravillosas.

—¿Os dejo solos? —bromeó el detective.

—No creo que veas esto todos los días... ja, ja, ja. Venga hombre: ¿Es espectacular o no? No me refiero solo a los pechos. ¿Ves cómo se mueve? No hay un gesto, ni un pequeño movimiento que no parezca natural, nada que pueda recordar que no es humana.

—Es una copia perfecta de una mujer real. No puedo negarlo es... es evidente.

>>Tengo varias preguntas, de las baterías y de lo que has comentado de las órdenes repetidas.

—¡Espera! Ya sé por dónde vas y ahora te contestaré; pero antes vamos a lo que quería enseñarte, o se me olvidará otra vez.

Se acercó al androide y tomó a Leo del codo para obligarle a acompañarle. Le dejó tan cerca de la modelo que se sentía incómodo. Podía apreciar la piel *real*, muy pálida, en un tono que acompañaba al conjunto de ojos claros y pelo cobrizo de forma tan natural como en cualquiera de las amigas irlandesas que conoció en la facultad. A esa distancia se podían distinguir las pequeñas venas de modo que uno podía imaginar auténtica sangre circulando por ellas. Si alzaba la cabeza podía distinguir el cuello que parecía esculpido en mármol blanco como si de una talla clásica se tratase, pero prestando atención podía apreciarse cierto movimiento, como si tomase aire y tragase saliva de vez en cuando. Una escultura cargada de vida.

Turing bajó la cabeza hasta dejar la boca justo delante del pezón derecho.

—Bueno, ya es suficiente. Esto es ridículo y no tengo...

—¡Mira! —insistió el científico, serio por primera vez.

Leo miró con atención, dándole la última oportunidad. Entonces Turing sopló con la misma delicadeza que se le quita una mota de polvo al ojo de un niño. Se vio claramente como el pezón se contraía y endurecía la aureola. Separó la cara con el mismo cuidado que había soplado y sonrió a Leo como si fuese el niño que enseña su primera suma a su padre.

—Vale, es sorprendente, sinceramente. Volviendo a lo de las baterías...

—¿No lo aprecias? ¿De verdad?... ¡*Esto* es lo que llevo todo el rato intentando explicarte! —Turing parecía decepcionado. Mientras hablaba estiró el brazo a la espalda del androide y lo apagó.

Ella que había mirado toda la operación curiosa y divertida, de repente cerró los ojos y borró toda sombra de expresión en su rostro. El científico la empujó con dificultad hacia atrás, la alzó ligeramente hasta lograr dejarla de nuevo apoyada sobre las dos esferas y continuó:

—Son tan perfectas que las novedades que añadimos en el físico son de este nivel. No se pueden conseguir movimientos más gráciles, ojos más realistas o mejorar las expresiones faciales. Las evoluciones son procesadores mejor refrigerados, optimización de la recarga y sobre todo... psicología: billones de líneas extra de comportamiento, conducta, personalidad, pero de esa rama ya te hablará Sorah, que es su campo. A nosotros en la mecánica, en lo *visible*, no nos queda casi nada a añadir para dejar de imitar a Seven y pasar *ser* Seven.

—¿Seven? —Leo no quería interrumpir al ofendido científico, pero el nombre era nuevo y no quería perderse.

—Sí, es nuestro modelo de reacciones físicas. Se llama Seven; como el número.

—¿Pero es...?

—Humana, claro. Desde el inicio del todo del proyecto se contó con personas reales para hacer las capturas de movimiento. Ya sabes, para conseguir que el androide imitase los movimientos con naturalidad: levantarse de un sofá, acostarse en una cama, correr, saltar, ... Todo. Después se pasó al detalle de las reacciones y entonces hizo falta un modelo masculino y uno femenino para precisar más. Los necesitábamos tantas horas que pasaron a ser parte fija de la plantilla. El estudio de las reacciones contemplaba detalles como, por ejemplo, el conjunto de micro-movimientos que se hacen cuando te dan un susto: ojos muy abiertos, cejas alzadas, separar

brazos del cuerpo, ritmo cardíaco acelerado, echar la cabeza ligeramente hacia atrás... No quiero aburrirte, pero registrábamos y copiábamos todo para que el resultado en el androide fuese igual de natural. Como puedes imaginar, cada vez íbamos más al detalle, pasando a ver dónde y cómo se erizaba el vello de la piel con el frío; cuánto se dilataban las pupilas en proporción a la luz... Te voy dando algunos ejemplos, pero fueron (y son) miles, durante años —hizo una breve pausa y sonrió sin humor para añadir en voz más baja la última frase—. Ahora esa vaga cada vez tiene menos trabajo y nosotros más en lo que pensar. Tenemos que idear pequeñas genialidades casi imperceptibles —señaló a Elisa a su espalda—. Amo lo que has tenido el placer de contemplar. Es como si... no sé... como si un enorme cuadro precioso estuviese prácticamente acabado y el artista se estuviese dedicando ya solo a separarse unos metros de él, de vez en cuando, para contemplar el conjunto y acercarse de nuevo cada vez para dar minúsculas pinceladas —aunque la metáfora no era brillante, sonrió al detective orgulloso de ella.

—No te cae muy bien esa tal Seven —dijo el detective casi con tono de broma, con la esperanza de cortar las reflexiones personales de Turing. Le había quedado muy claro su mensaje y no necesitaba más ejemplos, más aclaraciones ni más repeticiones de lo mismo con diferentes palabras.

—Ya la conocerás. O si tienes suerte no. Bueno... sus pezones ya los *conoces* —acompañó el comentario con una sonora carcajada—. Tenemos prohibido hacer réplicas de personas, pero esos los fabriqué idénticos porque sabía que le daría rabia.

—Preguntas.

—Dispara.

A Leo se le estaban acumulando las dudas y temía que se le echara el tiempo encima y le quedara alguna en el tintero.

—Energía.

—Tienen tres baterías que se van cargando por inducción de la red eléctrica de cualquier casa. Constantemente.

—¿No necesitan estar mucho tiempo conectados? ¿Se quedan en *pausa* mientras cargan?

—No se apagan ni se “*pausan*” (como dices tú), jamás. Y *jamás* es nunca jamás. Elisa —señaló con el pulgar a su espalda, sin girarse— es un modelo de pruebas, sin personalidad ni memoria, para no tener que cargar todo el software cada vez que hacemos ensayos, y con un botón de apagado y encendido. En un androide de compañía normal, no es que este botón esté

oculto... es que no existe dicho botón.

—Funciona siempre.

—Exacto. Las tres baterías son para repartirse mejor el desgaste de cargarse millones de veces. No siempre pueden tener cargas totales ya que el androide no sabe si podrá conectarse diez minutos o cinco horas. Lo importante, lo más importante, es que el dueño no lo vea nunca cargándose... es un *humano* más, y los humanos no se acercan a la red eléctrica para cargarse... El androide aprende las rutinas del amo y se adapta para optimizar las cargas.

—Si me voy a trabajar y se queda sola, aprovechará y se pondrá a cargarse; o mientras me ducho.

—Sí... si te duchas solo.

—¿Y por la noche?

—Lo que tú quieras: se puede acostar en tu cama y simular que duerme; puede *descansar* en otra habitación; puedes hacerle el amor toda la noche. Lo dicho: lo que quieras, pero siempre activa y nunca recargándose a tu vista.

—Has dicho que no tienen botón de apagado.

—No como tal. Me explico: un apagado total hace que pierda la memoria y con ello su personalidad adquirida. Ya te explicará Sorah, es complejo pero cuando el dueño lleva mucho tiempo con el androide, apagarlo es sencillamente el equivalente a matarlo, aunque la intención fuese *ponerlo en marcha* de nuevo el mismo día.

—Son físicamente perfectos, de eso tengo pruebas de sobras, pero... en definitiva son máquinas y como tales podrían fallar —adelantándose a una ofendida reacción continuó antes de que interviniese Turing—. Incluso un robot en el límite de la perfección puede sufrir un accidente, o... no sé...: ¿Un sabotaje? Algo, que justifique que un día se necesite apagar por emergencia, sean cuales sean las consecuencias.

—¿Por qué?

—Pues para que no haga daño a alguien, por ejemplo —el tono de voz se le fue elevando según se agotaba la paciencia. No le parecía una pregunta que necesitase más justificación.

—Pero uno de nuestros androides nunca...

—No continúes con lo de que nunca haría daño a un humano.

—Pero es así.

—Por el programa.

—Claro.

—¿Y por la fuerza?... ¿Puede aguantar toda una noche follando, pero no tiene fuerza para matar una mosca? ¿Y si falla el programa?... yo... es que... ¡Es imposible que os dejen vender una máquina que no se pueda apagar! —se sorprendió a si mismo por su reacción, pero aquello le parecía de una lógica tan aplastante, que solo podía pensar que el científico se estaba burlando de él.

—Yo no he dicho que no se pueda apagar.

Leo tomó todo el aire que pudo, lo soltó lenta y sonoramente y volvió a sentarse en el taburete de laboratorio, frotándose los ojos con la mano izquierda.

—Turing —obligándose a recuperar un tono relajado— entiendo que estáis acostumbrados a caminar constantemente entre la ciencia y la filosofía, pero necesito información concreta. Investigo un asesinato. Hay un muerto. Hay intereses en juego. No soy un entrevistador cualquiera, ni soy el enemigo, todo lo contrario. Roma me paga como a ti. Ayúdame a ayudarlos.

—Es culpa mía. Estoy mezclando conceptos importantes pero diferentes, sin darme cuenta que hay cosas que no sabes. No me he preparado un guion para esta reunión, y como tengo solo una mañana para explicártelo todo, puede que sin querer esté saltando de una cosa a otra —mientras hablaba tomó la camiseta de Elisa, se la puso con dificultad y cerró la puerta del armario—. Intentaré no irme por las ramas ni defender nuestros androides subjetivamente. Esto no es un debate.

—Perfecto, gracias.

—Sobre apagarlos...

—Sí, por favor, dime.

—No tienen un botón para apagarlos directamente, para que no sea fácil hacerlo accidentalmente. Pero hay varias formas de conseguirlo, y todas pasan por una llamada a Real Life Droids —señaló la PFI del antebrazo de Leo—. Llamas, te identificas, identificas el androide por un código que solo tiene el dueño, haces la solicitud y comentas el problema mientras el sistema analiza tu voz y los datos facilitados. Te pedirán una última confirmación de la solicitud de apagado, avisando que la memoria será irrecuperable para que quede registrado que eres consciente y de que es tu voluntad...

—Un poco largo para una emergencia, ¿no?...

—Es más largo de explicar que de hacer. Si estás seguro, llamada, datos y confirmación ocupan 2 minutos en total, como máximo. Está calculado así para que sea lo suficientemente rápido en caso de emergencia, y a la vez lo

suficientemente *lento* para forzar al cliente a hacer una última reflexión antes de que no haya vuelta atrás.

—¿Y cómo se apaga?

—A eso iba: Tras la última confirmación te dictarían una secuencia de vértebras que deberías ir pulsando en la espalda del androide, es única por unidad, la tendrías que ir siguiendo en riguroso orden y al final... el final — por la expresión de Leo se vio obligado a continuar—. Ya te dije que no daba lugar a apagarlo por accidente...

—Supongamos que está descontrolado y no puedes pulsar cómodamente las vértebras.

—¡Jamás se ha dado...!... de acuerdo, de acuerdo. En la misma llamada a Real Life Droids se pregunta si se tiene acceso a las vértebras; ya que, de no tenerlo, enviarían un archivo con ultrasonidos. Su descarga es inmediata y luego sencillamente lo repites dos veces desde tu propia PFI en dirección al androide (incluso si estás en otra habitación) y tendrá el mismo efecto: apagado inmediato. Por supuesto tanto el archivo como la secuencia de vértebras, son únicos por androide. Es más, son únicos e irrepetibles, o sea que no servirían si quisieras volver a hacer un apagado en el futuro.

—¿Más formas de apagarlos?

—El equivalente al asesinato de un humano.

—¿Cómo?

—Los androides no son indestructibles, ni siquiera tienen más fuerza que un humano. Tienen exactamente la misma que tendría una persona con el mismo físico. Masculino o femenino, grande o pequeño, delgado o atlético, cada uno tiene una fuerza, pero nunca supera a la del hombre.

>> Pueden defenderse pasivamente; vamos que si le vas a dar con un bate de baseball, lo ve a tiempo y calcula que al esquivarlo no sufrirá daño el humano: intentará apartarse. Pero si el ataque es rápido, o por sorpresa, o lo hacen varias personas a la vez, evidentemente pueden destruirlo (o apagarlo). Por... *ingeniería poética* —sonrió orgulloso de la expresión improvisada—, los procesadores de la conducta y casi toda la memoria están en la parte superior de la cabeza, (el *cerebro*), así que un cuchillo clavado en la cabeza lo apagaría también. En definitiva —resumió— en este sentido las posibilidades para acabar con un androide son tan infinitas como las que hay para asesinar a una persona.

—De acuerdo, me hago una idea.

—Tengo respuestas para todo, pregunta lo que necesites —contestó con

humor, recuperando el clima del principio de la entrevista.

—¿Alguna vez...?

—Nunca jamás —se adelantó Turing.

—¿Con ninguno de los modelos vendidos en todo el mundo y en todo este tiempo?

—Nunca se ha tenido que apagar uno defectuoso por vértebras, y menos por ultrasónicos. Eso es lo que querías preguntar, ¿verdad?

—¿Ni con los modelos viejos?

—Leo —tomándole la cara entre las manos, y acercándose hasta casi hacer que tocasen sus narices—. Nunca jamás.

Leo se echó hacia atrás sonriendo pero incómodo.

—Estas tardando mucho en hacerme *la* pregunta, detective —dijo Turing serio, acomodándose de nuevo en su taburete.

La boca de Leo era una línea horizontal que jugando al póker no daría pista alguna sobre sus cartas. Pensó que el científico pequeño y delgado en exceso, que le miraba divertido desde su asiento, podía ser tan listo como presumía.

—Has dicho que a la cuarta vez que se le repite al androide una orden directa, la tiene que cumplir. Siempre.

Turing dio una sonora palmada riendo como si acabara de ganar una apuesta consigo mismo

—Lo realmente extraño es que me hayas dejado hablar tanto sin volver a este tema.

—Mucha información en una sola sesión. Mi sistema es ir por orden de temas pendientes, lo de ir por orden de importancia viene luego —sonrió—. ¿Y bien?

—La pregunta concreta que quieres hacer es, si un androide podría obedecer el mandato de su dueño, si le ordenase hacer daño a otro humano...

Leo se ahorró una puntualización sobre hacer daño o asesinar, pero solo hizo ademán de esperar la respuesta, a modo de confirmación.

—Y la respuesta es, que no puede. Evidentemente. Lo de las cuatro órdenes seguidas es un *truco* permitido al amo, por si puntualmente no tiene ganas de seguirle el juego al androide. No tenemos que desviarnos de la realidad: una persona se gasta mucho dinero, (muchísimo), en un complejo juguete sexual, para hacer lo que quiera con él, lo que incluye: dejarse hacer, conseguir lo deseado interactuando con la personalidad que va adquiriendo el androide, o ir *directo al grano* alguna vez. Para esto último está la regla de

las cuatro órdenes directas. Y esas órdenes las acatará si, y solo si, es algo que no cause daño ni al dueño, ni a otro humano, ni a un animal, ni al propio androide. Así de sencillo.

—¿Qué hace si se lo pides? Si le pides que haga daño.

—Ese es el campo de Sorah, pero algo te puedo adelantar. El androide usará, con la personalidad que ha ido generando con su dueño, la mejor evasiva. Bromeando, pasando a otro tema, diciendo que no secamente, proponiendo otra cosa... dependerá de lo que sepa que le gusta más al amo, pero no hará daño.

—Vale, ya profundizaré en todo lo de la personalidad y la conducta con la experta en la materia.

—Luego te acompañaré a su planta. Respecto a lo de las cuatro órdenes, no le daría mayor importancia, gracias a los avances de la doctora, (sí, aquí las paredes podrían empapelarse con doctorados, y solo Roma presume más de ello que nosotros mismos), el androide se va adelantando tanto a los deseos del dueño (sea consciente de los que son o no), que no necesitas dar órdenes directas nunca; puedes dejarte sorprender gratamente.

—Aprende de todo lo que ve, oye, *siente*... del dueño.

—Así es. Cuando quieres comprarte un coche, sabes de qué color lo quieres, dices rojo, te dan uno rojo, pagas uno rojo y te vas contento con tu coche rojo. El androide de compañía es mucho más complejo (y mucho mucho más caro), puede que tú mismo no sepas decir de qué *color* lo quieres... ¡Pero no se preocupe caballero, se lo venderemos de un *color* que será el que deseará... solo tiene que estar preparado para conocerse...! —el científico añadió esto último con una actuación que recordaba a los vendedores de elixires milagrosos del antiguo oeste. Pero Leo valoró lo acertado del mensaje.

—Ver, oír, sentir. Todo ello me lleva a otra pregunta imprescindible: El androide ¿hace alguna copia de todo lo que registra? ¿lo hace a diario? ¿dónde queda esa copia?

—Muy fácil: no existe copia alguna, de ningún tipo, y de nada de lo que percibe.

—¿Ni *dentro* del propio robot?

—Ni *dentro* ni *fuera*. Nada. Por dos motivos: el primero, evidente, es porque lo dicta la Ley, que tuviésemos acceso a esa información, podría contar como espionaje, invasión de la intimidad, y cosas peores, eso te lo podrá detallar mejor Roma; yo solo sé que aunque quisiéramos, no

podríamos. Y el segundo motivo es la garantía absoluta al cliente, de que queda asegurada su privacidad. Toda copia en el androide o en un servidor, de lo que oye, escucha, hacen... sería susceptible de ser alcanzada, por ejemplo, por un pirata informático...

—No te robarán las joyas si no tienes joyas.

—Exacto. Imagina que eres el respetable alcalde de una enorme ciudad. Casado, con hijos, y te compras un androide de compañía masculino para dar rienda suelta a tu...

—Ya me había quedado claro antes del ejemplo, gracias —cortó Leo con humor—. Supongo que además el espacio que ocuparía tal volumen de datos sería un problema.

—Cobrándolo no sería un problema. Sé que algún cliente lo pidió para registrar la información de su propio androide, (no me preguntes para qué), ofreciendo un cheque en blanco para lo que llamó el “*almacenado de datos*”; pero aun así se le negó por lo antes expuesto: No solo por Ley o por la privacidad, es el hecho de que otros clientes se puedan llegar a enterar de que lo habíamos hecho, aunque fuera una excepción, les pondría en aviso de que *podemos* hacerlo.

Leo se levantó como avance del final de la entrevista, consciente de que el resto de preguntas que acumulaba eran competencia del departamento que dirigía Sorah.

—Muchísimas gracias por toda la información, la paciencia y la sinceridad, Turing —dijo jugueteando con unos tornillos sueltos que había sobre la mesa.

—Ha sido un placer. Es entretenido explicar estos detalles a los *profanos*, y a veces salen ideas al ver otros puntos de vista —señalando los tornillos de la mano de Leo añadió—. Por cierto, ojo con llevarte algún *recuerdo*.

—No es que esté interesado en llevármelos, pero tampoco parecen muy valiosos —bromeó sosteniendo uno de los sencillos tornillos entre el índice y el pulgar, mirándolo de cerca.

—No es por eso. Es que todo el material de los laboratorios está irradiado con indicadores. Es una de las salomónicas medidas de Roma para no tener que preocuparse por posibles robos. Da igual si te llevas un tornillo o toda una batería de procesadores, en cualquier caso, a la salida tendrás un incómodo concierto de alarmas.

Leo soltó el tornillo sobre la mesa.

—Pero no te preocupes por tu salud —continuó Turing—, es una

radiación totalmente inofensiva para el ser humano. Nosotros trabajamos constantemente con estos materiales y está demostrado que no es nociva. Comprobado.

Leo estaba seguro de que el científico lo habría hecho revisar por médicos ajenos a la empresa para estar seguro de ello.

—¿No os parece una medida extrema?

—Llevo años aquí... tal vez si me hubiese ido llevando material, aunque fuese obsoleto o defectuoso, a estas alturas podría tener mi propio androide de compañía en casa... —era solo un ejemplo, pero era evidente el alcance y consecuencias de las posibles *pérdidas* de material—. Roma es muy celoso de sus máquinas, sus científicos y sus ideas; y con el tiempo ha conseguido transmitirnos esa inquietud, hasta que lo hemos considerado algo normal y necesario para nuestra subsistencia como empresa.

Continuaron caminando en dirección a la puerta. Turing estaba en silencio, pero a Leo le dio la impresión de que era porque buscaba las palabras correctas para comunicar algo incómodo. Ya estaban delante de la puerta y el detective dejó que el científico pasara delante para que le guiara a su siguiente entrevista.

—Leo —muy serio—... si al principio de la charla he ido algo rápido, ha sido sin querer, por asumirte por sabidos muchos conocimientos generales de la robótica...

El detective frunció el ceño y fingió no entender para que siguiera.

—... Roma nos hizo un breve resumen de tu historia, para que entendiésemos mejor con quién íbamos a hablar. Respecto a tu vida personal... nos habló de la enfermedad de tu hijo, de cómo fue empeorando y cómo tú mismo fuiste adaptando y mejorando la silla a la que se encontraba anclado, aprendiendo sobre la marcha, para darle mayor calidad de vida.

Turing tenía un nudo en la garganta y Leo decidió echarle un cable en lugar de ofenderse.

—En los soportes vitales no tenía nada que hacer y jamás se me hubiera ocurrido tocar elementos tan delicados. Mis... chapuzas eran para que al menos pudiese comer solo, poner la televisión, etcétera. La silla venía perfectamente equipada, pero la evolución de la enfermedad al final era tal que habría hecho falta un experto dedicado cada día a ajustar o añadir elementos para poder ayudarle cada vez más —la respuesta no era solo para el científico; Leo sabía que si su decisión era vivir, tenía que tomar los recuerdos como tales, y ser capaz de comentarlos sin derrumbarse. Hablar

abiertamente del tema era todo un ejercicio, una prueba, para él.

—Siento muchísimo tu pérdida y aún a riesgo de que me consideres alguien insensible, quería decirte que con aquello tal vez entiendas mi completa fascinación por la ciencia.

Aunque lo pensó, el detective no le respondió que la ciencia no consiguió salvarle. Aquel estaba muy lejos de ser el escenario e interlocutor para esa conversación.

Finalmente Turing avanzó el último paso que los sensores de las puertas necesitaban para abrirse automáticamente. Para visible consuelo del científico, nadie transitaba los pasillos.

Leo no sabía en qué dirección encaminar sus pasos, pero ante la inmovilidad del científico, decidió ir al menos hacia el ascensor, al otro extremo del pasillo. Turing lo tomó con fuerza por el brazo, obligándole a detener su marcha y girarse.

La despedida ya le estaba resultando demasiado larga, pero para su sorpresa se encontró con un Turing totalmente diferente, serio; con una mirada amenazante que chocaba totalmente con la breve conversación sobre su hijo o las bromas sobre el sexo.

El científico empezó a hablar como el pirata moribundo que da las coordenadas del tesoro oculto a su compañero. Habló prácticamente al oído de Leo, en voz baja y grave:

—Escucha... sé lo que estás pensando de mi... *un científico delgaducho, con aires de grandeza, que bromea feliz desde su encierro voluntario en este edificio, porque en definitiva es un cerdo salido y mal hablado, y así al menos imagina lo que es acariciar mujeres increíbles...* —Leo escuchaba con el ceño fruncido. Antes de poder separar los labios, Turing continuó—. Pero estás muy equivocado, me gusta mi trabajo porque me permite tener siempre al alcance lo último en tecnología, porque es un reto constante al ingenio y a la imaginación, pero joder, muchas veces parece que sea el único que tiene claro qué es lo que estamos fabricando aquí —se humedeció los labios, mirando fugazmente a los lados para asegurarse de que seguían solos—, hacemos hombres y mujeres de mentira, para follar. Y estoy muy cansado de las sutilezas y las florituras para ¿dignificar? nuestro trabajo; todo ese vocabulario correcto, educado y cargado de misterio... —Turing no deseaba una interrupción, necesitaba liberarlo todo—. Si quieres me disculpo por cómo he hablado esta mañana, o mi aparente falta de tacto; no pretendo que lo entiendas, tal vez sea una válvula de escape o una forma de traerlos a la

realidad... —él mismo se dio cuenta de que empezaba a divagar y que se le escapaba el tiempo, así que se cortó—. Todo esto da igual, pero una cosa sí te *garantizo* —cerró aún con más fuerza la mano alrededor del bíceps del detective y masticó las últimas palabras—: ya puedes encontrar al asesino hijo de puta, porque... los androides no han sido —el científico liberó finalmente el brazo de Leo.

—Quiero pensar que me pagan por encontrarlo y no por ocultar *algo* —el detective le devolvió la misma mirada seria, cargada de respeto.

Leo vio como cambiaba la expresión en el huesudo rostro del científico. Probablemente gracias al desahogo del discurso, y con la tranquilidad de no haberse dejado nada en el tintero, volvió a ser el Turing relajado que estuvo hablando dentro del laboratorio.

—Yo... tenía que...

—No pretendo conocer una persona por unos minutos de conversación técnica.

—Pero puedes hacerte una idea. Voluntaria o involuntariamente.

—Para eso están las aclaraciones —sonrió tranquilizador.

El sonido de la llegada del ascensor, al fondo del pasillo, hizo que ambos dirigiesen allí sus miradas.

Al abrirse las puertas salió una de las mujeres más hermosas que Leo había visto en su vida. Una Venus de Milo en vida que recorría el pasillo con paso firme, haciendo que su larga melena pelirroja diera latigazos al ritmo de sus caderas. El pelo del color del cobre recién pulido combinaba a la perfección con su piel pálida, solo sonrosada en las mejillas.

Tenía una nariz diminuta, delicada, y los ojos de un verde tan radiactivo que ya desde lejos se podía distinguir su color. Según se aproximaba a ellos, a Leo le fue recordando los anuncios en los que las modelos parecen ir en cámara lenta, con el pelo salvaje y alborotado, movido por un ventilador invisible. Podía imaginar su voz dulce susurrando el nombre de un perfume, en el idioma de los ángeles.

—Canijo. Dile al gilipollas de tu amigo que cobro a los babosos que me miran así —se detuvo frente a una puerta a pocos metros de ellos, entró y cerró con un violento portazo.

—¿Seven? —preguntó el detective mirando aún al pasillo vacío.

—Sí. Por los siete demonios que lleva dentro, supongo... En fin, al menos no llevaba en las manos nada que tirarnos —bromeó Turing.

—Bueno. Una presumida y borde más a ignorar. Una lástima, con lo

guapa que es.

—Uno: No la puedo ignorar, parte de mi trabajo es estar con ella, aunque ya me preocupo de no estar a solas con ella. Dos: no es borde, es mala. Yo ya sé que por aquí algunos parecemos ingenuos adolescentes, siempre de buen humor y como si estuviésemos *desconectados* de la realidad. Pero es el ambiente en el que nos gusta trabajar, en el que estamos cómodos y del que salen las mejores ideas. No pretendo que sean todos así, ni mucho menos. Pero ella no es que esté malhumorada, es que es una de esas personas que parece estar atenta a cualquier nueva información que le sirva para hacer daño, como si le divirtiese tu reacción —mientras hablaba llegaron al ascensor, donde las credenciales del científico hicieron que se iluminase la batería completa de botones, y pulsó el número de la planta de Sorah—... bah, da igual, solo piensas que soy un llorica y que ella tiene un carácter fuerte.

El sonido de las puertas al cerrarse fue todo el consuelo que le dio el detective.

Llegaron a destino y tal como había imaginado, se encontró de nuevo con un amplio pasillo flanqueado por puertas; solo el color diferente de las paredes impedía no pensar que estuviesen en la misma planta de Turing; éste le fue guiando hasta la puerta del despacho de Sorah.

—Encima la zorra es lesbiana —a pesar del instante en silencio, el científico no pudo seguir interiorizando su discurso—... que no es que tenga nada en contra, todo lo contrario, vaya morbo, pero es que pidió un androide de compañía masculino...

—¿Puede costárselo? —la pregunta le salió a Leo de modo automático, ignorando el resto de la reflexión.

—No creo, pero es que es su nómina. ¿Me explico?

—Como un libro cerrado.

—Su... novia, o pareja, sí que está podrida de dinero, así que cuando negoció el contrato en vez de una nómina generosa, pidió una muy básica y un androide de compañía masculino... A saber qué le hacen.

—Si quieres luego te hago un esquema.

—No quieres entenderme. Es mala, no valora nuestras obras de arte y... no hace falta que me mires así, ya la conocerás. Y me darás la razón.

Pero Leo no tuvo ocasión de conocerla, porque no volvió a verla con vida.

Al día siguiente el detective, delante del cadáver, tendría que cerrar los

ojos para poder recordar su belleza salvaje.

6

En el mismo momento que Turing iba a llamar a la puerta, coincidió que Roma salió del despacho.

—Oh. Que coincidencia. Estaba repasando unos asuntos con Sorah y su equipo antes de tu visita. Veo que para variar me he extendido más de lo previsto.

Roma se dirigía a Leo, pero fue Turing el que habló.

—Me adelanto a decirle a Sorah que ya está aquí el detective.

—Sí. Por favor, Turing.

Cuando el científico entró, Roma dejó una mano sobre el hombro de Leo para invitarle a esperar un momento.

—¿Todo bien con Turing?

—No tiene pelos en la lengua. Me ha explicado lo más básico, sin censuras y ha tenido paciencia con el aluvión de preguntas.

—Me alegro. Tengo gran aprecio por Turing y por Sorah, a decir verdad por ambos en la misma medida. También para la empresa tienen, cada uno en su campo, el mismo valor. Y el mismo sueldo —añadió sonriendo.

Además de ser genios, son personas encantadoras, que contagian su buen humor. Ojalá tuviese más colaboradores como ellos. Es una lástima que los conozcas en estas circunstancias.

—También he visto a Seven.

—¿Has hablado con ella?

—Solo nos hemos visto un segundo en el pasillo de la planta de Turing, y nos hemos *saludado*.

—Entiendo. Bueno... no le pagamos por ser simpática.

—A Turing y a Sorah tampoco.

—Exacto, y tal vez por eso valoro aún más su carácter... —Roma acabó la frase con una sonrisa apretada acompañada de una mirada que invitaba a dejar el tema.

A Leo le gustaba llevar las cuestiones al límite educadamente, para estudiar las reacciones, por curiosidad y para sacar información, pero era consciente de quién era su cliente y aunque estaba cuestionando su selección de personal, no se le escapaba que el trabajo de Seven lo podía hacer cualquiera... literalmente.

—Continúo con el segundo Master en androides de compañía del día —

dijo con humor.

La salida de Turing en ese momento acabó de disipar toda posible sombra de tensión.

—¡Relevo! Pasa cuando quieras. Yo seguiré en mi laboratorio por si necesitáis cualquier cosa —le tendió la mano al detective y se la estrechó con fuerza—. Un placer, sinceramente. Si se te ocurre cualquier cosa no dudes en llamarme cuando quieras, da igual la hora —podía ser un comentario para quedar bien delante del jefe, pero a Leo le pareció sincero.

—Igualmente. He aprendido mucho. Te tomo la palabra para las dudas que me puedan quedar.

—Muchas gracias por tu tiempo, Turing —añadió Roma.

Director y científico se fueron en direcciones opuestas y Leo golpeó el marco de la puerta abierta, por educación.

—¿Hola?

—Adelante, por favor —se escuchó al fondo.

Un pequeño recibidor daba paso a la sala de reuniones. A un lado había una puerta tras la que se oían las animadas conversaciones del equipo que había estado reunido.

Sorah estaba de pie en el otro extremo de la gran mesa que presidía la sala, iba en dirección al detective pero éste aún no le había visto el rostro, ya que ella aprovechaba el trayecto para ir pulsando sobre la mesa los interruptores, de los que habían olvidado dar la orden de recoger sus pantallas.

Cuando llegó a la última estaba justo delante de Leo y le miró con expresión divertida.

—Soy una maniática —bromeó tendiéndole la mano—. Leo, supongo.

—Sorah, supongo —le estrechó la mano sacudiéndola varias veces, distraído, arrepintiéndose de la ridícula presentación. Era la segunda vez en cinco minutos que se sentía estúpido contemplando una mujer. Y le incomodaba no ser hábil para disimularlo. Se dijo que definitivamente debía salir más de casa.

Sorah no tenía la belleza perfecta de Seven. Era una de esas mujeres que sin tener unos labios, unos ojos o una nariz perfectos individualmente, regalaba al espectador un conjunto ideal. Una de esas bellezas indescriptibles pero naturales.

Tenía el pelo negro como obsidiana pulida, peinado hacia atrás, recogido en una práctica y sencilla cola alta. Mientras hablaba se iba llevando algún

mechón de pelo suelto detrás de las pequeñas orejas; el gesto lo repetía de forma automática, a veces incluso sin que hubiese cabello que recoger.

Los ojos color ámbar reflejaban alegría y curiosidad infantil, los tenía ligeramente rasgados, lo que sumado a su piel morena hacía recordar a una india americana, aunque no lo fuese. El tono de su piel era natural, lejos de los abusivos baños de rayos UVA que volvían a estar de moda.

Comparada con Seven era más baja, tenía algo menos de pecho y algo más de trasero, pero singularmente el conjunto resultaba ideal. Leo la estudió al milímetro por un instante, inconscientemente. Le era imposible adivinar si ella estaba haciendo lo mismo, aunque lo dudaba.

Sorah liberó la mano, que aún le estaba estrechando el detective, tirando hacia ella exagerando el gesto cómicamente.

—¡Mía! —bromeó.

—Perdona. Estoy distraído. Mucha información seguida.

—Ya imagino, tras el bombardeo de Turing. Vamos a mi despacho, estaremos más tranquilos —y siguió hablando mientras iniciaba la marcha—. ¿De dónde viene el nombre de *Leo*?

—Oh. De Leonardo Da Vinci —contestó de forma automática—. Mis padres lo encontraban un personaje fabuloso, decidieron darme *parte* de su nombre como homenaje, y la verdad es que me siento humildemente orgulloso de ello.

—¿Fabuloso por pintar bien, por inventar ingenios mecánicos o por saber tanto de anatomía?

—Supongo que por ser tan bueno en tan diferentes disciplinas. La genialidad hecha persona.

—Entiendo... Casi hace que cualquier otro contemporáneo suyo, maestro de la pintura o de la escultura parezca un genio menor por ser bueno *solo* en eso... —se giró para mirarle mientras caminaban y con su sonrisa iluminó la sala.

Pasaron a un despacho que era modesto para lo que Leo esperaba encontrar. No era pequeño, pero estaba tan cargado de documentación, libros y manuales que se reducía el espacio útil. No era común encontrarse tal cantidad de información en papel. Solo los libros antiguos y dirigidos a un público muy concreto, si en su día no pasaron a un formato digital ya no merecía la pena hacerlo. Estaba claro que Sorah se documentaba, se informaba o se inspiraba con tratados de todas las épocas aunque trabajase con lo último en tecnología.

Leo esperaba la invitación a sentarse cuando Sorah le sorprendió con otra oferta.

—Acompáñame a la ventana, por favor.

—Que obsesión tenéis...

Sorah estalló en carcajadas. Como cuando se quiere dar rienda suelta a la risa en un momento totalmente inapropiado, imposible de contener. Trasladó a Leo a otra época, a otro tiempo en el que oía y sentía eso en su propia casa. Un adorable eco del pasado que le invadió antes de intentar comprender qué estaba pasando.

—Perdona, por favor, perdona —dijo ella con los ojos aún húmedos y apoyándose brevemente, con camaradería, en el brazo del detective. Éste le sonreía pero sin ocultar que ignoraba lo que pasaba—. Turing me ha dicho lo de la ventana con Roma y que casualmente se repitió luego con él y... y no lo he podido evitar. Oh, que estúpida tienes que pensar que soy.

—Bueno, será la tercera vez esta mañana que disfruto de las vistas desde vuestro edificio —se aproximó al cristal y miró para abajo— tú además puedes ver parte de vuestro parking.

—No me recuerdes eso —al lado de él, Sorah se quedó mirando también al aparcamiento, pensativa. Se encontraban a una altura considerable, pero aún se podían adivinar los modelos de algunos vehículos.

—¿Entiendes de coches?

—Algo. ¿Por qué?

—¿Qué destacas en ese parking?

No tuvo que señalárselo. El vehículo le llamó la atención desde el primer vistazo.

—El Ford Mustang GT3500 eléctrico.

—Vaya... suerte que sabes solo *algo*.

—Es por mi padre... Una larga historia. ¿Qué le pasa al coche?

—Al coche nada. Es bonito. Yo no entiendo mucho de coches, pero por curiosidad en su día consulté en mi PFI para confirmar lo que sospechaba: que con mi sueldo tendría serios problemas para poder llegar a fin de mes, pagándolo y manteniéndolo.

—¿Es de Roma?

—No. De Turing —contestó mientras iba a su silla y se sentaba, señalando al detective otra libre al otro lado de su mesa.

—Curioso. Me han dicho que teníais iguales responsabilidades, reconocimientos y nóminas.

—Y yo no soy nadie para pensar lo contrario. Es posible que haya recibido una herencia o que le haya tocado la lotería —sonrió sin humor.

—Pensaba que lo de iguales cargos con sueldos diferentes en función del género, era cosa del siglo pasado.

—No digo que sea el caso... y me llevo bien con Turing, pero ¿qué te parece?

—Que estamos hablando poco de androides.

No pretendía ser brusco, pero la experiencia con las entrevistas precedentes le había demostrado que si no se esforzaba en ir centrando la conversación, tendían demasiado a irse por las ramas.

Ella sonrió sin acritud. Era de aquellas personas capaces de borrar la pizarra y comenzar de nuevo una conversación partiendo realmente de cero.

—Vamos a lo que nos ocupa. Supongo que Turing ya te ha dado nociones sobre la mecánica de nuestros androides, ahora me toca a mi contarte lo propio sobre su comportamiento. Turing me ha adelantado que eres bastante práctico y que más que un manual completo, lo que quieres son las bases generales para luego ir preguntando sobre los detalles que consideras de interés para la investigación. Por mí no hay problema en seguir ese sistema.

—Perfecto. Así también os robo el menor tiempo posible.

—Antes de ir directa al asunto —su expresión se paseó entre el enfado y la tristeza—, quería disculparme de nuevo por mi actitud. Soy consciente de que vienes a informarte, a documentarte por el caso de un asesinato... y ahora me siento ridícula por las bromas de antes.

—Uno no puede evitar su carácter si es espontáneo y sincero. No lo he considerado una falta de respeto y, entre nosotros, también sirve para oxigenarme después de lo que vi ayer en el escenario del crimen y de pasarme buena parte de la noche revisando los detalles.

—Igualmente no lo considero apropiado —Leo negó suavemente con la cabeza sin añadir nada más—. Soy consciente de la trascendencia que puede llegar a tener este caso, por mucha fe que tenga en la completa inocencia de nuestros androides.

El detective no terminaba de acostumbrarse a la preocupación que parecían mostrar todos ellos, por la impresión que les pudiese causar, parecía un interés real por que les conociera. En cualquier caso lo que agradeció, para no seguir atrasando el inicio de las explicaciones, fue que, tras comentar que había estado en el escenario del crimen, ella no le hubiese hecho preguntas (ni morbosas ni curiosas).

—Conducta de androides —dijo Sorah como título del tema al que daba inicio.

—¿O *principios* de los androides?

—Esa es una buena distinción para empezar, porque no es lo mismo. Los principios son fundamentales e inalterables desde el primer modelo que se hizo, hasta el más moderno.

—¿Hablas de las leyes de la robótica de Asimov?

—Van implícitas, pero es algo más complejo. Lo más básico, que es no hacer daño a un ser humano se mantiene como primera norma, por supuesto. La gran diferencia tal vez esté en lo de que “... por su inacción un robot no puede permitir que un ser humano sufra daño” —dijo ella parafraseando al gran maestro—, es algo tan complejo que podría escaparse al análisis del androide, de modo que para evitar males mayores, ante la duda: *no actúa*.

—¿Me estás diciendo que una persona podría, por ejemplo, suicidarse tranquilamente delante de su androide de compañía?

—Igual que delante de una silla o de otro humano.

—El humano haría algo.

—O no...

—Déjate de evasivas, así no avanzamos.

—De acuerdo. Lo justifico de otro modo: Supongamos que un hombre va a suicidarse delante de su androide, (sin decirle expresamente que va a hacerlo). Comento las reacciones de la máquina paso a paso: El hombre saca una pistola: el androide no hará nada. La carga: el androide no hará nada. Se apunta a la cara: el androide no hará nada. Y ya si decide apretar el gatillo...

—¿Y si apuntase con el arma al androide?

—Tampoco haría nada. El peligro es el mismo. Para el robot es una acción que no está entendiendo.

—¡Eso es absurdo!... ¿No se le pueden poner en memoria estos casos para poder mediar y... salvar una vida?

—Dos cosas. Uno: Serían miles de posibilidades con miles de variantes *a poner en memoria*, y aun con todo se escaparían otras tantas posibilidades que ni se nos pueden ocurrir. Y dos: Entraríamos en posibles malinterpretaciones peligrosas.

—¿Malinterpretaciones peligrosas?

—Siguiendo con el ejemplo del tipo con la pistola. Imagina que lo que está haciendo es limpiar su arma. Está con su androide, coge la pistola, puede estar cargada, la está limpiando cuidadosamente; el robot piensa que su amo

se va a suicidar, porque se está dando una de las posibles situaciones que tiene en memoria, se levanta atropelladamente *para salvar una vida*, y podría asustar al dueño haciendo que se disparase, o que en el forcejeo por el arma se disparase accidentalmente e hiriese al dueño o a otra persona de la habitación... Y todo esto sin entrar en que un androide no sabe toda la verdad, o si le mienten. En un conflicto, su dueño es solo su dueño, eso no implica que sea *el bueno*, ni tiene que darle la libertad de poder usar al androide como *arma*.

—Es un ejemplo tremendamente retorcido...

—O sencillamente... posible... Ante millones de posibilidades como esa, lo que somos es cien por cien sinceros con el cliente y le recordamos que no adquiere un vigilante, ni un guardaespaldas, ni un policía, ni un médico, sino un muy elaborado compañero de juegos sexuales —dijo muy seria, para, después de una pausa, sonreír.

—¿Por qué te ríes? —preguntó con humor, aunque digiriendo aún lo explicado.

—Estamos en el punto uno de los principios, lo que está aún más allá de mi trabajo y parece que ya estamos discutiendo. Me ha hecho gracia.

—Lo siento. No puedes decir que Turing no te avisó.

—Cierto. De todos modos, prefiero este sistema de discutir los puntos o dudas según salen, a que me dejes soltar todo un discurso monocorde.

—Sigamos con los principios entonces.

—Sobre los principios básicos, como sabes, por debajo de no hacer daño estaría el de cumplir las órdenes. Pero hay dos órdenes que nunca acatará.

—Se pone interesante.

—La primera, evidentemente, es que no cumpliré la orden de hacer daño ni al dueño ni a otro humano y la segunda es que nunca se autodestruirá.

—Vamos, que si a un degenerado le excita hacer quemaduras a su androide, se las puede hacer, pero no le puedes pedir que se las haga.

—Bueno... es un posible resumen gráfico —bromeó ella, dando a entender que realmente era mucho más complejo—, pero en esencia es eso. El dueño puede pedir que le haga daño o que se dañe el androide a sí mismo, pero éste no lo hará.

—¿Se quedará paralizado?

—¡Ahí entro por fin yo!

—¿Cómo?

—Hasta ahora hemos hablado de principios básicos y comunes en todos

nuestros modelos, algo que se podría decir que es más responsabilidad de los informáticos que mía. Mi trabajo es, en resumidas cuentas, que no parezcan máquinas, sino compañeros... humanos.

—Con disponibilidad sexual absoluta.

—Nunca olvido en qué trabajo —dijo seria—, que no te engañe que use metáforas y eufemismos en vez del... *vocabulario poco sutil* de Turing.

—Solo pretendía matizar... Pensaba en voz alta. Decías que no se quedaban paralizados ante una de esas órdenes.

—Exacto. El principio básico le dice internamente “no hagas daño”, entonces pasamos a la conducta, la respuesta, mi campo. En base a lo que ha ido aprendiendo del carácter y gustos de su dueño, reaccionará con una respuesta evasiva u otra.

—A un cliente con un gran sentido del humor, en lugar de contestarle “no te haré daño”, le intentaría contar un chiste y cambiar de tema —aventuró el detective.

—Por ejemplo. O a uno muy pasional le puede proponer otro juego, ponerle la mano en la cara interna del muslo y acariciarle dónde y cómo sabe que a él más le gusta... —Leo mostró naturalidad ante el ejemplo alternativo, pero ella notó cómo se humedecía los labios y tragaba saliva, mientras simulaba seguir tomando notas sobre la PFI de su antebrazo.

—Con lo que cuesta una de vuestras máquinas, uno se imagina que se podría dar rienda suelta a todas las *pasiones*...

—Y así es.

—... descontroladamente.

—Y eso es lo que hacemos que parezca... —ella sonrió indicándole que podrían seguir con aquella partida de tenis durante horas—. En este aspecto podemos dejar el debate. Jamás hará daño a una persona, ni por principios básicos, ni por conducta, ni porque se lo ordenen. Y si hablamos de juegos con una mínima dosis de... dolor... claro que se contemplan, pero dar un cachete en el trasero, un pellizco o hasta un mordisco, no es hacer *daño*. En esta empresa conocemos muy bien el dicho del huevo y la piedra —Leo arrugó el ceño indicando que lo ignoraba y ella continuó para explicarlo—. Es muy fácil hacer un robot que pueda romper una piedra con sus manos, pero muy difícil hacer uno que pueda coger un huevo con sus manos sin romperlo.

—Cientos de sensores.

—Exacto. En esencia es otra de las cosas que hacen únicos a nuestros

androides. Esa sensibilidad ayuda a que parezcan humanos. *Saben* hasta donde llega el juego y en qué momento pasaría a ser daño.

—De acuerdo. No nos entretendremos más con este punto —repasó sus notas para encontrar otro punto por el que continuar—. Decías que parte de tu trabajo es que parezcan compañeros —dijo automáticamente, para llenar el silencio mientras seguía pensando.

Leo notaba que, aunque de buen humor, ella estaba tensa y mostraba un discurso muy técnico. Necesitaba que se relajase para conseguir información más allá de lo que pudiese leer en los manuales. Quería llegar a las opiniones personales.

—Un momento —se interrumpió él mismo—. Antes de seguir y solo por curiosidad. ¿Qué estudiaste exactamente para conseguir este puesto?

—Bueno, para este trabajo estudio cada día —esbozó una tímida sonrisa y continuó—. Lo que estudié antes de entrar en la empresa fue Computación del comportamiento...

—Vaya. Igual que yo.

—¿En serio? ¡Qué casualidad!

El detective no reprimió una carcajada sincera.

—¿Qué pasa? —preguntó ella desorientada.

—Seguro que eres incluso más inteligente de lo que exige el trabajo. Pero mientes muy mal —lo dijo destacando la inocencia, y no como burla o crítica—. Supongo que Roma os informó bien sobre mi, incluyendo lo que había estudiado...

Ella sonrió sin separar los labios, soltando el aire por la nariz y alzó los hombros. *Me has pillado.*

Realmente ella había simulado la sorpresa de forma convincente, pero Leo quería aprovechar para transmitirle la sensación de que no era fácil engañarle.

—También pensaba que no estaba tan visiblemente nerviosa, como para que tuvieses que preguntarme por mi currículum y abandonar la conversación para relajarme.

El detective la miró a los ojos como el jugador de ajedrez que aplaude en silencio la jugada de su adversario. No eran rivales y ambos agradecieron decir abiertamente lo que pensaban. Finalmente Leo sonrió sin separar los labios y alzó los hombros imitando el gesto de ella. *Me has pillado.*

—Por suerte para ti —continuó ella—, no tengo nada que ocultar y soy muy curiosa. Así que podemos seguir con todo el apartado técnico y te daré

mis opiniones, si las necesitas. También se admiten preguntas personales...

—Sorah se atrevió a hacer la propuesta aprovechando la situación, en otro momento ella misma lo habría encontrado poco acertado. También sabía que si Leo tardaba más de treinta segundo en contestar, ella perdería el arrojo del momento y retomarían el discurso de manual.

—Me parece perfecto —dijo sonriendo, agradecido—. ¿Continuamos con el inciso de los estudios? Dices que estudiaste Computación del comportamiento. Yo también, la diferencia es que yo *solo* estudié eso —la señaló para continuar—. ¿Cuántos Masters?

—Dos doctorados —contestó ella casi como una disculpa.

—No está mal. Y a eso se le suma lo que has comentado de la formación constante que requiere el trabajo —dijo paseando la mirada por los documentos que cargaban la habitación.

—Me gusta aprender y me encanta mi trabajo.

—*Humanizar los robots.*

—Pues sí. Igual que Turing considera que es arte lo que consigue con su mecánica, para mi es arte lo que conseguimos con el comportamiento de nuestros androides.

La doctora se detuvo un momento, pensativa. Quería explicar su trabajo claramente a Leo, y estaba confeccionando un prólogo a medida, para no abordarlo directamente. Leo respetó la pausa, consciente de que merecería la pena.

—Podría volver —continuó finalmente Sorah—, a la broma inicial de la ventana, para asomarnos y mostrarte lo que *no* hay. Por ejemplo: Estamos en 2095 y no hay coches voladores. La tecnología existe, pero sencillamente no existen porque sería absurdo. Sería un derroche de energía mantener a flote el peso de un vehículo y su carga. Sería un caos circulatorio, requeriría formaciones especializadas, costosas y altamente exigentes. Los accidentes serían tremendamente peligrosos... Lo dicho: un absurdo —Leo aún no se hacía una idea de a donde quería llegar.

Por un momento el detective se sorprendió deseando acomodarse en la silla, y relajarse disfrutando de una conversación interesante. (Más interesante que didáctica). Dejándose enamorar por su voz.

Le hubiese gustado poder olvidar el caso; dejar de ver al tipo obeso muerto en su sofá; dejar de ir acumulando mentalmente preguntas como si aún fueran sus principales sospechosos; dejar de ser y parecer un detective; y solo escuchar.

Se juró a si mismo que después de aquel caso, intentaría volver a descubrir qué más le podía ofrecer la vida además del trabajo y la muerte. Volvería a intentar disfrutar tal y como le predicaba su hermano desde hacía tanto. Se sintió estúpido e infantil por dejarse llevar por estos pensamientos en lugar de prestar más atención a la doctora, pero precisamente estaba aprovechando lo que le había transmitido, lo que normalmente había desechado para centrarse en el trabajo, y que esa voz había conseguido despertar.

—Llevamos dos siglos —continuaba ella— soñando que la siguiente generación podrá disfrutar de coches voladores. ¿Me sigues?

—Cada vez desde más lejos.

—Lo que quiero decir es que al final el futuro siempre es práctico. Podemos soñar o imaginar que habrá lo que queramos, pero solo se convertirá en realidad si es útil, o necesario... —era la introducción necesaria para entender una sencilla frase final—. Estamos en 2095, no hay coches voladores... y sí hay androides de compañía.

Leo no añadió nada y una vez más la dejó continuar.

—Por la parte exclusivamente sexual podríamos decir que son una realidad porque cubren una necesidad. En términos comerciales hablaríamos de que *hay mercado*, —el tono era el de alguien cansado de explicar porqué le gusta su trabajo. Cansado de dar justificaciones mientras lee en los ojos de los otros “estás aquí solo por el dinero” o “seguro que te gustaría más estar en otro sitio”—. Pero hay mucho más. Por lo que cuesta uno de nuestros androides, podrías irte con prostitutas casi a diario, pero es que nuestras creaciones están a años luz de ser solo juguetes sexuales.

>>Los ha comprado la mujer de ochenta años a la que le llovían ofertas sexuales de amantes cuarenta años más jóvenes, atraídos por su fortuna, o por la erótica del poder. También los ha comprado el joven guapo y atractivo pero tremendamente introvertido. Los ha comprado la preciosa mujer que se ha cansado de infidelidades, mentiras y engaños. En ninguno de estos casos ha sido una necesidad sexual.

—¿Ahora vendéis amor?

—No vendemos amor. No verás eso en nuestros catálogos. Pero sí fidelidad, confianza, sexo e incluso amistad. Luego que cada uno llame amor a lo que quiera —dijo ella sonriendo—. Lo que te quiero decir, es que nuestras máquinas tienen algo, más allá del sexo apasionado, que es lo que hace que las podamos vender tan caras y que no necesitemos emitir anuncios.

Ese algo está muy muy lejos de hacer daño a los humanos y de ese algo, en buena parte, soy responsable.

El detective dejó pasar unos segundos en silencio para asegurarse de que Sorah no se dejaba nada en el tintero.

—Como le dije a Turing: después de oíros entran ganas de hipotecarlo todo para conseguir uno de vuestros modelos. Generáis la sensación de que te falta algo que no sabes que no tienes —bromeó.

>>Háblame de cómo haces humanos a los robots —añadió el mismo Leo, dándole pie a Sorah.

—¿Qué se necesita para ser detective privado?

—Entendido... Es mi turno de hablar. ¿Esta curiosidad por los demás es porque no salís nunca del edificio?

—Te equivocas. Salgo mucho. Sola y con amigas. Me sirve tanto para desconectar del trabajo como para documentarme observando a la gente y adaptando sus reacciones a nuestro programa. Depende del día —sonrió.

—¿Vas a bares?

—A veces.

—¿A cuáles?

—A los que no va Turing —estaba visiblemente más relajada, las respuestas eran más rápidas y su expresión corporal así lo reflejaba también. Leo estuvo a punto de preguntar si conocía el bar de su hermano, pero prefirió no dejarse llevar y volvió a la pregunta de ella.

—Para ser detective hoy en día solo hace falta sacarse la licencia y luego ir pagando cada año para tener acceso a parte (y solo parte) de algunas bases de datos de la policía. Y por supuesto tener en casa el software para simular escenarios.

—Información de la policía.

—Parte.

—¿Facilita mucho el trabajo?

—Solo a veces.

—¿Y por qué colabora la policía? Entiendo que no sois... rivales. Pero bastante tendrán con sus investigaciones como para tener que ir compartiendo información.

—Salen ganando por doble partida: por una parte por el dinero de los permisos, y por otra, porque desde el momento en que usas sus bases de datos, te comprometes a colaborar y transmitir tus propias averiguaciones si son importantes. De hecho, es por esto último que muchos detectives

privados optan por prescindir de esta *ayuda*.

—¿Cuáles son las bases de datos?

—Hay de huellas dactilares, de antecedentes, de matrículas de vehículos, etcétera. Contratas las que quieras y se pagan por separado.

—¿Adiós a los clásicos caza-recompensas?

—Si usas sus bases de datos: sí. Si lo consigues por tus propios medios: premio.

—¿Y en lo personal que se necesita?

—Paciencia, contactos, paciencia, buena memoria, paciencia, hablar con mucha gente, ...

—¿Y se acostumbra uno a cobrar cada mes diferente?

—El androide del hombre asesinado, se encontró a su dueño en el sofá de la casa, probablemente ya muerto y visiblemente castigado. Pero se limitó a llamar a la policía. ¿Es ese el procedimiento normal?

—De acuerdo. De acuerdo... Es mi turno.

>>Si esa es toda la información: Efectivamente, eso sería todo. No es un androide médico, como uno de esos Emergencybots, así que no intentaría curarlo.

—¿Nunca?

—Nuestros androides saben cómo poner vendas, limpiar heridas simples, llamar al médico y poco más. Para entendernos: lo que podría hacer una madre sin conocimientos de medicina a su hijo accidentado en casa.

—¿Y perseguir al asesino? ¿Intentar conseguir alguna pista para ayudar?

—Con el dueño gravemente herido o fallecido, el protocolo es llamar a la policía de inmediato y permanecer junto al cuerpo.

—¿Y si se hubiese encontrado al dueño y al agresor peleando?

—No intervendría... —simulando cansancio—. Ya lo hemos hablado. Fuera de las relaciones de pareja (sexuales o no), el androide es... es... una mesa.

>>En un conflicto entre humanos, la no-intervención reduce a cero las posibilidades de que dañe a cualquiera de los humanos —Sorah lo dijo como si estuviese recitando la tabla de multiplicar.

—También reduce a cero la ayuda a su dueño.

—¿De verdad vamos a volver a lo de que no compras un policía, ni un médico, ...?

Consciente de que tenía razón, Leo calló y permaneció unos segundos en silencio, pensativo. Alzó la vista hasta encontrar los ojos de Sorah.

—¿Por qué los haces humanos? —ella entendió que no era una pregunta técnica, sino personal.

—Después de tantos años estudiando la mente, hay dos temas que, para bien o para mal, me obsesionan: que todo el mundo necesite compañía y que haya personas que puedan llegar a ocultar un auténtico demonio dentro.

>>Me gusta pensar que trabajo para mejorar las dos cosas —hablaba con sincera humildad, como una colaboradora, no como una maestra—. Tengo que conseguir que actúen como humanos, para que el dueño sea capaz de volcar sentimientos en ellos y a su vez sienta que los recibe.

A Leo la conversación le resultaba muy interesante, le podría cautivar durante horas, por el tema, por cómo le recordaba sus estudios, por aquella curiosidad por la forma de pensar de otras personas, y por aquella mujer preciosa e inteligente. Pero desde que habló con Roma en el pasillo sentía la necesidad de volver a echar un vistazo al viejo caso del suicida; y sobre todo quería recrear el asesinato de la mansión, ahora que ya estaría toda la información volcada y analizada en su simulador. Además aprovecharía para aplicar sus nuevos conocimientos sobre los androides de compañía.

Muy a pesar suyo, debía centrarse en las preguntas concretas que le quedaban para avanzar e irse.

—¿Cómo se hace que un androide tenga *personalidad*?

Sorah soltó un bufido.

—¿Respuesta larga o corta?

—Probemos con la corta.

—Con tiempo. El tiempo para aprender cómo es su dueño y el tiempo que emplea en lo que su dueño quiere que aprenda.

—De acuerdo... Probemos la respuesta *menos corta*.

—Por la parte de aprender sobre su dueño, no hay misterio alguno: saber las costumbres, adaptarse y adelantarse. Aprenderlo todo sin preguntar directamente. Desde el tipo de desayuno y horarios de trabajo, hasta las preferencias sexuales. Si le gusta el silencio o el humor, el contacto en el día a día o la distancia.

El detective asentía indicándole que tenía clara esa parte.

—Y por otro lado está el tiempo que necesita para aprender —continuó ella—. El androide de compañía no es una base de datos inabarcable, ni está conectado a la red para que puedas preguntarle el nombre del río más caudaloso de Italia. Para eso tienes tu PFI anclada a la muñeca —señaló la de Leo y mostró la suya, resumiendo que todo el mundo la tenía y a mano—.

Aprenderá lo que su dueño quiera que sepa, y lo que el propio androide vaya creyendo que le complacería, todo ello en su *tiempo libre*.

—Si me gusta la poesía, ¿se aprenderá todos los versos que me gusten o que le pida?

—Sí, pero aquí viene lo que nos costó años averiguar: el secreto está en que —miró atenta a Leo para dejarle claro que estaba ante un punto clave—, el androide tarda en leer los textos y en memorizarlos *el mismo tiempo* que una persona.

—Pero eso es absurdo.

—Y tardaría lo mismo que una persona, en aprender a tocar un instrumento musical o cocinar un plato elaborado —continuó ignorando el comentario.

—Es ridículo. Puede *saber* un libro en el instante que le entra en memoria. Entendiéndolo y pudiendo decir en qué línea y página está cada frase.

—¡Para eso es esto! —señaló la PFI de la muñeca—. Esta... *ralentización* de la tecnología, es para que sean únicos, valorar lo que les ha costado llegar a ser como son y que con el tiempo se conviertan, no solo en amantes, sino en conocidos. Compañeros de sus dueños. De hecho, sus dueños serán sus... amigos... O llámalo como quieras.

Leo seguía procesando sin interrumpir.

—¿No lo entiendes? Por eso el *apagado* es la *muerte* en un androide. Se borra la memoria completa. Un coche teledirigido no se muere al apagarlo; cuando se vuelve a encender es el *mismo*, sabe y hace lo mismo. Pero si tras años de convivencia comentando los libros, tocando juntos una pieza de piano o valorando la belleza de unos cuadros, lo apagas: muere. Tras eso necesitará otra vez años para que le enseñes (o aprenda) lo mismo otra vez y aun así será diferente al final, ya que el resto de vivencias del día a día también serán diferentes.

>>Al androide lo apagas, lo enciendes y tienes la misma máquina. Nueva, operativa pero muerta (o recién nacida).

—Traducir la vida en tiempo... Da que pensar. Desde luego es una solución muy imaginativa.

—No es fruto del azar, nos llevó años deducirlo. Ahora es fácil de explicar, e incluso parece evidente, que lo que hace única a una persona, no es solo lo que ha aprendido a lo largo de su vida, sino también el tiempo que ocupó en ello, el esfuerzo que le costó, lo que aprendió mientras aprendía...

Leo levantó los brazos bromeando.

—Vale, vale... Si te dejas seguir empezaremos a hablar de máquinas, religiones y filosofía.

—Si me dejas seguir puedo hablar durante horas. Solo necesito agua y que parezca que me escuchas.

Leo podía dar por concluida la entrevista. Repasó mentalmente las dudas que tenía y habían sido resueltas. Se guardó algunos detalles puntuales que eran más curiosidades que dudas, para no alargarlo más, aunque su hermano habría jurado que se guardaba esas cuestiones para tener una excusa para volver a verla.

—Bueno —dijo mientras se levantaba. En el rostro de ella, por una fracción de segundo, creyó ver un gesto de tristeza. Pero era consciente de que podía ser solo su imaginación—. Todo lo importante creo que lo tengo claro. Si me surgiese alguna duda supongo que podría consultarte.

—Por supuesto. Puedes llamarnos tanto a mí como a Turing. Te paso mi contacto por si no lo ha hecho aún Roma —con un gesto sobre su pantalla, en dirección a la de Leo, hizo que silbase la de éste. *Contacto recibido y almacenado.*

—¿Por qué estabas tan tensa al principio? —preguntó mientras ella también se ponía en pie.

—Porque con todo el asunto del asesinato, en definitiva, se cuestiona mi trabajo.

—Nadie te ha acusado.

—No es necesario. Nuestros androides tienen una parte mecánica que les permite actuar y una parte lógica que les gobierna. Cuando piensan que *podrían* —acentuó la palabra— haber asesinado, no piensan que haya fallado la parte mecánica...

Leo no supo improvisar una respuesta de consuelo que no sonara absurda. El razonamiento era lógico.

Fue ella misma la que rompió el breve silencio mientras iniciaban la marcha, al pasar junto al ventanal.

—¿De dónde te viene la pasión por los coches?

—Es por mi padre. Tenía uno de esos talleres que convertían vehículos clásicos con motor de combustible fósil en vehículos eléctricos.

—Pero ¿el que tiene un coche clásico no lo prefiere conservar como era en origen?

—Eso es lo lógico, lo que pienso yo y lo que piensa mi propio padre

aunque jamás lo confiese. Pero así van las modas. A unos millonarios se les ocurre la *adaptación* y quieren su coche clásico, sin contaminación y con menos ruido, clásico por fuera y contemporáneo por dentro... Mi padre, como otros, sencillamente vio la oportunidad de hacer negocio.

>>Hacía auténticas obras de arte quitando el motor viejo y aprovechando los huecos para adaptar el motor eléctrico y sus baterías. Cada uno era diferente.

—¿Y tú?

—No era muy buen estudiante, así que mi padre me ponía a estudiar en la oficina del taller con la excusa de que me controlaba, pero creo que en realidad era para que viese lo duro que era el trabajo. Con mi hermano no funcionó tan bien —sonrió—, dejó de estudiar y se puso a trabajar en el taller.

—¿Ahora tiene él el taller?

Leo no pudo evitar reírse. No dejaba de sorprenderle la naturalidad con la que preguntaba y su habilidad para ir conducir la conversación. ¿Le estaba contando su vida?

Tenía una curiosidad voraz pero infantil, sin malicia. Era imposible no ser sincero, o no contestar, sin ser grosero.

—No. Se cansó de aquello cuando creía que lo sabía ya todo y solo discutía con nuestro padre. Discusiones entre artistas, supongo —bromeó. E hizo una breve pausa antes de continuar—. Ahora tiene un bar. Te paso la dirección por si quieres quedar algún día —ocultó su posible rubor tecleando en la PFI y *lanzando* a Sorah las señas.

—¿Esta noche?

¿Era sencillamente espontánea o jugaba a ver cómo reaccionaba? En cualquier caso... Había decidido vivir, ¿no?

—No estaría mal. Me pasaré toda la tarde revisando la información de la policía sobre el caso; así si tengo alguna pregunta podría aprovechar.

Él improvisó la respuesta y ella la aceptó como parte del juego.

—Le envió un mensaje a Roma para saber dónde está. Sé que prácticamente durante todo el día está comprometido con reuniones ineludibles a causa de las noticias emitidas, pero si está en el descanso de alguna de ellas a lo mejor quiere despedirse en persona —dijo Sorah mientras tecleaba en la pantalla—. Esta noche saciaré mi curiosidad sin piedad —añadió mientras esperaba la respuesta de Roma—, aquí la prioridad era informarte sobre los androides, pero aprovecharé mi tiempo libre para atar

cabos sueltos. Me encanta conocer a personas que no sean de mi entorno, que viven de forma muy diferente o con trabajos que desconozco. Por pura curiosidad, lo confieso.

—¿Por *conocer* quieres decir *analizar*?

Ambos rieron y un pitido en la PFI de Sorah les interrumpió.

—Nada, Está en mitad de una de las reuniones —leyó—. Dice que, si no te importa, te llama en un minuto.

Leo encogió los hombros con indiferencia.

—Pues si todo va bien, esta noche nos vemos. No hace falta que me acompañes ahora, creo que ya sé el camino.

—Muy bien. Hasta luego —se estrecharon la mano y el detective se giró en dirección a la puerta que comunicaba con el pasillo—. Por cierto —añadió ella mientras el sensor de proximidad abría la puerta—, enhorabuena: esta noche tendrás sexo —en esta ocasión Leo no pudo disimular la sorpresa por el comentario y ella estalló en carcajadas.

En ese momento empezó a sonar la PFI de Leo. Era Roma.

—Me refiero al androide —continuó Sorah ignorando la llamada—. El androide de compañía que te entregarán hoy...

—Oh, sí, claro, claro. Quiero decir que claro que entendía a lo que te referías, no que claro a que tendré... yo no soy —el aparato seguía sonando—, yo no necesito...

Sorah, con los ojos húmedos por la risa, asentía en silencio, divertida, disfrutando de la incomodidad del detective.

Finalmente le echó un cable para ayudarle a recuperar su dignidad.

—El ascensor tiene visible el botón de bajada a recepción, aunque no tengas pulsera de acceso —dijo señalando al fondo del pasillo y a su muñeca—. No te acompaño, así podrás hablar tranquilo. Y mejor que contestes ya, la paciencia no es una de las virtudes de Roma. Adiós.

Leo enlazó el *adiós* a Sorah con el *hola* a Roma. Mientras hablaba alzó la vista, la puerta ya estaba cerrada, le dedicó una sonrisa a la madera e inició la marcha al ascensor.

—¿*Ha ido todo bien*?

—Perfecto. Están convencidos de la imposibilidad de que uno de vuestros androides haga daño y así me lo ha justificado cada uno en su campo —no tenía muchas ganas de alargar la conversación, por eso optó por resumir lo que Roma quería oír.

—*Ya te dije que no pretendemos engañarte, sino darte toda la*

información para que enfoques objetivamente el caso. ¿Te falta algo?

—Nada. Llevo todas las notas, las dudas resultas y voy a ver el detalle de la información que nos facilitó la policía.

—*Muy bien. Disculpa que no me despida en persona, no sabía a qué hora acabarías. De todos modos, así te retengo menos tiempo. ¿Alguna impresión?*

—Sí, que después de hablar con Turing y con Sorah creo que vuestros androides de compañía no son *tan* caros —bromeó.

Roma rio con sinceridad y tras indicarle que conservara aquel número en la agenda, como el suyo personal, para llamarle cuando fuese necesario, se despidieron.

Unos segundos después se abrieron las puertas del ascensor en la amplia sala de la entrada principal. Pasó junto a la mesa donde la atractiva recepcionista solo pudo dedicarle una mirada y una sonrisa amable, ya que atendía a otras personas.

El detective pensó en lo sexista que resultaba tener ahí solo a una mujer y que pareciese más una modelo que una administrativa; pero recordó las cifras de Turing sobre el tanto por ciento de ventas de androides para hombres frente a las ventas para mujeres. *La demanda manda.*

Mientras se dirigía al vehículo se preguntó si las mujeres compraban muchos menos androides por tener menor necesidad o por resultarles más fácil conseguir pareja, del tipo que fuese y por el tiempo que fuese. Pasaban los siglos y había poderes de género que no cambiaban.

Nuevas tecnologías y necesidades ancestrales.

Cuando la modelo entró en su casa, se encontró un camino de pétalos de rosas que empezaba en la entrada y continuaban por la escalera hasta el piso de arriba.

Era una costumbre de Atenea (su pareja) que encontraba pasada de moda y poco práctica, pero que ya no le molestaba tanto, porque lo recogería el mismo androide al que sin duda le había ordenado que las pusiera, y sobre todo porque aquello quería decir sexo. Sexo nada más llegar a casa y sin los tediosos rodeos que tenía que hacer para intentar conseguirlo si Atenea tenía trabajo o le daba pereza.

Dibujó la primera sonrisa en todo el día y se recogió el pelo en una torpe cola mientras subía las escaleras.

A lo largo del pasillo que conducía al dormitorio dejó caer la fina chaqueta que llevaba, su PFI y los zapatos.

Cuando entró ya se estaba quitando el último botón de la camisa y arrojó la prenda a la esquina donde sabía que estaba el androide, sin mirarle. Los pechos quedaron al aire mientras seguía desnudándose.

La habitación solo recibía una discreta iluminación sobre la gran cama donde Atenea esperaba recostada, con la sábana sostenida casi hasta el cuello. El dormitorio era amplio, de modo que con aquella luz las paredes no eran más que un juego de sombras.

—Sabes que me gusta que te desvistas aquí.

—Y tú sabes que me gusta enfadarte. Igual que me gusta que te quedes solo con ese collar de diamantes —lo dijo mientras se acababa de quitar las mallas directamente con la ropa interior. Lo que sabía que también molestaba a Atenea, amante de los lentos preliminares. Con las dos prendas hizo un ovillo que lanzó a su pareja.

Atenea soltó la sábana para evitar que le diera en la cara y chasqueó la lengua, molesta. Recogió la ropa y cuando la tiró al lado de la cama, ya tenía a Seven encima.

—Creo que por una puñetera vez no te costaría nada hacer...

La modelo le mordió el labio inferior obligándola a callar y mantuvo la leve presión unos segundos, sin liberarla. Luego la besó acariciándole la nuca con una mano y apartando las sábanas de golpe con la otra.

—¿Qué tenemos aquí?... ¡El conjunto azul!... Me encanta... ¿Sabes por

qué es mi favorito? Porque es el más transparente.

—Eres una cochina —lo dijo sonriendo, cediendo al deseo.

Mientras se besaban y acariciaban apasionadamente, la modelo hizo un gesto casi imperceptible, que solo el bien aleccionado androide podría reconocer. Estaba de pie, atento e inmóvil en el rincón más oscuro de la habitación. Tras la señal se aproximó a la cama, ya desnudo.

Llevaban mucho tiempo con él y se habían preocupado de enseñarle bien a entender sus señales. En aquellos encuentros debía ser invisible, no tenía permitido hablar ni emitir sonidos de placer, ni simular que lo sentía. Tampoco podía besarlas jamás y solo acariciar cuándo y cómo indicasen.

Cuando las dos mujeres estuvieron desnudas, se tumbaron y empezaron a hacer el amor. El androide, en su estudiada coreografía perfecta, iba entrando y saliendo del juego, sin interrumpirlas. Solo podía penetrarlas desde detrás, cuando estaban la una frente a la otra. En completo silencio e inexpresivo. Así los tres tenían siempre presente que era solo un juguete, un *electrodoméstico sexual*. Allí solo había lugar para dos mujeres que se querían y su deseo.

Cuando acabaron, el androide volvió a su rincón, tan pegado a la esquina como podía. No se movería a no ser que se lo ordenasen. Empezaría a recoger y limpiar todo cuando no estuviesen.

—Ahora me daré una ducha rápida, pero espérame aquí —dijo Seven aún tumbada. Se giró y le mordió un pezón, riéndose, mientras le miraba a los ojos.

—Tonta. Tarda todo lo que quieras, ya he tenido todo lo que quería de ti —mintió Atenea, riendo también.

En ese momento sonó el timbre. Al principio las dos lo ignoraron, pero siguieron llamando insistentemente.

—Joder, ¿justo ahora?

—Ve a mirar —dijo Atenea con dulzura, mientras se levantaba. Le dio un beso en la frente y se dirigió al cuarto de baño del dormitorio —. Y ya me ducho yo primera.

Atenea caminaba casi de puntillas y Seven seguía con la mirada el movimiento de sus caderas y el hipnótico balanceo del trasero mientras se alejaba. Cómo adoraba a aquella mujer, aunque nunca supo decírselo con palabras.

En la puerta del cuarto de baño, Atenea se giró de golpe.

—Sabía que mirarías solo mi culo —tomó una de las batas que colgaban

de la pared y se la arrojó.

—No me canso nunca —se puso la bata y su expresión se transformó al volver a sonar el timbre con insistencia.

—Baja de una vez, antes de que se carguen ese maldito trasto.

Seven sorteó las prendas y zapatos del pasillo, acompañando sus pasos con cuantos juramentos conocía. Bajó las escaleras descalza y abrió enérgicamente la puerta, sin pararse a mirar antes quién había al otro lado. Fuese quien fuese lo iba a mandar donde acaba la comida una vez ha sido digerida.

Nada más abrir la puerta se quedó paralizada un segundo ante la figura, pero enseguida recuperó el enfado que bajó las escaleras con ella. Tomó aire y empezó a levantar un dedo acusador, pero antes de separar los labios ya tenía la mascarilla pegada, sellándole boca y nariz.

Una dosis y ya estaba cerrando los ojos, aún de pie.

Arriba Atenea no había llegado a abrir los grifos, atenta a la *recepción* de Seven.

La escuchó llegar hasta la puerta, abrir y luego... silencio. Le extrañó no oír un portazo ni una palabra.

—¿Seven?... Seven, ¿quién es?

Silencio.

Se sentía estúpida allí desnuda, con las manos aún sobre los grifos pero sin abrirlos. Pensó en mandar al androide, pero ese estúpido estaba desnudo y tardaría más en darle las órdenes que ella misma en coger la otra bata y bajar.

El enfado se fue tornando en preocupación según avanzaba por el pasillo, a lo mejor eran malas noticias que dejaron a Seven sin habla. Abajo parecía que la modelo se mantenía torpemente de pie, encajada entre la puerta medio cerrada y el marco.

Acabó de bajar las escaleras atropelladamente, manteniendo cerrada la bata con una mano temblorosa.

—¿Qué demonios...?

La puerta se abrió un poco más, el cuerpo de Seven parecía a punto de desplomarse hacia atrás como un gran muñeco de trapo. Atenea se agachó instintivamente para evitar que su pareja se golpeará contra el suelo y alzó la vista lo justo para ver la figura del exterior. Aquella miró a ambos lados de la calle y acto seguido sacó algo del bolsillo de la chaqueta.

El Sol de cara al atardecer y sus pupilas aún acostumbradas a la penumbra que habían mantenido en la casa, hicieron que no distinguiese el arma hasta

que recibió el silencioso disparo.

El proyectil entró por el ojo derecho, reventándolo. Al estar agachada, el orificio de salida prácticamente coincidió con la nuca.

La cabeza dio un latigazo hacia atrás y el resto del cuerpo le acompañó en la caída. Quedó tirada en el suelo, con la bata abierta y las piernas en una postura imposible.

Atenea murió al instante.

De las dos fue con diferencia la más afortunada.

La figura, aún en el exterior, se puso rápidamente el pasamontañas que ocultaba su rostro, con un gesto ensayado entró y cerró la puerta tras de sí.

Casi todo había salido tal como había planeado: insistir con el timbre cuando sabía que estaban las dos mujeres en casa. Sacar y aplicar el inhalador de gas nada más abrirse la puerta, aprovechando el único segundo que tendría de sorpresa. Mantener *en pie* el cuerpo de la desmayada (fuese quien fuese la primera en abrir) sin entrar en la casa para que la segunda no le viese dentro y disparar cuando tuvo la certeza de que la tenía junto a la puerta, muy posiblemente nerviosa, pero sin haber pedido auxilio aún.

Lo de que el sol de cara cegara a la víctima no lo había pensado, pero fue una afortunada casualidad que evitó cualquier posible acto reflejo como el de ponerse a cubierto o el de gritar. Lo que sí estaba previsto era usar la pistola eléctrica. Al impulsar el proyectil por un electroimán, no había detonación y el silencio estaba garantizado. Además el proyectil era una bala de hielo. Tan dañina como la metálica en las distancias cortas, pero con la ventaja de que era imposible de rastrear.

Había empujado con el pie el cuerpo de Seven para poder entrar y cerrar la puerta. Alzó la vista y sorprendió al androide aún en el piso de arriba, desnudo, junto a la barandilla de la escalera. Paralizado como un niño asustado.

Fuese lo que fuese lo que había visto, sin duda iba directo a llamar a emergencias cuando fue descubierto.

—¡Alto! —volvió a sacar el arma y apuntó torpemente a Seven sin dejar de mirar al androide—. Esta sigue viva, si das la alarma dispararé sin dudar.

La máquina permaneció inmóvil y en silencio.

—Baja y entra en esa habitación —le indicó la puerta señalándola con el arma.

Cuando estuvo dentro le ordenó que se arrodillase y juntaras las muñecas a la espalda. Se puso tras él y sacó un fino cordón de acero como los que empleaba la policía: tenía cuatro lazos, para los tobillos y las muñecas, y un cierre en el extremo del cabo, que se bloqueaba automáticamente cuando se tiraba todo lo que se podía del cable de acero.

Con el cierre aplicado, el androide, como cualquier humano, quedó inmovilizado y sin posibilidad de fuga.

Seven despertó mientras la arrastraba por el pelo, tirando costosamente de ella hacia el salón. Se llevó las manos a la cabeza instintivamente, buscando el brazo del captor para asirlo y aliviar el dolor. Tomó aire para gritar con todas sus fuerzas, pero en ese momento se dio cuenta de que pasaban junto al cuerpo sin vida de Atenea. Quedó en silencio, conmocionada, era tal el grado de desorientación, de incompreensión, que estuvo a punto de desmayarse. Dos segundos después transformaba toda su energía en puro odio hacia el agresor, tal vez como recurso desesperado para no rendirse a la locura. Quiso revolverse violentamente pero las piernas no le respondieron. Tomó aire de nuevo para gritar, pero recibió dos fuertes golpes en la cabeza con algún objeto metálico, que la volvieron a dejar inconsciente.

Despertó de nuevo cuando el asesino le arrojó agua a la cara y descubrió, impotente, que estaba en el sofá amordazada y atada, con los brazos extendidos en cruz. En la mesa, delante de ella, había diferentes cuchillos de la cocina, perfectamente alineados.

Le sostuvo la mirada al asesino. En la expresión de sus ojos se mezclaban furia y miedo. Forcejeó tirando de los brazos hasta que no pudo soportar el dolor en las muñecas, tenía los ojos cerrados con tanta fuerza que se le escaparon las lágrimas. Lágrimas de impotencia, no de súplica, ese placer no se lo daría a la figura que la observaba.

La escena que había preparado el asesino tenía por objetivo ver a Seven bloqueada por el miedo. Quería verla acobardada como un cordero acorralado por un poderoso lobo. Tenía pensado quitarle un momento la mordaza para dejarla suplicar, y con mucha suerte esperaba verla perder el control de sus esfínteres.

Pero no tuvo ese placer. Descubrió molesto que era tan dura como presumía ser.

Ahora ella mantenía la mirada neutra del que solo espera.

El asesino estaba tan seguro de que no suplicaría, como ella lo estaba de que iba a morir. Ya no había diversión. Como si le acabaran de dar una orden, se giró rápidamente para coger el primer cuchillo de la presentación y con la misma velocidad extendió el brazo, clavando la hoja hasta la empuñadura, donde calculó que estaba el corazón. En el momento del impacto, Seven abrió las manos de golpe y tomó aire con fuerza por la nariz.

Se apagó sin emitir ningún sonido, tal y como se había propuesto.

Lo último que pensó fue que afortunadamente había sido más rápido de lo que se esperaba y que (también afortunadamente) no tendría que intentar vivir sin Atenea.

El asesino siguió apuñalando el cuerpo ya sin vida. Dibujó cuidadosamente, con la punta del cuchillo más afilado, en las palmas de las manos de la mujer. Y revisó las pocas habitaciones en las que había estado para asegurarse que no había dejado ningún objeto personal.

Luego fue a la entrada, se arrodilló junto al cadáver de Atenea, y le quitó el valioso collar de diamantes que aún llevaba puesto.

Solo le quedaba una cosa por hacer. Se puso de nuevo el pasamontañas y fue a la habitación donde estaba el androide. Era importante que no viese su rostro por si le interrogaban y le pedían la descripción para un retrato robot.

—No hagas ninguna tontería o la mataré —le dijo mientras aflojaba el cierre y retiraba el cable de acero, aprovechando su ignorancia sobre lo acontecido en el salón.

Inspeccionó detenidamente que no hubiesen quedado marcas del cable ni en tobillos ni en muñecas y salió de la habitación cerrando la puerta.

—¡Quieto hasta que te diga!

Fue hasta la puerta de la calle, miró detenidamente su ropa oscura por si le habían salpicado restos visibles de sangre, y repasó mentalmente mientras se palpaba los bolsillos: *inhalador de gas, cable de acero, pistola, casquillo y collar*.

Se aseguró de que no pasaba nadie por la calle y salió quitándose el pasamontañas. Se giró de cara a la puerta, cerró y se quitó los guantes dejándolos en el bolsillo.

Al otro lado de la puerta escuchó los atropellados pasos del androide; habría salido nada más escuchar como cerraba y estaría comprobando el

estado de Atenea. Luego buscaría a Seven y llamaría a emergencias. Cuando llegase el primer agente, el asesino estaría tan lejos como había planeado.

No había estado mal.

Pero no le dejó tan satisfecho como esperaba.

8

Hacía décadas que nadie tenía un coche en propiedad, a no ser que fuera un coleccionista o hubiese recibido uno en herencia.

Los concesionarios y fabricantes trabajaban solo con renting de vehículos. Los clientes eran libres de elegir si mantenían el mismo vehículo año tras año, pero por la leve diferencia de precio, preferían disfrutar de los últimos modelos, y de la sensación de estrenar coche cada año, todo ello sin darse cuenta de que se pasaban toda la vida pagando sin tener nada en propiedad al final.

Los modelos cuyo alquiler no se iba renovando, pasaban a la bolsa de vehículos de renting más bajo; así al final se cubrían ofertas para todo tipo de salarios. Por supuesto también había opciones para los siempre bien recibidos millonarios, que podían ir rotando el estreno de diferentes vehículos de lujo, ya fuesen deportivos o no.

Leo disfrutaba de la amplia gama de modelos del nivel intermedio y aunque le gustase el que llevaba, cambiaba el utilitario cada año, como buen amante de la mecánica en general y de los coches en particular. Así podía valorar las mejoras de la industria y se divertía amoldándose a cada nuevo vehículo.

Le encantaba conducir y disfrutaba incluso en los trayectos cortos.

Con la tarjeta del vehículo en el bolsillo, éste le identificó al aproximarse y abrió la puerta a su dueño, pero sin arrancar el motor hasta la segunda confirmación.

Cuando estuvo dentro, sentado, se quitó los zapatos. Tenía la manía de conducir así de vez en cuando; algo que él mismo reconocía absurdo y que por vergüenza jamás hacía si alguien podía verle.

Se acomodó en el asiento, miró al frente y apretó con ambas manos el volante. Éste identificó sus huellas dactilares, segunda confirmación con la que el motor empezó a ronronear.

Salió del aparcamiento y se alejó del edificio de Real Life Droids. Para ir a su apartamento dio un largo rodeo que le hacía pasar por una carretera secundaria, rodeando la ciudad en vez de atravesarla. Tenía cosas en las que pensar antes de ponerse frente al simulador en casa.

La casi media hora de más que le costaba llegar a su apartamento le compensaba al poder recorrer un tramo de carretera tranquila y ligeramente

apartada de la ciudad. La combinación de naturaleza y conducción relajada le servían de filtro para cambiar de escenario. Y al ser un camino conocido, podía repasar puntos del caso y de las charlas que, sin saber exactamente porqué, llamaban su atención, como frases de un libro subrayadas por otro.

Al principio del trayecto había mantenido la configuración de conducción habitual en él, con las indicaciones mecánicas proyectadas en los márgenes del cristal delantero.

La mayoría de conductores lo habían reducido a la mínima expresión, indicando solo velocidad y autonomía de baterías. El resto de indicadores los mantenían invisibles y solo aparecían en caso de alarma, como la temperatura del motor, nivel de aceite o estado de los frenos. Incluso la marcha que iba puesta dejaba de interesarles ya que todos los vehículos comerciales eran automáticos y podían limitarse solo a acelerar y frenar.

A Leo en cambio le gustaba ver el baile de las revoluciones del motor según iba cambiando de marchas; la entrada en funcionamiento del equivalente al turbo; el reparto inteligente de tracción entre las ruedas, o la evolución del consumo de las baterías.

Como quería repasar mentalmente aquellos detalles de las charlas, pasó a la configuración más básica y al piloto semiautomático. Siempre que lo activaba recordaba cómo su padre le explicó que jamás se permitirían coches que condujeran totalmente solos, no solo por la propia desconfianza de los ocupantes, sino por los *principios morales* que era imposible programarles. Un ejemplo era *la paradoja del suicida*: Circulando por una carretera se cruza de repente una persona delante de un vehículo y detrás de éste hay otro a una distancia tal que si el primero frenase de golpe, habría riesgo de que chocasen y tuviesen un accidente... ¿Valoraría el coche qué accidente preferiría? ¿Guiaría el coche fuera de la calzada para salvar al otro vehículo y al peatón aunque supusiera un accidente para el propio conductor?...

Había cientos de dilemas similares y cada uno de ellos con docenas de posibilidades de las que nadie decidiría hacerse *matemáticamente responsable*. Aún con todo, su padre decía que lo que acabó de condenar la posibilidad de la conducción cien por cien automática, fue el fallo del jefe de ingenieros de una de las más importantes marcas de fabricantes, al que en la orgullosa presentación del primer prototipo que iba a ser comercial, un periodista le preguntó si dejaría ir solo a su hijo de ocho años, en un viaje. Tres segundos es lo que tardó en contestar “claro que sí”. Y esos tres segundos fueron los que todos los medios interpretaron como *la gran duda*.

La confianza lo es todo, hijo. Recordó las palabras exactas con las que su padre apostillaba la anécdota.

Años después tuvo que ceder a una realidad en la que vehículos autónomos circulaban entre los que llevaban “supervisión humana”; siendo la estadística de accidentes favorable a los autónomos, y dando la razón a aquellos programadores y matemáticos que llegaron a decir en su día que, tal como es el ser humano, lo que no entendían era cómo se le seguía permitiendo el control total del vehículo a una persona en lugar de a una máquina.

Volvió a la realidad con la vista en la carretera y sus pensamientos en el caso, reflexionaba sobre el símbolo tallado a cortes en el abdomen de la víctima: la doble estrella de cinco puntas de los autodenominados *Diyers*.

No tenía ningún sentido. Si eran ellos los que estaban detrás del asesinato. ¿Qué pretendían reivindicar? ¿Cuál era el mensaje? Y eso dejando a parte que históricamente habían sido siempre personas pacíficas. Individuos y comunidades unidos en la pasión por la ciencia, la tecnología y lo artesanal. Cuando uno pensaba en ellos le venían a la mente gadgets, robots primitivos, o arte. Incluso muebles o electrónica en la ropa, pero desde luego no los asociabas al concepto de violencia. En todo caso si de algo se les podía acusar era de indiferencia; no entraban en política, ni en deportes, mostraban una neutralidad absoluta, como si todo lo que estuviese fuera de sus estudios, lejos de sus experimentos, solo les consumiera parte de su valioso tiempo.

En el otro extremo, siendo muy simplistas, e ignorando toda la escala de grises, estarían los fanáticos religiosos, los que iban más allá de las doctrinas originales de sus creencias, para tomar como causa la lucha contra la tecnología, como factor deshumanizador de las personas, como si fuese éste el único motivo por el que la gente hubiese ido abandonando durante un siglo iglesias, mezquitas y otros centros de culto religiosos. Por regla general tampoco eran violentos, solo algún fanático más radical había protagonizado algún episodio sonado, por supuesto sin víctimas mortales, y las propias bases lo habían rechazado a posteriori.

Leo, como mucho, los imaginaba entrando en la mansión del millonario y destrozando todos los aparatos de última tecnología, pero sin causar ningún daño a las personas. Y dentro de este escenario hipotético serían capaces de crucificar el androide de compañía antes que dejarlo libre y sin daño alguno.

¿Se encontraron en la casa al dueño que se resistió violentamente y en su *defensa* acabaron matándolo?... Imposible. La víctima antes habría alertado a

la policía, como mínimo habría activado la alarma. Y meter la cabeza en un microondas manipulado mientras sufría quemaduras hasta provocarle la muerte, era difícil de calificar como accidente.

¿Y al androide de compañía? ¿No tuvieron tiempo de ocuparse de él? ¿A la hora de la verdad les resultó demasiado humano?...

Cuando los intentos de respuesta eran mucho más retorcidos que las preguntas, sabía que se estaba alejando de la solución. De todos modos hizo nota mental de preguntar a su hermano Paul si a su bar seguía yendo a sermonearles un religioso habitual del local. Tenía preguntas interesantes que hacerle para poder entenderlos mejor (o entender mejor a algunas de sus facciones).

Tal vez ante la ignorancia del resto de la población, se había vivido una paz tensa (o una guerra fría) entre *Diyers* y fanáticos religiosos, que ahora se estaba rompiendo.

Una vez más lanzó el pensamiento a la papelera para no seguir divagando y centrarse en el caso de asesinato, tratándolo como único y puntual. Teorizar sobre guerras invisibles era absurdo en ese momento y de haber algo de cierto en ello, se sabría muy pronto.

Por el momento, sin nadie declarándose culpable del crimen, el símbolo grabado en el cadáver podía ser tanto una firma como una crítica. Reconoció tristemente que esa era la única verdad.

Respecto al número de atacantes, no podía evitar pensar que se trataba de una sola persona. Sabía que históricamente el número de asesinos que habían actuado solos, era inmensamente superior al de asesinos que habían sido ayudados por alguien. De ahí que, mientras el escenario permitiese justificarlo, y solo por estadística, mantuviese la teoría del asesino solitario.

Ya estaba llegando a casa cuando se dio cuenta de que, entre las distintas opciones que barajaba, le costaba incluir la de que hubiese sido el androide de compañía. Tal vez, de forma involuntaria, después de las charlas de la mañana, había relegado los androides al papel de meros objetos.

Los contemplaba más como algo que podría utilizar el asesino, que no como un ente autónomo y con iniciativa para hacer nada que no fuese sexo, juegos o ambas cosas.

Al llegar a su apartamento le sorprendió lo cargado que estaba el

ambiente, tras el par de días de encierro autocompasivo, de modo que activó la ventilación forzada para renovar el aire viciado.

Era como si volviese de un largo viaje, con la intención de adoptar lo aprendido y cambiar viejos hábitos. Como si fuese su propio hermano, llegando a casa cargado de energía para espabilarle y sacudir su microcosmos.

En el edificio de Real Life Droids al principio la actitud de Turing y Sorah le pareció casi frívola, con aquel buen humor cuando estaban reunidos con alguien que investigaba un asesinato. A veces le costaba desconectar de los casos y los tenía tan presentes en todo momento (tal vez se esforzaba en ello por no reflexionar en otras cosas) que era injusto con el resto de personas que le rodeaban, como si les criticase por no sentirse constantemente mal por una muerte (aunque sucediesen cientos a diario). Como si él sí hiciese lo correcto, siendo serio y reservado. Al menos con los años fue capaz de darse cuenta de ello y ser justo con la actitud de los demás y crítico consigo mismo. Ahora pensaba en los dos científicos como grandes profesionales en sus campos, con un buen trabajo, frente a un interlocutor al que por unas horas podían desgranar los detalles de su obra. Sencillamente eran personas con buen sentido del humor, y eso no podía ser ni criticable ni malo. Al contrario, le transmitieron parte de esa actitud agradable aunque ahora le tocase continuar profundizando en el caso.

Quién sabe. Tal vez sea solo un trabajo y no una penitencia. Se dijo bromeando irónicamente.

Con las cortinas descorridas, aprovechando la luz del soleado día y con el aire renovado, tiró la chaqueta despreocupadamente sobre el sofá y fue directo al simulador. Tenía claro por dónde empezar: había algo en la mansión que no funcionó y aún no entendía porqué.

El simulador inactivo parecía a simple vista una mesa blanca y brillante de noventa por ciento cuarenta centímetros, además Leo la tenía a la misma altura que una mesa normal porque era lo ideal si se trabajaba de pie, tal y como a él le gustaba, para poder tener siempre una vista panorámica del conjunto.

La superficie parecía porcelana blanca y solo al acercar la vista se podía apreciar que estaba compuesta por una malla de miles de cuadrados independientes, exactamente iguales y perfectamente encajados y alineados. En el extremo derecho en lugar de la cuadrícula que cubría la superficie había dos grandes rectángulos cuya silueta, apagado el simulador, también eran

solo perceptibles si uno se acercaba, o se pasaban las yemas de los dedos por encima.

Leo se situó de pie frente al simulador, arqueó la espalda hacia atrás y estiró los brazos hacia el techo, con los dedos entrelazados y las palmas hacia arriba. El ritual que precedía a las sesiones de varias horas frente a la máquina.

Apoyó la mano derecha abierta en el tablero y una línea de luz azul la barrió rápidamente desde la punta de los dedos hasta la muñeca; al acabar de identificarle, el simulador iluminó los dos rectángulos de la derecha, el de delante era una pantalla táctil que mostraba un teclado y el de detrás era otra pantalla que hacía de monitor. Al mismo tiempo el simulador hizo el test de funcionamiento: desde el extremo izquierdo y hasta el derecho, los pequeños cuadrados se elevaron mostrando las columnas rectangulares que realmente eran. El baile de columnas subiendo y bajando barrió la superficie como una ola y al acabar volvieron a su estado de reposo, recogidas bajo la mesa y con la pantalla mostrando el comando de “test finalizado con éxito”. Leo lo tenía configurado para que no fuese repitiendo todas las órdenes y confirmaciones con mensajes de sonido. Le desconcentraba y no lo veía necesario.

Se puso en la mano izquierda el guante de datos. Teóricamente aquel simulador debería reconocer al detalle todos sus gestos, pero tras décadas trabajando en ello seguían sin dar con una solución universal y se cansaba de repetir algunos gestos cuando el ordenador no los entendía, sobre todo cuando llevaba horas trabajando y sus propios movimientos empezaban a ser torpes. Con el guante no daba lugar a dudas y la mano derecha quedaba libre para los atajos de teclado (más manías para la colección).

Contemplando el simulador operativo, listo para empezar, recordó con humor las viejas películas de ciencia ficción donde pretendían mostrar como futurista la proyección de relieves, mapas u objetos, como *hologramas* luminosos suspendidos en el aire, como haces de luces entrelazados flotando entre los usuarios. Era original pensar en abandonar las pantallas, pero ese sistema no habría sido nítido, ni se vería bien con mucha luz.

El software procesó todas las rutinas de la mansión del asesinato mientras estuvo en Real Life Droids, de modo que ya disponía de toda esa información en el simulador.

Alzó la mano enguantada sobre el tablero cuadriculado como un director de orquesta y gesticuló moviéndose entre las opciones que mostraba la pantalla hasta llegar a “*plano completo del edificio*”. Confirmó y al instante

la subida y bajada de las pequeñas columnas reprodujo la mansión completa, ocupando la totalidad del simulador. Tocó con el guante el tejado, éste se iluminó en rojo y seleccionó en el aire la opción “*ocultar*”. De nuevo produjo un baile de columnas y ante sus ojos quedó la representación tridimensional del edificio sin tejado, mostrando habitaciones, pasillos, muebles y electrodomésticos, todo en un blanco immaculado.

Lo primero que le solicitó al simulador fue la vista general del edificio correspondiente al día del asesinato, desde primera hora de la mañana. Era como ver una película a cámara rápida, donde los protagonistas eran invisibles; la pantalla mostraba el reloj acelerado y en el modelo de la mansión se iban iluminando en rojo los interruptores y electrodomésticos que se iban activando: Luz del dormitorio, puertas, luz en cuarto de baño, agua caliente a la vez que luz en pasillo y luz en cocina, frigorífico, microondas, varios enchufes en la cocina, persianas subidas a la vez en toda la casa, final de inyección de agua caliente, enchufes en cuarto de baño, puertas, televisión de la cocina, puertas... todo pura rutina.

Luces rojas encendiéndose y apagándose por todo el modelo blanco, aparentemente al azar, pero tan claro como la narración de un cuento para el ojo experto.

No dejaba de prestar atención al Emergencybot, para ver si en algún momento era manipulado o directamente desactivado, pero parecía todo correcto.

Dejó continuar el baile de luces hasta el último uso del microondas y mandó al simulador registrar la hora para tomarla, de momento, como la del asesinato.

—El Emergencybot no es un guardaespaldas —concentrado en deducir el guion de aquel día, empezó a hablar en voz alta—, pero debería haberse activado al menos para intentar socorrer al detectar daños.

Antes de ver los datos, pensó que quizás sí se había activado pero que algo le impidió moverse (algo que no habría visto en el simulador); pero para su sorpresa descubrió que sencillamente ni estaba averiado ni actuó.

—Su programa le obliga a ayudar al cliente cuando detecta que cualquiera de las constantes vitales se altera —mientras hablaba no dejaba de gesticular en torno a la hora del asesinato, viendo la luz verde de *en funcionamiento* sobre el robot, pero sin pasar al rojo de *activo*—, las monitoriza constantemente y... joder.

Buscó entre todos los registros de la mansión y vio que también

conservaba las lecturas que se enviaban constantemente al robot de emergencias.

La pulsera que monitorizaba a la víctima había dejado de emitir datos antes del asesinato, unos veinte minutos antes del fallecimiento.

Fue directo a mirar el pulso de la víctima en el momento en que la pulsera dejó de emitir: el pulso era normal y constante, exactamente el mismo que cinco minutos o una hora antes.

—Esto quiere decir que no se estropeó por el forcejeo... Se la quitó él mismo —puso las manos sobre las caderas y miró el suelo pensativo, secuenciando los hechos mentalmente como si ordenase cartas.

—¿Una rutina? —dijo alzando la cabeza como un autómeta al que acabasen de dar cuerda—. Podría ser que quitarse la pulsera en ese momento, fuese una rutina...

Tenía desactivadas las órdenes por voz (precisamente por ser consciente de su manía de hablar en voz alta estando solo frente al simulador) de modo que las indicaciones las introdujo a través del teclado, a la antigua usanza.

Yendo hacia atrás fue revisando todos los días en torno a la misma hora y confirmó que efectivamente la víctima siempre se quitaba la pulsera y se la volvía a poner unos cuarenta y cinco minutos después. Siguió retrocediendo y cuando iba a dejarlo se encontró con varios días en los que no se la quitó. Todos los días anteriores la llevaba siempre puesta a esa hora. Eso explicaba que el programa no lo hubiese catalogado como una rutina: solo hacía varias semanas que se quitaba la pulsera, lo común antes era llevarla siempre en ese periodo.

—¿Por qué empezaste a quitártela a esa hora, amigo? —mientras hablaba gesticulaba con la mano del guante de datos, señalando aquí y allá sobre la representación tridimensional del edificio, hasta que dio con algo.

La mansión tenía una entrada de datos nueva desde un par de días antes de que la víctima empezase a quitarse la pulsera. Era algo que se conectaba en el enchufe dos de la habitación tres. Ordenó que se iluminase la ruta sobre el plano del edificio ya que no sabía dónde estaba, y vio por fin de qué se trataba: Una cinta para correr.

—No puede ser —dijo sonriendo—. No puede ser.

Filtró quitando todos los electrodomésticos y aparatos de la casa a excepción de la cinta de correr y el Emergencybot. Fue al primer día de funcionamiento de la cinta y se cruzó de brazos mientras miraba sonriendo. El reloj en pantalla iba contando las horas acelerado y al detective solo le

faltaban las palomitas para disfrutar más de la película: Todo en blanco, cinta iluminada en rojo en mitad de aquella masa pálida, cinco minutos después se ilumina el Emergencybot, con un gesto Leo ordenó al simulador que proyectase también el recorrido que hizo el robot y se vio cómo iba hasta la cinta.

Con otro juego de gestos solicitó el mismo escenario con las mismas condiciones, pero del día siguiente. Y contempló cómo se repetía la misma secuencia de hechos.

Pasó al tercer día con idéntico resultado. Y finalmente llegó al cuarto día donde se iluminó la cinta y el Emergencybot no se activó. Miró la pantalla y efectivamente era el mismo día en que empezó a quitarse la pulsera a esa hora.

—Querías ponerte en forma pero estabas bastante oxidado y asustabas al robot de emergencias... Una decisión arriesgada, pero a cualquiera le molestaría que le recordasen cada día lo mal que está, como si un espejo o una mirada en la calle no fueran suficientes —hablaba mirando en la representación del edificio al sofá donde encontraron el cuerpo, como si se dirigiera directamente a la víctima, mientras pasaba información con el guante de datos y hacía anotaciones—. Siento entrar en tu intimidad pero tengo que mirar una cosa para confirmar mi teoría —filtró para ver todas las veces que la pulsera dejó de emitir fuera de aquella hora habitual, para saber si era frecuente que no estuviese monitorizado. Y se encontró lo que sospechaba: breves huecos de seguimiento de constantes en algunas noches. No tenía que ser muy inteligente para deducir en qué momento (o con qué actos) se le disparaban las constantes y no quería que fuese un Emergencybot a interrumpirle...

Cerró los ojos para concentrarse en el siguiente punto a revisar y afirmó con la cabeza, pensativo, como si alguien se lo hubiese susurrado al oído.

Quería ubicar al androide de compañía en la casa, pero no conseguía una pista con la que seguir sus pasos. El día del asesinato, tanto víctima como androide estuvieron juntos en la mansión y no pararon de abrirse y cerrarse puertas por todo el edificio, así como encenderse y apagarse luces y electrodomésticos.

La víctima, como era habitual entre los millonarios, no tenía cámaras en el interior del edificio, y mucho menos que conservaran grabaciones guardadas en la memoria de la casa. Todos eran conscientes de que daba igual lo caro o sofisticado que fuese el paquete de seguridad contratado;

nadie podía garantizar al ciento por ciento que era imposible hackear el acceso al video en directo o a sus grabaciones. La única forma de asegurar su intimidad era sencillamente no tener cámaras dentro de casa. A cambio tenían sensores de todo tipo para la alarma, seguridad privada para el barrio y vigilancia para el exterior, no hacía falta más.

Volvió a revisar todas las actividades de la casa de ese día sin éxito.

Ni siquiera aplicando la lógica del *serviente y el amo* podía saber con certeza donde estaban. Si la puerta del frigorífico se abría a la vez que se ponía música en el salón, podría ser el androide preparando algo de comer al dueño, pero también podría ser el amo mirando qué se le antojaba del frigorífico mientras le ordenaba al androide que pusiera música.

Con el uso del baño sucedía lo mismo. El androide no tenía necesidad de usarlo, pero podía ir a limpiar, así que abrir esa puerta y encender esa luz tampoco daba pista alguna.

Decidió ir al momento cero, el instante del último uso del microondas, y suponiendo que el androide no mentía al decir que no estuvo presente, ir retrocediendo en el tiempo para ir mirando las activaciones en la casa, así yendo para atrás vio: Microondas cocina, rápidos cambios de luz en el salón (dedujo que podían deberse al forcejeo), música en salón, televisión en salón, luces en pasillos y cocina, puerta habitación cinco, ... Detuvo la reproducción.

—¿Era esa la habitación donde dijo que la habían encerrado?

Anotó mentalmente comprobarlo luego, al revisar las declaraciones del androide; antes, siguiendo su orden lógico, quería ver el programa de la alarma de la casa.

—La alarma no sonó el día del asesinato —leía en voz alta la información que iba encontrando—. Ésta se activaba si alguien forzaba la entrada a la vivienda ya fuese rompiendo una ventana o forzando desde el exterior cualquiera de las puertas sin pasar la tarjeta del dueño. Aquel día funcionaba correctamente y no se manipuló ni alteró su programa —dejó de gesticular pasando páginas en el aire a medida que las leía en la pantalla. Una vez reunida la información, apoyó las manos en el borde de la mesa relajando la postura y mirando de nuevo el sofá de la víctima—. El asesino lo tenía ya en casa o le invitaste a entrar... o tu androide le abrió... o tenía una copia de tu tarjeta...

Descartó la última posibilidad. Comprobó el modelo de cerradura de la mansión y tal como sospechaba era más fácil llevarse el tejado del edificio

que conseguir una copia útil de aquella tarjeta personalizada. Aun así seguía habiendo demasiadas posibilidades.

—... O es tu androide de compañía.

No encontraba nada que acusara al robot, pero a pesar de las charlas de la mañana, tampoco acababa de encontrar nada que le exculpara.

Si quería ser fiel a sí mismo debía considerar a Real Life Droids tan sospechosos como la lógica indicase.

Buscó las declaraciones del androide o el resumen de éstas, pero no había nada al respecto en el simulador. Contrariado se quitó el guante de datos y fue al sofá donde había dejado su PFI, comprobó que todo lo que le facilitó la policía se había transferido correctamente al simulador y que, efectivamente, allí tampoco disponía de la declaración.

Maldijo entre dientes como si el mismísimo detective Martin estuviese mirándole y sonriendo. Arrojó la pantalla flexible al sofá, hizo amago de volver a cogerla para llamar a Roma, pero descartó la idea de inmediato. Lo que no le hubiesen dado directamente con las presiones, chantajes, coacciones o lo que quiera que hubiese movido la empresa, no lo conseguiría ya. Pero llamando a Roma podía encontrarse un Martin aún más hermético la próxima vez que se viesen, y por desgracia no descartaba aún esa posibilidad.

—Muy bien... oficialmente estoy solo en esto. No tengo las declaraciones del androide de compañía. No me han dicho por qué no se activó el Emergencybot, cuando la deducción lógica es evidente y debe hacer horas que lo saben. En lo que respecta al intercambio de información ya no queda duda alguna. Al menos me va bien tenerlo claro desde el principio.

Dio una sonora palmada y alzó la mirada hasta centrarla en el simulador. Borrón y cuenta nueva.

Su cuerpo emitió las señales sonoras que le recordaban que tenía que comer y, aunque se sentía algo cansado, solo al mirar la hora se dio cuenta del tiempo que llevaba de pie trabajando con el simulador.

Se disponía a revisar las fotos de los *diamantes* para ver el detalle de la vivienda después del asesinato y aprovechó el cambio de configuración de la mesa del simulador para prepararse algo de comer. Cogió los alientos del frigorífico cuya base tenían iluminada en naranja ya que era la indicación de que estaban a punto de caducar y los prensó entre dos rebanadas de pan.

En el simulador las pequeñas columnas rectangulares que antes se habían ordenado reconstruyendo la mansión, ahora estaban recogidas mostrando una superficie lisa y brillante. La pantalla que antes ocupaba la esquina superior

derecha se estiró hasta ocupar toda la superficie. El teclado quedaba dentro de la pantalla, en el mismo sitio, pero ahora solo era visible al aproximar la mano, de este modo no molestaba para visualizar las imágenes a pantalla completa.

En la mano izquierda tenía el bocado en vez del guante de datos y con la derecha tecleaba el grupo de fotografías que deseaba ver.

El sistema combinaba las imágenes tomadas en el mismo instante desde los diferentes *diamantes*, y el resultado era una imagen tan nítida que parecía real y sobre la que el usuario podía navegar. Como si asomase la cabeza al interior de una habitación congelada en el tiempo. Se podía mirar incluso detrás de algún objeto de la imagen, siempre que no hubiese quedado oculto a todos los *diamantes* en el mismo instante. Toda una visita virtual en alta definición.

Leo se detuvo a ver el hueco cóncavo a la altura de la cabeza, en la pared de detrás del sofá. Si no se lo hizo la propia víctima (tendría algún rastro de sangre), tal vez lo hizo el agresor, pero teniendo en cuenta que cuando lo dejaron en el sofá ya era un cadáver, no podía ser provocado por el forcejeo. Definitivamente el discreto hueco parecía anterior al fatal episodio de aquel día y podría no guardar relación alguna con el caso.

—Céntrate. Podría hasta ser el golpe de un mueble en una mudanza —se dijo mientras cambiaba de escenario con el teclado.

Vio la cinta de correr. Visitó una biblioteca cargada de volúmenes (¡en papel!), compuesta sobre todo por comics, cuyo colorido chocaba con la seriedad de los muebles. La biblioteca carecía de ventanas y la puerta era especialmente robusta, solo la del dormitorio era igual de resistente y eran diferentes a las del resto de la casa.

En el dormitorio encontró bajo la cama juguetes sexuales y otros instrumentos entre los que destacaban un látigo y una fusta, lo que le llamó la atención porque no parecía un tipo pasivo ni vio marcas de los mismos en su cuerpo. Y si era activo no le encontraba sentido a castigar (eróticamente) a un androide... Tal vez aún no entendía lo convincente que podía llegar a ser la actuación de la máquina.

Completó al detalle el recorrido por la vivienda e hizo una segunda ronda, perezosamente, mientras pensaba.

Cuando iba de nuevo por la biblioteca, oyó que la puerta de su apartamento se abría sin previo aviso. Solo una persona disponía de copia de la tarjeta, la misma persona que no acostumbraba a llamar, de modo que,

aunque no esperaba visita, no se alteró. Dejó el simulador sin molestarse en apagarlo y se acomodó en el sofá.

9

Paul entró en el apartamento como si de su propia casa se tratara. Cerró la puerta y sin mirar soltó perezosamente la llave-tarjeta contra la pared, en la zona que estaba magnetizada y que la mantendría pegada y disponible hasta que se fuese. Algo más abajo seguía la tarjeta de Leo.

—¿Cerveza? —preguntó Paul directamente.

—Frigorífico.

—¿Quieres?

—Ahora no, mejor luego.

Continuó caminando hasta la cocina, volvió con dos cervezas y se sentó junto a su hermano.

—¿Qué tal? —dijo dándole una de las cervezas y abriendo la suya. Leo la tomó sin molestarse en discutir.

Paul dio un primer trago a la bebida, largo y pausado, valorando la calidad de la cerveza y del momento. Mirando al frente, vio como la chaqueta de Leo tapaba torpemente su pistola y lo que parecía el marco de una fotografía cuya imagen podía imaginar.

El detective la había tirado apresuradamente cuando se dio cuenta de lo que tenía delante y de que su hermano ya estaba entrando. No tuvo tiempo de taparlo mejor y Paul evidentemente lo había visto.

Se encontraba francamente bien, por eso le daba más pereza aún tener que aguantar algún sermón o tener que dar explicaciones sobre aquel escenario.

—La verdad es que estoy bien. Tengo un nuevo caso. Uno importante —acompañó cada frase con un sorbo.

Solo con esas frases, ya fuese por el tono de voz empleado, la ilusión en su mirada o por conocerle de toda la vida, su hermano mayor le creyó. Alzó las cejas en señal de sorpresa y ambos supieron que no hablarían ni del arma ni de la fotografía.

—Joder, no sabía que habías acabado el anterior. He tenido lío en el bar, algunas reformas, y no he tenido tiempo de venir —sonaba más como una disculpa que como una explicación, porque él sabía lo que suponía acabar un caso y que Leo dispusiera de tiempo para *pensar*.

—Tengo ya bastante de información y he estado trabajando con el simulador —señaló a su espalda la máquina iluminada al fondo.

Paul se puso de pie para comprobar algo y se sentó de nuevo riendo. Se

había fijado en la esquina del simulador donde el teclado estaba activo

—¿Tecleando? ¿De verdad usas el teclado con lo que cuesta ese trasto? Joder, para eso por qué no te compras un Espetrom o un Janstras.

—Enhorabuena, ni uno. Supongo que quieres decir un Spectrum o un Amstrad.

—¿Cómo recuerdas esos nombres?

—Porque nos los han repetido un millón de veces en historia de la informática... a los dos.

Paul echó otro vistazo al simulador.

—Pero usar el teclado...

—Cuando voy siguiente un caso a veces hablo en voz alta y tengo que estar todo el rato corrigiendo al intérprete porque piensa que me dirijo a él y le vuelvo loco. Por eso tengo desactivadas las órdenes por voz.

—¿Hablas solo?

—¿Por qué demonios te estoy dando explicaciones?

Paul seguía riendo como si le hubiesen contado el mejor chiste del día y, a modo de burla, mientras Leo intentaba explicarse, simulaba que escribía sobre un teclado invisible.

El detective le dio un puñetazo en el hombro sin contener la fuerza.

—¡Joder, que aún duele del combate de la otra noche! —soltó la cerveza serio y se masajeó el hombro con la mano opuesta.

—Lo sé.

—¿Ves? —dijo como si acabara de recordar algo— No me he podido pasar por aquí, pero sí que hemos quedado para pelear. Podías haberme dicho algo —Leo estaba acostumbrado a los constantes cambios de conversación de su hermano, y a no poder adivinar nunca con qué tema saltaría a continuación.

—¿Algo de qué?

—De que ya no tenías caso. Que estabas *libre*.

—Eso no cambia el hecho de que te diera una paliza —fue la torpe evasiva para cambiar de tema.

—No fastidies. La paliza te la di yo. ¿Quieres que te dé en las costillas a ver cómo van? —Paul aceptaba así la invitación a cambiar de tema.

—Gané yo y sabes que es lo único que cuenta.

—Ya, con el truco ese que haces.

—¿Tienes doce años? ¿quince?

—Idiota.

Una amplia sonrisa mientras daba un largo sorbo de cerveza fue toda la réplica que dio Leo a su hermano.

—No me fastidies con lo de la madurez, ya sabemos que es un juego —a Leo le sorprendió que no lo llamase “entrenamiento”, como solía decir, en lugar de “juego”—, pero a todo el mundo le gusta ganar.

—No hago trampas.

—¿Qué haces? Y como me digas que “ser mejor” o algo así, la tenemos ahora mismo.

Leo sabía que Paul se acabaría dando cuenta del método que empleaba tarde o temprano, y como estaba de humor, optó por explicarle la sencilla técnica.

—Me dejo alcanzar por uno de tus mejores golpes.

—¿Qué?

—Me lo juego todo a una sola carta.

—¿Me lo cuentas o no?

—Lo que estás oyendo. Después de tantos combates, ¿cómo no lo has visto? —Paul guardó silencio, pensativo, valorando si le estaba tomando el pelo y el detective continuó desarrollándolo—. Hay un momento en el que vas a dar un buen golpe. Uno que calculo que no me dejará inconsciente pero que será bueno y me concentro en recibirlo bien, hago que parezca que no me he cubierto bien, o que me has cogido desprevenido, lo que sea, el caso es que ese me lo llevo, porque sé que en ese momento —hizo una breve pausa para disfrutar del silencio muy poco habitual de su hermano mayor—, justo en ese preciso instante: bajas la guardia. Como el ciclista que alza los brazos en señal de victoria justo *antes* de cruzar la meta. Y entonces es cuando lanzo mi único golpe, tiene que ser el mejor, y va con la esperanza de que sea el definitivo, porque sé que será imposible que consiga dar otro.

Paul se quedó pensativo, bebía cerveza sin decir nada, hasta que se la acabó y la dejó sobre la mesa.

—Eso es una gilipollez. ¿Recibir voluntariamente un buen golpe, para soltar un contraataque *desesperado* y de *fortuna*? ¿Y si en lugar de relajarme como parece, mi golpe certero me invitase a castigarte más? Es imprevisible cómo reaccionaré cada vez. ¿Y tú único... *mérito*, es ser capaz de aguantar un buen *viaje*?

—Dicho así pierde *glamour*, pero... así es —agitó el recipiente de su bebida comprobando que no quedaba más y cogió la de Paul para tirar los dos envases en la compactadora.

—Bah, ya averiguaré lo que haces. Creo que es fallo mío, en algún momento no me cubro bien y lo has descubierto. Eso o que tengo alguna especie de *tick* que te da una pista de a donde apunto algún golpe importante. Sí, algo de eso.

Leo no le contestó nada. Encontraba divertido que no le creyese. Desde luego no insistiría, pero estaba seguro de que el próximo combate sería muy diferente.

Hubo un tiempo, hacía muchos años, en que veía muy poco a su hermano. Había empezado con el negocio del bar y era como si hubiese madurado de golpe. Hablaba con él y no le reconocía. Era como si hubiese estado jugando a estudiar y trabajar en el taller, bajo la cúpula protectora de sus padres, y hubiese salido al exterior para descubrir que el mundo estaba en guerra.

Y poco a poco el chico que solo le avisaba de las nuevas drogas de diseño que había visto en las fiestas, o que le daba consejos (poco acertados) de cortejo, pasó en aquella época, cuando por fin coincidían, a hablarle de créditos, amortizaciones, proveedores, inspecciones, etcétera. Y no hablaba de todo aquello para hacerse el interesante, sino con sincera preocupación. Tal vez pensaba que nadie apostaba nada por él, ya fuese por su actitud o por su capacidad, y que sacar adelante el bar era la única forma de demostrar (y demostrarse) que valía.

A Leo le entristecía que pudiese pensar eso, y también un poco el hecho de no reconocerle. Por fortuna, con los años dominó el negocio y, aún con sus preocupaciones, pudo volver a ser el mismo de siempre. El que podía estar dándole vueltas a cómo cambiar la distribución de las mesas para ganar dos reservas, mientras le regalaba con cuarenta años la consola pirateada.

—Esta noche es muy posible que nos veamos —dijo Leo como si acabase de recordar algo.

—¿Vendrás al bar? —instintivamente consultó su PFI para ver si iba tarde a abrir.

—En principio sí —su hermano se merecía verle animado de nuevo, volver a ser solo amigos en vez de tener la sensación de ser para él una *granada emocional*, a la que periódicamente tenía que revisar si le faltaba la anilla.

—Genial, podré presentarte aquella chica que te dije que suele ir...

—No empieces.

—Es guapa, inteligente...

—... va frecuentemente y sola a un bar...

—...simpática, guapa...

—Te repites.

—Además, le hablo tanto de ti que ya es como si te conociera. Lo tienes fácil, solo empieza con ese rollo tuyo de inventarte de dónde viene tu nombre... vas hablando... os conocéis.

—Uno: Las historias de mi nombre no son para ligar, son para romper el hielo.

—A otro con ese cuento —cortó Paul—. Las inventas porque estudias las reacciones, te entretienes en ver cómo reaccionan, y ganas tiempo para pensar la conversación *real* que llevarás a continuación. Joder, es como hacerte una introducción a la medida —hizo una breve pausa.

Leo estaba sonriendo. Le conocía demasiado bien y prefirió continuar que insistir.

—Dos: no iré solo —le lanzó una mirada amenazadora y Paul no abrió la boca—. Tres: ... ¿de verdad no ves que esa chica está interesada en ti?

—Imposible. No soy compatible con la monogamia ni nada que se le parezca. Tú lo sabes, yo lo sé y ella debería saberlo. Además, estoy muy centrado en el negocio.

—Vamos, que vas a seguir yéndote con la que puedas y al menos has tenido la decencia de ver que es una buena chica y no le quieres hacer daño.

—Técnicamente no podemos asegurar que sea una chica —Leo había acertado de lleno si Paul necesitaba salir de allí bromeando.

Luna era un encanto y toda una mujer, (referirse a ella como *chica* solo atendía a que los hermanos se estaban haciendo cada vez mayores y perdían la perspectiva de la edad). Solo el mismo Paul sabía el daño que podía llegar a hacerle. Ella buscaba algo que él aún no se atrevía a dar. Y él sabía que para el día que estuviese listo, ella ya no estaría. Era así de complejo o así de sencillo. Paul hacía tiempo que tenía edad para poder empezar algo serio sin que le quedase la sensación de haberse perdido vivir otras cosas, pero el valor no siempre acompaña a la edad.

Por el bar pasaba mucha gente interesante... conocía a tantos y tantas... le gustaba tanto cambiar, conocer, aprender, experimentar. En ese sentido era un adicto reconocido. Siempre lo había sido y no recordaba otra forma de ser. Su sensibilidad solo le alcanzaba para mantener a Luna a distancia y a su hermano vivo.

—Que sea chica o no, no ha sido problema para ti en otras ocasiones.

—Mis fases *experimentales* pasaron hace años.

—Ya.

—Así que esta noche vienes. Bien, bien —repitió pensativo, volviendo al tema como si no acabase de creérselo.

—Por cierto. ¿Sigues yendo a tu local aquel religioso que os soltaba sermones?

—A veces. No verás en tu vida a nadie más borracho que tenga prohibido el alcohol... Pero seguro que no lo verás hoy, si viene lo hace por la mañana, al final alcanzamos un *pacto no escrito* en beneficio de los dos: él viene alguna mañana cuando estoy solo, engrasando la maquinaria, haciendo caja y vigilando como limpian los robots. A cambio de venir cuando no tengo clientela a la que molestar, le doy un par de tragos gratis y el sermón me lo como solo yo —concluyó con resignación.

—¿Por qué no le echas y ya está?

—¿Y arriesgarme a que vuelva por las noches con el bar lleno?, ¿con los discursos a voces sobre las máquinas, el vicio, las drogas y todo eso? Si hasta gritaba al *medio-androide* que tengo en la barra sirviendo copas. Ahora más o menos una vez por semana se pasa, bebe, habla, se marcha y todos contentos.

—Supongo que sabes lo que te haces.

—Claro, y esta noche vayas a la hora que vayas, allí me encontrarás orquestando todo aquello. De hecho solo hay una cosa que podría conseguir que me ausentase unas horas —perdió la mirada en el horizonte, como si viese algo en la televisión apagada. Leo conocía esa mirada, esa historia y la imposibilidad de evitar oírla de nuevo.

—Eso no volverá a pasar, Paul. Ella (si existió alguna vez) no volverá jamás ni a tu local ni a hacer aquello.

—Entró en el bar con aquel abrigo excesivo. Demasiado caro para el local y demasiado caluroso para aquella época del año —seguía mirando al frente sin parpadear e ignorando las dudas de Leo—. No era una jovencita, era toda una mujer, *una señora*.

—¿Vas a entrar en modo *hablo solo*? —preguntó Leo con pereza, levantándose y dirigiéndose al frigorífico—. En serio: no es tan divertido como crees que es.

—Me señaló con el dedo índice, lo recogió dos veces mirándome, indicando que la siguiera, se dio media vuelta y salió.

—La última vez que lo contaste ella hablaba —gritó Leo desde la cocina.

—El local estaba casi lleno pero tranquilo, con el androide de la barra y la chica de confianza que atendía las mesas. Podía permitirme un breve

descanso —Leo llegó con otro par de cervezas y le tendió una a Paul, que la cogió sin mirar ni dejar de hablar—. Cuando salí a la calle ya estaba entrando en el aparcamiento, caminando sin mirar para atrás, con la seguridad de que la seguía hipnotizado. Estuve a punto de darme la vuelta solo por orgullo...

—Claro.

—Pero la seguí hasta su coche, un deportivo caro y negro como su abrigo y como sus zapatos de aguja. Hacía juego con ella como si estuviese hecho a medida, habría adivinado que era el suyo incluso sin haberla seguido.

—Abrevia. Tengo que seguir trabajando y tienes que atender a tu parroquia.

—Había encajado aquel cochazo en batería, entre dos camiones y de cara a la pared. Tan justo que costaba entrar en él, pero a cambio tenía el morbo de poder hacer lo que quisieras allí dentro sin que nadie te viera, y menos a aquella hora de la noche. Entró en el coche y abrió la ventanilla lo justo para sacar la mano y repetir una sola vez la invitación con el dedo, aunque no supiese que yo estaba allí. Y menos mal, porque te juro que si no habría acabado entrando igualmente.

—Pero si estaba en el coche sí que sabía si estabas, aunque no girase la cabeza: te veía por los retrovisores —ante estas interrupciones Paul se mantenía en silencio y aprovechaba para dar un trago a su bebida antes de reanudar la narración.

—Se había acomodado en el asiento de detrás así que la acompañé directamente en el mismo. Era amplio y cómodo como un elegante sofá de dos plazas.

—¿No era un deportivo?

—Un deportivo grande —por primera vez dejó de mirar la pantalla apagada de la televisión y se dirigió directamente a su hermano, serio—. ¿No has visto nunca un deportivo grande?... Uno de esos... cochazos. ¿No sabes disfrutar de una buena historia, joder?

—No te pongas así. Me la has contado mil veces —Paul gesticuló con los ojos muy abiertos como diciéndole “¿y qué?”—. Vamos, sigue, por todos los dioses. No sé porqué no te quedas en casa hablando solo.

Para ver si sigues vivo —pensaron los dos a la vez sin que ninguno lo pronunciase. De hecho Paul se estaba creciendo con la historia sobre la que bromeaban por la alegría de ver a su hermano por fin de mejor humor.

—Allí estaba. Delante mío. Con aquel abultado abrigo que le cubría desde la barbilla hasta las rodillas, lo mantenía cerrado cogiéndolo con las

dos manos. Lentamente fue separando las manos, abriendo el abrigo, sin hablar y mirándome a los ojos, disfrutando de ver cómo me era imposible sostenerle la mirada por la necesidad de espiar lo que descubriría más abajo. ¿Y qué tenía debajo?

—Nada.

—Nada —continuó. Ignorándole—. Bueno sí: tenía un collar de diminutas perlas blancas, a juego con los discretos pendientes, como si formase parte del *uniforme de millonaria*. Tenía un cuerpo sencillamente increíble, perfecto. Las piernas seguían elegantemente cruzadas y tenía los pechos al aire, pequeños y firmes. Solo podía adivinarse su edad por la seguridad de sus movimientos, algunas arrugas en el delgado cuello y otras detrás de las orejas, ya sabes; pero sin fijarse en eso era una jovencita en forma. El quirófano sin duda tenía que ser su segunda residencia, y la primera el gimnasio.

>>Seguía con los brazos extendidos, aguantando el abrigo abierto. Estaba seguro de que hiciésemos lo que hiciésemos, su máximo placer sería ver cómo la había recorrido milímetro a milímetro con la mirada, sin poder ocultar mi admiración. Incluso llegué a temer que sencillamente volviese a bajar el telón y acabase el espectáculo.

>>Pero tras paladear el momento tanto como deseó, deslizó el abrigo por su espalda y me abrazó. Tendría quince años más que yo, tal vez más. Lo noté porque las mujeres maduras se mueven de una manera diferente. Parece que va todo poco a poco, guían con mucha seguridad, lo tienen todo claro y sin querer te dejas llevar en lugar de dirigir. Parece lento, pero sin darte cuenta ha desaparecido tu ropa.

—Pobrecito —Leo le interrumpía por el mero placer de romper su monólogo, para compensar la molestia de tener que volver a escuchar la historia, reflexiones incómodas inclusive.

—Y hay muchísimos cambios de postura. No sé si es porque así hacen que dure más. Se excitan tanto que solo verlas así ya te vuelve loco, se arquean como...

—Hasta aquí —cortó finalmente Leo—. Si quiero un relato erótico, ya te lo pediré por escrito. Ahora, bromas aparte, si ella existe y todo eso pasó de verdad: ¿Por qué esta obsesión? Por lo que cuentas, has estado con docenas de mujeres maduras y atractivas, pero no dejas de repetir esta anécdota en concreto.

—Ni idea. Será un poco la suma del conjunto: el cuerpazo, la edad, la

clase, el silencio, el anonimato, pero sobre todo esa seguridad, esa elegancia prepotente, casi ofensiva, como un recordatorio constante de que eres inferior; la... ¿cómo le dicen?... ¿la erótica del poder?... algo así supongo — acabó la frase levantándose del sofá y apurando la cerveza con un último y largo trago.

—O tal vez sea que fue la única que te usó, no te dejó contacto y no volvió a aparecer ni llamar.

—Bah. Ni idea. Sea como sea, no me entretengas más, que algunos tenemos trabajos de verdad.

De pie, desde donde estaba, se giró en dirección al simulador. Éste aún mostraba la mansión de la víctima y el detalle de la biblioteca.

Paul se acercó para ver mejor el conjunto.

—Vaya casita... ¿Es de la víctima del caso que investigas? —preguntó aparcando definitivamente el tema anterior.

—Sí.

—Me suena de las noticias de la ciudad. ¿Es lo del crimen del androide?

—Es el caso de la víctima *que tenía un androide* —puntualizó.

—Vale, vale abogado —miró la biblioteca en pantalla, muy detenidamente, y sin hacer ninguna broma él mismo usó el teclado para moverse por aquella habitación y estudiarla mejor. La recorrió en silencio, atento, mientras Leo le contemplaba con curiosidad. Al cabo de un rato Paul lo dejó todo, sin añadir nada, como si reflexionase sobre algo. Sonrió a su hermano y empezó a caminar en dirección a la puerta.

—¿Sabes qué tienen en común todos los que tienen un androide de compañía?

—Ilumíname.

—Que tienen mucho dinero.

—Espera, que tomo notas.

—Ríete, pero he resuelto tu caso. No sé quién le mató, ni cómo, pero normalmente *los malos* lo que quieren de un rico es su dinero.

—El asesinato fue violento y no hay indicios de robo, la verdad es que es algo complejo y le sigo dando vueltas a varias teorías. De todos modos, aún no tengo el informe final de la policía y tal vez hayan descubierto que sí robaron algo.

Paul se detuvo al llegar a la puerta y se giró para seguir defendiendo su teoría.

—Fue un robo. Se llevaron los cómics.

—No se me ha escapado que la biblioteca está especialmente protegida, pero no se ve revuelta ni hay grandes espacios vacíos que delaten que falta algo, hasta tener el inventario...

—Joder, que te lo estoy diciendo yo. Mira las colecciones más antiguas: Les falta el número uno de cada una. El que sea se ha llevado una fortuna en material que no llenaría ni una mochila —le miraba orgulloso y feliz, aunque Leo no dijese nada, por su expresión sabía que le había sorprendido.

El detective no se molestó en correr al simulador para comprobarlo, sabía que su hermano era un apasionado de las novelas gráficas y no le extrañó que se hubiese quedado con aquel detalle, igual que no le extrañó que no se fijase en que había un Emergencybot que no salvó a nadie.

—Muy buena, lo reconozco, pero hay más cosas —añadió Leo—: tortura, dibujos en el cadáver, lo cambiaron de habitación, ...

—¿Recuerdas aquella vecina que teníamos cuando vivíamos en la calle B? La que veíamos siempre con un vestidito de esos que son para las chicas, para cuando van a la playa. Ya sabes, esos que son solo como una camisa larga de tejido muy fino y debajo se dejan el bikini o el bañador o lo que sea.

—Sí. ¿Cómo no recordarla? —Leo contestó de forma automática, totalmente desorientado por el giro de la conversación—. La veíamos todo el año con ese tipo de ropa, incluso en invierno la vimos abrir alguna vez la puerta a alguien así vestida.

—Exacto. Iba siempre con eso, y le quedaba de maravilla. Era tremendamente sexy. Le daba ese aire de *mirad que buena estoy, me pongo cualquier cosa y da igual porque la percha es perfecta*.

—Era unos dieciocho años mayor que nosotros. Mientras vivíamos con nuestros padres, a punto de irnos de casa para buscar las nuestras propias, a ella la veíamos porque se despedía en la puerta de su hijo cuando su ex-pareja venía a recogerlo los días que le tocaba.

—A lo que iba. Siempre llevaba esos *vestiditos* y escuchaba a la gente hablar de ella. Papá decía que se había quedado con una mano delante y otra detrás, que la veíamos con esa ropa porque poca cosa más tendría...

—Estoy teniendo paciencia, pero ¿esto tiene algo que ver con el caso o ya es otro tema? Es solo por orientarme.

—Joder, de verdad te digo que eres el peor para escuchar historias. Todos los que conozco están más atentos, interrumpen menos y *aprenden* —casi gritó la última palabra.

Para acabar antes, Leo optó por callar con resignación. Al menos ya

habían llegado hasta la puerta.

—¿Por dónde iba?...

—Papá decía...

—Eso. Y mamá decía que era una buscona, que salía así de fresca para que los demás hombres del vecindario viesan bien la *mercancía* —Leo recordó cómo su madre realmente usaba esa expresión, valorando la memoria de su hermano—. Una vecina —continuaba Paul— decía que llevaba esa ropa tan a menudo, porque para estar en forma iba todos los días varias horas a la piscina; se le echaba el tiempo encima y acabábamos viéndola tal como iba o volvía directamente a nadar. Otro vecino decía que se ponía así expresamente para cuando venía su ex-pareja, para *enseñarle* lo que se perdía.

—Y tú sabes *la verdad* —bromeó Leo.

—Me lo dijo ella.

—¿Cómo?

—*Cómo* no: cuándo. Cuando nos liamos.

—¿Qué tienes con las mujeres quince años mayores que tú?

—Que saben de sexo (y de todo) como quince veces más, ¿puedo seguir?

—Por favor.

—¿Sabes el motivo por el que llevaba esos vestidos?: Porque le gustaban.

—¿Ya está?

—Sí, ya está, solo eso. No era pobre, ni una buscona, no iba a la piscina constantemente y su ex le importaba tanto como una maceta. Se vestía así porque le gustaba, estaba cómoda con eso en casa y no se iba a cambiar cada vez que tuviese que asomarse a la puerta. Fin.

Paul abrió finalmente la puerta del apartamento mientras recogía su llave-tarjeta de la pared y desde allí señaló el simulador.

—La explicación más sencilla suele ser la acertada.

Con las cosas que había visto trabajando en la policía y luego como detective, Leo se guardaba sus reservas al respecto. De todos modos tomó buena nota del enfoque, simplista o no, de su hermano. No venía mal un recordatorio del principio de Ockham.

—¿Absolutamente todo lo tienes que decir con historias, inventadas o no?
—preguntó Leo a modo de despedida.

—Tengo un bar... Si cada vez que me preguntan la hora dijese “*las diez*”, en vez de contar la historia del reloj de cuco, seguro que haría menos caja.

Paul relajó el gesto, miró a su hermano como si les separasen cien años y

le sonrió cálidamente.

—Me alegro de verte... así. Lo echaba de menos —dijo con aprobación.

Dio media vuelta y se alejó, apretando el paso al consultar la PFI de su antebrazo.

—Nos vemos luego —dijo Leo mientras cerraba la puerta.

—Claro. Alguien tiene que vigilar que pagues todas las copas.

10

Leo volvió al simulador en cuanto se fue Paul.

Hizo un repaso general del escenario y de la secuencia de hechos desde el nuevo enfoque propuesto por su hermano, pero a pesar del esfuerzo no le convencía.

Había una frase que decía un antiguo compañero suyo del departamento de homicidios, de su época de policía: “casi cualquiera es capaz de apretar el gatillo de una pistola y matar a alguien, pero no todo el mundo puede apuñalar a alguien hasta asesinarlo”. Eso era lo que le rondaba la mente, y en pocas palabras resumía porque no podía aceptar la teoría de su hermano como único móvil. No es que la rechazase por su simplicidad.

Era imposible obviar lo que tuvo que pasar la víctima con la cabeza en el microondas. Según el informe, no había marcas de ligaduras y no había restos de drogas ni sedantes en el análisis de sangre hecho directamente en campo. Aquel hombre había sufrido terriblemente hasta la muerte, no podía ser obra de un simple ladrón, aunque hubiese encontrado problemas, aunque la víctima le hubiese plantado cara, aunque hubiese tenido un mal día...

Podía aceptar que los cortes en la piel (post-mortem) tuviesen como intención solo despistar; de hecho las teorías enfrentadas sobre su significado o su sentido así lo confirmaban. También aceptaba la sustracción de objetos valiosos y que ocupaban poco espacio (también a la espera de tener más información sobre si faltaban más cosas en la casa). Pero sobre la tortura no tenía que acudir a aquel rincón de su memoria donde almacenaba las clases de psicología para saber que era excesivo.

Cansado de revisar todo por segunda vez sin avanzar, fue retrocediendo en los archivos hasta llegar a la primera carpeta, donde se quedó unos segundos contemplando la pantalla. Delante suyo, listos para cargar en el simulador, tenía dos archivos: el caso que estaba estudiando y el viejo caso del suicida que también poseía un androide de compañía.

Ya le había echado un rápido vistazo y todo parecía tener sentido, tal como le había comentado a Roma, y entendía que le quisiera ver volcado al doscientos por ciento en el caso en curso, pero el mismo sexto sentido que dice a un piloto de rally dónde está la piedra en mitad de una nube de polvo, o que avisa a un francotirador que cambie de posición porque le están apuntando, le empujaba a darle una segunda lectura.

Escuchó primero las anotaciones que él mismo había hecho en la primera revisión: videos donde hablaba mientras en pantalla se reflejaba lo que observaba y señalaba, y cuando lo que comentaba durante aquellas anotaciones era sobre el simulador tridimensional, en la mesa se reproducía a la vez el baile de columnas que generaba el escenario comentado.

Así, como espectador de sí mismo, repasó todo el resumen:

—*Varón de 38 años. El cuerpo sin vida fue hallado en su chalet de las afueras de la ciudad. Se encontraba solo* —escuchó su propia pausa al decirlo, ya que lo encontraron solo en lo que a humanos respecta, pero si se puntualizaba, estaba *acompañado* por su androide de compañía, que se encontraba en el edificio—. *Causa de la muerte: asfixia. Lo hallaron ahorcado en la cocina* —a la representación tridimensional de la sala en el simulador, acompañaban las macabras imágenes en pantalla del cadáver ahorcado mientras lo retiraban—. *El caso se trató desde el principio como asesinato, por el sencillo hecho de que alrededor del cuerpo no había medios físicos para que el fallecido llegase a la altura de la soga por sus propios medios. La única posibilidad era que alguien hubiese puesto el cuerpo allí.*

>>*Inciso. Datos de interés: la víctima no tenía el cuello partido (en los ajusticiamientos por ahorcamiento, siglos atrás, la mayoría de los condenados morían al partírseles el cuello por el brusco tirón de la soga cuando se les retiraba el punto de apoyo y caían con todo su peso. Al final dependía del recorrido que tuviese la cuerda, de modo que, evidentemente, cuanto más cayera, mayor sería la posibilidad de rompérselo). En este caso la víctima sufrió el ahorcamiento hasta la asfixia.*

>>*Otro dato de interés* —las imágenes del informe médico se sucedían en pantalla—: *la víctima no tenía las manos atadas ni con muestras de haberlo estado. Tampoco presentaba signos de haber forcejeado con ningún posible agresor. Salvo por la ausencia de medios para llegar a la cuerda, todo apuntaba al suicidio.*

>>*Bla, bla, bla, autobombo de la policía sobre qué grandes investigadores fueron al conseguir demostrar finalmente que, en contra de todo pronóstico, sí que se había tratado de un retorcido suicidio* —la voz de la grabación sonaba aburrida y monótona mientras se sucedían rápidamente en pantalla portadas de artículos de prensa destacando la habilidad de la policía, que limpiaba el nombre de Real Life Droids, liberándolos de las acusaciones contra sus androides. Leo no se molestó en volver a mirar las portadas en el breve vídeo, pero recordó el seguimiento mediático que tuvo

en su día. También le vinieron a la memoria los montajes e infografías donde se mostraba a una modelo de rostro inexpresivo tras los barrotes de una celda: “Androides asesinos”, “Nuestras vidas en manos de robots”, cantaban los titulares simplistas de las publicaciones que cumplían la norma de primero vender, luego informarse y por último informar. Tras la sentencia, aquellas portadas habían quedado olvidadas.

>>*No es por menospreciar su trabajo* —su voz grabada le obligó a centrarse de nuevo. En pantalla se mantenía el último artículo de la policía y era el simulador el que se movía, recreando de nuevo la cocina desde diferentes ángulos— *pero si hubiesen comentado desde el principio que la cocina estaba encharcada, sin que hubiese ninguna fuga de agua, tal vez cualquiera hubiese podido deducir cómo logró suicidarse. Como en aquellos acertijos de la infancia: “en una torre hay encerrado un ahorcado...”*

Leo pausó la reproducción para volver a centrarse en aquella cocina, sin la distracción de su relato, intentando mirar más allá de lo que ya sabía que narraría su voz. Delante suyo tenía la immaculada cocina. El simulador no mostraba el agua acumulada en el suelo, pero sí al pequeño robot de limpieza que se paseaba recogéndola hasta que la policía lo paró. El robot doméstico tenía la forma de tres cilindros anchos unidos entre sí y apenas alcanzaba seis centímetros de altura.

El detective estaba familiarizado con el modelo, ya que era la versión de lujo del que él mismo tenía en casa; por eso sabía a simple vista que tenía el primer depósito lleno y el segundo a punto de estarlo también, según indicaba el código de luces de los cilindros.

—Seguramente lleno solo del agua que intentaba recoger de la cocina, ya que aquel modelo podía aspirar tanto sólidos como líquidos —dijo en voz alta mientras seguía contemplando la escena pausada.

Por un momento le vino a la mente la triste y absurda imagen, antes de llegar la policía: el dueño colgado, muerto, balanceándose ligeramente desde el techo, mientras el robot de limpieza, totalmente ajeno al drama, recorría la cocina recogiendo agua, pasando de vez en cuando justo medio metro por debajo del cadáver.

Desechó la imagen mental y continuó con la reproducción de su vídeo de observaciones.

—*Cualquiera podría haber llegado a la solución del “misterio” de cómo llevó a cabo el suicidio, cómo pudo llegar a la soga y no dejar huella, si se hubiese filtrado antes que el suelo tenía tanta agua, y ya no digamos si se*

hubiese añadido que al frigorífico le faltaban cajones y estantes de la parte del gran congelador, aunque el hueco estaba vacío —en el simulador aparecía en ese momento la recreación del escenario instantes antes del suicidio, con las deducciones finales de la policía—. La víctima empleó una escalera o algo similar para colgar la soga de una de las vigas del techo, luego devolvió lo que usase a su sitio. Para poder alcanzar la soga, usó un gran bloque de hielo que consiguió acumulando agua en el congelador del frigorífico. Para poder hacer el bloque lo suficientemente grande retiró los cajones y estanterías interiores, y tuvo que emplear varios días hasta conseguir que se congelase todo el conjunto, o sencillamente comprar uno hecho y conservarlo en el congelador —en la escenificación, una figura abría el congelador y arrastraba el gran bloque de hielo hasta situarlo bajo la soga. Luego volvía a cerrar el congelador, se subía sobre el bloque de hielo como si de un escalón se tratase, ajustaba la cuerda en torno a su cuello y haciendo fuerza lateralmente con los pies deslizaba el bloque a un lado donde ya no podía volver a alcanzarlo.

La simulación de la escena concluía ahí. A pesar de emplear figuras simples para recrearlo no dejaba de impactar. Era imposible no reflexionar sobre cómo de atormentada tenía que estar una persona para llegar a hacer aquello y el porqué de la elección de aquel rudimentario método.

Tal vez le afectase más porque hacía dos días (parecía una eternidad) que había puesto en una balanza su propia vida, decidiendo de qué lado inclinarla.

Su voz grabada lo sacó de sus recuerdos y le llevó de vuelta al resumen:

—No hay constancia de cambios en sus cuentas ni en sus propiedades —era de manual, en los casos de suicidio, comprobar si había problemas financieros que lo justificasen, sobre todo en personas como la víctima, de clase muy acomodada, a veces acostumbrados a unos ritmos de vida tales que preferían la muerte antes que abandonarlos. Otra variable era el fallecimiento reciente de alguien muy próximo, lo que, según la investigación, tampoco se daba en su caso.

La observación era un estándar y por eso la incluyó en sus comentarios, pero la experiencia de años en la policía, y después como detective, le había demostrado que problemas amorosos, laborales y familiares eran también poderosos motivos para el suicidio; así que la información sobre su estado de cuentas solo descartaba una de las causas, sin añadir nada más.

—Según la temperatura corporal los médicos pudieron precisar la hora exacta de la muerte y en aquel espacio de tiempo no se registraron ni

entradas ni salidas de la casa.

>>Respecto al androide de compañía. Se encontraba en el edificio antes, durante y después del suicidio. Según dijo el propio androide (un modelo femenino, voluptuoso, caucásico que parecía una mujer de no más de treinta años)... —de nuevo un silencio mientras en pantalla se veía cómo iba pasando rápidamente documentos, buscando el resumen del interrogatorio que le hicieron. Al encontrarlo se quedó en pantalla y continuó el monólogo—. Se encontraba en la última habitación del piso más alto —el simulador recreó a la vez la ubicación comentada y Leo pudo comprobar de nuevo que más que de una habitación se trataba de un desván. Al final del pasillo del último piso había una puerta que desde el pasillo podía pasar por la de un armario, pero que al abrirla daba directamente a una escalera que subía hasta esta última habitación.

>>Según declaró —se oyó un bufido antes de leer la declaración porque ya sabía que lo que pudiese decir el androide tenía un valor nulo: la policía no tenía porque creerlo, y no se admitía en un juicio. Pero hasta que se puntualizara algo al respecto, tenían la obligación de tomarle declaración—: Se encontraba en su habitación donde, desde el primer día que llegó a la casa, tenía orden expresa de permanecer, sin poder salir para nada a no ser que la llamara su dueño por su nombre y se lo ordenase directamente. No tenía permitido ni cocinar, ni limpiar ni salir puntualmente para preparar alguna “sorpresa”. Su prioridad era respetar la prohibición de salir, incluso cuando estuviesen solos en la casa —otra breve pausa en el discurso mientras revisaba en el simulador que la habitación tenía toma eléctrica. Una vez confirmado sabía que era viable mantener aquel encierro. Además comprobó que la víctima poseía los mejores robots de cocina y limpieza, y que según los registros trabajaban todos los días.

>>Fue difícil reunir declaraciones de personas que refutasen lo comentado por el androide —Leo recordó cómo le llamó la atención la solitaria vida que llevaba la víctima. Sabía de individuos celosos de su intimidad y poco sociables, pero en el caso de personas con tal poder adquisitivo, si bien las fiestas eran opcionales, sí que era común tener visitas de los que intentaban ganarse su confianza y gestionar sus negocios o sus cuentas. También era común tener al menos un reducido grupo de amigos, de la infancia o de la época universitaria. Pero no era el caso; para conseguir alguna declaración sobre el supuesto encierro del caro androide, tuvieron que acudir a uno de los técnicos de la empresa de mantenimiento eléctrico que

solía contratar el fallecido, buscando alguien que hubiese podido coincidir varias veces en la casa con él.

>>Hubo suerte ya que consiguieron contactar con el técnico que enviaban a aquella zona y que por una rocambolesca casualidad lo pudo confirmar. La otra declaración conseguida era del mismísimo Marcus, directivo de Real Life Droids.

—En una ocasión —arrancaba directamente la grabación del interrogatorio al técnico— no funcionaba la luz del cuarto de baño del dormitorio, y tras mucho revisar conseguí dar con el problema: en la pared donde estaba el espejo había una estantería muy alta, de la que colgaban una serie de bombillas. Con una escalera miré por encima de la estantería y encontré un sujetador de señora, roto y tirado allí encima —el técnico hizo una pausa, esperando algún signo de sorpresa o pregunta por parte de los agentes, pero ante el silencio continuó directamente—. No sé cómo llegaría allí, pero el caso es que era de esos que llevan un aro metálico. ¿Saben que aún venden sujetadores de esos que llevan un aro realmente de metal?... Supongo que queda por debajo del pecho —acompañaba sus palabras con una innecesaria gesticulación para explicarse mejor.

—Cíñase a la pregunta, por favor: ¿Cómo sabe que había un androide de compañía y que normalmente estaba encerrado? —la voz seria del agente que no salía en pantalla cortó secamente la divagación del técnico.

—... Oh sí, perdón. Estoy un poco nervioso. La cuestión es que aquella pieza metálica hacía contacto con el cableado de una de las bombillas y claro, hacía saltar la protección eléctrica del cuarto de baño cada vez que se intentaba encender esa luz. Al explicárselo al dueño de la casa me dijo que tenía un androide de compañía, y que yo no lo había visto en ninguna visita porque tenía orden de estar siempre encerrado en el último piso. Yo no pregunté nada, me lo dijo él directamente. En la empresa son muy pesados con el tema de la discreción con estos ric... personas de clase alta. Muchos tienen sus “peculiaridades” o sus manías, pero son buenos clientes —frotó el pulgar de la mano derecha sobre el índice, por si no quedaba claro que se refería a ser buenos pagadores y generosos en las propinas— y la discreción es clave para que mantengan los contratos de asistencia. A mi tanto me da cómo había llegado aquello allí arriba o de quién era... como si era de él mismo...

—Gracias, es suficiente.

—...Supongo que me lo diría porque para esos tipos tener un androide de

compañía es incluso algo elitista, pero lo que no pueden permitir es que se sospeche que han tenido, ya saben... fulanas en la casa.

—Es suficiente —el mismo agente le volvió a cortar, esta vez con voz cansada—. Sabemos que había un androide de compañía en la casa desde hacía casi un año, lo que necesitamos es concretar donde solía estar.

—¡Un año! Pues entonces sí que tiene que ser cierto lo de que estaba encerrado (o encerrada, con esos robots la verdad es que no sé cómo decirlo, es que joder, son, o sea, como una mujer ¿saben?, entonces no me sale decir en masculino “él estaba allí”, me pega más “ella estaba allí”... —el propio técnico vería las caras de los agentes y dejó de desarrollar la nueva divagación—, pues eso, que seguro que estaba encerrado, porque en un año habré ido al menos veinte veces y jamás lo he visto. Piensen que nos llaman a veces incluso para cambiar bombillas fundidas o por dudas con los electrodomésticos...

—Muy bien, gracias. Eso es todo.

—Perfecto. Espero haber sido de ayuda, la verdad es que el tipo era simpático. Al principio era bastante grosero, casi te insultaba mientras intentabas trabajar, como si la culpa de las averías fuera tuya; pero en los últimos meses hubo toda una transformación en su carácter. Estaba mucho más tranquilo y relajado y era generoso con las propinas. Lo siento, sé que hablo mucho y muy seguido, son los nervios. Vaya, es que... joder... un muerto. ¿Y cómo se rompería el sujetador? Un trasto de esos tiene que ser duro...

Mientras el técnico seguía hablando se escuchaba cómo los agentes que no salían en pantalla iban recogiendo y levantándose, ya sin prestar atención tras haber conseguido la confirmación del encierro del androide; finalmente el video se cortaba con esta última divagación del interrogado.

Leo puso directamente el video de la siguiente declaración, mientras miraba en el simulador el cuarto de baño, para ver por curiosidad la posición de las bombillas, comprobando que se correspondía exactamente con lo indicado por el técnico.

—Tenemos diferentes paquetes de seguros para los androides de nuestros clientes —era la voz firme pero amable de Marcus, Leo desvió la mirada a la pantalla para verle, llevaba un traje immaculado, el peinado perfecto y era muy alto, tal como se podía apreciar al final del video, cuando se puso en pie, casi tanto como Roma—. Evidentemente respetamos al máximo la privacidad de nuestros clientes, pero para ofertar el mejor

seguro...

—Céntrese en la pregunta, por favor. Ya sabe: sobre la ... “ubicación del producto.”

—A... eso iba —sonrisa forzada de amabilidad. Leo podía imaginárselo contando tres Mississipis antes de continuar—. Para la mejor oferta hemos de preguntar si el androide vendido estará siempre en un mismo sitio. El dato de interés es básicamente si permanecerá en un edificio o si también saldrá al exterior (con mayor o menor frecuencia). Es por eso que, en este caso, teníamos confirmación por parte del cliente de que no tenía intención de que saliese nunca de la casa. En su comunicado casualmente no solo indica esto, sino que añadía que le daría orden de permanecer en una misma habitación, dejándolo salir puntualmente, solo cuando requiriera de sus servicios.

—Que oportuna casualidad —de nuevo el detective de la policía estaba fuera de plano—, ¿algo justificaba añadir justo esta información personal?

—El cliente informaba de ese “encierro” del androide para saber si tendría mejor oferta del seguro en esas condiciones... Por nuestra parte la diferencia sustancial radica en si saldrá frecuentemente de la casa o no, dentro de la casa la tarifa es la misma tanto si está encerrado como si camina libremente... Supongo que esto último les es indiferente, pero lo importante es que ese es el motivo por el cual nos informó de donde tenía intención de dejar el androide —desplegó la segunda sonrisa ensayada de paciente amabilidad.

—No falla con los ricos: Cuanto más tienen, más se preocupan de cómo ahorrar —Leo supuso que el comentario del agente iba dirigido a otro compañero de la sala y no a Marcus, que permanecía impassible—, supongo que por cuidar de detalles como ese es por lo que llegan a hacerse ricos... —y de nuevo a Marcus—. Entiendo que lo que comenta lo tienen registrado oficialmente.

—Efectivamente, lo tenemos por escrito y firmado por el cliente, traigo una copia y disponemos de los originales.

El vídeo concluía sin añadir más comentarios ni despedidas. No había nada más sobre esta segunda declaración en relación al encierro del androide.

Leo hizo memoria sobre la entrevista con Roma, cuando le comentó la estructura de la empresa, recordaba vagamente los detalles, pero una cosa tenía clara: Marcus era un peso pesado de la compañía, de los que en las reuniones importantes podían sentarse al lado de Roma. Y un tipo de esa

posición ¿por qué tenía que declarar sobre un punto concreto de la investigación de un cliente?

El asunto era importante, se trataba de un muerto y de la acusación contra el androide; de acuerdo, eso justificaba que declarase, por ejemplo, el comercial de Real Life Droids que atendió a la víctima, pero si Roma decidió que tenía que declarar uno de sus lugartenientes, es porque quería dar toda una lección de colaboración.

La mejor muestra de que estaba seguro de la inocencia del producto de su empresa, y que ofrecía todos los medios para aclarar los hechos.

Mientras le daba vueltas a esto en la cabeza, puso en el simulador la representación de la casa completa y estuvo un rato quieto, de pie, mirando las ventanas de aquella habitación (o desván) donde se suponía que permanecía el androide.

Era consciente de que si era fiel a los hechos, ni aun sumándole a la declaración del técnico la del mismísimo Marcus se podía demostrar que el androide realmente permanecía encerrado todo el día. Ni siquiera podía garantizarlo para el día del suicidio. Solo tenía la palabra del dueño, lo que él *decía* que hacía.

Leo sonrió, cansado, mientras se rascaba el pelo con la mano izquierda.

—Si me viese ahora mismo Roma —dijo alegre en voz alta—, perdiendo el tiempo revisando el caso del suicida y sin dejar de cuestionarme los movimientos de sus androides...

La alarma de su PFI le devolvió a la realidad. Estaba tirada en el sofá y se acercó para apagarla, sin molestarse en leer el mensaje que ya sabía que le avisaba de que debía ir preparándose para salir si no quería llegar tarde a la cita.

Un olvidado escalofrío adolescente le recorrió la espalda al recordar que vería a la doctora. En lugar de disfrutar de la sensación, intentó convertirla en deseo para evitar sentirse vulnerable.

En cualquier caso tenía ganas de ir. Muchas. Y todo lo que fuesen ganas de vivir y experimentar, era bienvenido.

Volvió a dejar su PFI sobre el sofá y se dirigió de nuevo al simulador, antes de apagarlo quería revisar una última cosa.

Pasó los archivos rápidamente hasta encontrar la carpeta que buscaba. No era del informe original de la policía, sino la única información sobre el caso del suicida que le había dado tiempo a añadir él mismo. Se trataba del vídeo del entierro de la víctima. A pesar de ser un millonario excéntrico y aislado,

la prensa rosa encontró de interés cubrir su funeral. Le fue fácil encontrar enlaces directos al vídeo desde los buscadores de las publicaciones digitales más carroñeras de la sociedad.

Puso el vídeo anulando el audio donde el sobreactuado locutor pretendía cargar de emoción las imágenes, y se concentró en lo que veía.

En línea a cómo había sido su vida, al funeral acudieron muy pocas personas, menos de lo habitual en el entierro de alguien de su edad, que aun debería tener vivos tantos compañeros de trabajo, estudios, familiares y amigos. Y menos aún que lo forzosamente habitual por *cortesía* (imagen y contactos).

Tal vez la familia que le quedaba (solo lejana según había leído), ni se molestó en asistir porque lo que pudiesen rascar de su fortuna ya estaba atado por testamento o en manos de abogados. En cualquier caso parecía que el botín no mejoraría por molestarse en presentarse al entierro...

En el vídeo se veía un plano abierto que recorría el grupo de asistentes. Todos rostros inexpresivos: por fuera en silencio y por dentro pensando en qué cenarán.

Uno tras otro, todos exactamente iguales.

Pausa.

Entre los rostros destacaba uno por ser el único sinceramente consternado.

Eso no lo había visto antes. El cámara grababa a dos conocidos magnates cuando entre ellos, en segundo plano, se la vio a ella por un momento. Era de esos detalles que uno solo puede apreciar en una segunda revisión, cuando ya se ha visto cuidadosamente todo lo que se presenta en primer plano y puede dedicarse a mirar lo que hay alrededor, detrás, o casi oculto.

Hizo zoom en la imagen congelada y aunque seguía siendo perfectamente nítida por la alta resolución, echó de menos la precisión de los vídeos con diamantes, donde podía jugar con el espacio para moverse y verla mejor. El rostro se distinguía perfectamente, pero era anónimo, no tuvo necesidad de poner el chirriante audio, ya sabía la lista de asistentes comentados y le eran todos conocidos. Ella no figuraba.

La alarma de la PFI volvió a llamarle la atención y esta vez la ordenó callar por voz.

Tenía en primer plano a la mujer, ocupando la gran pantalla y continuó la reproducción del vídeo manteniendo aquel zoom. Llevaba una boina negra y un largo abrigo gris claro que le ocultaba la ropa. Lo mantenía cerrado con

fuerza aunque el resto de asistentes no parecía tener frío.

Leo amplió la imagen de nuevo, sobre el cuello. Por encima del abrigo se veía la solapa de la camisa que llevaba debajo, volvió a congelar la imagen y vio nítidamente el conocido icono de la cadena de hamburgueserías Burguers Mc King.

La chica venía (o iba a) trabajar directamente; desde luego una empleada de la cadena chocaba con la imagen del resto de asistentes, lo que explicaba que intentase ocultar, en la medida de lo posible, el uniforme. Con todo, lo que seguía marcando la diferencia respecto a los otros, era la pena reflejada en su rostro. No estaba en primer plano y en ningún instante se le escapó una mirada a las cámaras, allí no había actuación, solo sincero y anónimo dolor.

—¿Quién eres? —susurró Leo.

Tomó nota del día de la semana que fue el entierro (martes) y la hora. En la ciudad había varias franquicias de Burguers Mc King, pero con esos datos y la cara de la mujer, se podía acotar mucho; era información que quería tener a mano.

Su curiosidad y su instinto le animaban a seguir deshaciendo el ovillo por aquel cabo, pero ahora sí que tocaba ser objetivos: le habían contratado para investigar un asesinato y no era momento de plantearse seguir la pista de una mujer anónima, que no sabía qué relación tenía con un suicida y que nada tienen que ver con su caso... Para Roma aquello estaba tan lejos de interesarle como saber quién mató a Kennedy.

Más tarde, mientras se duchaba, escuchaba distraído cómo el agua pasaba por la canalización del desagüe hacia los filtros que la distribuían para rellenar las cisternas de los baños, el depósito de agua para regar las plantas y el del robot de limpieza. Aquel sonido suave que se extendía por toda la casa, a la vez que el agua, a la temperatura perfecta, recorría su cuerpo y consiguió evadirle de los casos, al menos por un momento, mientras permanecía inmóvil, como si la ducha templada formase parte del ritual purificador de su día del *cambio de mentalidad*.

Pasados esos minutos, mientras se enjabonaba, le volvió a la mente la imagen del ahorcado, balanceándose muy lentamente, como una extensión de la cuerda, con el hielo convertido en agua bajo sus pies y el pequeño robot intentando achicarla. Y también recordó al tipo obeso, sentado en el sofá con

la mirada perdida en el techo y el *tatuaje* en el abultado abdomen.

Al tratarse de un suicidio y un asesinato, el hecho de ser ricos y tener androides de compañía más que un nexo de unión era una mera coincidencia.

Al salir de la ducha el sensor de presión detectó que ya no estaba y cerró los grifos que Leo había olvidado abiertos, entonces escuchó el timbre de la puerta, sonaba con mucha insistencia. Probablemente, perdido en sus pensamientos, no lo había escuchado cuando llamaron con normalidad y ahora hacían un último intento antes de irse.

—¡Voy! —gritó al pasillo—, ¡un segundo! —. Se secó la cabeza torpemente y buscó en el armario un albornoz enterrado entre las toallas por el desuso.

Cuando alcanzó la entrada ya se lo había puesto. Al abrir la puerta un repartidor le castigó con la mirada, sin duda había estado a punto de irse. Leo se encogió de hombros y se miró el albornoz mojado como única excusa.

—Pase el dedo índice por aquí y por aquí, por favor —Leo firmó así la entrega, mientras intentaba disimular su asombro por lo que veía. El corazón le latía como si volviese de una carrera y respiraba aceleradamente— muy bien, gracias, que tenga una buena tarde —el repartido consultó su PFI—, bueno... ya más bien que tenga una buena noche —alzó la mirada y le sonrió guiñándole un ojo.

Sin más se dio media vuelta y se fue dejando solos a Leo y a la mujer que había acompañado al repartidor todo el tiempo. Sin lugar a dudas una de las más bellas que el detective había visto en su vida.

Mientras Leo acababa de procesar lo que estaba pasando, inmóvil y mojando el suelo, ella dio un paso al frente atravesando el marco de la puerta.

Sylvia estaba en casa.

11

Sylvia cerró la puerta tras de sí y alzó los hombros divertida; a su derecha, de pie en el suelo, descansaba una gran maleta que era todo lo que traía consigo.

Toda su vida en una maleta, habría dicho el propio Leo de no encontrarse bloqueado.

El androide era externamente tan humano como cualquiera de sus vecinos, el detective lo pudo comprobar de primera mano con todo lujo de detalles en su visita a Real Life Droids, pero no podía dejar de sorprenderse con aquella *mujer* (no sería capaz de calificarla de otro modo) delante suyo.

Permanecía quieta, con una mirada que transmitía alegría aunque no estuviese sonriendo abiertamente.

Era solo algo más baja que Leo a pesar de llevar cómodo calzado deportivo en lugar de tacones. Completaban su indumentaria unos pantalones vaqueros no excesivamente ceñidos y una sencilla y holgada camiseta con cuello de pico que dejaba adivinar unos generosos pechos.

Era el conjunto de ropa que alguien podía haber elegido para hacer con comodidad una mudanza, lo que Leo, para su gusto, encontró bastante acertado.

Era preciosa y atlética, y no necesitaba llegar a casa envuelta en un ajustado y provocativo vestido rojo, con tacones de aguja de quince centímetros, haciendo girar las cabezas a todos los que se hubiesen cruzado con el repartidor desde el coche hasta el apartamento.

También podía formar parte una estudiada entrega que tuviese bien pensada la empresa, personalizada para cada perfil de cliente. En tal caso el detective solo podía felicitarles por el acierto.

No se había entretenido en imaginar cómo iba a ser aquel momento, y tal vez por eso le bloqueó la avalancha de información. Tal vez, de haber hecho el ejercicio, habría imaginado que llegaría con el vestido de mujer fatal (al fin y al cabo la empresa la había diseñado para lo que la había diseñado y los clientes la compraban para lo que la compraban...); claro que también podía haberla imaginado siendo entregada en una caja cerrada, con manual de instrucciones y pendiente de dar a un botón para activarla.

El pelo rubio rizado le caía desordenado hasta la altura de los hombros, se veía natural, sin ningún complejo peinado y sin un color artificial. Era de piel

clara, con labios rosados y carnosos como tallados en fresa, que encajaban a la perfección en su rostro redondeado sin mejillas hundidas.

Leo estaba procesando toda aquella información aunque solo hacía dos segundos que se había cerrado la puerta. Se sentía como si tuviese catorce años y fuese su primera cita, pero la décima de ella.

Tal vez el androide captó esa sensación y entendió que la misión de romper el hielo era suya.

—Hola soy Sylvia —dijo tendiéndole la mano y sonriendo abiertamente por primera vez.

—Encantado, soy Leo... bueno supongo que ya lo sabías —le estrechó la mano de forma automática y sin darse cuenta la mantuvo cogida alargando el saludo, sin dejar de sacudirla, estudiando sus ojos claros.

—¡Mía! —bromeó Sylvia retirando la mano de golpe, buscando que el detective se relajara.

“Mía”... Leo hizo memoria, ¿cuánto habría de Sorah en aquella máquina?

La alarma de su PFI le recordó en la distancia que ya debería estar saliendo de casa. La mandó callar molesto, pero aliviado a la vez, como si encontrase una salida a aquella incómoda situación. No deseaba huir, pero sí digerirlo todo. Había sido un hombre acostumbrado al cambio, gran amante de las sorpresas, pero ahora llevaba demasiado tiempo encerrado, dedicado en exclusiva a sus casos y a sus recuerdos. A parte de lo estrictamente necesario por sus investigaciones, solo le conectaban con el mundo exterior su hermano y la televisión.

Los casos que había tenido en los últimos años no le habían exigido ninguna relación social: cliente, contrato, investigación en la red de la policía, seguimiento, testigos, vecinos, vigilancias, conclusiones, confirmaciones, correcciones, exposición y cobro. Caso cerrado y al siguiente.

Una cosa era hacer una batería de preguntas sobre una investigación y otra era... ¿tener una cita?

No se engañaba sobre volver a ver a Sorah: sacaría algo de información (o inspiración) para el caso, pero lo que quería era conocerla.

La combinación repentina de tantos cambios sociales, para alguien acostumbrado a la soledad y el aislamiento, le estaba atropellando. Sabía que lo necesitaba, pero hasta coger el ritmo prefería las novedades de una en una.

—Yo... lo siento mucho, tengo una cita ineludible a la que ya voy tarde. Puedes acomodarte —miró alrededor suyo, como si no conociese su propia casa—... En la habitación de invitados. Sí, eso es, en esa habitación —

hablaba para ella y para si mismo a la vez.

Se trataba de la habitación pequeña donde su pareja y él, hacía un millón de años, habían ido acumulando todo lo que no sabían donde dejar. Era pequeña para ser un dormitorio, pero grande para desaprovecharla como ropero. Una inutilidad arquitectónica a la que finalmente sacaron partido encajándole una pequeña cama plegable. En otra época; tan lejana que Leo la recordaba como vivida por otro, una época en la que las frecuentes visitas de amigos a veces se alargaban hasta tal hora que preferían invitarles a quedarse a dormir.

Años después la habitación seguía siendo pequeña para convertirse en el dormitorio de su hijo, pero sí pasó a acumular todo lo necesario, primero para un bebé y luego para un niño. Los trastos se fueron amontonando sobre la pequeña y vieja cama plegable.

Luego llegó, para quedarse, la época gris.

Primero no fueron capaces de tirar lo que había pertenecido al hijo perdido. Después probaron si aquello se haría más soportable deshaciéndose de la mayor parte de las cosas del niño. Y finalmente su pareja, desesperada y con la locura de convertirse en una *chica-gato*, se fue (¿se fue ella, la dejó ir, la empujó?) y por suerte se llevó la mitad de lo poco que quedaba. Cuando se dio cuenta, en la habitación ya solo tenía unos pocos recuerdos polvorientos de cuando era estudiante y volvía a verse la enterrada cama plegable.

Alguna vez le dio uso Paul, el hermano protector, las noches que no se atrevió a dejarle solo. Y ahora iba a ser la habitación donde se iba a acomodar un androide de compañía, *su* androide de compañía.

Aquella no era una habitación especial, ni mucho menos, cualquier rincón de la casa había pasado por los mismos cambios en los mismos años.

—Perfecto —dijo Sylvia. Había subido el asa de la maleta hasta la altura de su cintura y pulsó el botón que ponía el pequeño motor eléctrico en funcionamiento. En lugar de tener que tirar de ella, desde ese momento la maleta la acompañaría mientras la guiase con el asa.

Sylvia seguía a Leo mientras éste se frotaba la cabeza con una toalla pequeña.

—Aquí es, puedes abrir la cama y ordenar la habitación como quieras, todo lo que tiene son trastos así que puedes amontonarlos sin piedad, o prenderles fuego —dijo sonriendo—. Lo siento. Yo... —hizo amago de mirar la muñeca desnuda y ella entendió el mensaje.

—La cita —resumió Sylvia haciendo aspavientos con las manos

apremiándole —. Yo tengo trabajo aquí y así podré acostumbrarme a la casa y ordenar mis cosas.

Había convertido la situación en algo no solo natural sino incluso práctico para ambos. Leo le dedicó una sonrisa por única respuesta y fue directo a su dormitorio a vestirse.

Dos minutos después estaba listo. Llevaba el pelo tan corto que no permitía ningún peinado así que fue directo a la entrada del apartamento, recogiendo por el camino la PFI que seguía en el sofá. Cogió la tarjeta de la pared y se sintió en la obligación de despedirse.

—Bueno. Hasta luego —gritó al interior de la casa. Sylvia se asomó de la habitación de invitados, en las manos sostenía unos vestidos doblados y un mechón de pelo le tapaba la mitad de la cara, como si hubiese estado agachada y al incorporarse se hubiese revelado. Con un soplo y un acertado giro del cuello se lo apartó.

—Hasta luego, que vaya bien, yo seguiré con esto —seguía con el tono alegre. No sonaba bobalicón ni infantil, solo... natural.

Leo salió de la casa y entró en el ascensor. Le gustó que no hubiese preguntado a qué hora llegaría o si quería que le dejase hecho algo para comer; prefería aquel rol de *compañera de apartamento* mejor que el de *sirvienta*.

Mientras bajaba las primeras plantas pensó al menos en veinte preguntas que creía que tenía que haberle hecho.

Mientras bajaba las últimas plantas pensó en al menos veinte preguntas que quería hacerle a Sorah.

12

Tal y como se esperaba por la hora a la que habían quedado, el local aún no estaba lleno. Aunque llegó solo con un par de minutos de retraso, en el camino se había construido la imagen de una mujer con tan poco tiempo como paciencia, que con ceño fruncido miraba el reloj teatralmente. Siendo objetivo no le parecía que fuese aquel su carácter, pero no por ello había dejado de apretar el paso.

La entrada estaba ligeramente más elevada que el resto del local, así que, nada más entrar, en vez de avanzar se quedó de pie un momento y barrió el local con la mirada, buscándola.

De izquierda a derecha recorrió primero la zona de mesas (la mayoría ocupadas pero con varias sillas aún libres) y luego la larga barra en forma de “L” donde aún quedaban taburetes libres.

Observando en dirección a la barra su mirada se cruzó con la de su hermano y éste le saludó alzando la cabeza; estaba inclinado hacia delante, como solía hacer cuando hablaba con alguien en concreto. Frente a él estaba la esbelta figura de una mujer que quedaba de espaldas al detective.

No era Sorah, aquella mujer era más alta, tenía el cabello endiabladamente rizado y muy corto, tanto que podía verle el cuello, cuyo tono de piel era mucho más oscuro que el de la doctora.

Leo devolvió el saludo a su hermano distraídamente, mientras acababa el barrido y se dirigía hacia la barra.

—La verdad es que lo redecoraste con mucho gusto, no está nada mal —reconoció sonriendo y tendiendo la mano a Paul.

—Hace casi un año que lo cambié, capullo.

—Qué vergüenza, debería venir más a menudo por aquí. Estoy ruborizado, pero no lo puedes ver con tan poca luz.

—Ya vale, niños —la mujer se había girado y estudiaba curiosa al detective. Leo no tenía duda de quién se trataba.

—Ella es Luna —dijo Paul—. Luna, este es mi pequeño y mimado hermano.

Leo extendió la mano para ofrecérsela, pero ella le besó en la mejilla directamente.

—No sé cómo le aguantas —dijo Luna—. Encantada de conocerte por fin. No le echas cuenta, realmente habla mucho de ti, y siempre cosas buenas.

—Soy un gran actor —dijo Paul—. Voy por una cerveza para el señor. Por cierto Leo, ¿por qué no le explicas de dónde viene tu nombre? —estando detrás de Luna y de cara a Leo, aprovechó para gesticular infantilmente, abriendo mucho los ojos y señalándola con la mano, como si le hubiese ofrecido la ruta ideal para abordarla. El detective pensó que quizás no fue tan mala aquella época en que su hermano no era más que un serio empresario absorbido por su negocio.

—También tenía ganas de conocerte. Encantado.

Al seguir a su hermano con la mirada, vio en el otro extremo de la barra una figura delgada, de espaldas, que le resultó familiar. Era un hombre que miraba hacia abajo, en dirección a la copa recién servida, mientras el torso de androide de la barra, le retiraba cortésmente la anterior vacía. Tenía pinta de que no fuese ni su primera ni su segunda copa, pero no era más que una intuición ya que no podía verle la cara y se mantenía casi inmóvil.

—¿Así que tu nombre tiene un origen curioso?

—Oh, perdona. Tal vez Paul ya te ha avisado de mis problemas de concentración... y de educación. Lo siento.

—No te preocupes. Si has estado volcado en el trabajo hasta ahora mismo, es normal que te lleve aún unos minutos acabar de desconectar —dijo con sincera empatía.

—Veo que *el-hombre-que-nunca-calla* no se ha guardado nada de información.

—Ja, ja, ja. Puedes estar tan seguro como de que tardará más de diez minutos en traer esa cerveza que tiene a mano y que podía haber pedido al androide solo con chasquear los dedos... Está obsesionado con que nos conozcamos, y ha conseguido que al final tenga verdadera curiosidad —hizo una breve pausa, como si quisiera añadir algo que no venía al caso, pero que no quería dejar pendiente—. No lo dice, pero él te quiere mucho.

—Haznos un favor y no repitas eso jamás estando los dos presentes —bromeó Leo—. No sabremos cómo reaccionar.

Ella se rió y Leo la volvió a encontrar adorable, era de aquellas personas que consiguen enseguida que uno esté cómodo junto a ellas. Y entendió porqué Paul pretendía distanciarla para no dañarla si no se veía capaz de cambiar.

Tal vez fuese la forma en que Luna miraba furtivamente a Paul, o cómo los había visto hablando con una complicidad especial, o tal vez fuese toda la colección de microexpresiones que le enseñaron a analizar en la facultad.

Fuese como fuese, estaba convencido de que ella estaba loca por su hermano, y le apenó más aún pensar que él sintiese lo mismo y se esforzara tanto en rechazarlo.

Sorah aún no había llegado, y no quería ser grosero quedándose en silencio a su espera, así que, para evitar alguna conversación más trascendental, utilizó su comodín para ganar tiempo.

—Así que no te ha contado de dónde viene mi nombre.

Ella negó con la cabeza y mientras daba un trago le invitó con un gesto de la mano a continuar.

—Bueno, realmente es una tontería. Verás, mis padres eran unos grandes estudiosos de la historia clásica, no a nivel profesional o laboral, más bien como una afición. El caso es que se quedaron prendados de un personaje: Leónidas, Rey de Esparta (en Grecia), figura heroica que representaba la lucha por la libertad, tras un bloqueo suicida contra el ataque Persa. Te ahorro el aburrido detalle de fechas y contendientes, pero puedes adivinar que para trascender a la historia fueron muy (muy muy) inferiores en número a los Persas. Digamos que su derrota era inevitable, pero no por ello dejaron de intentarlo.

>>Nuestros padres decidieron ponerle este nombre a uno de sus hijos, Paul se libró, pero un servidor no pudo escapar. Como Leónidas sonaba demasiado clásico, adoptaron la moda de los nombres breves y se quedó en un práctico *Leo* —sonrió dando por acabada la explicación.

Mantuvo la sonrisa incluso cuando una conocida voz femenina le sorprendió a su espalda.

—Vaya. Yo habría jurado que un nombre así vendría inspirado por alguien como Leonardo da Vinci.

—Un tipo interesante también —dijo Leo girándose.

—Tu cerveza —anunció Paul desde la barra.

—Salvado por la cerveza —bromeó Sorah—. Yo querré otra, por favor, de malta.

Leo inició el intercambio de presentaciones entre los presentes y se despidió de Luna aunque solo fuesen a sentarse dos taburetes más allá en la barra. En los pocos minutos que había estado esperando, las mesas del local se habían ido ocupando. Se disculpó por no haber pensado en conseguir una, pero Sorah se acomodó en el taburete con humor, sin darle la menor importancia.

Paul llevó la bebida de Sorah de inmediato y de nuevo aprovechó cuando

ella se giró de espaldas a la barra para gesticular cómicamente a su hermano *menudo bombón*, y alzar los pulgares efusivamente. Leo podía imaginar a Luna contemplando la escena y riéndose también.

—Gilipollas.

—¿Cómo? —dijo Sorah a sabiendas de que se dirigía a su hermano.

—Mi hermano, que ha tardado diez minutos en traerme una cerveza y diez segundos en traértela a ti —contestó alzando la voz para que su hermano le oyese también.

—La de ella es nueva, para la tuya tuve que esperar que un cliente la rechazase —dijo Paul distraídamente mientras caminaba al otro lado de la barra hasta la altura de Luna.

Paul y Luna siguieron hablando un rato mientras la camarera (humana) y el torso de androide atendían a la clientela. Unos minutos más tarde ella se fue, despidiéndose de él con dos besos, y tan sonriente como había estado toda la velada. Dedicó un saludo con la mano al detective y la doctora mientras se alejaba.

—No pienso disculparme por llegar tarde porque tú tampoco has sido puntual —dijo Sorah.

Leo la miró extrañado de que lo supiese y cuando ella se puso a reír lo entendió.

—No lo sabías, pero por la cara que he puesto ahora sabes que ha sido así... touché.

—¿Listo para el interrogatorio?

—No me gusta nada hablar de mí mismo, así que espero al menos sacar la misma cantidad de información sobre ti.

Sorah iba a responder, cuando miró más allá de Leo, al otro extremo de la barra, y repentinamente le cambió la expresión.

—Joder, ¡no me lo puedo creer! —dijo irritada, levantándose y sin dejar de mirar al mismo punto en la barra.

Cuando Leo se giró para mirar la causa del repentino cambio de humor, vio que la figura que le había sido familiar al entrar, ahora estaba girada de cara a ellos, mirando estúpidamente a izquierda y derecha buscando una puerta mágica que le sacara de allí.

Sorah dirigió sus pasos con decisión hasta alcanzar al delgado hombre.

—Turing, soy de las pocas personas que te soportan en la empresa, pero todo tiene un límite. Te juro que despediré a mi secretario si consigues robarle otra vez mi agenda personal y no volveré a dirigirte la palabra.

Leo estaba al lado de Sorah, pero estaba claro que la doctora no necesitaba ningún tipo de ayuda extra. Turing por su parte la miraba con la expresión bobalicona de un niño sin excusa, como si la realidad le hubiese sorprendido siendo totalmente diferente a su imaginario plan ideal.

—Hombre Sorah... ¡Vaya casualidad!... yo... no es lo que parece...

—No fastidies Turing. ¿Qué pretendías? Sinceramente: ¿cómo pensabas que iba a reaccionar al verte?

El científico se levantó del taburete pero tuvo que apoyar rápidamente el codo en la barra para mantenerse *dignamente* erguido. La larga espera sumada a un consumo de alcohol al que no estaba habituado desde hacía años, le habían llevado a un estado que distaba mucho de lo planificado.

Leo escuchó su nombre desde la barra; era su hermano, que le preguntaba con la mirada si se ocupaba de aquello. El detective le hizo un gesto tranquilizador con la mano. Turing y Sorah eran compañeros de trabajo y quería que fuese decisión de ella cómo quedase el incidente.

—...podemos hablar del caso —continuó improvisando Turing—. Tengo más detalles técnicos para él —señaló a Leo como si acabase de aparecer mientras hacía esfuerzos para mantener los ojos abiertos—, por si algo no le quedó claro.

La expresión de Sorah se relajó y para sorpresa de Leo sencillamente se dio media vuelta y volvió a los taburetes que ocupaban antes, sentándose en el que había estado Leo, para quedar de espaldas a Turing. Al final la reacción y estado del científico habían conseguido que le compadeciera, por aquella noche con ignorarle sería suficiente; más adelante, cuando estuviese sobrio y en el trabajo, ya se preocuparía de recordarle lo sucedido.

Cerró los ojos y contó mentalmente diez segundos, al abrirlos Leo ya estaba tomando asiento de nuevo frente a ella.

—¿Todo bien?

—Todo bien, no ha pasado nada. Si cerrar los ojos y relajarme para hacer borrón y cuenta nueva funcionaba cuando iba al colegio, no tiene porque fallar esta noche —dijo Sorah con humor.

Se estaba haciendo tarde y el detective no sabía cuánto tiempo tenía pensado Sorah estar allí, ¿una hora? ¿dos? ¿podría acabar aquello en una improvisada cena? Todo especulaciones, lo único seguro era que cambiar de local a aquella hora supondría pasearse inútilmente por las calles. Por fortuna Paul consiguió que no se les acercase Turing ni para intentar una incómoda disculpa.

—Amigo. Al pasar antes por aquí he escuchado que intentabas explicar lo del *Lustro Rosa*. Estoy probando unos cócteles nuevos sin alcohol, te invito a uno si me cuentas esa leyenda —escucharon que ofrecía Paul desde el otro extremo de la barra.

—¡De leyenda nada! —el científico se volvió a sentar y giró el taburete, quedando de cara a la barra. Alzaba el índice indignado— durante cinco años se estuvo practicando en Francia y se puede comprobar. ¡Está documentado! Aquella fue una idea brillante, sencilla, práctica y funcional —Turing trataba el tema con toda la solemnidad que su estado le permitía y Paul se puso a mezclar las bebidas delante suyo para mantener su atención, aunque, de todos modos, ya parecía que se había olvidado de la pareja.

>>Durante aproximadamente cinco años, en Francia y en muchas ciudades de otros países próximas a su frontera, se extendió la *moda* de llevar en un sitio visible unas tarjetas pequeñas de color rosa, donde figuraban sencillamente el nombre y número de smartphone del dueño. Por aquel entonces no se usaban aún las pantallas PFIs, pero los smartphones, sin ser tan rápidos y cómodos, ya empezaban a parecerse en lo que respecta al acceso a la información, a las viejas redes sociales y a la comunicación.

—¿Quiénes y dónde llevaban esas tarjetas? —el tono de Paul empezaba a revelar curiosidad real, o era tan buen actor como presumía ser.

—Como decía... *en sitio visible*, no sé —desorientado por el alcohol buscaba las palabras a su alrededor—: si iban a correr, en un brazalete transparente; si iban en coche, en mitad del salpicadero. Ya sabes: visible. Y... ¿qué es lo otro que has preguntado?

—¿Quiénes las llevaban?

—¡Eso es lo mejor! Todo el que no tuviese pareja... O con pareja pero con ganas de tener otro contacto.

—Porque no es lo mismo tener pareja que ser monógamo —apostilló Paul sonriendo, solo para darle más cuerda. Turing le miró con la alegría del que encuentra a alguien que habla el mismo idioma, estando perdido en un país desconocido.

—El sistema era muy sencillo y práctico: a cualquier desconocido que vieses con tarjetas rosas, si te interesaba, podías darle una de las tuyas. El que la recibía tenía la obligación de cogerla y guardarla. No hacía falta mediar palabra. Después, en privado, solo tenía que decidir si le apetecía un encuentro, llamar, o tirar la tarjeta.

—Y eso existió... —dijo Paul ofreciéndole la copa.

—¡Claro que sí! ¿Por qué se lo iban a inventar? Era sencillo y...

—... Y práctico, sí, eso ya lo he oído.

—El éxito que habría tenido yo en ese bendito lustro —dijo suspirando teatralmente y tomando el primer sorbo—. Cinco años sin humillantes rechazos directos... solo con silencios anónimos y, en el mejor de los casos, alguna llamada.

Paul imaginó al científico saliendo por la mañana con cajas llenas de tarjetas que volvían vacías al acabar la jornada. Ligar en manos de la estadística.

—Si pasó de verdad y era tan perfecto, ¿por qué duró solo cinco años?

—El sistema degeneró: mujeres esculturales repartían tarjetas y al quedar con ellas resultaba que eran *profesionales* y te pasaban la tarifa; otros quedaban directamente para robar; otros para hacer bromas pesadas, ... Como en todo juego, cuando hay más posibilidades de engaño que de éxito: dejas de jugar.

—Reconozco que si todo eso no pasó realmente, has conseguido construir una historia que, dentro de su locura, tiene lógica y todo —alzó su vaso en dirección a la copa de Turing.

—¡Por el lustro rosa! —brindó el científico—. ¿Te apetece hablar de zapatos de mujer?

A Leo le pareció que ya había oído lo suficiente para tener la certeza de que no les molestaría. Sorah sonreía con cómica expresión de sorpresa, relajada por fin.

—El grado de alcohol que lleva solo le afecta al equilibrio, este tipo de conversación también es propia de Turing estando sobrio.

—Yo controlaré lo que bebo, que no he comido mucho y no sé cuándo cenaré...

—Céntrate mejor en explicarme los detalles de cómo te ganas la vida, que en intentar averiguar qué planes tengo para la cena... detective.

Leo selló sus labios con el vaso, sonriendo. Definitivamente llevaba mucho sin salir, y parecía incómodamente transparente para ella. Todo lo contrario de cómo se mostraba con los clientes o en el escenario de un crimen: hermético e inexpresivo.

Era consciente de que tenía que dejar de repetirse mentalmente que hacía mucho que no tenía *una cita*. Relajarse y encontrar su antaño habitual seguridad en sí mismo, sin llegar a ser distante.

—Muy bien. Mi trabajo... —buscaba mentalmente hasta qué punto del

pasado remontarse para empezar a hablar.

—Perdona, perdona —interrumpió Sorah gesticulando como un niño que trata de borrar un dibujo que ha empezado mal. Extendió la mano derecha y la apoyó en la rodilla del detective—. Estoy siendo muy... directa y no quiero incomodarte ni parecer grosera. Me he dejado llevar por el estereotipo: Hombre grande y atractivo, con un trabajo muy intenso. Frío, distante. Y ahora te veo tan...

—¿Humano? —bromeó para mostrarle que no había ofensa alguna.

—Es que a veces atropello a las personas, no sé, me puede más la curiosidad que la educación. O pienso enseguida que ya hay confianza y lo que hago es incomodar sin querer —no dejaba de recogerse distraídamente mechones de pelo detrás de la oreja, reales o no, como cuando la conoció en la empresa—. Eso me advierten mis amigos.

—No te preocupes, me va bien que seas lanzada y que hagas preguntas, no me incomoda y así voy cogiendo ritmo.

—Has salido poco los últimos años, ¿no? —cargó la pregunta de dulzura ya que mientras la formulaba recordó en qué tema personal podía meterse.

—Digamos que hubo una larga temporada en la que me sobraba todo el mundo. Y tengo que volver a practicar lo que es hablar con alguien sin tener por guion una batería de preguntas sobre un caso. Respecto al perfil de *detective tipo-duro*, el cine nos lo ha puesto como la capa al superhéroe, o las gafas a la bibliotecaria —sonrió relajado.

—¿Insinúas que soy una mujer que ha olvidado todo lo estudiado de psicología, que carece de sensibilidad para ver lo que tiene delante, y que cae en tópicos cinematográficos?

—En tu favor puedo decir que ese vestido te sienta de muerte.

—Ya sale la bestia.

Los dos rieron sonoramente. Leo se sorprendió contestando espontáneamente, como hacía años que solo hacía con su hermano. Ella le hacía sentir cómodo.

—Bueno, hemos venido a un interrogatorio y no estoy cumpliendo con mi parte.

—Solo si te apetece, insisto.

—¿Pedirle a un hombre que hable abiertamente de su trabajo? Eres tú la que se arrepentirá, puedo hablar horas, ¡y sin guión! —bromeó retomando la confesión anterior—. Luego será mi turno de preguntas. Laborales y personales.

—Lo doy por hecho. Adelante, detective —dijo acomodándose en el asiento—. El título del relato puede ser *cómo llegué a ser lo que soy*.

—Remontándome al pleistoceno: estudié “Computación del comportamiento”, algo que en su tiempo solo podía interesar a personas raras —dijo sonriendo ya que ambos habían estudiado lo mismo. Ella asintió pero no le interrumpió—. Al terminar, las opciones laborales directamente relacionadas con lo estudiado no eran muchas, así que acabé colaborando con la policía.

—¿Perfiles?

—Exacto. No aplicaba la parte de programación de la carrera, pero al menos sí la de psicología. Tenía acceso a los informes del escenario, el historial del sospechoso y, a partir de esos datos, construía un perfil. Había de todo: culpables fugados cuyo perfil era necesario para acotar la búsqueda; otros parapetados en una casa con rehenes, donde el perfil era necesario para poder negociar; de otros solo había las pistas del crimen cometido, con lo que hacer un perfil era todo un reto... ¿estoy diciendo mucho “perfil”?

—Una misma palabra te la dejo repetir hasta seis veces por párrafo antes de acusarte de obsesionado.

—O de tener poco vocabulario.

—Yo no lo he dicho. Y tampoco he dicho que crea que lees muy pocos libros.

—Me gustan con dibujos y poco texto.

—Ya. Y con botones que hagan ruidos de animales —los dos rieron—. No te distraigas, detective.

—Y yo pensando que lo de “interrogatorio” era una forma de hablar — Sorah se encogió de hombros sin añadir nada y Leo miró la copa buscando el hilo—. Acababa de salir de la facultad y pensé que aquel solo sería un trabajo temporal, pero la verdad es que lo que veía cada día acabó enganchándome. Eran personalidades *extremas*. Puzles abstractos. En algún caso puntual se trataba de un enfermo mental o (y por favor no me malinterpretes) de personas normales que por un cúmulo de circunstancias habían llegado a sacar lo peor de ellas mismas: el fascinante cambio de alguien que lleva una vida rutinaria hasta que un día explota y sale el animal reprimido, su *otro yo*...

—Incontrolado.

—Sí.

—No te disculpes, entiendo que siendo un apasionado de la psicología

fuesen de interés los casos extremos. Un cirujano desea que todas las intervenciones sean rutinarias y salgan bien, pero son las complicadas que requieran de toda su pericia las que recuerda y de las que más aprende. ¿Estuviste muchos años en la policía?

—Casi tres años con los perfiles. Hasta que, tras trabajar mucho y superar las pruebas, entré en el nivel básico de detective. Necesitaba ir a campo y aplicar lo aprendido sobre psicología en la inmediatez del escenario, ver si era tan bueno encontrando pistas y siguiéndolas como los compañeros que presumían de ello cuando me llevaban sus notas a la comisaría.

—¿Nivel básico? Pensaba que uno era detective de la policía o no lo era.

—Así era hasta hace unas décadas. Se inventaron infinidad de niveles intermedios para cada departamento, con la excusa de incentivar la formación interna y la resolución de casos. Así no se subía de nivel en base solamente a la antigüedad y el número de casos acumulados, dependía también de la calidad de los resultados, el tiempo de resolución, cursos superados, etcétera. Y se acababa con viejas glorias apalancadas o eternos aspirantes, ya puedes imaginar.

—Tiene lógica.

—Explícaselo al que lleva veinte años como detective, con cien casos resueltos, y le supera otro que lleva cinco años, con cincuenta casos menos.

—Pero la media del de cinco años es mucho mejor.

—Pero el de veinte años siempre puede poner sus cien resoluciones en la mesa de su jefe... Fue complicado.

—Entiendo. ¿Qué tal el trabajo en campo?

—Pues me sorprendió gratamente, la verdad. En lo que respecta a la información objetiva, disponía de la misma que cuando construía perfiles en la comisaría. Pero en cuanto a la información subjetiva, era un reto y una lección diarios; interrogar a alguien y tener la certeza de que te mentían o te ocultaban algo. También estaba todo aquello que es imposible medir, imposible transmitir en un informe, como *ver* el grado en que un hecho afecta a alguien; tal vez sea de la vieja escuela, pero sigo pensando que la mayoría de las personas no pueden disimular *totalmente* lo que realmente los afecta. Puedes ir a clases de interpretación o estudiar el manual de micro-expresiones corporales para intentar mentir; pero al final, poco después de fallecer tu padre, estando cerca de su cuerpo, si te preguntan cómo estás, se *sabe* si te importa una mierda o si te quieres morir. ¿Cómo pones eso en un informe? ¿Pones el “grado de dolor” en una escala del uno al diez?... Pues indicaremos

“visiblemente afectado” o algo así, pero lo importante es que para ti, para tu investigación, te indica el valor que tendrán sus declaraciones, incluso te condiciona para contemplarlos como posibles culpables, colaboradores, inocentes, víctimas, ... Dioses, ¡qué paliza te estoy dando!

—Ja, ja, ja. Para nada, no interrumpo porque me interesa, no por desconexión cerebral.

—Perfecto. Tampoco podrás decir que no estabas avisada.

—Has dicho que todo *era* un reto o una lección. Ahora, dentro o fuera de la policía, sigues siendo detective: ¿ya no es un reto?

—¿Esto es para demostrarme que me escuchabas?

—Me quedo con una frase al azar, pienso en mis cosas y luego pregunto sobre esa frase —bromeó Sorah—. Capítulo uno de: “que parezca que me interesa la conversación”.

—Pensaba que no se me notaba tanto ese sistema al preguntaros por detalles técnicos de los androides en Real Life Droids.

Los dos rieron sonoramente. La complicidad les estaba llevando al punto de confort donde los filtros se desdibujaban. Leo gozaba del relax del momento y ella de que él por fin se liberase.

—El reto sigue estando cada día y con cada caso —continuó el detective—. Lo decía en pasado porque aunque siga aprendiendo, nunca será como aquellos primeros años —hizo una pausa distraída, como si aprovecharse, tantos años después, para hacer el ejercicio de sumergirse en aquella época, aquellas sensaciones: compañeros, asesinatos, noches sin dormir, culpabilidad por los casos no resueltos, pena por algunos culpables condicionados... y ella. De repente *ella*.

Le despertó el sonido de las copas al chocar. Era Sorah que acercó la suya para brindar.

—¿Todo bien?

—Sí, perdona. ¿Te he comentado algo sobre mi problema de concentración? —dijo Leo sonriendo.

—Más bien de *exceso* de concentración, diría yo. Tal vez sea lo que haga que uno sea un buen detective: la capacidad de trasladarse totalmente a un escenario imaginado. Vivirlo.

—Lo anoto como justificación para cuando me vuelva a pasar con otras personas —dijo alzando la copa en agradecimiento por la idea—. Gracias por excusarme.

—No hay de qué. Si continuase sin piedad podría perder al sujeto

informante.

—Que perderías el entretenimiento, vamos.

—La televisión es *tan* aburrida estos días...

Leo no reprimió una carcajada.

—Enhorabuena, imposible seguir mi discurso a pesar de lo lanzado que iba.

—Buen intento, detective. Estabas en los años de investigador novel de la policía, el reto que suponía, luego has tenido una “ausencia mental”, y... — hizo un gesto manteniendo la palma de la mano hacia arriba, invitándole a continuar.

—Fue una época muy movida en el aspecto laboral, los meses pasaban como ahora pasan los días. Era un trabajo difícil de conciliar con la vida personal, pero en aquel momento no tenía ningún compromiso familiar, nada me impedía trabajar todas las noches, comer a deshoras, no pisar mi apartamento en días. No es que eche de menos todo aquello, es que recuerdo que lo vivía como si ya entonces pensara que aquellas condiciones no se volverían a repetir nunca, parecía que tuviese la obligación de aprovechar cada uno de aquellos minutos. Primero fue por el compromiso con los casos, me cargaba con la responsabilidad de resolverlos; eso y la fiebre de la novedad. Luego supongo que me acostumbré a la inercia de aquel ritmo y seguí igual. Así pasaron los años y... —hizo una pausa casi imperceptible. El relato era fluido porque solo seguía los puntos cronológicamente, sin seleccionar la información, como leyendo los titulares de un diario personal, pero ahora tocaba hablar de algo que no era ni laboral ni de estudios... conocí a una chica.

—*La* chica.

Leo aprovechó el inciso para dar un largo sorbo a su copa y asintió con la cabeza. Sorah continuó hablando.

—No te imaginaba encerrado en casa siempre que no estuvieses trabajando o durmiendo; el caso es que...

—No me aburrí. Que fuese apasionado para lo laboral no implicaba que olvidase mis...

—Tu sexo, ya —Sorah no le dio un segundo para buscar cómo expresarlo —. Lo que decía es que en tu relato no has comentado salidas ni relaciones de ningún tipo, pero sí has encontrado hueco para recordarla... Te seré sincera: Roma nos pasó una muy breve pero acertada *biografía* tuya. No sé si era para orientarnos sobre quién nos entrevistaría, o si era para demostrarnos que iba

en serio con lo de que te lo contásemos *todo* sobre los androides. Confieso que nos sorprendió con lo de la total transparencia, incluso en estas circunstancias. Su interés en aclarar nuestra inocencia es evidente; a ti te puede parecer algo lógico, pero es que no puedes imaginar lo increíblemente celoso que es con los detalles técnicos y de personalidad de los androides, la competencia está constantemente atenta a la mínima filtración para poder acercarse.

—También os podía haber facilitado el informe sobre mi, para mostrar cómo con un chasquido de dedos consigue el detalle de la vida de una persona.

—Con nosotros no le haría falta... Ya sabemos el poder que tiene y las pocas ganas que tiene de perderlo. ¿Era *la chica* que se convirtió en tu mujer? —no hizo ningún tipo de pausa para separar el inciso sobre Roma de la vuelta a la conversación y dio un lento sorbo mirándole a los ojos, consciente de ello.

—Vaya periodista se está perdiendo la ciudad.

—Perdona. Es superior a mis fuerzas, no sé cuándo vas a mandarme a paseo.

—Tranquila, estoy enfocando la cita como una prueba de que puedo hablar de todos los fantasmas.

—Me utilizas.

—La culpa es tuya por decir que eras buena oyente... Y respecto a tu pregunta: sí. *La chica* con el tiempo se convirtió en *la mujer*. En pocos años estábamos tan convencidos del acierto, que a pesar de estar *poco de moda*, nos casamos.

—Es curioso que con el tiempo se haya ido dando tanta libertad y facilidad legal para formar parejas y grupos de hecho, que parece que si no has llegado a vivir algo parecido algunos años con dos personas como parejas simultáneas, o con tres para combinar las parejas, seas un bicho raro, una especie de conservador retrógrado. Y sé que puede chocar que lo diga alguien joven, pero es que con algunos avances o cambios en la sociedad... Nos ha tocado vivir en un país donde más que legalizar una situación puntual, o concreta, han hecho que parezca que si no te apetece es que estás en contra del progreso o de la naturaleza o algo así...

—Ese discurso tenía ganas de salir.

—Veo que he aprovechado descaradamente la excusa para *desahogarme* —dijo riendo—. Perdona, pero es que antes de salir me ha llamado una de las

amigas que más me insiste en que deje de revolotear y siente la cabeza con un buen par de hombres que me cuiden y regalen los oídos, o, como está ella, con un hombre apasionado y una mujer dulce y comprensiva. Por lo visto han podido entender que alargue mi periodo de disfrutar de mí misma, pero no entienden que espere, sin ninguna prisa, a encontrar la pareja ideal.

—Sorpresa. Una romántica clásica.

—No me malinterpretes. Tengo los encuentros sexuales que quiero, cuando quiero y con quien deseo; como todo el mundo. Y vivo feliz sin obsesionarme con encontrar *al hombre* o a *la mujer*. Pero, y ahora sale la vieja psicóloga que llevo dentro, para algo a largo plazo, sí creo que ha de ser con una sola persona. Esto de los tríos y cuartetos oficiales (o como se llamen) creo que solo funciona por la moda, o por la novedad, pero tengo una de mis frases lapidarias para ellos: “la novedad entre tres, cuatro o veinte también será rutina un día”.

—Bang. ¿Damos por respondida a tu amiga?

—Dioses. ¡Sí! Acabo de soltarte todo lo que llevo años sin dispararle para no aniquilar nuestra amistad —los dos rieron abiertamente y, tras un breve silencio, continuó Leo.

—Una vez vi algo en el Canal Espacial que me pareció revelador —los dos habían aprendido a tener paciencia para ver como un salto a un tema aparentemente diferente, acababa desembocando en la conversación que seguían, de forma natural—, Era un programa sobre cómo somos, como especie. Lo que no podemos evitar.

—¿Te refieres al canal de televisión sobre lo que *no* se hace en la carrera espacial?

—Exacto: El de la eterna cuanta atrás para ir a Marte desde hace ochenta años; el de los monográficos sobre la primera nave cien por cien china con la primera mujer que pisó la Luna; el de todas las ediciones del “Gran Hermano Internacional” para sacar fondos, y voluntarios, para el viaje a Marte; etcétera. A temporadas me confieso adicto —en un rápido lapso se vio en casa, en uno de los huecos tras un caso cerrado, en los encierros autocompasivos, devorando tiempo y televisión mientras formaba parte del sofá. Borró la imagen con energía, con el renovado y poderoso deseo de alejarse de aquello—. El caso es que un día vi un reportaje sobre la realidad de las misiones espaciales actuales: los basureros espaciales. Han pasado más de cien años desde la situación entre los Estados Unidos y la antigua URSS que justificaba el derroche de Eurodólares (o lo que hubiese entonces) para

hace una carrera espacial real: el primer animal en orbitar la Tierra, el primer hombre en hacerlo, y el punto final, el primero en pisar la Luna. Después de eso, nada... Bueno, lo de los chinos, demostrando que eran capaces de repetirlo todo, medio siglo después, pero ellos solos, y después, realmente trascendente, solo la construcción de la base internacional, en órbita, donde a su vez se crea la nave que se supone que irá al planeta rojo. Los relatos clásicos de ciencia ficción estarían muy decepcionados con la realidad de dos mil noventa y cinco.

—Está lo de la constructora, que va preparando los módulos para la que será la base lunar.

—Sí, pero llevan tantos años que empiezo a pensar que no llegaré a verlo.

—Sé que todo esto llegará al hilo de la conversación...

—Si vieras el canal entenderías mi indignación —dijo riendo—... Además para análisis psicológico, en la facultad, recomendaban ver el “Gran Hermano Internacional”.

—Buen intento.

—Vale. No ha colado.

Paul les dejó distraídamente sobre la barra una ronda más de lo que estaban tomando y comprobaron que efectivamente las bases de sus vasos estaban iluminadas en rojo por el sensor de nivel. Aquellos envases le habían costado una pequeña fortuna a su hermano, pero fue una brillante inversión amortizada rápidamente: los clientes tendían a mantener una copa llena en sus manos.

Para sorpresa de ambos, Paul se fue sin mediar palabra ni gesticular cómicamente, sencillamente dejó los vasos como un aplicado camarero y volvió corriendo con Turing, cuya conversación parecía tenerle cautivado.

—¡Basureros espaciales! —el detective alzó la nueva copa como si brindara por ellos—, ese es el eficiente aunque poco glamouroso presente extraterrestre. A lo que iba: Como sabes orbitan en módulos individuales, dedicando la jornada a destruir toda la basura espacial que suponga una amenaza potencial, todo lo que podría caer sobre el planeta como un meteorito o chocar con uno de los satélites actuales dañándolo (restos de viejos lanzamientos, tornillería perdida en reparaciones, desprendimientos de colisiones, etcétera). Lo que yo no sabía es que, a veces, al final de la jornada emplean horas en navegar al encuentro de algún compañero, para charlar y descansar juntos.

—Yo pensaba que los módulos estaban sellados; que los pilotos solo

pueden salir en caso de emergencia y al final de cada proyecto, que por eso no sirve cualquiera y por eso cobran ese dineral.

—¡Y así es! Eso es lo que encontré revelador: El hombre no puede evitar esa necesidad de estar acompañado. Vale, es muy importante, vital, la individualidad, disfrutar de uno mismo, conocerse y todo eso; pero esos tipos están todo el día solos (video-llamadas, televisión, ... pero *solos*) y al final de la jornada hacen todo un viaje para estar *al lado* de otro para charlar y descansar en compañía. El contacto físico es el mismo que si no se desplazasen, pero se dieron cuenta de que sencillamente les apetecía estar cerca.

—Es como cuando nos reconforta pensar que viven en la misma ciudad unos familiares con los que nos llevamos bien, y da igual verlos con más o menos frecuencia, el caso es saber que los podríamos ver cuando quisiéramos.

—Algo así.

—¿Insinúas que no sabemos estar solos?

—O no *solamente solos*. O solo estoy justificando que conocí a Jessica cuando mi propia naturaleza reclamaba dejar de estar solo. Por supuesto la quería y la deseaba con locura, pero a lo mejor *el momento* también tuvo algo que ver.

—Y os casasteis. Cada uno retiene lo que desea como quiere, o como puede.

—¿Te casas por egoísmo o por simbolismo? Da igual, nunca he hecho el análisis; sería agotador vivir haciéndolo constantemente. Sé que quería hacerlo, y ella también: Fin.

Sorah asintió en silencio. Sentía que Leo le hablaba de Jessica en un pasado tan lejano que parecía el vivido por otra persona; como si el hueco entre aquel sentimiento y el actual lo llenara una vida entera.

—Los años como detective de la policía y ya felizmente casado se fueron sucediendo casi sin darme cuenta. El trabajo me absorbía mucho y, viéndolo en la distancia, creo que eso, por triste que pueda sonar, nos iba bien a los dos: ella necesitaba mucha libertad y yo era un adicto a la exploración de las mentes ajenas, y necesitaba saciar la necesidad enfermiza de cerrar casos. Podía estar un día fuera, volver a casa, seguir con el simulador mientras ella estaba creando en otra habitación, y finalmente coincidir cenando; hablando, a veces durante horas, de nada que tuviese que ver con nuestros trabajos. Y al final del todo, el sexo. Sexo como si pudiese ser la última vez, como si no

supiésemos otra forma de decirnos lo que sentíamos, o *cuánto* sentíamos —a Leo le brillaban los ojos por lo apasionado del discurso. No estaba en el bar—. Yo... perdona, no quiero incomodarte.

—Trabajo en una empresa que fabrica réplicas de humanos para, en esencia, practicar sexo constantemente. Y yo en concreto me dedico a hacer que despierten más deseo, siendo más sensuales, más divertidas, más imaginativas y más reales... Disculpa si no me ruborizo al hablarme de sexo —miró divertida a Leo y éste asintió con humor.

—Pasaron un par de años, tal vez tres y hablamos de tener un hijo. Un año más tarde lo tuvimos —tenía que contarlo así. Estaba soportando hablar de aquella vida, revivir aquellos sentimientos, pero tenía que ser así: directo, sin filtros, sin rodeos. Una pausa en este punto y tal vez no fuese capaz de continuar. Aún sonreía—. Fue un momento increíble. Yo tenía muchas ganas de tener un hijo, ella no tenía prisa, y supongo que aproveché el primer momento en el que ella se planteó que podría estar bien, el instante en el que aún es un capricho y no eres consciente de todo lo que supone.

>>Éramos demasiado jóvenes. Recuerdo que tuve miedo de perderla. Como si su libertad se hubiese convertido en un objeto que le había robado en un momento de descuido. Acabábamos de cumplir cuarenta y ya teníamos al bebé en casa.

Sorah chasqueó la lengua coincidiendo con él en que en estos tiempos ser padre a los cuarenta no era nada común. Era el periodo egoísta en el que se solía disfrutar de la pareja o de la soledad, después de dedicar toda una vida a la fase de aprendizaje y empezar a afianzar una posición laboral. Dada la esperanza de vida, el nivel de salud y los avances médicos, tener un hijo a esa edad era considerado por muchos como perder una etapa de la vida. Una etapa nueva, ganada a la propia naturaleza.

Él buscó en un punto indeterminado del suelo el impulso para continuar y ella respetó el momentáneo silencio. En Sorah lo que había sido curiosidad se había tornado precaución; ahora se sentía próxima a Leo, tal vez por su discurso sincero, y estaba atenta a su estado para detenerle o cambiarle de tema si le veía hundirse.

El silencio fue roto por las voces de Turing y Paul. A lo largo de la cita el bar había cambiado de ambiente: en las mesas no quedaba ni un sitio libre, todos esperaban alguna actuación, mientras la barra se había ido vaciando y los taburetes automáticos se habían ido ocultando en el suelo. Así no fue casualidad que les pudieran escuchar cuando elevaron el tono:

—El secreto de la excitación no es el zapato: es el pie —comentaba Turing—. Un pie descalzo es y será siempre infinitamente más sensual que el mismo pie en cualquier tipo de zapato. Desde una sencilla sandalia hasta unos elegantes zapatos rojos con tacón de aguja.

—Estoy totalmente de acuerdo, por eso celebré tanto la creación de los Pakos. Dioses, ¡que placer para la vista! En vez de un zapato *tradicional*, son como una membrana flexible pero impenetrable que queda adherida debajo del pie. Ves a las mujeres (entre los hombre el éxito solo ha sido relativo) como si fuesen descalzas por la calle. La preciosidad del pie descalzo y la seguridad de que si pisan un clavo sin querer, no les pasará nada —explicó Paul innecesariamente a Turing.

—¡Estoy todo el invierno esperando que vuelva a ser primavera para volver a verlos por la calle! Esas pedicuras perfectas; esos dedos y esos tobillos sin ningún tipo de atadura, sin tiras de tela, ni cordones, ni tacones — el científico había ido bajando el tono según se evadía—. Pakos: Puro erotismo —dijo finalmente y brindaron con tanta fuerza como falta de equilibrio, casi rompiendo sus copas.

Sorah, que se había girado para verles, curiosa y divertida por el tema, al volverse de nuevo de cara a Leo, lo encontró sonriendo sin humor. Como el que entiende que la situación es divertida, pero no puede ocultar el peso de otra cosa.

—Suficiente interrogatorio por hoy, detective. Puedo dar mi curiosidad por más que satisfecha.

Él dejó de mover distraídamente la copa y la miró a los ojos.

—¿Te importa si sigo? Yo... creo que me iría bien.

—Tenemos todo el tiempo del mundo. Si es lo que quieres y te va a ir bien: adelante, por supuesto. Y si luego quieres cambiar de tema, callar o dejarme aquí plantada, eres suficientemente grande y fuerte... no podré impedírtelo —Leo sonrió agradecido y comenzó a hablar como el solista que reúne valor por primera vez en su vida para actuar ante el aforo.

—Desde el instante en que nació supe que tenía que cambiar de trabajo. Es como si hubiese vivido nueve meses en la completa ignorancia, pensando que prepararse para ser padre era arreglar una habitación, hacer acopio de ropa y pañales, preguntar a otros padres y leer un par de libros. Cuando lo cogí en brazos por primera vez... pesaba como un saco de lingotes de oro. En ese mismo momento lo quise como a nada en este mundo y a la vez me llené de miedos. Supe que tenía que cambiar de trabajo porque si a mi me estaban

invadiendo aquellas sensaciones, a Jessica le llegarían multiplicadas por diez. En aquel instante me sonreía desde la cama, agotada por el parto y preciosa como nunca, con un brillo en los ojos... era la felicidad hecha mujer. Pero si no quería perderla no podía dejarla días y días sola en casa con el bebé.

>>Tres meses después la realidad nos alcanzó: Jessica trabajaba en casa, lo que pensé que sería una ventaja para cuidar al pequeño e ir retomando el trabajo poco a poco. Pero en lugar de eso, la nueva situación convirtió la casa que había sido su reducto de libertad, en su prisión. No llevaba muy bien el hecho de no poder abandonarla sola de vez en cuando. Era un pesado compromiso y reaccionó de diferentes maneras. Primero se obsesionó por el físico: dietas estrictas y ejercicio físico constante; ella siempre había sido coqueta y había tenido cuidado de su forma física, pero aquello era excesivo. Poco después del parto entre su disciplina, su genética y los avances farmacéuticos, estaba como antes del embarazo, increíble. Y meses después, salvo por la expresión de agotamiento, podría decirse que estaba en *mejor* forma que antes.

>>En paralelo y evolucionando exponencialmente empezaron las discusiones, si no estaba en casa era a través de la PFI, y si estaba en casa eran una constante. A veces yo llegaba a casa y ella salía inmediatamente después, como si el aire de la casa fuese insuficiente, como si se ahogara — Leo se detuvo para dar un trago, pensativo y con la garganta seca—... No lo estoy explicando bien; parece que ella no quisiera a Mike, cuando realmente habría dado su vida por él, lo quería como la mejor de las madres, jamás me preocupé por él en mi ausencia. Era el cambio de vida, de prioridades, lo que la devoraba y yo lo sabía y aun así seguía estando fuera de casa... Por aquel entonces ya buscaba otra cosa, pero estábamos tan cerca de cerrar un caso...

—¿Era lejos?

—Sí. Trabajaba en el departamento de policía local, pero se produjo un asesinato a doscientos kilómetros y el patrón era propio de nuestro sospechoso. Seguir la investigación nos obligaba a desplazarnos y no todos los días era viable ir y volver en la misma jornada. Eso fue el detonante final.

—Tal vez fuese lo mejor que podía pasar: una situación extrema para forzar una medida *lógica*.

—Así lo pensé, o lo pensamos, después, la verdad. Dejé aquel trabajo. Aquel ritmo y aquellas ausencias podían haberme hecho algo peor que perderla.

—¿Entonces ya sabíais lo de Mike?

—No. De saberlo habría dejado el trabajo de inmediato. Ese golpe vino algo más tarde. Recuperé mi puesto de elaboración de perfiles de sospechosos, era duro volver al trabajo *de escritorio*, pero al menos me permitía hacer jornadas normales y desconectar al salir, no como cuando era un adicto a los casos en campo —otra larga pausa para marcar el punto de inflexión en la narración. Volvía a estar fuera del bar—. Lo recuerdo como algo rapidísimo, pero realmente fueron muchos meses, tal vez un año. El pequeño empezó a ser algo más torpe; cuando estaba a punto de empezar a andar, de pronto volvió a gatear porque no se aguantaba bien de pie él solo. Primero pensamos que eran cosas nuestras, luego acudimos al médico, de allí sacamos la confirmación de que *algo* iba mal, semanas de pruebas y empezamos a complementar las visitas con las de otros médicos privados. Le hicieron pruebas y más pruebas para que al final todos coincidiesen en el mismo dictamen: una rara enfermedad degenerativa iba a consumir irremediablemente a nuestro hijo (te ahorraré los detalles técnicos). Poco a poco al principio y más rápidamente según creciese, iría perdiendo capacidad motora y sufriría fallos de los aparatos respiratorio y digestivo.

Sorah permanecía inmóvil, como si cualquier gesto pudiese desmoronarle. En cierto modo estaba enfadada consigo misma, por haber conducido la conversación hasta aquel punto. ¿Qué esperaba? Ya sabía el breve resumen de la historia por el informe de Roma, ¿qué ganaba escuchando el detalle, haciéndole revivirlo? Quería saber qué tipo de vida lleva un detective, qué le motiva, qué le hace pensar de una forma u otra, pero su apetito insaciable de datos necesitaba más... para saber cómo funciona una máquina hay que conocer todos sus engranajes... incluso los rotos o dañados, al final tal vez sean esos la clave de su belleza.

Leo continuó hablando, en voz alta pero para si mismo.

—A veces pienso que habría sido mejor haberlo sabido más tarde. Mucho más tarde, cuando los síntomas hubiesen sido evidentes. Saberlo con aquella antelación fue doblemente duro: primero porque no había cura posible, ni siquiera un maldito tratamiento experimental y segundo por ir viendo los avances en el día a día del niño; nos perdimos todas las grandes celebraciones que todos los padres se merecen: los primeros pasos, las primeras palabras, la primera vez que come solo... Delante de él como dos actores noveles aplaudíamos con él estos progresos pero las noches nos recordaban que no era más que una cuenta atrás hasta el día en que su cuerpo volviera a olvidarlo todo.

—Pero... hoy en día... —Sorah aprovechó otro de los largos silencios para traerle de vuelta.

—¿Cómo pudo pasar? ¿Cómo no lo vieron durante el embarazo? ¿Cómo podemos vivir con coches que conducen solos, o rodeados de robots, o pudiendo elegir hasta el color de los ojos de tu hijo por manipulación genética, y en ese mismo mundo poder parir un hijo con una enfermedad no detectada e incurable?... Nos lo preguntamos, lo preguntamos, lo reclamamos, les acusamos; hasta nos planteamos ir a juicio pero... decidimos concentrar el tiempo que tuviésemos en estar con él, disfrutar cada día y ayudarle a estar lo mejor posible. Ahora puede sonar conformista, pero éramos conscientes del tiempo que ocupan ese tipo de juicios y en el mejor de los casos solo hubiéramos conseguido dinero... ¿Qué era eso comparado con lo que íbamos a perder? —Leo hizo una pausa pensativo—. Jessica aparcó su trabajo y olvidó su obsesión por su cuerpo y su belleza. Yo por mi parte dejé incluso el trabajo con los perfiles y empecé a trabajar como detective privado.

—Pero eso debía ocuparte más tiempo aún.

—Bueno... profesionalmente no es muy satisfactorio, pero la verdad es que siempre hay trabajo cómodo y bien pagado con las excentricidades de los millonarios —lo decía como si fuese la peor mancha de su currículum—. Lo importante es hacerte un buen nombre en el mundillo y si sabes jugar tus cartas, pronto eres *detective privado de ricos*. No puedes imaginar la de casos sencillos que te encuentras: simulaciones de secuestros (muchos fingidos por sus propios hijos), infidelidades, o incluso mascotas perdidas —sonrió sin humor, no había nostalgia alguna en el recuerdo de aquella parte de su vida—. En ocasiones el extra que me pagaban por mantener la confidencialidad era muy superior a los honorarios por resolver el *caso*. Pero todo eso daba igual, lo importante, lo realmente importante, era que tenía más tiempo para Mike y dinero para lo que necesitase.

>>Pasamos buenos años. Los mejores de mi vida sin duda, incluso cuando la realidad se sentó a nuestro lado y nos recordó que estaba allí para quedarse. Mike pudo ir al colegio hasta los seis años, después todo se precipitó: primero necesitó la silla de ruedas y luego se le fueron sumando los diferentes soportes vitales. Él seguía de humor, lo que nos lo hacía más fácil, pero —apretó los puños con rabia, inconscientemente—... ¿Cómo demonios un niño de siete años podía entender que no volvería a andar ni a llevarse una cuchara a la boca?... —hizo una pausa y volvió a relajar el tono. Sorah, en

silencio, le acompañaba en el viaje—. Aquel año desempolvé los apuntes de electrónica y mecánica para añadir modestas *mejoras* a su silla. Solo tonterías, jamás osaría tocar nada del soporte vital, pero sí podía, por ejemplo, tener programado el recorrido por la casa de modo que, con un sencillo gesto, pudiese ir automáticamente de una habitación a otra; o que pudiese elegir música y ponerla con la misma facilidad. Pequeños logros. O excusas para que sintiese que *estaba ahí*.

>>Te ahorraré los detalles del último año. Fue muy duro, pero muy enriquecedor, es... difícil de explicar. Se mezcla cuánto le queríamos, cuánto nos quería y... y perderle, claro.

Sorah intentó disimular su emoción, pero el brillo de sus ojos la traicionó. Dio un trago a su bebida pero el amargo sabor de la tristeza persistía. Leo retomó el relato, decidido a llevar el ejercicio hasta el final.

—Tanto tiempo pensando que estás mentalizado... y al final: *el final*.

>>Jessica y yo reaccionamos de forma muy diferente. Al principio nos refugiamos el uno en el otro, pero luego fue como si cada uno de nosotros le recordase al otro, incómodamente, lo que habíamos sido los tres juntos. Sin darnos cuenta nos fuimos distanciando, vivíamos en los extremos de un hogar plagado de recuerdos. Ella volvió a trabajar, desde casa, con la libertad de antaño y yo renové la licencia de detective independiente, no de la policía. Empecé a aceptar todo tipo de casos, aunque me comprometiesen toda la jornada, de hecho... especialmente si me ocupaban toda la jornada —confesó—. También llegué a llevar varios casos a la vez, algo que mi antiguo rigor profesional no me habría permitido...

>>A pesar de la *distancia*, cuando coincidíamos en casa, aunque había pasado ya un año desde la muerte de Mike, discutíamos. Yo le reprochaba que le estaba olvidando y ella me decía que no podíamos vivir así, que teníamos que pasar página. No se lo puse nada fácil, ella tuvo la doble lucha de soportar su pena e intentar empujarme. Jessica tenía fuerzas para poder salir de aquello, seguir viviendo aunque fuese dañada; pero no tenía fuerzas para los dos... De algún modo me dí cuenta y... y la dejé ir. Sí. No puedo decir que se fue, o que me dejó, o que la eché, pero la pasividad fue lo peor: ... la dejé ir.

>>Yo me volqué en el trabajo, no podía permitirme pausas entre casos que me dejasen tiempo para recordar. Ella también siguió trabajando; tuvo mucho éxito... mucho... ¿Sabes esas esculturas que son como...como totems, y que según las miras de un lado u otro representan como el pasado y el

futuro..? No sé si me...

Leo movía las manos torpemente intentando explicarse, por fortuna Sorah supo enseguida a qué conocidas esculturas se refería y asintió con la cabeza, con los ojos muy abiertos, sin ocultar su sorpresa. Pero no tuvo tiempo de añadir ningún comentario, el detective, en la recta final de su relato, iba lanzado, su necesidad de cerrarlo le impedía respetar la cortesía.

—Tanto éxito tuvo que pudo permitirse uno de aquellos tratamientos experimentales para ser *eternamente joven*... ¿Sabías que en un ocho por ciento de los casos podías fallecer en el inicio de los ensayos?... Por todo aquello de la recombinación genética... —Sorah volvió a asentir, distraída. La avalancha de información y el miedo a interrumpirle la obligaban a permanecer concentrada. Sabía muy bien a qué tratamientos se refería; todo el mundo lo sabía, en su momento fue revolucionario. Y también recordaba perfectamente que incluso antes de *el gran fallo* ya alertaban de su peligrosidad.

—Jessica sobrevivió —afirmó Sorah sin seguridad.

—Ella sí. ¿Sabes? Por mucho que se hubiese preocupado por su cuerpo y su belleza en el pasado, nunca entendí cómo pudo asumir aquel riesgo; más que ser joven, deseaba vivir. Me sorprendió y me hizo pensar en cómo había dejado de conocerla o en cuánto había cambiado. A lo mejor se volvió más valiente, o alocada, o le daba igual el peor de los desenlaces posibles... yo que sé... eso sería entrar en otro análisis gratuito que no viene al caso... —tomó aire, lo retuvo, lo soltó y sonrió ampliamente a Sorah. Se sentía aliviado. Liberado. Como si diciéndolo todo en voz alta lo hubiese expiado en buena parte.

—¿Él ayudó mucho? —preguntó la doctora señalando con el pulgar a su espalda, en dirección a las risotadas de Paul y Turing.

—En pocas palabras se podría decir que ese payaso me salvó la vida. Sí. Y en cierto modo ha seguido haciéndolo.

Se hizo un breve silencio y continuó Sorah.

—¿Sigues pensando que ella no se fue sino que tú la dejaste ir?...

—Buen intento —dijo entre carcajadas—. Volver atrás en el relato ha sido desesperado. Ya sabes lo que te toca... —después de lo que había acabado que revivir, Sorah recibió su risa sincera aliviada y se relajó para mantener aquel buen humor.

—Tenía que intentarlo. ¿Ahora tengo que hablar yo? En realidad mi vida no resulta nada interesante.

—Yo tengo la boca seca.

—Vale, vale, mi turno. A ver... puedo dividir mi vida en dos grandes etapas, la primera sería la *académica*, donde colegio, instituto y universidad fueron un continuo. Estudiar y aprender se me daba bien y me apasionaba, no necesité incentivos por parte de mis padres, de hecho casi me invitaban a ser más sociable... Anteponía los estudios a todo, estaba obsesionada, como... (y sé que sonará absurdamente poético), como hambrienta de saber. Veía las expresiones artísticas como pérdidas de tiempo: escribir una novela, pintar o componer música eran para mi cosas que estaban bien si tenías un *don* especial de nacimiento, pero que para la inmensa mayoría de los mortales suponían una pérdida de tiempo que solo podía conducir a la frustración. Podía llegar a admirar una escultura, pero jamás toqué un paquete de arcilla, podía escuchar música todo el día, pero jamás intenté tocar un instrumento.

—Solo estudiar.

—Solo estudiar. Sonaría no sé... ¿prepotente? si dijese que me aburría la conversación de los de mi edad, pero es que era así. Y lo que me pasaba es que estaba equivocada. Muy equivocada. Lo que pensaba que eran pérdidas de tiempo, faltas de concentración y distracciones, resultó ser que *vivían* su vida, y yo no. Experimentaban, probaban (escribían, cantaban, dibujaban, bailaban...) y yo solo la dejaba pasar sin darme cuenta. Por eso me llegó todo con mucho tiempo de retraso respecto a mis amigos: mi primera copa, mi primer beso. El sexo. Mi primer viaje. Todo años después.

—Apunta a que la segunda etapa fue mejor.

—¡No fue tan horrible como la resumo! —dijo riendo—. No recuerdo pasarlo mal, es ahora, desde otra perspectiva, cuando siento que estuve a punto de perderme muchas cosas, o que las podía haber disfrutado antes.

—¿Qué marcó el cambio a la *segunda etapa*?

—En la universidad había un chico que me gustaba mucho —Leo alzó la cejas mirando al techo, sonriendo, y Sorah le dio un codazo sin detener el relato—. Ya había estado con otros, siempre en relaciones muy... directas, pero con él iba todo muy lento, todo sutilezas y él no era nada lanzado (tal vez otra de las cosas que me gustaban de él). Charlábamos, quedábamos, pero siempre con más amigos... No sé era como... como cuando en un buen restaurante te sirven tu plato favorito, perfectamente cocinado y antes de devorarlo te entretienes con la guarnición —Leo frunció el ceño cómicamente—. ... Vaya, no recordaba que esto de las metáforas se me diese tan mal.

—Ja, ja. Tranquila, te he entiendo... creo.

—Muy gracioso.

—Estábamos en el punto de inflexión de tu vida...

—Voy, voy. Bueno, pues él tenía una de aquellas motos que llamaban *Akira*, no sé de qué marca, pero ya sabes qué tipo: potentes, deportivas, que iban como en una cúpula, con los laterales abiertos —Leo asintió—. El caso es que tuvo un accidente con ella y murió... No llegué a decirle nunca que me gustaba, ni siquiera con un cobarde mensaje a la PFI, nada. No tuve ocasión ni de ser rechazada.

—Lo lamento. ¿Fue eso lo que te hizo cambiar de actitud con todo lo demás?

—La verdad es que no. El cambio vino un año después. Tras el accidente evidentemente lo pasé fatal, como todos sus buenos amigos, nos parecía tan injusto, era tan joven. Era la primera persona que perdía de mi pequeño círculo de amistades y familiares. Estuve varias semanas deprimida, pero mi actitud frente a la vida, los estudios, todo, seguía igual: con las mismas prisas y *prioridades*. Sencillamente no me replanteé nada. Acabé la carrera y empecé a trabajar en Real Life Droids, solo como consejera, una especie de estudiante en prácticas. Por aquel entonces mi trabajo era muy teórico, los modelos estaban a años luz de los actuales y solo planteábamos perfiles o reacciones hipotéticas para los modelos que se harían en el futuro. Los compañeros iban rotando y unas semanas coincidí con una chica de mi promoción, en un descanso fuimos a tomar un café juntas y hablando de la facultad salió el nombre del chico que murió —se pasó la lengua por los labios y tragó saliva—, y me dijo que había algo que nunca entendió: en una fiesta ella tonteó abiertamente con él, pero le confesó que estaba loco por otra chica —el resto de la historia era evidente pero Leo la dejó acabar. Era el día de liberarse de los fantasmas—. La otra chica obviamente era yo. Y lo que ella no entendía, era que viendo cómo hablaba yo de él, nunca hubiese pasado nada entre nosotros —miró distraída el líquido del interior de la copa y lo hizo girar lentamente. Continuó casi susurrando—. Nunca pensé que, tal vez, si hubiésemos estado juntos no habría tenido el accidente. Pero sí pensé que, incluso habiendo fallecido, de habernos lanzado, de *haberme* lanzado, podríamos haber vivido algo que hoy seguiría recordando... Tardé un año en darme cuenta y necesité un dato objetivo. Pero era como funcionaba mi mente por entonces, aunque no lo supiese.

—Siento habértelo hecho recordar.

—En justicia te debía sinceridad.

—Así que caíste en Real Life Droids desde un buen principio —ahora era a Leo al que le tocaba lanzar el salvavidas del cambio de tema.

—Pues sí, les parecieron interesantes varios de mis proyectos y decidieron ficharme para trabajar en las bases de lo que ahora es una compleja realidad. Yo seguí estudiando (menos), y empecé a viajar (mucho). Empecé a disfrutar más de todo, con más entrega, más valiente. Viajes sola para estar a gusto conmigo misma. Fines de semana con amigos, sin apuntes ni llamadas de empresa. Sexo sin *negociar* las condiciones. Charlas con mis familiares escuchando y no solo oyendo.

—Y sigues disfrutando de esa etapa.

—Sí. Sigo en Real Life Droids porque me permite costear mi tiempo libre y desarrollar un trabajo que me encanta. Estoy libre de la necesidad de tener que trepar en la empresa, o tener que migrar a otras para crecer. Solo me condiciona lo bien que me encuentro, si fuese solamente un uno por ciento más infeliz: me iría. Todo esto en cuanto a lo laboral; respecto a lo personal, en la vida pues —hizo una estudiada pausa, para dar un trago y mirarle a los ojos—... tomo lo que quiero. O muero en el intento. Abrazo agradecida todos los rechazos y todos los fracasos, antes que arrepentirme por no haberlo intentando.

—Muy bien. Da gusto encontrarse personas tan seguras de sí mismas y que no sean pedantes.

—Gracias... supongo —bromeó ella—. La vida no deja de robarnos. Nos quita el tiempo, la belleza, la memoria... Solo hago lo propio y le quito todo lo que puedo.

—¿Tienes más frases transcendentales que te definan y que se podrían estampar en camisetas?

—Muchas. De las de mi propia cosecha: Que “cuando te haces una herida ya está comenzando a curarse” es una de mis favoritas, o que “si me muero podré decir que he *vivido*”, pero escribe “vivido” con mayúsculas, como el resumen de una vida cargada de experiencias —con la mano trazó un arco en el aire, sobre ella, como si leyese su propia frase en un gran cartel y se echó a reír.

Aquella risa sonó como las del resto de la noche, pero para Leo ya se había convertido en una música especial. Recordó al chico de la moto, y le entendió. ¿La había conocido aquella misma mañana? Era imposible.

—Venga, otra más.

Sorah puso cómicamente cara de concentración y continuó como si la

tuviese preparada.

—“El problema de la imbecilidad es que es gratuita”

—¿Las grabas para tus androides? —bromeó Leo.

—No, las reservo para venderlas en tazas.

Leo rio sinceramente, como hacía años que no hacía. Estaba ansioso por saber más de ella, conocerla mejor. Llenar los huecos de sus días no vividos con las experiencias que ella hubiese tenido.

—Sobre los viajes que has hecho en solitario: ¿has tenido algún gran descubrimiento a nivel personal?

—Pues mira, la verdad es que destacaría dos cosas que pueden parecer obvias, pero de las que no valoras su dimensión hasta que viajas sola y las vives: Una es que cuanto más viajas, más humilde te vuelves, es imposible no serlo cuando ves tantos sitios diferentes, tantas personas, tantas culturas, sencillamente ves el mundo tan grande y con tanto conocimiento que solo puedes sentirte minúsculo.

—¿Y la otra?

—Mi otra *obviedad reveladora* —sonrió orgullosa del título improvisado—, más que a viajar, está ligada al hecho de disfrutar de periodos de tiempo sola. Creo que la gente vive obsesionada con encontrar a su media naranja para ser felices, o acaban intentando convertir a una persona cualquiera en *esa* media naranja. El problema, o lo triste de ello, no es buscar la pareja, es no ser feliz con uno mismo —Sorah hizo una pausa para sentenciar finalmente—: Las medias naranjas no existen, se hacen.

—Otra para camiseta.

—Derechos reservados.

Compartieron un cómodo silencio. Ambos se habían sacudido los fantasmas asumiendo el coste de sentirse más desnudos ante un desconocido. El instante que dedicaron a reflexionar sobre lo dicho y lo oído fue roto de nuevo por las voces de Turing. Realmente el científico no gritaba más que antes, pero los feligreses habían ido abandonando la barra y ocupando las mesas hasta que prácticamente quedaban solo ellos.

—... las chicas-gato —mientras Turing continuaba distraídamente, Paul mostraba la misma preocupación que un niño intentando recoger los peces caídos de un acuario roto. Pensó que era el peor tema en el peor silencio, sin saber que Leo ya lo había introducido—, ¡otro de los grandes mitos eróticos que no he podido disfrutar jamás! ¿Te lo puedes llegar a imaginar?

—Bueno, tampoco...

—Mujeres y hombres consintiendo mutaciones genéticas en vida. Recombinaciones con ADN de felinos, creyendo al gurú de la eterna juventud. Dejando aparte lo inocentes (y millonarios) que fuesen... ¿Sabes lo que tiene que ser estar con una chica con rasgos felinos? Sé que a cada uno le afectó de una manera, que no siempre consiguieron el resultado deseado y todo eso.

—Hubo incluso suicidios. Depresiones...

—Que sí, que sí, pero a lo que iba —le brillaban los ojos, emocionado por su propio hilo de conversación—. Una *chica-gato* —lo dijo separando cada sílaba. Ya no estaba allí—. La imagino arqueando la espalda, ojos salvajes, orejas afiladas, nariz chata, ese vello corto y tupido... especial... por toda la cara...

—No todos reaccionaron igual a las manipulaciones y al final solo son rasgos...

—Joder tío, te estas esforzando en romperme la imagen pero no lo conseguirás. Sabes, porque lo piensa todo el mundo, que es la viva imagen de la feminidad salvaje. Sería el resultado no previsto de un experimento, pero ahora algunos hasta se operarían para tener esos rasgos.

—Va a gustos.

—Paso de ti —le señaló con el índice sin soltar la copa, serio—. Todas esas mujeres...

—Y hombres.

El científico le miró enfurecido pero continuó, ignorándole.

—Todas esas mujeres increíbles viven juntas en su propio país. Aisladas. Algunas cargadas de complejos y otras muchas encantadas; pero condenadas a vivir allí para que no las señalen por la calle... —se detuvo un instante pensando porqué Real Life Droids no fabricaba un modelo así, pero no lo expresó en voz alta—. Así seguirán siendo un mito (uno más) para mí. Solo algunos pocos afortunados como aquel han podido disfrutar de la compañía de una de ellas —señaló a Leo con el mismo índice de la mano pegada a la copa—. Tiene... bueno tenía... una mujer, que ahora... si quisiera...

La gota que colmó el vaso. Paul descargó un enérgico puñetazo sobre la barra y se irguió.

—*Aquel* es mi hermano. Me sé bien su historia, no te preocupes. Y ahora escúchame —pegó su cara a la del científico—. Escúchame atentamente —Turing estaba petrificado, no entendía el repentino cambio de actitud del camarero—. Antes dejará Rusia el Rublo y aceptará como propio el

Eurodolar, que encontrarse mi hermano con aquella *mujer* que le dejó —la constante negativa histórica de los rusos al cambio de moneda, habían convertido a aquella frase en una sentencia tajante—. Jamás.

Paul alzó la mirada en dirección a Leo. Parecía a la vez una disculpa y la espera de la confirmación para matar al científico. El detective sonrió pacificador y (aunque Paul no pudiese detectarlo en su estado de furia) orgulloso de él, de haber podido contar con él todo aquel tiempo.

Turing, visiblemente desorientado, desistió de intentar reunir la información, sacudiendo la cabeza con los ojos cerrados. Hacía dos copas que su conversación se había convertido en un monólogo y pensaba continuar así. Tenía otro discurso interno que le ardía en la garganta y sentía que necesitaba hacerlo estallar. No se molestó en intentar ligarlo con el tema anterior, sencillamente lo escupió.

—Pero, ¿cómo creer en el amor monógamo o que solo se da una vez en la vida? —ahora era Paul el desconcertado, aunque enseguida reconoció la mirada ética y perdida del científico. Ya sabía cómo seguía aquello, cómo iría subiendo el tono, dirigiéndose a un público invisible y sordo a las réplicas. Dejó solo a Turing y se dedicó a otras tareas en otra parte de la barra—. Si estoy enamorado de todas las mujeres. Todos los cuerpos. Llámalo como quieras; es pura atracción y deseo, pero ¿no es eso también amor? —elevó ligeramente el tono de voz, sin despegar la mirada de la barra, el discurso se tornaba en una dura mezcla entre el llanto y la rabia contenida—. Veo todos los días mujeres por las calles que me provocan literalmente ganas de llorar; porque nunca estaré cerca de ellas, no me desearan, no nos besaremos ni nos acariciaremos. No serán mías ni dejarán que sea suyo... Otro las acariciará. Y... y a ese *otro* tampoco lo envidio, porque tampoco tendrá a otras mujeres. ¡Tampoco las tendrá a todas! —soltó la copa y apretaba los puños con fuerza sobre la barra, ciego y con la espalda tensa—. Pelirrojas exóticas, morenas salvajes de larga melena, indias con piel de aceituna, afroamericanas con siluetas perfectas, rubias con divertidas pecas como mi dentista y su puta orden de alejamiento.... ¿Y a lo más que puedes aspirar es a que *una* te quiera?... ¿y eso es poco?... No. ¡Es un mundo! Tiene que ser un mundo, pero hay más y los quiero todos —la humanidad entera estaba clavada en la barra, atenta a su discurso y él se debía a ellos, les gritaba mientras Paul le daba dos frases ebrias de ventaja antes de callarlo—. Moriré sin haber leído todos los libros del mundo, sin haber aprendido todos los estudios del mundo... y sin haber probado, sin haber tenido, a todas las

mujeres del mundo. ¡Moriré irremediablemente infeliz!... ¡Y lo peor de todo...! —su cabeza golpeó sonoramente contra la madera dos centímetros a la derecha de su copa abandonada.

Paul se dirigió a donde había caído, con paso rápido pero expresión tranquila. Mientras avanzaba se sacó del bolsillo trasero del pantalón un pequeño tarjetero y sacó distraídamente un papel rectangular azul. Cuando llegó a la altura del científico le pegó la tarjeta en la frente, esperó dos segundos, la retiró y estudió su nuevo color.

—Blanco. Está solo dormido —anunció.

—No sabía que las tuvieses —dijo Leo aún sorprendido por todo lo sucedido.

—Un día mientras comprobaba si un tipo borracho estaba en coma, muerto o dormido, me vomitó encima y decidí que era el momento de comprarlas —sacó y agitó el tarjetero sonriendo—. ¿Todo bien por aquí?

Sorah y Leo se miraron como si necesitaran solo la confirmación del otro, y asintieron a Paul, que volvió a sus quehaceres.

Sorah volvió a recogerse uno de los invisibles mechones de pelo detrás de la oreja y sonrió a Leo con los ojos cómicamente abiertos por todo lo escuchado.

El detective la encontró adorable y reunió de repente todo el valor aparcado los últimos años. Algún resorte oxidado chirrió y le empujó a acercarse serio a ella y tomarla por la cintura. Era un autómatas, no podía pensar.

—Te mereces que te digan cada día que eres preciosa.

—Vaya... para estar oxidado... ¿la tenías preparada? ¿ibas a conquistarme con ella?

—En los ensayos sonaba mejor —dijo Leo sonriendo y señalando un rincón cualquiera.

—Si la cintura mide diez centímetros, tienes la mano en el décimo.

—Me gusta vivir peligrosamente.

—Suéltame o bésame, idiota.

Leo no se lo pensó dos veces. Aproximaron las bocas con decisión y en el instante en que iban a besarse sonaron las alarmas de sus PFIs; las dos a la vez. Se miraron y sin decir nada tomaron la misma decisión y sellaron sus labios.

Tras el instante de pasión consultaron las respectivas alarmas, más intrigados por el hecho de que hubieran sonado justo a la vez, que por el

posible mensaje.

A unos metros un aturdido Turing tomaba contacto con la realidad leyendo el mensaje de su pantalla. No se habían dado cuenta, pero la suya también sonó en el mismo instante. Roma los convocaba a una reunión urgente, a primera hora del día siguiente, al parecer por motivo de un trágico suceso: una víctima mortal muy próxima y que podía acarrear grandes cambios en la investigación del caso y en la empresa.

Las palabras de Roma fueron tan breves como efectivas.

Leo y Sorah se separaron pensativos, preocupados. Y Turing se tambaleó hasta la entrada. Una camarera le hizo de lazarillo, más preocupada por el inmueble que por el científico y le abandonó en la calle con la mejor de sus sonrisas.

Unos segundos después, también en la calle, detective y doctora se despidieron hasta el día siguiente. Sabían que dejaban algo importante a medias pero eran conscientes (uno por lo profesional y otro por lo personal) de que no era el momento más acertado.

Avanzaron unos pasos en direcciones opuestas y Leo se giró para añadir un comentario:

—Gracias por no preguntar por el caso.

—No quería darte una excusa para largarte —dijo ella con tono alegre, sin girarse y sin dejar de caminar.

El detective sonrió a la espalda de la chica y se alejó continuando su camino.

13

Gracias a las primeras gotas de lluvia se dio cuenta de que estaba a punto de pasar de largo su propio edificio.

Estaba borracho de información. En su cerebro se mezclaban los datos de los dos casos, de Sorah, de Turing, la complejidad y sencillez de los androides... Sentía una mezcla de euforia e intriga. Era un adulto que acababa de aprender a leer y un niño con un puzzle a estrenar. Le pasaba desde que empezó a trabajar en la policía: inconscientemente aparcaba la parte sentimental, trascendental o melodramática de los casos; los muertos, el dolor, la injusticia, la crueldad. Y se quedaba solo con los datos, los hechos, los indicios. Aquello con lo que poder trabajar como un mecánico, añadiéndole unas pinceladas de intuición y lógica.

Era apasionante. Para otros ver que a alguien se le escapa una sonrisa apretada en pleno estudio del asesino de unos críos podía parecer enfermizo. Pero es que atar cabos para encontrar la solución era más que adictivo, más que un reto. Era un pulso al criminal y a la propia muerte. No podía devolver la vida a la gente, pero sí podía conseguir evitar más muertes y vengar a los caídos.

Los puzzles le mantenían vivo.

Por fin, de nuevo, los puzzles le mantenían vivo.

Y Sorah.

Todo mezclado y concentrado era como un pequeño marcapasos, lo sentía como tal: un corazón que se ralentiza, que se adormece, y un disparo eléctrico para recordarle a qué ritmo debe latir.

Subió hasta su piso y se encontró frente a la puerta en el mismo estado hipnótico que le había traído levitando desde el bar. Sacó la tarjeta y la aproximó a la puerta lo justo para que se separaran los cerrojos magnéticos y se abriese automáticamente. Entró en casa dejando la tarjeta adherida a la pared.

El salón estaba iluminado por una luz tan tenue que los cambios de las imágenes en el televisor mutaban el color de las paredes. Y frente al televisor: Sylvia.

Miraba el aparato entretenida y atenta, llevaba ropa amplia, la típica para estar cómodo en casa cuando no se esperan visitas. Descalza, con las piernas recogidas, miraba el televisor mientras se frotaba un pie distraídamente.

Leo la miró como si la casa acabase de crearla. Como si se le hubiese antojado empezar a existir.

Tal vez su cerebro estaba siendo compasivo en lo relativo a Sylvia, para salvar su cordura, para permitirle absorber el torrente de información y sensaciones poco a poco. Haciendo desconexiones en las que ella desaparecía.

Aprovechó que ella parecía seguir ensimismada con las noticias para dirigirse a la ventana y estudiar la noche. Se conocía y sabía que tenía que cerrar mentalmente un par de temas antes de empezar cualquier tipo de conversación con ella si quería estar realmente atento.

El reportero comentaba cómo, por primera vez en la historia, el precio de la carne sintética comercial, para uso alimenticio, había bajado de precio hasta quedar por debajo del de la carne común de origen animal.

Elogiaba sus beneficios: proteínas de rápida asimilación, sin grasas, mejor conservación, controles de calidad, amplia gama de sabores, ... La lista continuaba mientras dejaban de fondo los vítores de los grupos animalistas, celebrando la solución alimenticia que acabaría con la necesidad de hormonar, encerrar y asesinar animales para ser simple sustento.

Todo el mundo era consciente de que una vez superado el problema del precio de la carne sintética, llegaría a todos los hogares. Los beneficios habían sido ampliamente probados, pero el consumo doméstico lo marcaba el bolsillo.

Leo observaba el exterior a pocos centímetros del cristal, según iba perdiendo la mirada entre la lluvia, iba alejándose la voz del reportero del televisor.

Una imagen preciosa consiguió poner fin a las cavilaciones sobre los casos: Un rayo de la tormenta zigzagueó justo al otro lado de uno de los rascacielos-huerto de la ciudad. El imponente edificio transparente y rectangular quedó de golpe iluminado desde atrás por la luz de un rayo y sus ramificaciones, disparando reflejos verdes de los árboles y las plantaciones de todos los pisos y otros azules de los sistemas de riego. Un flash, una instantánea casual, perfecta y directa a la memoria.

Los rascacielos-huerto, además de ser los pulmones de la ciudad, ayudaban en buena medida a cubrir las necesidades de verduras y hortalizas (frutas en menor medida) de las urbes más pobladas.

Consiguió evitar mirar, en la esquina de la ventana, los viejos bloqueos de seguridad para niños que siempre olvidaba tirar y siguió contemplando la

silueta, ahora apagada, del rectángulo transparente. A los lados, a lo lejos, se podían adivinar otros dos más lejanos y pequeños, solo visibles cuando caía otro rayo.

Cuando Sylvia le pasó la mano por la cintura no se sobresaltó, había escuchado sus pasos descalzos, aproximándose y lo confirmó con el reflejo del cristal. Él siguió de pie, inmóvil, callado y ella coló la mano por debajo de la camiseta de Leo y la subió hasta su pecho, donde la dejó reposar. Se pegó a él y descansó la cabeza sobre su hombro derecho, mirando al horizonte, en la misma dirección que él. Se mantuvieron así un minuto, distraídos, quietos y en silencio.

—¿Qué es eso? —preguntó ella señalando el sistema de seguridad para niños como si acabase de aparecer.

—Otro día.

Otro breve silencio.

—Has tenido suerte con la tormenta. Con lo que está lloviendo y has conseguido llegar prácticamente seco —dijo Sylvia sin mover la mano del pecho y pasando la otra por el pelo del detective.

—Sí, supongo —no sabía qué decir, pero tampoco estaba incómodo. La soledad les brindaba una complicidad nueva y extraña. Se quedó pensativo un instante y añadió—: mi padre decía que le gustaban las noches de lluvia, porque le recordaban que tenía un hogar.

—Me fascina que puedas alterar el ritmo de tu corazón con tus recuerdos —Leo pensó que ella habría comparado su pulso tras la primera pregunta con el de ahora, relajado y melancólico. Sylvia mantenía la mano sobre el pecho mientras deslizaba la otra desde la cadera al estómago del detective y se detenía para luego empezar a bajar, lentamente y muy pegada al cuerpo.

Leo sintió cómo la temperatura le subía diez grados; quería decirle que parara, pero se calló; quería apartarse, pero se quedó quieto; quería estudiar lo que pasaba... pero solo cerró los ojos.

Sintió cómo le aflojaba el pantalón y deslizaba la mano hasta acariciarle el pene. Las manos serpenteaban sobre su piel mientras le susurraba frases al oído... *“esto no es cariño ni amor, solo es deseo”*... pasó de acariciar a frotar... *“no pienses en lo que soy, solo siente”*.

A Leo le iba a explotar el pecho. Se giró tan rápido que Sylvia tuvo que levantar las manos para dejarle dar la vuelta. La tenía frente a él, con las manos aún alzadas pero no asustada, al contrario, su mirada era atrevida y mostraba la media sonrisa de la que espera.

Se lanzó sobre ella y empezó a besarla apasionadamente mientras le quitaba con torpeza la camiseta sabiendo que no tenía nada debajo; ella hizo lo propio con la camiseta de Leo, sin dejar de besarse en ningún momento, solo se oían las respiraciones aceleradas de ambos.

Se echaron al suelo allí mismo. Leo la contempló inmóvil mientras ella se quitaba el pantalón deportivo y la única prenda de ropa interior que llevaba, sin prisa, dejándose admirar.

Entró en Sylvia con la rabia de no haber sido capaz de parar. Con todo el deseo acumulado. Con la admiración de aquel cuerpo perfecto, tan jodidamente humano: arrugas, lunares, pecas, incluso un vientre más abultado que liso, más natural que musculado.

Perfecta en su imperfección. Dispuesta y suya.

Leo disfrutó de aquel cuerpo sensible, sensual y cálido; como del de cualquier mujer de su pasado con la que no hubiese habido afecto alguno, solo la mezcla animal de necesidad, deseo y posibilidad.

Solo una cosa, un pequeño detalle, la delató: solo un androide, solo algo inhumano, habría soportado sin un gesto, sin una mueca, o sin un comentario, que su pareja sexual en el clímax, en el momento preciso del orgasmo, dijese el nombre de otra. El latigazo de saber que aunque sea por un instante, ha perdido la mente en otra mujer.

—Sorah.

Escucharlo no causó mella alguna en una Sylvia satisfecha y orgullosa que le acariciaba. Tal vez sí en el detective.

14

Le despertó el sonido lejano de los útiles de cocina.

Leo encontró a Sylvia con el pelo recogido, la ropa de la noche anterior (¿debería comprarle ropa o cómo funcionaba aquello?) y moviéndose activa pero torpemente por la cocina.

—Mira qué bien. Menos mal que te has levantado, no sabía qué te gusta desayunar así que iba a hacer un poco de cada cosa.

—Café con un poco de leche y tostadas —dijo mientras señalaba la tostadora y cogía el café de un armario, bostezando—. Gracias.

—Sencillo y fácil. Muy bien —le dedicó una sonrisa perfecta, le dio un beso en la mejilla y se puso a cortar el pan.

Hacía rato que el café y la leche se habían mezclado pero Leo seguía mirando girar la cucharilla. Estaba de pie, callado, pensando en la noche y en el dormitorio. Mientras iba terminando de despertarse, únicamente podía acertar a cambiar el sentido de giro de la cucharilla, dejando que el olor del café caliente le inspirase.

Recordó el final en el suelo, echarse a un lado, boca arriba. El silencio. Irse a la cama, solo. Y sentir unos minutos después cómo se colaba ella también, aún desnuda, en el otro extremo, quieta y sin acercarse, como un cachorro nuevo midiendo hasta qué distancia podía aproximarse con seguridad.

Alzó la vista y la aparentemente distraída Sylvia le pareció preocupada, o eso mostraban sus facciones, como si estuviese a punto de decir algo, pero aún buscarse cómo.

—Dime.

—¿Cómo?

—Dime lo que sea, no le des más vueltas. Es sencillo: si no quiero contestar, no lo haré (una respuesta en cierto modo); y si quiero contestar, lo haré y dejarás de darle vueltas a lo que sea.

—Yo... verás.

Se aproximó a Leo con la tostada recién hecha, se la acercó primero a la boca, para que mordiera pero en el último momento la dejó rápidamente en el plato, soplándose los dedos y agitando la mano en el aire (¿realmente *sentía* que se quemaba o el programa le indicaba que tocaba algo caliente para un humano y tenía que imitar la reacción adecuada?). Cada vez le era más difícil

pensar en ella como en una máquina. Como si cada vez fuese más consciente de ello pero a la vez más deseara que fuese humana; que ella fuese sencillamente así y no un conjunto de dudas matemáticas. Quería interactuar con ella con naturalidad, no alabando, analizando o cuestionándose el funcionamiento de su lógica.

Era una obra de arte, pensada para lo que estaba pensada, pero una obra de arte al fin y al cabo. La magia residía en la imposibilidad de pensar en ella como en un androide, aun viéndolo, aun sabiéndolo, aun siendo consciente de que podía decirle y hacerle lo que quisiera. No podía pensar en lo que era. No sin volverse loco.

La noche anterior, la mano en el pecho sin duda era para tomarle el pulso y valorar sus reacciones. Lo pudo llegar a pensar al principio, pero una vez excitado, una vez el deseo se hizo con él, solo vio a la mujer. Imposible ver otra cosa. *Una obra de arte*, insistió su mente.

La miró a la cara invitándola a continuar y ella se dio por aludida.

—Anoche no sé bien porqué —sin mirar señaló la ventana mientras hablaba—, pero algo por lo que te pregunté allí no te gustó. Por el fabricante, la forma y la ubicación he estado buscando en la red para averiguar qué era —le miró a los ojos por primera vez como si esperase reprobación o permiso para continuar—. Es un bloqueo de seguridad para niños. En la casa no hay niños, pero encontré una fotografía, por las facciones se te parece muchísimo, pero no hay habitación para un niño, ni juguetes, ni su ropa —no dejaba de mirarle por si debía parar—, así que pensé que hay pocas posibilidades, y ninguna alegre —se mostró visiblemente compungida—: ellos se fueron... tú te fuiste... o...

—... O él murió y a ella la dejé ir —concluyó Leo sin añadir que podían existir bastantes más combinaciones. Dio un largo sorbo a la taza de café. Casi tenía más curiosidad por la reacción de Sylvia que por la suya propia. Por su parte se sentía fuerte, empezaba a dejar de sorprenderse por tratar el tema con naturalidad—. El niño se llama... se llamaba, Mike. Murió por una enfermedad degenerativa, hace unos años. Y sigo acostumbrándome a su hueco. Por ahora eso es todo.

—Vale. Lo siento muchísimo. No sabía nada de ti antes de venir a casa. Eso es bueno, así podemos hablar, conocernos de verdad, pero con este tipo de cosas es muy duro... Tengo que saber, para tener cuidado, para estar bien los dos; pero siento que *necesito* saber y eso a veces me hace preguntar demasiado. Lo lamento.

—Déjalo, no importa. Te... —buscó la palabra mareando la tostada en el aire—... te entiendo.

Transcurrió un minuto en silencio y acabaron sentándose el uno frente al otro en la diminuta mesa de la cocina. Leo con su media taza de café, y su media tostada y Sylvia con un vaso de agua por el que el detective ni se preguntó ni le preguntó.

—¿Eres capaz de arrancar algo positivo de lo que le pasó para seguir adelante?

Él se la quedó mirando pensativo, no podía pensar en ella como en una humana cotilla o curiosa por naturaleza, le transmitía una empatía y una bondad sincera y tomó la pregunta como un ejercicio personal en lugar de cortarla seca y cómodamente.

—Dejando aparte los obvios: “al menos existió”, “al menos fuimos felices juntos”, “al menos fue feliz hasta el final”, “al menos no estuvo nunca solo”, etcétera, etcétera, etcétera. A veces pienso que tuvo la suerte de morir con su inocencia sobre la humanidad intacta...

—¿Inocencia sobre la humanidad?

—Se me partía el corazón pensando en el día que leyese, o viese un documental o le enseñásemos el exterminio nazi de los judíos, o cómo un dictador africano ordenó cortar las manos de los aldeanos que podían votar al político rival en las “elecciones”, o cómo una guerra fratricida en Siria obligó a familias con niños a morir cruzando Europa a pie y en invierno.

>>Mike murió sin saber todo el odio que el ser humano es capaz de volcar en el ser humano.

Sylvia guardó silencio estudiando aquella respuesta. Antes de que pudiera hablar continuó el detective.

—Eso respecto a buscar algo remotamente *positivo* a su temprana muerte. Respecto al hecho de morir, en general, para toda la humanidad, debería interpretarse como una oda a aprovechar la vida: Todos, sin excepción, antes o después moriremos, estamos en este espacio por un tiempo limitado, somos cuentas atrás andantes, así que depende de cada uno cómo aproveche ese tiempo, lo que quieras que quede de ti después de haber muerto, lo que quieras haber aprendido, enseñado, creado o vivido. Una única verdad: el tiempo se acaba. ¿La muerte? La muerte solo te lo recuerda.

—Vaya... Tienes varias reflexiones *positivistas*.

—Sí —dijo Leo con una breve sonrisa irónica eclipsada con la taza, y acabó susurrando—. Los depresivos sabemos mucho sobre *teorías*

positivistas...

—¿Cómo?

—Que a qué hueles hoy. Es muy diferente al perfume de ayer, ¿no?

—Sí, voy cambiando. Son rosas. ¿Te gusta? ¿Te gusta más que el de ayer?

—Los dos me gustan. Supongo que lo ideal es conservar alguno, asociarlo a ti. Que te preceda.

—Me dejaré el de hoy unos días, a ver qué te parece.

—¿Qué tal las noticias de ayer? —le seguía sobrando tiempo.

—Mucha información. Tengo curiosidad por todo, pero por ahora solo sé seguro que no podré aprenderlo todo, siento que necesito buscar aún, o concretar, qué es lo que me gusta más. De qué temas quiero saber mucho más. Las noticias eran para situarme, acostumbrarme al día a día del mundo aquí. Había muchas cosas curiosas y algunas bastante dramáticas, como la conmemoración de los desoladores terremotos de San Francisco en la década de dos mil setenta... eran imágenes abrumadoras. También vi el desmantelamiento de la última central nuclear del mundo. Y no entendía las bromas sobre Rusia y lo de aceptar el Eurodolar como moneda propia.

—Rusia no lo tomará jamás. Se usa como una expresión, para decir que algo no pasará nunca —Leo no pudo evitar recordar el ejemplo que puso su hermano con la misma expresión la noche anterior, respecto a lo improbable de volver a ver a su antigua pareja.

—Pero, al menos con los pocos datos que barajo y haciendo consultas en foros especializados, parece que es la opción más lógica...

—Sí. Pero es que con su moneda actual y solo dependiendo de ellos, pueden jugar y hacer las trampas que quieran. Es un tema muy complejo.

—¿Que “es un tema muy complejo” es tu forma de decirme que no puedes argumentar más y que tampoco lo entiendes?

Leo dio un breve sorbo.

—Exacto.

Los dos rieron.

—Esta mañana tienes una importante reunión. No es que sea una cotilla, pero no deja de iluminarse el mensaje de la cita en la PFI que dejaste en el sofá.

—Así es. Al final me he despertado antes de que sonara la alarma, por eso voy tranquilo. Mis mañanas no suelen ser a este ritmo.

—Así que aún tienes tiempo... —dijo ella con divertida voz sensual,

bromeando, y alargó el pie descalzo hasta su pierna, con el vaso de agua cogido con las dos manos y sin dejar de mirarle a la cara. Deslizó el pie hacia arriba lentamente, hasta su entepierna.

—No *tanto* tiempo —dijo Leo aprovechando para levantarse con la taza vacía que llevó al sistema de limpieza en seco.

Se fue al dormitorio a vestirse y Sylvia permaneció en la cocina.

—¡Veré más noticias y de qué son los viejos libros en papel que conservas por la casa! —le gritó de una habitación a otra—. ¿De qué más podría aprender algo?

—¡La mesa rara, grande y blanca es un simulador de escenarios, puedes averiguar cómo funciona y sus posibilidades! —contestó mientras se ponía los pantalones.

De toda aquella charla matutina a Leo solo le chirriaban en segundo plano detalles como la transigencia en la conversación sobre el perfume. Pero ¿qué le iba a hacer?, la habían hecho para obedecer, directa o indirectamente, no para tener personalidad... o al menos no para tener una propia y definida ya desde el primer día.

Estaba acabando de vestirse, se quedó quieto un momento, pensativo, y añadió:

—¡También podrías aprender algo sobre química básica!

—¡De acuerdo cielito! —seguían gritando de un extremo a otro del apartamento.

—¡Odio eso de *cielito*!

—¡Lo sé cielito!

—¡Lo digo en serio! —pero no podía evitar sonreír desde el dormitorio, donde ella no le veía.

15

Llegó muy temprano al edificio de Real Life Droids, el cielo comenzaba a clarear, pero la Luna aún era una sonrisa iluminada.

La enorme recepción era un desierto donde sus pisadas sonaban como disparos. En el centro destacaba la figura de la azafata por ser la única en movimiento.

Miraba distraída una de las pantallas integradas en el mostrador y solo cuando Leo se aproximó alzó la vista. Antes de que éste pudiese presentarse, ella abandonó el refugio de la recepción y empezó a hablar mientras caminaba.

—Los demás ya están aquí —dijo secamente.

El detective volvió a consultar hora y cita para confirmar que llegaba con quince minutos de adelanto y no añadió nada.

Le condujo en silencio hasta el ascensor que programó para que le llevara directamente al punto de reunión, quedándose fuera.

—Buenos días —dijo finalmente Leo, irónico, mientras se cerraban las puertas.

La chica le devolvió una sonrisa breve, apagada y triste. Fue todo lo que consiguió robarle a la expresión seria y distante que había mostrado hasta ese momento. Leo volvió a experimentar la incómoda duda de si sería una máquina o no.

Cuando se abrieron las puertas la casualidad quiso que Turing fuera la primera persona con la que se encontró. A juzgar por el ligero humo que salía del vaso y la intensidad del aroma, acababa de pedirse el café que llevaba en la mano.

En ese instante inesperado para ambos y en el mismo segundo de silencio, la mente de cada uno viajó a recuerdos diferentes: Leo a lo que había hecho la noche anterior en su casa y Turing a los espacios de tiempo que recordaba del bar. El segundo dio los buenos días deteniéndose y mirando el contenido del vaso, y el detective le contestó mientras salía del ascensor.

—Qué fácil lo tenían en el pasado. Con las redes sociales a la antigua usanza —dijo Turing sin levantar aún la mirada—. Anonimato, acceso a toda la información “privada” y “personal” desde casa, ... Antes de yo poder disfrutar plenamente de todas esas facilidades, llegaron las grandes crisis de las dos potentes redes sociales, su desplome en bolsa, su cierre, y todo por el

cambio de actitud de todo el mundo: cansados de dejarse convencer por lo mismo, cansados de encajar en diferentes perfiles predefinidos, cansados de sentirse condicionados por las aprobaciones o críticas anónimas que al final les conducían a ser todos iguales; y sobre todo cansados de perderse toda esa mierda del “misterio” —continuó sarcástico—; nuevas citas en las que dos personas vagamente conocidas profundizaban la una en la otra, en público o en privado, para dejarse sorprender y conocerse de verdad. “Yo sé kárate”, “yo sé tocar la guitarra”, “estuve en Portugal”, “yo colaboré en una ONG” —ponía voces ridículas, arrugaba la boca y meneaba la cabeza crítico—. A veces creo que pertenezco a otra época.

—Algo de eso intuí —Leo buscaba la manera de cortar el discurso de Turing, mientras el científico pretendía llenar con palabras un silencio que le pudiera hacer ahondar en su vergüenza.

—Por favor, no entretengas al detective —era Roma invitándoles con un gesto a acercarse—. Ya que hemos llegado todos antes, podemos adelantar la reunión.

—Gracias por venir, Leo —continuó Roma mientras le estrechaba vigorosamente la mano—. A Turing ya lo conoces, a Sorah, que entrará enseguida, también y él es Marcus.

El ejecutivo le tendió la mano con una sonrisa automática, podía haber sido el hermano menor de Roma, era igual de alto y con la misma complexión atlética, aunque sus facciones eran más juveniles. Con trajes y peinados similares uno se los podía imaginar también juntos en el instituto o en un equipo de deporte.

—Encantado. Siento que nos hayamos conocido en estas circunstancias —dijo Marcus y cambió la expresión como si acabase de recordar algo doloroso.

—Igualmente —le saludó, le estudió, y tuvo cuidado de no mencionar que le había visto en el vídeo del interrogatorio, a pesar de estar más concentrado en esperar la entrada de Sorah.

—Sentaros, por favor, seremos breves en esta primera parte.

Se fueron acomodando cada uno en un asiento en torno a la mesa ovalada.

Leo intentaba adivinar como sería la mirada de Sorah. ¿Sería divertida y espontánea como era ella, con una sonrisa de “te lo dije”; o sería decepcionada en plan “eres como cualquiera”? Apenas se hubo sentado el último de ellos cuando entró ella apresuradamente.

—Disculpad —estaba seria y distraída, con la nariz ligeramente irritada. Pasó la mirada por Leo exactamente igual que por el resto de los presentes.

El detective se sintió ligeramente estúpido. ¿Cuánto se tenía que haber rodeado de asesinatos y cadáveres para poder dejarlo en el plano de las noticias y no en el personal?

Sin duda según habían ido llegando, le había ido preguntando a Roma y éste se había visto obligado a decir quién era el fallecido. Tal vez algún colaborador cercano o alguien de otro departamento pero, en cualquier caso, alguien conocido aunque solo fuese de vista. Alguien con quien se podrían haber cruzado en esos mismos pasillos o que podría haber compartido la misma máquina de café.

Que alguien como Turing pudiese arrancar esa mañana solo preocupado por “justificar” la actuación de la noche anterior, solo indicaba que no era alguien muy próximo o muy querido por él. Pero de Sorah... tenía que haberlo previsto y ahora se sentía estúpido por el fallo. Por mucho que celebrase la vida a diario, ella acababa de enterarse del nombre del compañero o compañera asesinado. La muerte que antes les salpicaba, ahora les acompañaba. ¿A cuántos niveles por encima de tirarse o no a un *juguete sexual* estaba aquello?

—No me andaré por las ramas. Lamentablemente la víctima mortal de la que hablaba en el mensaje es Seven. Una colaboradora de nuestro proyecto desde sus inicios y a la que todos teníamos en alta estima —Turing alzó las cejas con los ojos cerrados, al otro lado del vaso, mientras bebía. Los demás mantuvieron la pose de duelo—. Evidentemente cuando hablo de víctima no me refiero a una muerte accidental y cuando digo que sabemos que afectará a la empresa, es porque reavivará la sospecha sobre nuestros androides de compañía, ya que ella y su pareja poseían uno y estamos en plena investigación de otro cliente nuestro asesinado...

—¿Se sabe algo de cómo fue?— preguntó Leo.

—Solo sabemos que fue en su casa, ayer, durante el día. Fue apuñalada... repetidas veces.

—Su pareja también fue asesinada —añadió Marcus.

—Efectivamente.

Sorah miró a Roma recriminándole la ausencia de este dato, como si la muerte de alguien ajeno a la plantilla fuese un hecho menor.

—Leo —Roma volvía a tomar la palabra—, nuestros... *privilegios informativos*... es posible que estén a punto de expirar. Puedes ir al escenario

del crimen ahora mismo pero, según me acaban de decir, en cualquier momento podemos recibir la llamada que nos deje a un lado en la investigación, retirándonos el acceso directo a escenario e información.

>>Nosotros seguiremos aquí reunidos pensando en la estrategia empresarial, y en cómo preparar a los compañeros para la posible avalancha de preguntas —mirada a Turing y a Sorah—, pero dado el aviso de última hora, Leo te ruego que vayas a la dirección lo antes posible; siento sinceramente haberte hecho venir hasta aquí solo para esta introducción, quería hablar más tranquilamente contigo, en persona, pensaba que los contactos en la policía eran más firmes. Ahora me temo que apenas gocemos de unas horas antes de perder el acceso.

>>Por favor, aprovecha el tiempo para sacar toda la información que puedas para mantener la verdad: que nuestros androides son completamente inofensivos —le lanzó una mirada que le repetía el mensaje.

—Os mantendré informados —dijo el detective mientras se levantaba.

—Perfecto, muchísimas gracias —mientras Leo se alejaba Roma continuó como si éste ya no estuviese, no había un segundo que perder—. Ante todo quiero agradecer públicamente a Marcus las rápidas acciones que ha llevado a cabo para salvarnos. Y no estoy exagerando. Ha tenido ideas brillantes y rápidas en los momentos más oscuros. Ideas que han dado respuesta a la situación actual salvaguardando la economía de la empresa e incluso consiguiendo algunos beneficios puntuales. Casos que han hecho que pase casi del anonimato en la consejería de nuestra casa a destacar visiblemente —se giró para mirarle antes de destacar ejemplos en concreto—. Movimientos como el de aprovechar que el mercado asiático pensaba que estábamos en bancarrota, para venderles todo el stock de los modelos antiguos a un precio que ellos consideran ridículo, ha sido magistral. Hemos liberado el espacio de todos los modelos fuera de mercado en Europa y América, recuperado con creces sus costes de producción y tendrán modelos que no son competitivos con los que vamos a sacar ahora. Oh, y lo de parar en fabricación todos los modelos con rasgos similares a los que poseían las víctimas de los asesinatos, por si la policía o los medios facilitaban alguna imagen, eso ha evitado pérdidas de dinero muy importantes. Muchísimas gracias Marcus, en estos momentos en los que a todos nos cuesta mantener la mente despejada, tú tienes planes y alternativas, adelantándote a los acontecimientos. Genialidad en tiempos de crisis, contra reloj y estando en el punto de mira del mundo —se dirigió entonces a Sorah y Turing—. Vuestra

genialidad nos ha llevado a lo que somos y lo que seremos. Seguiremos creciendo. Como siempre, os lo garantizo.

Concluida la fase de agradecimientos y autoconvencimiento, tomó aire, revisó mentalmente la agenda y continuó. Leo estaba ya lejos, esperando al ascensor, pero con el silencio reinante en la planta le seguía llegando nítidamente la conversación.

—Sé que en estos duros momentos puede parecer incluso cínico por mi parte pensar en soluciones, en la empresa, en los diseños, etcétera. Pero es que tengo la obligación de pensar en los cientos de trabajadores de Real Life Droids, en su futuro y en el de sus familias... —pausa dramática—. Me preocuparé de mantener la imagen de nuestro producto a salvo. Porque son androides de gran calidad e inofensivos. Solo han dado, dan y darán placer —él mismo se dio cuenta de que entraba en bucle, hablándose a sí mismo, y cambió de registro—. Turing, respecto a la mecánica de la sección E18 en el modelo en desarrollo...

Cerradas las puertas del ascensor se apagó definitivamente el hilo de conversación que le llegaba. Después del apartado técnico podía imaginar la parte del discurso en la que insistiría a los científicos en lo imprescindible de mostrar una seguridad absoluta sobre la imposibilidad de que un androide pudiese causar daño alguno, ante la policía y los medios. Ensayarían la pose y las respuestas, y sobre todo Roma estudiaría si, con todo, no les fallaba la *fe* en sus máquinas. Si veía atisbos de duda o pausas pensativas, les daría vacaciones una temporada. Pero todo eso eran solo conjeturas.

Apenas habían pasado unos minutos, pero la sala de la recepción ya había cobrado vida. Pensó en acercarse al mostrador circular para preguntar la dirección de Seven, pero antes de plantearse si se la facilitarían directamente, vibró su PFI con un mensaje de agradecimiento de Roma donde le indicaba las señas.

Alzó la mirada mientras continuaba su marcha hacia la salida y vio a la recepcionista humana-androide. Mientras atendía las preguntas de alguien, le seguía con la mirada y cuando él la miró, ella le saludó con una ligera elevación del mentón y volvió con su interlocutor y su sonrisa perfecta.

Los curiosos se agolpaban en la calle al otro lado del cordón policial. *La gente tiene demasiado tiempo libre*, pensó Leo. Se fue haciendo paso entre ellos sin entenderles. Podía comprender que eran vecinos, que había mucha policía, que sabían que *algo malo* había pasado, pero era absurdo permanecer allí curioseando; hacía muchos años que justo detrás del cordón policial se levantaban altas pantallas de plástico portátiles que impedían ver e incluso oír lo que pasaba al otro lado. Cansados de las fotografías morbosas captadas en el momento preciso en el que un cadáver quedaba al descubierto por un golpe de viento que levantaba la manta que lo cubría, o el inoportuno vídeo donde se pudiese cuestionar el quehacer de los forenses. Desnudos, sangre, crítica... todo lo que *vendía* quedaba ahora oculto y los profesionales podían hacer su trabajo con tranquilidad, sin la incomodidad de ser juzgados o el miedo a que la defensa encontrara un argumento desesperado de mala praxis que consiguiera la anulación de alguna prueba.

Cuando llegó a la primera fila llamó la atención al vigilante y estuvo a punto de hacer amago de buscar su identificación para presentarla. La costumbre imposible de borrar que arrastraba de sus tiempos en el cuerpo.

Leo le explicó quien era y el agente torció el gesto reconociéndole. Era una *visita* esperada. Le hizo hueco entre dos pantallas en un ángulo que seguía impidiendo la visión a los curiosos, y volvió a cerrar de mala gana cuando el detective estuvo al otro lado.

En el exterior de la entrada de la casa, habían montado unas mesas plegables con herramientas para el equipo de investigación. Leo pudo distinguir las maletas donde se guardaban los diamantes que ya habrían recogido todas las instantáneas tras recorrer la casa. *Datos, datos, datos*.

La puerta exterior no estaba totalmente cerrada, algo lógico si el personal estaba entrando y saliendo constantemente. Entró saludando y se encontró directamente ante la primera víctima.

Seven llamaba la atención a primera vista, el detective la recordaba perfectamente, con lo que por descarte dedujo que se encontraba ante el cuerpo de su pareja.

Un agente tomaba notas agachado junto al cuerpo.

—Disculpe, ¿quién es usted?

—Soy el detective —dijo sin añadir nada más en esta ocasión, tentando

su suerte.

—¿Otro? Bueno, entiendo que ya son varios casos posiblemente relacionados y se lo toman en serio —premio: *auto-respuesta*. El agente tenía tantas ganas de destacar su buen trabajo y sus observaciones, que señaló el cuerpo y empezó rápidamente a recitar su resumen—. Atenea, 37 años, disparo con pistola eléctrica de bala de hielo (imposible de rastrear). El proyectil entró atravesando el globo ocular derecho y salió por la nuca, lo que indica que el tirador estaba de pie en la entrada y ella agachada o arrodillada.

—Si no movieron el cuerpo.

—Los orificios de entrada y salida no engañan: el ángulo...

—De eso no tengo duda. Me refiero a lo de que “el tirador estaba de pie en la entrada”.

—Ah, entiendo, perdón. No, el cuerpo no ha sido movido, han analizado suelo, forma y volumen del charco de sangre y está confirmado que quedó tal y como se desplomó, no hubo desplazamiento del mismo. Además —señaló la pared a su espalda— han encontrado restos de salpicadura de sangre en la pared y en la barandilla de la escalera que sube al segundo piso, son casi imperceptibles por la distancia, pero destacaron en las pruebas lumínicas.

—Muy bien —Leo mantenía la pose seria y distante que le estaba funcionando. Como si juzgase el trabajo del agente en lugar de agradecer la información—. ¿Y la otra víctima? —señaló un punto indeterminado en el interior de la casa.

—Seven. 38 años. Modelo de Real Life Droids...

—... ¡Apuñalada! —cortó en tono grave y serio Martin, el detective de la policía, mientras bajaba pesadamente las escaleras—. Gracias por informar al *detective*, agente. Ya me ocupo yo de seguir poniéndole al tanto.

Acabó de bajar las escaleras y cuando estuvo a su altura le tendió la mano. Leo podía haber imaginado que para cubrir otro asesinato en una casa con un androide enviarían al mismo detective, al menos para valorar si había relación con el tipo muerto de la mansión o debían tratarlos como casos totalmente independientes. Por lo pronto seguía allí: mala señal.

Martin le estrechó la mano con fuerza, mirándole a los ojos y con una sonrisa apretada. Leo, viendo que ni reprendía al agente ni se enojaba airadamente por su presencia; supuso que se le mezclaban dulcemente la seguridad de que en unos minutos le retirarían el libre acceso y el hecho de que el dedo acusador podía apuntar de nuevo a la empresa en lugar de liberarla.

—Parker, por favor avisa a Central que el detective de Real Life Droids está en el escenario del crimen, y que mantenemos que este caso puede tener relación con el de la mansión —seguía mirando a Leo, triunfal.

—Yo... sí señor. Lo siento señor. Él. Le dejaron atravesar el cordón —balbuceó mientras se alejaba a informar de lo indicado.

—Empiezo a pensar que tienes un don para encontrar al personal más inepto de la comisaría.

—Es un buen tipo. Un policía más preocupado de hacer bien su trabajo y encontrar al asesino que de desconfiar y no dejar ayudar —le devolvió un clon de su sonrisa apretada.

—La verdad es que me alegro mucho de verte, Leo —sonó tan sincero como el *te quiero* de una prostituta—. Acompáñame —le puso la mano izquierda sobre el hombro y le señaló el camino con la derecha—. Así podremos poner en común algunas teorías.

Mientras caminaban Leo vio colgados en la pared dos cuadros de dos mujeres, uno era un retrato de Atenea, y el otro de una mujer bastante mayor que por los rasgos probablemente era su madre. Eran tan parecidas que podría haber pasado por un montaje con efecto de envejecimiento; sin duda el artista quiso plasmar y destacar las similitudes entre ambas y eso fue lo segundo que le llamó la atención al detective.

—Un momento —dijo Leo—. ¿Puedes pasarme las lecturas de los diamantes? —Martín dudó un instante.

—El agente me dijo que ya las tenéis —mintió, aunque era evidente que ya disponían de ellas.

—Ahora mismo tengo prohibido negarme —tecleó sobre su PFI y Leo recibió el correspondiente paquete de datos en la suya.

Mientras reanudaban el paso se envió copia de los mismos al servidor de su casa, ocultando esta transferencia.

—No es agradable de ver. Nunca lo es —por primera vez Leo sintió algo de empatía entre el policía y la víctima—. No es solo por el hecho de que ella fuese preciosa y tuviese un cuerpo tan bonito. Ni tampoco por el apuñalamiento en si. Es por el ensañamiento...

Entraron al salón y se encontraron frente a Seven, rodeada de forenses, aún atada al sofá, desnuda, cubierta de sangre por las numerosas puñaladas, y con el dibujo de la doble estrella de cinco puntas, característico de los Diyers, grabado meticulosamente en las palmas de las manos.

—¿De qué son las marcas alrededor de la boca?

—Le aplicaron con fuerza un inhalador alrededor de la boca y la nariz. En los labios aún quedan restos de potentes narcóticos. La verdad es que la mezcla era tan torpe y fuerte que aunque solo hubiese pretendido dormirla rápidamente, casi la mató. Todas las heridas fueron *sangrantes*, por lo tanto, claramente previas a la muerte...

—¿Sigues pensando que pudo ser un androide?

—*Su* androide o *un* androide. Mira... solo digo que podría ser, y eso para mí es suficiente para considerarlo seriamente, para no descartarlo, para hacerlo sospechoso y para investigar y acusar a quien haga falta. *Ahora mismo* pienso exactamente lo mismo que tú: esta chica estaba en forma, por muy por sorpresa que la cogiese, el asesino tenía que ser más corpulento, o al menos mucho más rápido y fuerte. El inhalador con los narcóticos actuó rápidamente, pero aun así tardaría unos segundos en hacer efecto, y en ese tiempo consiguió mantenerlo pegado a su cara a pesar del disparo de adrenalina que tendría ella.

Leo agradeció su sinceridad con un gesto y el policía continuó:

—Estoy diciéndote la verdad. En unos minutos te van a dar una patada, si tienes algo interesante que compartir, es el momento.

—Muy bien... El asesino o asesinos...

—Asesino —puntualizó Martin—. Este suelo puede que sea muy bonito y caro, pero deja marcas de pisadas muy nítidas. Hemos hecho un barrido por capas, descartando el calzado de las dos mujeres, el del androide, y las pisadas de los tres descalzos. Solo hay un tipo de huella diferente en la última semana: calzado masculino y número grande, suele ir asociado a gran altura, pero eso ya es conjeturar. Lo que sí es seguro: se trata de una única persona (si no es el propio androide de la casa con otro par de zapatos que haya hecho desaparecer).

—De acuerdo. *El* asesino —reanudó Leo ignorando el último apunte. Aunque sí apuntó que se refiriese al asesino como a *una persona*, sin adjudicarle género por el hecho de haber usado calzado masculino—. Se está volviendo muy peligroso. Si es el mismo que el del caso anterior, está siendo más brusco, más temerario, y más ansioso. O algo no le sacia o algo le está gustando demasiado. Ha pasado de un elaborado crimen, violento pero retorcido y planificado, a esto que, en comparación, es torpe, arriesgado e impulsivo. Ha sido de día, con lo que hay más movimiento en el vecindario y habría sido más fácil verle o identificarle. Ha venido a la casa habiendo en ella dos personas, cuando podía haber esperado al momento en que hubiese

una sola. Incluso si deseaba las dos muertes, podía haber acabado con una y luego esperar a la segunda. Y además mira esto —señaló la bandeja con todo el juego de cuchillos pulcramente ordenados—. Quería darse un lento festival del horror, cambiando de *herramientas*, tomarse todo el tiempo del mundo, pero al final veo solo uno manchado de sangre.

—¿Las heridas tienen todas el mismo tamaño? —preguntó Martin al equipo de forenses.

—Las trece analizadas hasta el momento sí, según los moldes. Diferentes ángulos, pero misma arma blanca.

—Le puede el ansia. El hambre de lo que sea —reanudó Leo.

Se quedaron los dos un instante en silencio.

—Desde la calle nadie vio ni oyó nada. Parece ser que todo pasó dentro de la casa —dijo Martin.

—¿Y el inhalador?

—No lo hemos encontrado.

—Ya. Como los zapatos *mágicos* desaparecidos. Y tan lógico como grabar en la piel los mismos signos del cadáver de la mansión, cuando este androide sabemos que no ha estado jamás en otra casa.

Martin miró en concreto a uno de los agentes que sin duda habría investigado algo al respecto, mientras Leo aguantaba la respiración.

—El androide no salió de esta casa desde que lo adquirieron hace años. El histórico del localizador por robo lo confirma: jamás.

—¡Deja de centrarte en acusarlos y mira más!

—¡Me obligas a señalarlos al no dejar de defenderlos! ¡Tú eres el que trabaja para sus creadores! Acuso a todo el mundo. Lo que hago es no descartar a nadie.

Por primera vez Leo estuvo incómodo con su propio papel, sin poder permitirse ser más sincero con el policía. Decidió compartir al menos unas reflexiones, aunque no olvidaba la importante ausencia de ciertos datos en el caso de la mansión.

—¿Tenéis el inventario de objetos de valor? —miró a Martin preguntándose si eso le recordaría que no le dijo nada de la ausencia de los comics de coleccionista en el otro escenario; pero éste contestó con indiferencia.

—Joder, no. *Acabamos de llegar*, hay que casar el inventario de lo que hay con los extractos de compras, los registros de ventas, y todo eso deja en el aire los regalos, etcétera...

—El collar.

—¿Cómo?

—Leo guio al detective hasta los cuadros.

—Madre e hija supongo, en los dos cuadros llevan el mismo collar. No soy un experto, pero parece caro, no tengo ni idea de cuánto valdrá, pero seguro que mucho.

—¿Un robo? ¿Ahora? ¿En serio? ¿Con esto? —señaló en dirección al salón donde estaba el cuerpo de Seven.

—Solo digo que es algo muy valioso, que puede que tuviese la chica —señaló el retrato de Atenea en la pared—que debería ser fácil de localizar en la casa y que por ahora no está.

Martin consultó una lista y por el momento solo guardó silencio.

—Su ausencia destaca tanto como la de un valioso número uno de una colección en una biblioteca —no pudo reprimir el disparo; la denuncia a la antigua falta de información.

—¿Cómo te has fijado en concreto en el collar en los puñeteros cuadros?

—Ella murió por un disparo, pero tiene una marca importante alrededor del cuello. No es tan grave como la de un estrangulamiento, y tampoco hubiera tenido sentido estrangularla para luego dispararle, ni estrangularla estando ya muerta... No es que sea muy observador, pero mientras tu compañero me hacía el resumen, no había mucho más que se pudiese observar en el cadáver a simple vista. Descartada la causa de muerte solo quedaba que fuese algo accidental, o fruto de algún juego fuerte; hasta que vi el cuadro.

Martin se quedó pensativo, Leo sabía que no reflexionaba sobre lo que acababa de explicarle sino que valoraba alguna otra cosa.

—Tengo que enseñarte algo.

Fueron al piso de arriba. Siguieron por el pasillo hasta el fondo. Martin abrió la puerta de una habitación pequeña. Dentro no había nada a parte de la bombilla desnuda que colgaba del techo. El policía señaló la pared a la altura de su cintura y luego alrededor de toda la habitación, exactamente a la misma altura.

—¿Qué cojones...?

Leo se puso en cuclillas y miró de cerca la pared. Había las mismas marcas en las cuatro paredes.

—Han rascado desesperadamente la pared. Parece que con las propias manos, solo con las uñas, sin herramientas. En esta parte han arañado tanto

que han llegado hasta el cableado eléctrico —Martin señaló el punto en el que asomaban tímidamente los cables—. Por lo demás: paredes totalmente lisas, no hay enchufes ni interruptor de la luz, y la bombilla se enciende desde fuera.

Salieron y cerró la puerta. En ese momento llamaron al policía por su PFI, se apartó, atendió el breve comunicado y volvió con Leo.

—Estás fuera.

—De acuerdo —no era una sorpresa para ninguno de ellos.

—Tienes que... devolverme toda la información que te he pasado.

—Leo hizo amago de teclear en su PFI.

—Va, déjalo, sé que te has hecho una copia de algún modo. Diré que me lo has devuelto, sabes que si usas algo de ahí en el futuro, no valdrá y además tendréis un problema. Ahora tienes que salir del escenario. Evidentemente tampoco puedes ir al de la mansión, ni llamar preguntando, etcétera, etcétera. Ya sabes.

—Entendido. No hay problema, ya estábamos avisados. Ha sido un placer —dijo con sinceridad.

Se estrecharon las manos y Leo empezó a bajar las escaleras, pensativo. Martin se quedó arriba, siguiéndole con la mirada.

—¿Sabes qué es lo más jodido de esa habitación? —preguntó Leo mientras seguía bajando y sin esperar respuesta—. Que: ¿para qué pones una mirilla en una puerta dentro de tu casa?

El policía miró el punto desde el que, con la puerta cerrada, se podía ver el interior. Ya lo habían visto antes de que llegara el detective, solo lo estudiaba de forma simbólica, pensativo.

—¿Y el androide? —Leo seguía disparando preguntas ya desde el piso de abajo. Últimos arañazos de información.

—Fuera de tu alcance.

—Oye Martin.

—Joder, ¿qué? Lárgate ya.

—¿El collar lo habéis encontrado o no? —estaba rodeando el cuerpo de Atenea y al primer agente que lo seguía estudiando.

—No. ¡Y vete!

—Hasta luego.

—Adiós, joder.

Tanta información en tan poco tiempo le activaba como adrenalina en sangre.

No hay pistola, no hay inhalador, no están los zapatos ajenos a la casa, el androide no ha salido nunca del edificio pero el collar no aparece... Martin, amigo, o guardas información importante del androide, o Roma podrá volver a respirar tranquilo.

Se sentía satisfecho con cómo había podido aprovechar el tiempo. Las preguntas se reproducían exponencialmente, pero había hecho buen acopio de datos.

Siguió caminando dejando atrás al nutrido grupo de curiosos. Iba directo a su apartamento, a estudiar la información del caso en el simulador, pero cambió de dirección tras recibir una llamada de su hermano.

Acompañó sus pasos con la reflexión que había compartido con el policía: Atacar a dos personas en su casa y a plena luz del día solo suponía riesgos evitables. En una cosa, al menos en su fuero interno y de forma casi poética, coincidía con Martin: el asesino tenía la frialdad de una máquina.

Cuando Leo llegó al bar de su hermano, siendo aún media mañana, se lo encontró tan desértico como cabría esperar.

La mayoría de los días ni abría al público a aquellas horas; trabajaba dentro solo para limpiar, preparar el escenario, dejar ensayar si había algo destacable para la noche, recibir entregas de proveedores, o gestiones de ese tipo; en definitiva trabajos para los que su presencia no era necesaria y que solía delegar, mientras seguía formando parte de su cama (o de una ajena).

Aquella mañana sí que se encontraba en el bar. Paul tenía desplegada una colección de botellas sobre la barra que identificaba por las etiquetas, mientras iba revisando una lista en su PFI.

Al fondo una chica, que por las noches trabajaba como camarera, redistribuía las sillas y las mesas revisando la orientación hacia el escenario tras cada conjunto de movimientos. Estaba sola en aquella zona pero hablaba animadamente y reía mientras trabajaba. Una luz azul intenso en el lóbulo de su oreja indicaba que estaba en plena conversación a través de su PFI. Leo la saludó alzando la cabeza en su dirección y ella le devolvió el saludo con idéntica apatía, sin abandonar la conversación.

—¿Inventario? —preguntó el detective. No quería entretenerse, aunque le venía bien una pausa entre las cavilaciones antes de abordar el tema de la llamada.

—No, de eso se encarga el robot. Estoy revisando el consumo de las bebidas más caras y las veces que las han pedido. A veces se desajustan un poco las proporciones del programa de aquel trasto —señaló con la cabeza al primitivo androide anclado a los raíles del suelo, al otro lado de la barra. El viejo armazón metálico apagado, recordaba un muñeco de trapo olvidado en el respaldo de una silla—. Cuando sirve menos alcohol del que toca me *avisan* los clientes; pero cuando el descuadre es en beneficio de ellos, solo me entero cuando los consumos de estas botellitas se disparan.

—Entiendo. ¿Mala noche?

—No. De hecho estoy de maravilla.

—Lo digo por los pelos que llevas, no recuerdo haberte visto despeinado en este local jamás —era famoso el cuidado que Paul había tenido siempre de su aspecto y de su indumentaria, no solo ahora que tenía que estar de cara al público y ser el responsable de la imagen de un negocio, sino históricamente.

—Pruebo nuevos estilos —dijo atusándose el cabello, ligeramente sonrojado—. ¿Qué quieres beber?

—Si te soy sincero: agua helada. Vengo andando y lo primero que quiero es solo eso —en las llamadas con PFI salía automáticamente la ubicación de los interlocutores, con esa información Paul sabía el camino que había recorrido su hermano a pie.

—Tienes que ser el único gilipollas en la ciudad, que va de un sitio a otro caminando —seguía hablando mientras se daba la vuelta e iba preparando la bebida—. Andas y andas cargándote de toda la estática de todo el tráfico de vehículos eléctricos...

—Eso es una leyenda urbana.

—... con la infinita oferta que tienes de transportes públicos —como era habitual, sentenciaba distraídamente sus afirmaciones ignorando las interrupciones de Leo—. Aquí tienes —dejó sobre la barra una botella con etiqueta indescifrable y empezó a servirla en un vaso cuya base se iluminó de distinto color según se iba completando—: cerveza japonesa —dijo triunfal.

—No me gusta la cerveza japonesa.

—A juzgar por las cajas que me sobran, a mis clientes tampoco; y gracias a ello puede, y solo puede, que te salga gratis.

Leo le miró en silencio y Paul volvió a hablar.

—A uno de los dos mamá le enseñó más educación.

—Gracias *por el agua*.

—De nada, hermanito —se le veía de especial humor, Leo no sabía si era por algún motivo personal o si fingía para animarle, puesto que le había adelantado un breve resumen de cómo se había complicado el caso.

—Oye, sobre lo de la llamada... perdona, pero la verdad es que voy algo mal de tiempo.

—Un segundo solo, espera —levantó las palmas de las manos como si aguantara un mueble invisible—. Esto merece la pena que te lo cuente antes, *investigador*.

En ese momento pasó Luna. Por la dirección solo podía venir de los servicios.

—Hola Leo —se acercó sonriente al detective, le dio un beso en la mejilla, y continuó su camino a la salida. Mientras se marchaba se recogió la especialmente desordenada melena en una rápida cola—. Adiós Paul —dijo antes de salir, sin girarse pero con tono divertido.

—Adiós preciosa —contestó automática y distraídamente.

El detective miró a su hermano en silencio pero Paul arrancó directamente con su relato, ignorando lo sucedido. Leo no se molestó en hacer preguntas ni emitir juicio alguno, sabía cuándo no iba a decir nada de un tema, o cómo podía dar infinitos rodeos, y no tenía tiempo.

—Anoche vino un tipo. Unos cincuenta años, bajito, solo, con un buen traje y una sonrisa —el detective, con expresión de cansancio, fue a abrir la boca y Paul le detuvo con un gesto—. Espera, joder, ya sé que tienes prisa, solo escucha.

>>Dijo que quería celebrar una importante venta que pudo cerrar por fin y que le sirviera cuatro chupitos, porque se quería tomar dos. Le dije que me daba igual los que se bebiera, pero que si le servía cuatro, le cobraría cuatro. Me dijo que procediera, manteniendo su sonrisa de celebración. Así que pongo los cuatro en fila, el tipo coge el segundo y el cuarto, se los toma y me dice que puedo tirar los otros dos aunque le jode desperdiciar uno... ¿Vas siguiendo los números?

—Pide cuatro, bebe dos, retira dos, pero dice que desperdicia uno —resumió con tono cansado—. ¿Un borracho de los que te llegan por docenas diciendo cosas sin sentido mientras los desplumas?

—Pues eso no es lo mejor. Se quedó con ganas de más y me dijo que le apetecía beberse cuatro chupitos. Iba a servirlos y me dice que espere. Se saca del bolsillo un papel arrugadísimo, consulta una tabla, lo vuelve a guardar en el bolsillo y me dice *para cuatro tendrás que servirme seis*. Como sigue pagando religiosamente, yo sirvo...

—No será un problema de esos de lógica, no me pondré ahora con la PFI a tomar notas y hacer cuentas, en serio Paul. Sabes que me encantan estos juegos pero no es el momento; envíame los datos y ya intentaré solucionarlo. Tengo que hablar ya con el tipo que mencionaste en la llamada.

—... Le pongo los seis chupitos en fila, coge el segundo, el cuarto y el sexto, se los bebe, retira esos vasos, alinea los tres restantes aun llenos, de esos coge el segundo y se lo bebe. ¿No es increíble?

Leo se quedó mirando a su hermano; tenía claro lo que había ido rechazando el cliente, pero no quería entrar a debatirlo, solo dejarle acabar.

—Evidentemente le pregunté. Además se le veía de humor y sabía que me explicaría qué coño pasaba. ¿Te lo digo? —el detective le miró como miraría el televisor en su casa si estuviese estropeado el control remoto y diesen los resultados de la liga infantil de fútbol de un pueblo del sur de Alemania—. Resulta que todo lo bueno que le había pasado en la vida tenía

que ver con los números pares: el año y mes de nacimiento de sus hijos, el año de su boda, el año en que le contrataron, el número de la licencia que consiguió, su número de promoción en la universidad... Así que las veces que celebraba algo hacía honor a su suerte y evitaba todo lo impar —hizo una pausa, como un veterano humorista esperando algún aplauso—. ¿En serio no te has dado cuenta de lo más increíble de toda la historia?

—Acaba con esto de una vez.

—¡El papel! Tío, en serio. Hoy en día, ¿una nota en un arrugado papel? Llevando puesta su PFI, como todos, pagando con ella, y... ¡lleva la nota escrita en vez de tenerla para siempre en su dispositivo portátil...! ¿Quién lleva notas en papel? ¿Con qué las escribe? ¿Con pluma de ave y tintero?

—No sé si me apasiona escucharte por simple curiosidad o por la imbecilidad cautivadora que derrochas.

—Deja que te conteste con una reflexión: En la llamada te dije que había llegado al bar el borracho religioso; desde que has llegado, en el local puedes ver a una camarera, dos amigas en una mesa, un robot apagado, un hermano y un viejo hecho un ovillo sobre la barra... —sonrió triunfal y añadió lentamente—. Te encanta escucharme. Le encanta a todo el mundo.

Leo se levantó sonriendo y negando con la cabeza. Fue hasta el otro extremo de la barra y tomó asiento de nuevo, esta vez al lado del borracho que descansaba la cabeza sobre su mano, con el codo apoyado sobre la madera. Miraba su vaso vacío como si fuese un agujero por el que habían caído sus mejores años.

—Hola soy Leo, supongo que mi hermano le habrá hablado de mi. O de mi curiosidad —le tendió la mano y le regaló una sonrisa nerviosa para acompañar la torpe presentación.

La visita al bar tenía que ser una breve pausa en el camino a casa. Una de las dos únicas que tenía pensado hacer. La segunda no tenía nada que ver con el caso de Seven, ni con el del tipo obeso de la mansión, pero necesitaba encajar todas las piezas de un puzle antiguo para poder trabajar con plena concentración en el siguiente.

El hombre de la barra solo movió el dedo pulgar de la mano que sostenía el vaso, de modo que su anillo golpeó con el cristal. Era el anillo característico de su orden. Leo imaginó que hubo tiempos en los que lo lució con más orgullo.

Aquel tintineo era una clara señal a la que Paul estaba atento. Con un gesto afirmativo de su hermano, se acercó botella en mano y sirvió al

religioso. El licor cayó en el vaso con el mismo efecto que echar monedas en la ranura de un viejo autómata de feria.

—¿Leo?

—Mi padre era un apasionado de la astrología. Me puso ese nombre por la constelación.

El hombre dio un largo trago que dejó el vaso medio lleno o medio vacío.

—Venga. Pregunta. No tengo todo el día —en mitad de aquella postal la frase sonó casi cómica.

—Tengo tanta prisa como tú. No me andaré por las ramas: Supongamos...

El borracho emitió algo parecido a una carcajada que acabó ahogada por una tos seca y grave.

—Me encanta cómo se usa el término “supongamos” cuando se quiere tratar un tema real pero incómodo... Adelante, *supongamos* tu escena e *imaginemos* mi respuesta.

—Supongamos... —el detective se sintió infantil pero no era el momento de buscar metáforas más elaboradas— que se han estado encontrando cuerpos de personas asesinadas marcadas violentamente con el símbolo de la doble estrella de cinco puntas de los Diyers.

—Demonios. Podríamos *suponer* imágenes más agradables —de nuevo un ataque combinado de tos y risas. Miró al detective buscando complicidad, pero lo encontró serio. Su expresión también se endureció de golpe—. No fueron los míos —dijo secamente y vació el vaso directamente en su garganta.

—¿Cómo?

—¿No lo querías breve? Si te interesa la respuesta de este borracho solo puede ser por mis lazos y conocimientos de las órdenes —hizo girar el anillo distraídamente—. Respecto a esos... a nosotros. Ya te puedo adelantar que no pierdas el tiempo y vayas a buscar a *los malos* a otro lado, porque no fueron religiosos.

—Las víctimas tenían todas las comodidades tecnológicas y androides de compañía —Leo echó la última gota de combustible que le quedaba.

El hombre volvió a la pose pétreo de origen e hizo tintinear el vaso.

—No amigo. A este ritmo no.

El religioso tomó aire y lo soltó sonoramente por la nariz.

—¿Hicieron algo a los androides?

—Al primero nada y, hasta donde yo sé, al segundo tampoco.

Risas y toses.

—Eres consciente de que has venido solo para confirmar lo que ya sabes, ¿verdad?

—Antes de abrir puertas me gusta cerrar ventanas.

—Conocí a algunos auténticos fanáticos religiosos —se irguió levemente y se giró hacia Leo, ganando algo de dignidad—, aun siendo los más radicales, no iban más allá de hacer pintadas donde se tachaba el símbolo de los Diyers, o causar daños materiales a los productos de alta tecnología, porque consideraban que esclavizaban al hombre, y que le hacían olvidar la fe en pro de la comodidad. Que llevaban el pecado al dormitorio, y todo eso. Lo máximo que podía pasar, o lo peor, a parte de los daños materiales, era que alguien intentando proteger sus maquinitas, resultase herido. Fin.

Sonrió mirando a Leo y volvió a dar con el anillo en el vaso. El detective fue a confirmar a su hermano, pero Paul ya estaba de camino.

Estuvo tentado de preguntarle si alguno de aquellos fanáticos podía haber ido mucho más lejos, llegando al asesinato, con tal de inculpar a los Diyers, pero tampoco tenía sentido: el intento de engaño sería ridículo y requería de una violencia completamente inadmisibles para ese tipo de grupo.

—Graaaaacias —el hombre cogió el vaso lleno, sonriendo ampliamente a Paul. Bebió y se dirigió de nuevo al detective—. Si hubiese que —frunció el ceño cómicamente— *castigar* a esos pecadores folla-máquinas, un auténtico loco religioso castigaría a todos los dueños por igual... ¿fue así? —le dedicó una sucia sonrisa.

El borracho lo había dicho en plural pensando en los dos casos. Pero Leo se detuvo solo en el último escenario, con una víctima torturada y otra con un rápido disparo. A esas alturas el detective no necesitaba más confirmaciones y no quiso entrar en aquel juego.

—Me caes bien, *investigador*. Así que te regalo un dos por uno: Los Diyers tampoco fueron. Esos malditos sabelotodo obsesionados por hacérselo todo ellos mismos: su propio hardware, su propio software, crear con sus propias manos... lo mismo se tejen una bufanda que hacen una videoconsola con patas. Son cada uno especialista en alguna materia, pero todos tienen en común el rechazo absoluto a la violencia. Pueden aprender artes marciales, pero siempre es como autodefensa o por historias de esas de concentración y meditación. Esos no ven sangre a no ser que sea para hacerse implantes de mejoras —risas y toses—. Peeeeeero toooooo esto ya lo sabías. No tienes prisa por la siguiente cita o por ir a cagar a casa, tienes prisa porque que te repitan algo que ya sabías es... una... pérdida... de... tiempo. Y me pregunto

yo... con tantas otras pistas por seguir, con tanto por descubrir aún, ¿por qué venir a dar agua al sediento?... —se señaló cómicamente—. Soy un poco adivino... creo que estás pensando cosas que no te gustan, dibujas caminos con pólvora. Y a lo mejor una teoría ya descartada está luchando por volver al primer plano... —se irguió y empezó a hablar más alto—. ¡Eso o es que necesitas mi bendición!

Leo se levantó y el borracho le imitó en el gesto mientras seguía hablando.

—¿Necesitas mi bendición? —canturreó— ¡Yo te bendigo!

Volvió a sentarse torpemente, se giró haciendo invisible a Leo y empezó a predicar al vaso. El detective buscó unas palabras de agradecimiento por la información, pero el hombre ya estaba ausente, de modo que directamente se dirigió al otro extremo de la barra.

Leo marcó el importe que estimó por las dos copas y la cerveza y con su huella dactilar y un gesto lo ingresó en la cuenta del bar. Paul sonrió diciéndole que no hacía falta, mientras se acercaba.

En esta ocasión no llegó a tomar asiento, solo disparó una rápida pregunta antes de irse, una que olvidó formular la noche anterior.

—¿Qué sabes sobre los Ford Mustang GT3500?

—No me jodas. Doce años *en* el taller...

—*Al lado* del taller.

—... con papá ¿y realmente no aprendiste una mierda? ¿Ni las curiosidades?

—Uff, sáltate esa parte, por favor.

—Vale. Resumen: es muy caro.

—Eso lo sabía.

—No todo: Hasta los grandes italianos han pasado por el aro del todopoderoso Renting System, pero *este* modelo no. Es de coleccionista. Ya sabes: serie limitada, numerados, etcétera. El primero en pasar al eléctrico con la sensación de un V.8 gasolina... perdona... hablo como si supieses de todo esto...

—Suficiente. Gracias —se despidió con un gesto.

—¿Dónde vas ahora? Te veo sorprendentemente activo.

—A tomar una hamburguesa antes de ir a casa —dijo de camino a la puerta.

—Leo: Muy muy caro —recalcó serio—. Adiós y buen provecho.

—Adiós y péinate.

Dos listas de candidatos tachadas y un nuevo interrogante. El cómputo no estaba mal.

La *comida* antes de ponerse frente al simulador, era la única parada que se concedería para investigar algo que no fuesen los asesinatos de la casa de Seven y el de la mansión.

Leo salió de la hamburguesería después de haber echado un vistazo rápido y haber contado su historia al encargado, el taxi que le había llevado hasta allí seguía esperando, tal y como le había solicitado.

—Al Burguer Mc King de la calle cuarenta y ocho, por favor —miró su PFI para confirmar que había dado las señas correctamente y se acomodó en el asiento—. Este estaba prácticamente lleno, así que prefiero ir a otro, pero de la misma cadena. Me encantan —la excusa les resultó a los dos igual de infantil; sobre todo teniendo en cuenta que era pronto para ir a comer y que seguramente todos los locales (incluyendo del que salía) debían estar prácticamente vacíos.

—Amigo, si sigues pagando en cada parada y el tiempo de espera, por mí como si me tienes así todo el día. No tienes nada que explicarme, tranquilo —dijo mientras apagaba la proyección del libro que tenía en el parabrisas y devolviendo su asiento a la posición de conducción.

Continuaron el breve trayecto en silencio. El detective se había puesto un límite de paradas, en concreto tres, antes de abandonar.

Se llamó a si mismo estúpido, maniático y hasta supersticioso (casi un insulto para él). Pero sencillamente no podía evitarlo. Se conocía muy bien, sabía lo que era contemplar la avería de un reloj y no poder dejar de pensar en las tripas de el de al lado, el *reparado*, pero que seguía haciendo un sonido repetitivo y extraño. Algo no encajaba. ¿Cómo pasarlo por alto?

Era difícil de imaginar, pero si Real Life Droids había puesto a alguien a *investigar al investigador*, tendría que dar muchas explicaciones.

En el trayecto consultó de nuevo la breve nota de resumen en su PFI. Se trataba del caso de suicidio (otra vez el dichoso caso ya cerrado del suicidio). Se maldijo de nuevo, con los ojos cerrados. Hay un punto en el que no puedes echar mano del historial de éxitos en investigaciones pasadas para justificar todos tus actos. Ese punto en el que eres consciente de que estás haciendo algo fuera de la lógica. Tenía entre manos tres muertes que tenía que investigar. Que le pagaban por investigar. Y seguía el cabo de un ovillo que no era el suyo. Ninguno de *los suyos*. “Serán solo unos minutos”, se había dicho. Pero en breve se completaría la primera hora *perdida*. “Dos hamburgueserías más y lo dejo”, seguía justificándose. “Al fin y al cabo tengo que comer”. Sonrió como si se convenciese.

En las notas leía el resumen. Siendo objetivamente sincero, cuatro muertos, tres escenarios y tres historias daban pie a confusiones, era difícil, porque era precisamente de los pequeños detalles y de los datos curiosos, de donde nacían las teorías de interés, las que arañaban la realidad hasta poder construir los hechos con lo hallado bajo las uñas.

Treinta y ocho años.

Varón.

Millonario.

Solitario.

Aislado.

Lo encuentran ahorcado y solo en su casa.

Poseía un androide de compañía desde hacía un año que tenía órdenes de pasar la jornada en una apartada habitación en lo alto del edificio.

La concienzuda investigación policial demostró que no se trataba de un asesinato (no había medios aparentes para alcanzar la soga), sino de un elaborado suicidio: la víctima se apoyó sobre un gran bloque de hielo para conseguirlo.

Leo leía los puntos del resumen como una oración a memorizar.

El cuello no estaba roto.

Cuerpo sin signos de forcejeo.

Sin marcas de ataduras.

Sin problemas económicos que afectasen su fortuna.

Allí estaba el detective, como si no tuviese cien datos sobre Seven para procesar. En la absurda y difícil búsqueda de una muchacha que, en segundo plano, casi oculta, había llorado en un entierro, entre docenas de rostros ausentes.

El taxi se detuvo y el detective hizo amago de ir a pagar.

—No te preocupes. Me fio.

Mientras salía del vehículo escuchó un chasquido y el suave recorrido del pistón hidráulico que convertía el asiento del conductor en un cómodo sillón, mientras se oscurecían las ventanas y de nuevo se proyectaba el libro. A Leo le hizo gracia que el taxista prefiriese leer, en vez de hacer que se le narrase el texto, pero no se lo comentó.

Entró en el local y repitió el ejercicio que ya había hecho en el anterior: preguntar si entre las camareras (presentes ese día o no) y el personal de cocina, alguna coincidía con la descripción que tenía, haciéndose el despistado y mostrando exagerado nerviosismo. Narró una historia en la que

había perdido un reloj de gran valor sentimental pero poco económico, en un día indeterminado y en un local que no recordaba con exactitud, pero que sabía que era de la franquicia. Dio detalles de la mujer, de sus facciones, de su altura, añadiendo que había sido muy amable, y que quería saber si era de la plantilla solo por acotar el local, para la denuncia, no para acusarla, sino como referencia.

Por segunda vez comprobó con impotencia cómo se consultaban entre sí las camareras con la mirada, para finalmente decirle apenadas que no había nadie que respondiese a esa descripción trabajando en el local.

Dio las gracias fingiendo agotado abatimiento y se fue directo al taxi.

—Siguiendo parada: calle...

—... cuarenta y seis —cortó el conductor con seguridad y poniendo en marcha el motor.

Leo consultó la pantalla y efectivamente tenían que ir allí. El taxista sabía que era el siguiente restaurante de la cadena.

Última oportunidad.

El patrón que había hecho era sencillo: partiendo de la ubicación del chalet del millonario, que por fortuna estaba en las afueras, había descrito arcos concéntricos a partir del mismo, hacia el interior de la ciudad; y en ese orden decidió a visitar las tres primeras hamburgueserías de la franquicia. De haber partido de una casa en el centro de la ciudad, ni lo habría intentado, pero siendo el punto de partida la periferia, tenía la esperanza de poder acotar más y aumentar las posibilidades de éxito.

De todos modos la lista de motivos para abandonar era más larga por segundos: No conocía el restaurante, ni el turno, ni siquiera sabía si había cambiado de trabajo; si estaba en el entierro por casualidad; o si solo le movía la curiosidad o saben los dioses el qué. ¿Querría hablar?

No podía presentarse en los locales fotografía en mano y sacando una copia de su antigua placa. Solo conseguiría asustar al personal, propiciando mentiras y generando más preguntas sin respuesta. (Todo ello sin entrar en el pequeño detalle del problema legal de hacerse pasar por un agente de la ley).

—Meta —el taxista aparcó y detuvo el motor. En esta ocasión, antes de acomodarse se dirigió al detective—. Entre nosotros. Eres inspector de sanidad, ¿verdad?

Leo sonrió mientras salía, como si le hubiese pillado con un incómodo secreto y el conductor se acomodó satisfecho.

Cuando entró, la vio al fondo, tomando nota en una mesa. Al principio

pensó que era una mala jugada de su mente, que cansada de dar vueltas confundía las imágenes, pero según se acercaba no tuvo lugar a dudas. Otra camarera se le acercó señalándole amablemente una mesa libre cerca de la entrada. Él la rechazó con una sonrisa, señalando al interior. La chica le siguió con la mirada y le dijo que no había problema.

En cuanto tomó asiento ella se dirigió a su mesa. Leo experimentó como la alegría por encontrarla al fin, se tornaba en incertidumbre. Y de nuevo la pregunta. ¿Querría hablar?

—Soy detective —disparó. Y mirando la identificación en el uniforme de la mujer añadió—... Caren. Detective privado.

No le gustaba empezar así, pero necesitaba ver la reacción de ella con el anuncio inesperado.

Ella se quedó en silencio, seria, manteniendo la mirada y escrutando sus ojos como si con ello pudiese detectar la sinceridad o la malicia.

—Está claro que a estas alturas no podía ser un detective de la policía, a no ser que quisieran acusarme ahora de asesinato —sus palabras no denotaban miedo sino apatía.

—No te engañaré, investigo otro caso y en el camino se ha *cruzado* el de tu... —se aventuró—... amigo.

Caren hizo un gesto a su compañera y señaló la mesa del detective. Se quitó el delantal de la franquicia como un super héroe volviendo al humilde anonimato y se sentó frente a Leo. Éste se sorprendió, pero con un rápido repaso al local comprobó que seguía prácticamente vacío. Entre las compañeras sería una práctica habitual permitirse esas breves pausas si el trabajo lo permitía.

—Como en los próximos segundos tenga la mínima sospecha de que solo quieres cotillear para la puta prensa rosa, te juro que te echo del local a patadas.

Caren era pequeña pero fuerte, de facciones duras acentuadas por su tono de voz. Tenía la expresión seria y una nariz ligeramente aplastada y desviada a la derecha, como recuerdo de una disputa que no se resolvió con palabras. Sentada frente al detective apoyó los codos en la mesa y entrelazó las manos delante de su cara. Los músculos de los antebrazos se tensaron y se marcaron con aquel simple gesto, como prueba añadida de la fuerza que le calculaba.

A pesar de la pose distanciada, Leo podía adivinar un punto de desesperada curiosidad en sus ojos, como un púgil a punto de echarse a llorar.

—Mi único pecado es la sospecha eterna, la curiosidad. No por lo

personal, no temas, sino por la resolución de las... *muertes* —la palabra no era para nada acertada, pero tuvo que improvisar porque no quería decir ni “suicidio”, ni “asesinato”. Cualquiera de las dos podía haberla puesto en pie o alarmarla.

—¿No serás de una puta aseguradora?... Si me mientes te juro que... —dejó la amenaza en el aire, aunque cada vez sonaba más derrotada. Parecía claro que estaba deseando creer, pero el mecanismo de autodefensa que desarrollan todas las personas que han recibido muchos reveses en la vida, no se lo permitía hacer de entrada.

—Estoy inmerso en un caso... De hecho son *dos* casos para ser más precisos, y creo que podría haber una relación indirecta con lo acontecido en el chalet de tu amigo. Es casual, pero ha hecho que lleguen a mis manos datos del informe *cerrado* —recalcó la palabra mirándola.

Silencio por parte de ella, lo que el detective tomó como una invitación a continuar.

—He visto, he leído y he oído todos los detalles de la investigación y de la resolución final pero...

—... pero no te crees una mierda.

—No diría tanto, pero es *curioso* que, encajando como encajan todas las piezas a la perfección, siga teniendo la sensación de que falla algo.

—No tengo nada que perder. Es más, después de su muerte, incluso tengo poco que ganar. Si consigo que, aunque sea por casualidad o como consecuencia de investigar otra historia, destapes *la verdad*, me daré por satisfecha. Solo pido algo de justicia, joder —guardó unos segundos de silencio reflexivo antes de continuar.

Leo recordó que el taxi esperaba, contando y cobrando los segundos, pero ni se planteó perder aquella oportunidad haciendo una pausa para pagarle o para decirle que se fuera.

—Me voy a fiar de ti —Caren sentenció la frase como una amenaza—. No tengo pruebas ni pude demostrar nada. La policía pensó que solo era una aspirante a novia, que pretendía conseguir algo al buscar pruebas de un asesinato inexistente, cuando ellos ya habían dado con las claves del *suicidio* —masticó y escupió la última palabra.

>>Mira... no... no siempre fui una de las mejores chicas de la ciudad... En su día tuve malas rachas pero joder... justo en el momento en el que intentaba reconducir mi vida, me encontré con Ralf... y le perdí. Cuando estaba empezando a tomar las riendas y a cambiarlo todo, a mejorar, a calmarme.

Justo en el mejor momento, le encontré. Estaba igual de perdido que yo. Igual de solo y desorientado, y con las mismas ganas de arreglarlo y ser más feliz.

Leo era incapaz de adivinar en qué punto podían encontrarse un acaudalado empresario, introvertido, aislado y poderoso; y una chica humilde, con un trabajo modesto, y a la que la vida, al menos en el pasado, le había girado la cara.

Lo que sí sabía el detective era la fórmula para preguntarlo todo sin que faltasen detalles ni fluidez en la historia: guardar silencio.

—Yo tuve —arrancó de nuevo y visiblemente avergonzada— problemas de agresividad. No era un trastorno mental ni nada así, no llegué a necesitar medicación, pero llegó un momento en el que *aprovechaba cualquier enfrentamiento para llevarlo a lo físico y así sacar toda la frustración acumulada...* —la frase parecía una fórmula escuchada y meditada repetidas veces—. Todo esto realmente lo aprendí más tarde, en *el grupo*. El caso es que una mañana me levanté, agotada y con la cara dolorida. Me senté en el borde de la cama, había olvidado bajar las persianas por la noche con lo que la habitación estaba inundada de luz. Me giré y vi aquella cama, enorme, vacía desde hacía una vida, y con restos de sangre en la almohada... Era muy joven. Soy muy joven. Aquello tenía que cambiar.

>>Ese mismo fin de semana me informé de los grupos de terapia que había en la ciudad, relacionados con el control de la agresividad. Asistí a varios hasta encontrar uno en el que me sentí a gusto, donde el grado de implicación de todos los miembros era el mismo y las experiencias similares. Fue genial, cogía fuerzas y esperanzas, consejos y ejercicios, meditación y autocontrol, confianza y amor... Ya... sé que suena estúpido... pero... no tienes ni idea de lo que es tocar fondo y renacer.

Leo no quiso decirle hasta qué punto podía entenderla porque no le creería. Pero ella pudo adivinar algo en la expresión de sus ojos. Al menos sintió que la creía.

—Entonces llegó él —ella viajó en el tiempo y sonrió a la imagen del recuerdo—. Perdido y con poca fe.

>>Supe después —dijo como si añadiera una nota a pie de página—, que llegaba en su cochazo con chófer y que aparcaba, a dos manzanas del edificio donde nos reuníamos los del grupo, para dejar su traje de dos mil Eurodólares y venir andando con pantalones vaqueros y camisa. Desconfiado como fue siempre, no había querido acudir a un caro psicólogo al que tener que explicar que tenía problemas de ataques de ira e incluso casos puntuales de

agresividad física. Temía que asuntos como aquel, filtrados a la prensa o a la competencia, hundiesen la imagen de su familia y sus empresas. Podría arruinarle personal y económicamente. Pero era consciente de que necesitaba ayuda, así que probó esta fórmula anónima. Y así nos encontramos.

Hizo una larga y casi melodramática pausa. Parecía una anciana explicando a sus nietos la historia de su vida, lo que chocaba con la imagen de su juventud y su ruda belleza.

—La verdad es que él, antes de venir al grupo, había probado otro sistema: se compró uno de esos carísimos androides de compañía y lo usaba para *canalizar* aquella agresividad. No era un mal hombre, por favor no le juzgues. No era uno de esos millonarios con putas patologías y complejos de Dios, que necesitan cosas raras, o experiencias extremas. Tenía un problema, era consciente de ello y buscaba desesperadamente una solución. Era un problema generado por el estrés de las decisiones diarias o las presiones mal gestionadas, o yo qué sé. En seguida se dio cuenta de que eso no podía ser sano, le daba una *paliza* a aquella máquina pero después se sentía peor en lugar de sentirse liberado, aquello no servía como válvula de escape... aquello tenía que acabar y punto.

>>Estábamos juntos. No te voy a decir que éramos novios al uso, pero sé que me quería... que me quería muchísimo... y yo a él. Creo que le querré siempre. Llevábamos juntos ya un tiempo y todo iba bien.

Leo no entendía el porqué del anonimato de Caren durante el entierro o porque no figuraba entre los datos de la investigación.

—¿Por qué no disteis el paso? —el detective no añadió nada más a la pregunta, dejando que ella eligiese si se refería a vivir juntos, hacerlo oficial, hablarlo, o incluso casarse.

—Yo no tenía prisa, de hecho, cuando me dijo finalmente que era millonario, se convirtió en una obsesión para mí el que no pudiese pensar jamás que le quería por su fortuna. Y él, por su parte, quería acabar de ponerse bien. El grupo le iba de maravilla, pero yo sabía que algún día (muy de tanto en tanto) *usaba* el androide para calmarse. Quería acabar con aquello completamente, tenía pánico de perderme en uno de aquellos ataques, a raíz de cualquier problema mal traído del trabajo.

>>La verdad es que prácticamente ya estaba bien. Muy muy bien. Joder: era feliz. Solo lo aplazábamos porque nos jugábamos mucho; era una apuesta para toda la vida. ¡¿Qué prisa podíamos tener?!... Yo también quería esperar... Me moría de ganas de vivir juntos, quería ser su puntal para

calmarse, ayudarle, sabía que podía ser eso para él y no una posible “víctima”, pero es que yo también tenía que estar completamente curada... Es difícil de explicar, pero piensa en cómo podrían acabar dos personas juntas, solas y con un historial de ira como el nuestro... Era normal tener miedo lo que podía pasar. Y no hablo de lo físico, ya me entiendes, no nos íbamos a pegar mutuamente pero... hay tantas formas de hacer daño al otro y sobre todo cuando se quiere mucho... Cada día que pasaba estábamos mejor, más unidos, más tranquilos, más preparados y más convencidos.

Leo no emitió juicio alguno, pero su polígrafo interno le indicaba que la mujer no mentía. Eso o actuaba de maravilla y había ideado una fantasía hasta creerla como cierta; pero desde luego, voluntariamente, no mentía.

—No se suicidó. No se pudo suicidar, joder. Era feliz. Éramos felices. Estábamos bien. Había cambiado hasta su carácter, todos lo decían, estaba más calmado, nada irascible. Se tomaba el trabajo con más filosofía y delegaba más decisiones. Empezaba a vivir. ¿Por qué se iba a suicidar? Yo creo que no tenía problemas de dinero. Su familia era una banda de buitres, pero siempre habían sido así, antes y después de pasar por la terapia de grupo. En la empresa tampoco me dijo que fuese nada mal. ¿Por qué? ¿Por qué me iba a dejar sola el hijo de puta? ¡¿Qué era más importante?! — finalmente se derrumbó y ocultó su cara mientras sollozaba.

“No tengo pruebas que apoyen mi teoría”, había dicho ella al principio de la conversación, y ahora la entendía.

—¿Nadie más rechazó la posibilidad del suicidio?

—¡¿Quién?! —aspiró sonoramente por la nariz y sacó un pañuelo—. Tanto los familiares (que ni visitaba ni le visitaban) como los socios de la empresa, tenían más que ganar si estaba *sencillamente muerto*. Todos querían sacar tajada y todos la querían *ya*. Convertir el suicidio en asesinato hubiese retrasado las herencias, hubiese ralentizado la cesión de las riendas de la empresa e incluso les podría haber señalado a algunos como sospechosos. Había un hecho: Ralf estaba muerto. Quién, cómo o porqué le importaba una mierda a cualquiera de ellos. Es más, y es lo único que diré en su “defensa”: todos aquellos malnacidos estaban realmente tan desconectados de su vida, que no podrían haber puesto la mano en el fuego jurando que no era un suicida, ni aunque yo les hubiese convenido.

>>>No lo conocían —sollozaba en un hilo de voz, para ella misma—. Solo yo, joder. Solo yo. Y ahora me he quedado sola...

Recuperada la compostura, Caren se disculpó poniéndose el delantal y

señalando a su atareada compañera, ya que el local había ido llenándose de clientes. Intercambiaron sus números personales de PFI. Ella por si recordaba cualquier detalle inusual que pudiera ser de interés, y él por si necesitaba preguntarle cualquier otra cosa más adelante.

Leo fue muy diplomático al despedirse, no quería engañarla con falsas esperanzas. No era su caso, pero si a raíz de los suyos conseguía desempolvar el de Ralf o encontraba destacados nexos de unión, no dudaría en actuar. Se despidieron con un firme apretón de manos.

A la salida el taxi esperaba fiel donde lo había abandonado.

—En este has tenido que encontrar jaleo en la cocina... —bromeó el conductor buscando complicidad.

Leo apenas le escuchó. Dio las señas de su apartamento, tomó rápidamente algunas notas sobre la conversación, y cuando terminó miró distraídamente el techo del vehículo y cerró los ojos. Entonces se dio cuenta de que no había comido.

19

Sylvia le abordó en cuanto cruzó la puerta, cargada de información y ganas de compartirla.

—¿Te puedes creer que hace ochenta años tiraban el agua potable por el retrete?

—¿Hola? ¿Qué tal? —respondió sarcástico.

—Literalmente *agua potable*, usada solo para llevarse las deposiciones... Me he informado, y en la misma época había países en vías de desarrollo con severos problemas de abastecimiento de agua por las sequías y la ubicación... pero... pero ¿cómo era posible?

—Viejos tiempos. Tampoco es como si se les hubiera podido *enviar* esa misma agua —dijo sonriendo y cansado, mientras se dirigía a la cocina. Sylvia le seguía, con los ojos muy abiertos—. El problema del abastecimiento de agua en las grandes ciudades, quedó resuelto cuando se pusieron serios con la optimización del consumo y del uso del agua potable. En los países pobres, hay que reconocer que la *Fundación Niños Ricos*, aunque partiese de una operación de limpieza de cara de odiosos, malcriados y egocéntricos “niñatos” hijos de multimillonarios; consiguió recaudar fondos y sembrar las costas de aquellos países, de plantas desalinizadoras autónomas, abastecidas por energías renovables y que no dejaron de extenderse, llegando a casi todos los rincones. Bueno... supongo que a veces es una suerte que a los que les sobra el tiempo y el dinero, se aburran y por una alineación planetaria se les ocurra una locura altruista —mientras hablaba se preparó un rápido sandwich improvisado con los restos que encontró por el frigorífico—. Los que pertenecen a la fundación han sumado un acierto aceptando ese nombre como autocrítica, y ahora cuando mantienen sus excentricidades y derroches, en lugar de reproches, reciben aplausos. Donde antes les criticaban, ahora les justifican.

Finalizó el breve discurso a la vez que la preparación del bocadillo y esbozó una amplia sonrisa de satisfacción. Sylvia, en cambio, no había cambiado en nada su expresión, lo que apagó la sonrisa del detective.

—... Todo esto ya lo sabías, ¿no?... —preguntó finalmente Leo con la boca llena de resignación y comida.

—La verdad es que sí. Te escuchaba atenta por si añadías algo que no supiese y para ver qué opinabas, pero la verdad es que no has aportado nada

nuevo.

—Una mañana bien aprovechada.

—He aprendido nociones básicas de química, pero es inabarcable si intentas profundizar, supongo que es apasionante según las especialidades. Tiene literalmente infinidad de aplicaciones, pero es imposible estudiar todas sus ramas, no solo en una mañana, sino en toda una vida, ahora mismo prefiero saber un poco de varias cosas y más adelante ya me volcaré en las que tengamos en común.

—¿Ya sabes convertir el plomo en oro? —bromeó devorando el sandwich.

—Sería carísimo, mucho más que sencillamente comprar el oro. Las condiciones a las que se tendría que llevar el plomo para cambiar su disposición y su composición atómica... y siempre en teoría, dados los pocos conocimientos que tengo... pero —hizo una larga pausa—... Era broma, ¿verdad?

—Por dejarme contar todo lo de las plantas desalinizadoras y la Fundación Niños Ricos —contestó brindando con el bocadillo.

Le gustó cómo ella le había acompañado en la conversación, en lugar de haberle hecho sentar nada más entrar, para prepararle algo de comer. Sabía que podía ordenárselo y que ella obedecería incluso sin tener que llegar a la cuádruple petición. Aquella actitud seguía diluyendo la sensación de tener una asistente mecánica, dejándole la de tener una curiosa compañera.

—También he aprendido a usar el simulador.

—Joder. Sí que ha dado de sí la mañana.

—Perdona, estoy acelerada. Lo sé. Es que es mucho peor cuando ya sabes un poco de las cosas que cuando no sabes nada. ¿Te lo puedes creer?

—Probar el fruto del árbol de la ciencia.

—¿Cómo?

—Nada. El simulador...

—Eso, que a los temas que te he comentado antes apenas les he podido dedicar un par de horas a cada uno, y además me han llenado de dudas, y de ganas de saber más cosas de cada uno. Es tanta la información. Tan fácil de encontrar. Tan accesible. Está tan ordenada y bien compartida.

—Vale, vale, tranquila.

Sylvia se detuvo un instante, cómicamente congelada, como si estuviese viéndose a sí misma desde fuera. Se enderezó, sonrió de manera adorable transmitiendo calma teatralmente y tomó aire de forma exagerada. La amplia

camiseta se le ajustó al pecho y Leo pudo apreciar que al menos en la parte de arriba no llevaba ropa interior. Una punzada de excitación le recorrió la piel. La ola, con epicentro en su vientre, se desarrolló hasta sus extremidades, diluyéndose en su camino hasta apagarse. Dos intensos segundos sofocados por el propio recuerdo del simulador.

Le devolvió la sonrisa mientras recogía el cuchillo empleado para preparar la improvisada comida.

—¿Eso es todo lo que vas a comer?

—Por ahora sí. Tengo más trabajo que hambre. ¿Así que has aprendido a usarlo? —caminaron juntos hasta la radiante mesa blanca.

—Más o menos. El manual que encontré es de un modelo mucho más nuevo.

—Okey.

—Este está bastante desfasado.

—Ya lo he entendido.

—¿Quieres saber cuántas versiones han sacado después de ésta? —lo señalaba con desprecio.

—No es necesario, gracias... —puso el simulador en funcionamiento y aunque el barrido por las columnas de la cuadrícula fue inmediato, tuvo la sensación de que había tardado una eternidad.

Sylvia le dio en la mejilla el beso de una hermana mayor, y justo antes de alejarse, el pellizco en el trasero de una amante, con la estudiada proximidad para que él notase la presión de sus pechos contra su espalda y recordase su ausencia mientras se alejaba.

El detective escuchó cómo ella se acomodaba en el sofá frente al televisor y daba las órdenes para ver la siguiente secuencia de documentales. Bajó el volumen antes de que pudiese molestar, haciéndolo inaudible para él.

—¡Oye! —gritó Sylvia desde el salón—. ¡Una duda antes de que te pongas a trabajar con esa reliquia!

—¡No me picarás! —turno de réplica. Empezó gritando como ella, pero evidentemente se dio cuenta de lo absurdo que era dada la poca distancia que les separaba y continuó hablando con normalidad—. Es completamente funcional, rápido, me costó una fortu...

—Eso parece que sea que te picas. Pero claro, a lo mejor no tengo suficiente sensibilidad aún para entenderte del todo —Leo sonrió, guardó silencio y ella continuó desde el sofá—. La duda, que no quiero entretenerte: En la televisión no dejan de emplear expresiones como “dioses”, “por todos

los dioses”, “dioses míos”, “dioses, esto es precioso”, siempre en plural. Pero he mirado y la mayoría de religiones son monoteístas, al menos las que tienen más adeptos (si no vamos a ciertas partes de Asia, claro). Pero es curioso lo popular de estas expresiones, da igual la edad, la clase social y la región; las he oído tanto en una película canadiense como en un reportaje francés.

—¿Versión corta o versión larga? —preguntó Leo consultando el reloj, mientras se cargaban en el simulador los datos de su servidor personal; toda la información que se envió directamente desde el escenario de Seven, como copia de seguridad por si le obligaban a devolverla.

—¿Cómo?

—Que si quieres la respuesta breve o la larga.

—Siempre la larga... ¿de qué depende?

—Pues básicamente de ¿si tienes más preguntas o ésta es la última!

—¡Última!

—De acuerdo. Hace años se popularizó la expresión a raíz de una novela que no tuvo éxito de crítica, pero sí algo de seguimiento por las curiosidades que contenía. El caso es que, como pasa con cualquier moda o coletilla de una campaña publicitaria acertada, pasó a ser de uso común, casi como una broma, pero lo hizo casualmente en el momento histórico en que las religiones más populares (las que lo eran hace quinientos años, hace ochenta años y evidentemente hoy mismo) contaban con menos adeptos y aquellos que las seguían eran cada vez menos estrictos, menos fundamentalistas y me atrevería a decir que más felices (borra lo último, eso es solo una impresión mía) —mientras hablaba se iba acomodando frente al simulador, había transferido todos los datos, había cargado el edificio y las columnas bailaban arriba y abajo reconstruyendo el salón de Seven—. De modo que —prosiguió en modo narrador— en una época donde cada vez había menos creyentes o se multiplicaban las teorías personales y modestas, para muchas personas usar expresiones tradicionales como “Dios mío” o “por Dios” no tenía un sentido o un sentimiento religioso. Y alguien decidió añadirle significado y respeto con la expresión “Dioses”. Esa tontería pasó a ser una declaración muy educada y respetuosa de un pensamiento; era (es) como declarar “cada uno que crea en lo que quiera, lo respeto. Respeto *todas* las religiones, solo que yo no profeso ninguna”.

—Vaya.

—Curioso, ¿verdad?

—Vaya tostón. Podrías haber ido directamente al final. Tengo mucho que

aprender —bromeó Sylvia.

Aunque no le veía, Leo puso los ojos en blanco, mientras ampliaba la zona que estaba estudiando del escenario.

—Haber elegido la respuesta corta.

Tras un breve momento de silencio en el que el detective, dando por concluida la charla, había seguido recorriendo virtualmente la casa; Sylvia añadió:

—De follar ni hablamos, ¿no?

Leo tardó unos segundos en reaccionar, desconcertado.

—... No. Me tengo que poner con esto *ya* —dijo como si tuviese que justificarse.

—Vale, vale. Lo imaginaba, era solo por confirmar. Si te apetece luego una *pausa*, ya sabes —dijo distraída y tranquilamente, mientras se oía el susurro del televisor reanudando el programa educativo.

—Er... okey.

La primera media hora recorrió las habitaciones como solía hacer. De hecho hizo anular de la representación todas las figuras humanas, incluyendo los cadáveres, dejando solo la casa, con todos sus detalles: adornos, recuerdos, fotografías, cuadros. Hacía años que había conseguido acostumbrarse, pero aquella seguía siendo la parte más dura. Más incluso que ver los cadáveres al principio, cuando *solo* eran cuerpos anónimos sin vida, rostros más o menos bellos, más o menos jóvenes, pero desconocidos. Sin embargo el hecho de recorrer tranquilamente la casa, sabiendo lo que había sucedido, reviviendo aquellas vacaciones de la pareja en las cataratas del Niagara, viendo sus fotografías en tres dimensiones, o encontrando en una estantería un par de conchas sin valor ni belleza aparentes pero con las fechas de un aniversario escritas con rotulador, o un colorido lienzo con dos manos de adultos plasmadas a los lados, hacía que dejaran de ser cuerpos anónimos en un puzle, para pasar a ser personas con recuerdos, vivencias, seres queridos, con una vida activa interrumpida de golpe y para siempre. Arrancados de raíz de este mundo para ser enviados solo los dioses saben dónde.

Estaba cargando de humanidad a la pareja de mujeres cuando llegó a la misteriosa habitación del piso de arriba. Sin pruebas aun no quería acusarlas de nada, pero el hecho de que existiese una habitación que le producía un escalofrío con solo imaginar sus posibles funciones, no era buena señal.

La exploró con el simulador. La centró, amplió y recorrió las paredes.

Seguía el relieve tridimensional con los juegos de columnas y en pantalla hacía el mismo camino con colores y otros filtros como el de temperatura.

Por encima de los arañazos las paredes estaban completamente limpias, ni siquiera encontró antiguos agujeros, tacos o alcayatas que indicasen que en otro tiempo hubiese habido algo colgado. El color de las paredes, salvo por la zona desgarrada, era tan homogéneo que ni aplicando los filtros de luz halló cambio alguno en la tonalidad. Con este sistema solía descubrir si en otro tiempo la habitación tuvo una ventana, o incluso si hubo un mueble en una posición fija, de modo que el color de las paredes se hubiese conservado mejor detrás del mismo. También podía averiguar si hubo lámparas, donde estaban, o si una bombilla estuvo mucho tiempo encendida, sobre todo si era de un modelo muy antiguo, ya que *quemaba* la pintura alrededor, de modo imperceptible para el ojo humano.

Nada.

Estuvo siempre sin cuadros, sin muebles, sin cambios y la inmensa mayoría del tiempo sin luz.

Se centró en las partes rascadas, las marcas iban de arriba a abajo, con lo cual los puntos más altos, como origen, le servían para estudiar la forma del instrumento que se utilizó.

En pantalla dibujó varias siluetas en diferentes puntos. El patrón era siempre el mismo: ligeramente curvo y de algo más de un centímetro. Con el programa descartó rápidamente las herramientas comunes: destornilladores planos, de estrella, alicates de diferentes puntas, martillo plano, de bola, etcétera, etcétera. Era solo un ejercicio de descartes para acabar corroborando lo evidente: eran arañazos hechos a mano, con manos desnudas para ser más precisos. Tenían la forma y la profundidad exactas que dejaría una uña en el inicio de cada abrasión y recorrían dolorosamente las paredes. En algunos puntos, tal y como anotó Martin, habían llegado a alcanzar parte del cableado eléctrico que originalmente estaba oculto tras la pared, dejando algún que otro cabo al descubierto.

Abandonó la vista ampliada, dejó la habitación en un alejado plano general y el escalofrío volvió a recorrer su espalda. Dentro de la zona arañada, donde se podía ver el blanco de debajo del color actual de las paredes, había algunas líneas rojas...

Incómodos interrogantes. Lo contrario de lo que necesitaba ahora.

Cargó los cuerpos de las víctimas, que se añadieron a los escenarios.

Hacía mucho que el robo como causa *accidental* de los asesinatos había

quedado descartado. Uno podía llegar a aceptar una muerte casual por la mezcla de la improvisación, de un plan que sale mal y de una víctima que se enfrenta al ladrón equivocado. Pero toda la puesta en escena de la mansión, con el tipo obeso asesinado con la cabeza dentro del microondas y Seven apuñalada atada a un sofá... Era imposible relacionarlos con robos, por muchos objetos valiosos que hubiesen desaparecido de los escenarios.

El ensañamiento podía justificar un origen pasional, pero la experiencia le había enseñado que lo pasional no solía ir acompañado de puestas en escena. ¿Podía haber apuñalamiento en un asesinato de origen pasional? Por supuesto. ¿Podía ser múltiple? Sí, hasta destrozar a la víctima, continuando con el castigo más allá de la muerte. ¿Pero enseñar a la víctima atada una mesita con una colección de cuchillos preparados?... Desde luego eso no apuntaba a algo tan pasional que careciera de un plan, por rudimentario que fuese. Y mucho menos sumándolo al caso de la mansión.

En la mansión había habido un asesinato salvaje. No fue un sencillo robo. No habían sido fanáticos religiosos. No habían sido apasionados científicos amantes de los trabajos manuales (Diyers). Había habido una elaborada puesta en escena intentando por todos los medios despistar, y se había elegido un momento concreto para cometer el estudiado crimen con tranquilidad. Leo recordó cómo el asesino había contado con que el Emergencybot no socorriese a la víctima, atacándola en el momento en el que no se estaban monitorizando sus constantes vitales; y cómo había cambiado el cuerpo de habitación.

Fue un despiadado asesinato del que se llevaron unos carísimos y especiales *recuerdos*. Era habitual en los asesinos en serie conservar trofeos con los que recordar, celebrar o recrear sus actos. Había evitado jugar con esa posibilidad, pero los hechos marcaban el camino con la misma nitidez y precisión que las líneas discontinuas sobre la piel de un paciente en el quirófano.

Los casos guardaban relación.

Mientras seguía ese hilo de pensamiento dirigió sus pasos virtuales hasta quedar parado frente a la pared donde estaba el retrato de Atenea. Hizo zoom en la pantalla para dejar el collar en primer plano.

Un peligroso asesino en serie. Un enfermo, de caza, con cualquier excusa misteriosa. Cada vez más hambriento, más nervioso, más insatisfecho y más rápido. Cada vez con menos elaboración y preparación. Había atacado la casa de Seven y Atenea en lo que parecía más un arrebató que un plan: disparos

desde la calle, de día, con dos víctimas a la vez, una torpe repetición de las marcas a cuchillo para despistar... Y su premio, su recuerdo... Leo contemplaba la imagen congelada en pantalla.

El collar... el collar... el trofeo... el collar.

Cerró los ojos con fuerza y se pinzó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Un recuerdo que en ambas ocasiones es un detalle pequeño y muy caro —se dijo en un susurro inaudible para Sylvia.

Había saltado de los escenarios de la mansión y de Seven a otro más lejano, y lo había hecho de forma tan repentina y automática, activado por una idea, que sin darse cuenta repetía la frase en voz alta, como si no pudiese dejarla encerrada en su cabeza: “*Un recuerdo, uno pequeño y caro*”... Tenía que hacer una llamada de inmediato.

Estaba desesperado con la simulación y los datos del escenario de Seven y Atenea. Con la impotente sensación de que la muerte de las dos chicas seguía sin ayudar a señalar a un asesino en concreto, ni a descartar como ejecutor a una máquina. No tener información del androide de compañía tampoco ayudaba. ¿Quién podía decir algo, aunque fuese una mentira, de aquella maldita habitación?

Se sentía el ratón más estúpido del laberinto, famélico, oliendo la comida, pero sin encontrarla. La necesidad de encontrar a aquel malnacido le pesaba más que el paso de los años. Pero la nueva idea, aunque desesperada, podía funcionar, y de relacionar los casos, podría darle mucha más información.

Cogió la PFI y llamó a Caren. Mientras esperaba que diera señal, cargó en el simulador los datos del chalet de Ralf, el escenario y la información del suicidio. Dada la frustración por todo lo que no encontraba con los datos de Seven y Atenea, no sintió que perdiese el tiempo con aquella historia.

Ante él se levantó en relieve la cocina del chalet con el ahorcado suspendido, a la vez que Caren contestaba por fin la llamada. Incómodo por la imagen, como si su amada pudiese verle, Leo anuló temporalmente de la simulación el cuerpo de Ralf. Quedaron cocina, muebles, robots de limpieza y una soga que se balanceaba y era tensada por el peso de un cuerpo invisible.

—¿Sí?

—Hola Caren, perdona, soy...

—Sé quien eres. Te guardé en la agenda cuando me diste tu número.

—Tengo que hacerte una pregunta aunque puede que te parezca extraña.

—Lo que sea.

—Verás. Ralf ¿Tenía algún hobby en particular? ¿Algo que fuese muy caro?

Caren guardó silencio pensativa, lo que Leo agradeció ya que implicaba colaboración inmediata y no un cruce de preguntas.

—Tenía un helicóptero que le costó una fortuna y que estaba aprendiendo a pilotar.

—No, algo más pequeño y que coleccionase, por ejemplo.

—Tenía una colección de coches deportivos.

—¿A escala?

Caren rio espontánea y sonoramente, con una carcajada breve y grave, acorde a su físico.

—¡Ay cariño! Con ciertas fortunas las colecciones solo admiten el tamaño real. Tenía una colección de coches deportivos de verdad, evidentemente.

—De acuerdo. ¿Y algo más pequeño? Ya sé que los coches son más pequeños que un helicóptero, pero me refiero a algo... —desde el apartamento Leo miraba a su alrededor y gesticulaba con las manos como si pudiese mostrarle la medida—... algo que pudieses coger con las manos.

—¿Como una colección de cromos o algo así?

—Sí —balbuceó el detective.

—No recuerdo nada así, tipo colección de insectos, o cromos, o juguetes antiguos... —Caren se limitaba a pensar en voz alta—... ¡vinos!

—¿Cómo?

—¿Botellas de vino servirían?

—Sí, perfecto. ¿Me puedes decir algo más de eso?

—Poca cosa. Bromeaba con él sobre el tema, porque era de esas cosas que solo entendías si recordabas que era millonario, sino no te entraban en la cabeza...

—Dime.

—Compraba botellas de vino carísimas, pero no era un experto, de hecho ni siquiera se las bebía, ni parecía tener intención de hacerlo. No las tocaba y no consentía que nadie las tocara. Las almacenaba en su bodega y su intención era no volver a saber de ellas hasta años después. Decía que entonces valoraría con cada una si le merecía la pena vender, conservar, o hacer la *locura* de bebérsela. Eso decía él, pero yo creo que sencillamente le gustaba tenerlas, sentir las parte de un tesoro o algo así, disfrutando de que

acumulasen polvo sin tocarlas, eternas, antiguas y suyas...

—No entiendo... —se activó el lado más práctico de Leo.

—¡Ni yo! —cortó—. Es lo que te digo: cosas de ricos. Era una de sus maravillosas rarezas. Ya te lo comenté; en mi vida entró como un trabajador más de clase media, como tú o como yo, pero no lo era. Yo pensaba que alguien adinerado haría como yo misma si me tocase la lotería: comprar coches caros y usarlos, viajar por todo el mundo, comprar joyas y ponérselas. Pero con él aprendí que si eres rico de cuna, puedes invertir en cosas que ni usas, ni tomas, ni enseñas...

—Muchas gracias Caren —no sabía cómo transmitirle la prisa que tenía sin ser descortés— y perdona la molestia.

—Espero que te haya servido para algo la información. Molestia ninguna. Te di mi número de PFI para cualquier cosa relacionada con Ralf, te lo dije en serio.

—Lo sé. Gracias de nuevo. Adiós.

—Adiós.

En cuanto colgaron, volvió a centrarse en el simulador y fue directo a la bodega, a la que se bajaba desde una puerta en la cocina.

Desde luego se había invertido mucho dinero en hacer que pareciese una auténtica bodega centenaria, cuidando todos los detalles. Tras la puerta de acceso en la cocina, descendían diez escalones de piedra, las paredes eran de ladrillo y dibujaban arcos en los lados. Según bajaba consultó las lecturas de temperatura y humedad de los diamantes. La bodega estaba trece grados más fría que la cocina, y no se apreciaban medios artificiales de refrigeración. Era una sala amplia aunque poco iluminada, con un par de focos en el techo. No había lámparas ni bombillas en las paredes y, dado el estilo general, era fácil imaginar que hubiese huecos para poner antorchas.

En la entrada de la sala había botellas visiblemente más nuevas y en modestos botelleros pero, si se seguía caminando hasta el fondo, había un botellero de tejas de arcilla incrustadas en la pared, donde cada botella descansaba en horizontal, acunada en su propio nicho.

Si tenía que medir el tiempo que llevaban allí por la capa de polvo, estaba claro que las de más abajo eran las más viejas (al menos las que más tiempo llevaban allí almacenadas). Las tejas estaban ordenadas en filas perfectamente alineadas. Hasta el sexto nivel estaban ocupados todos los huecos y de ese nivel para arriba ya no había botellas, solo las tejas vacías cargadas de polvo.

Leo se centró en las imágenes de las pantallas, amplió una vez más y fue haciendo un barrido por las tejas, de abajo a arriba, hasta encontrarse con el hueco vacío.

Se quedó tan sorprendido que, por primera vez en todas las horas que llevaba absorto con el simulador, necesitó sentarse. Dio un paso atrás, sin necesidad de girarse, adivinando donde se encontraba el taburete alto y se sentó sin ser capaz de dejar de mirar la pantalla.

En mitad de aquella modesta colmena de tejas, aquellas cunas de arcilla, había una libre, con polvo a los lados, pero no en el centro, muestra inequívoca de que no hacía mucho allí había descansado una botella. Con la ampliación de la imagen al máximo, incluso se podía apreciar la marca del roce de unos dedos en el lateral, los discretos surcos arados en el polvo, rompiendo el equilibrio tejido por el tiempo.

—El maldito trofeo. Mierda... otro asesinato.

No tuvo tiempo ni ganas de regodearse en el triunfo de su sexto sentido, que había demostrado que aquel endiablado puzle no estaba bien montado.

Solo estaba preocupado. Tremendamente preocupado. Si esto era el origen, el maldito caso *uno*, el asesino en serie evolucionaba y, según aquello, de forma aún más peligrosa de lo que suponían. Había empezado con tal grado de detalle, premeditación y planificación que, aderezando el escenario con medias pistas y acertijos rocambolescos, había convencido a la propia policía de que aquello era un extraño caso de suicidio. Sentenciando y liberándole. Jugando con todos gracias al preciso montaje.

Y de aquello pasó al sadismo de la mansión, con el microondas... para continuar con el asesinato conjunto de Seven y Atenea, torpe e improvisado.

Cada vez con menos tiempo de espera entre los crímenes, cada vez más salvaje y rápido, sin tiempo casi ni para recrearse en el proceso. Cada vez más nervio y menos cerebro. ¿Cómo sería la próxima vez? Si de algo estaba seguro es que lejos de saciarse, el asesino estaba cada vez más necesitado.

Leo estaba desbordado, quería revisar de inmediato todo el escenario y los datos con el nuevo enfoque: que no era un suicidio sino un asesinato y que era *su* asesino.

Y de nuevo en una casa con un androide de compañía, ¿no podría eliminar nunca una maldita variable?

Una sombra en el límite de su campo visual le sobresaltó y le hizo girarse de golpe.

Era Sylvia, callada y de pie un paso detrás de él. Aguardaba inmóvil con

un vaso de agua en la mano, estaba mirando la pantalla y habló al ver que Leo se sobresaltaba.

—Perdona, te había traído un vaso de agua por si tenías sed. Llevas horas aquí solo, en silencio o balbuceando.

—Oh... gracias —tomó el vaso para invitarla a irse con el gesto y sin más diálogo ella volvió al sofá y activó el lejano audio.

La cabeza le iba a estallar. Mientras miraba la simulación tridimensional de la bodega, tomaba breves sorbos de agua como si necesitase al menos ese contacto con la realidad. Por un instante separó el vaso de los labios y contempló el líquido cristalino con sospecha, pensando en su androide. De inmediato alzó las cejas y sacudió repetidamente la cabeza casi divertido, se rascó la frente con la mano y apuró el contenido.

Llamaron a la puerta.

—Joder. ¡Justo ahora!

—¿Qué? —preguntó Sylvia.

—Que ya voy yo.

De camino a la entrada dejó el vaso en la cocina con un sonoro golpe. Necesitaba silencio y concentración al doscientos por ciento y lo necesitaba *ya*.

Abrió la puerta con tanta brusquedad que sintió el golpe de aire en el pelo.

—Hola —dijo Sorah mirando distraídamente al suelo y sin darle tiempo a contestar continuó—. Sé que no debería y que no es el momento, pero no podía evitarlo —alzó la vista y miró a Leo con los ojos con los que la serpiente enamora al ratón—. Vengo a celebrar la vida y a coger lo mío. Aunque sea breve. Aunque me juegue un no. Y tranquilo... no traigo copas de más, ni como excusa ni en el cuerpo. En todo caso algunas de menos.

20

—¿Vienes a “coger lo tuyo”? —ante el bloqueo: el comodín universal de la repetición—. No sé qué es más atrevido, si la frase o el propio hecho de venir aquí.

—También he dicho que “vengo a celebrar la vida”, pero ya veo con qué parte has preferido quedarte —bromeó Sorah entrando en el apartamento, aunque aún no había sido invitada a hacerlo.

Pasó junto a Leo que tuvo que retirar el brazo con el que aguantaba la puerta y abrirla más para dejarla pasar.

Una pantera no habría podido andar con mayor elegancia salvaje. Sorah era de aquellas mujeres cuya feminidad latente se transmitía en cada gesto, en cada paso o en cada mirada. En ellas no existía una pose estudiada ni ensayada. Es algo que sencillamente o se tiene o se desea.

En toda una vida solo había conocido a dos mujeres así.

Leo cerró la puerta y al girarse y mirar al fondo del apartamento se dio cuenta de que Sylvia había desaparecido discretamente. No pudo pensar en ello ni un segundo más; la doctora, en primer plano, le hizo centrar vista y atención.

Dos guisantes debajo del colchón hacían que no estuviese completamente cómodo: le acababan de interrumpir en pleno descubrimiento revolucionario (necesitaba repasar los detalles del caso de Ralf con otro enfoque) y Sorah no debería estar allí (por mucho que lo desease).

—¿Este silencio es porque hasta que se demuestre lo contrario soy tan sospechosa como cualquiera? —adivinó la doctora— ¿o es solo por lo inoportuno e inesperado? —estudiaba el salón mirando alrededor mientras hablaba, como si acabase de aparecer mágicamente e intentase ubicarse.

—Eso son varias preguntas.

—Y ninguna respuesta.

—Solía ser yo el que hacía las preguntas.

—Y evitaba las respuestas... De acuerdo, tal vez no debería estar aquí. No sé exactamente cómo he acabado viniendo y coincido contigo en que habría sido más cómodo o más fácil en otras circunstancias —caminaba lenta y distraídamente hacia el interior de la vivienda—. Ayer, en el bar, te dije dos grandes verdades sobre mi vida, que condicionan mi carácter y mi forma de ser: la muerte solo es el recordatorio de que hay que vivir la vida

intensamente...

—Coincidimos —dijo él recordando su propia conversación con Sylvia y poniéndole momentáneamente la mano en el hombro para obligarla a centrarse y dejar de caminar. De seguir en línea recta habría llegado al simulador, lo que prefería evitar por el momento.

—... y que cuando quiero algo lo cojo, o al menos lo intento, pero no abandono ni dejo las cosas a medias. Mi vida está llena de dignas derrotas — continuó diciendo Sorah, dejando de caminar y girándose para volver a mirarle a los ojos.

Leo no añadió nada. Un torbellino de mujer genera un torbellino de pensamientos. La doctora había hecho sus declaraciones, pero el detective no quería que continuase. No quería que siguiese hablando. Estaba cansado de ser el espectador en sus propias relaciones. Recordó el sexo salvaje, fugaz e inesperado con la vecina que se mudó. Cuando ya se había ido Jessica por la puerta que le dejó abierta. Recordó cómo lo había deseado, lo satisfactorio y sanador que fue, pero cómo, una vez más, fue *ella* la que dio el paso. Ni siquiera tenía que irse tan lejos: fue Sylvia (literalmente programada para ello) la que se aproximó, se ofreció y le sedujo. Una vez más tomó él, pero dijo ella.

Sorah se había quedado al final de aquella noche tan a medias de un principio como él. Solo que ella sí se había presentado allí y le estaba haciendo toda una declaración de principios. Pero no quería que continuase. Maldita sea, si quería hacer un cambio *real* en su vida tenía que acabar con las frases de manual de autoayuda y lanzarse en lugar de dejarse llevar. Vivir en lugar de desear hacerlo.

Sorah llevaba un vestido cruzado por delante, ajustado a la cintura por un cordón de tela que hacía que el conjunto recordase un elegante albornoz. Se ceñía a su cuerpo y caía hasta poco más arriba de sus rodillas. Continuando con el barrido visual hacia abajo, Leo contempló las fuertes piernas con los gemelos realzados por los zapatos de tacón alto, sencillos y cerrados en la punta.

En las pocas ocasiones que la había visto, siempre llevaba calzado bajo y cómodo, pero no era una sorpresa lo bien que le quedaban. Objetivamente pensaba que cualquier prenda y complemento caería bien sobre aquel cuerpo fuerte y delicado. Como si no existiese antes y fuese creado bajo las prendas adaptándose para realzarlas.

Sorah no hablaba; encontró en Leo los ojos del leopardo tras seleccionar

la presa desde el silencioso escondite, cuando la mirada no es de furia ni de ataque, sino de pura concentración en una figura, desdibujando todo lo demás alrededor de su campo visual, el resto de presas invisibilizadas, los peligros, rivales y elementos minimizados. Solo él y su elección.

Leo recorrió los apenas dos pasos que les separaban y la besó directa y apasionadamente, tomando su rostro con ambas manos.

El pulso completamente acelerado. Estaba tan pegado a ella que estaba seguro de que podía notarlo, como él notaba que a ella le faltaba el aliento y aun así lo abrazaba aproximando aún más sus cuerpos.

Se separó de Sorah un instante, con la misma mirada animal, pero deteniéndose un momento, como si quisiera memorizarla o recordarse que era real. Como si su mente luchase para convencerse de que no era una ilusión idealizada.

Con una mano en el hombro la hizo darse media vuelta tan rápido que ella tuvo que apoyarse con las dos manos en la parte de atrás del sofá (lo primero que encontró de frente) para no caer.

Leo respiraba aceleradamente, por la boca. Desabotonó sus pantalones, se bajó la cremallera y los dejó caer. Ella vio la operación manteniendo la postura y con la cabeza girada, mirándole con una sonrisa de satisfacción; con una mano seguía apoyada al sofá, con la otra se quitó la cinta de tela que amordazaba su cintura y se subió el vestido por detrás hasta dejarlo sobre su espalda; ofrecida.

El pensamiento de que Sorah no debería estar allí y que no debería hacer aquello, el detective lo acorraló en un rincón de su mente, como un conejo contra una pared y frente a una manada de lobos.

Entró en ella inundándola de todo el deseo acumulado, en silencio pero con todas las palabras que no sabría pronunciar y las sensaciones que no habría podido explicar. El lenguaje primitivo del deseo y los sentimientos.

En el momento de unirse, ella levantó la cabeza de golpe y la dejó caer como si en el mismo instante hubiese empezado y acabado lo que necesitaba.

Los dos respiraban sonoramente. Sin darse cuenta sincronizaron ritmo, respiración y pulso, acelerándolos a la vez. Creciendo juntos. Dos piezas de la misma máquina.

Y cuando Leo estaba a punto de acabar, cuando sintió que ambos iban a acabar, le giró la cara con suavidad, para vérsela.

El gesto que no habría necesitado con un androide de compañía.

Cuando terminaron, con lo poco que se habían desvestido, recuperaron la

compostura rápidamente; no hubo ni un instante de incomodidad por ninguna de las partes. Ella se giró. Seguía rebosando feminidad. La pantera satisfecha despeinaba al detective mientras seguían besándose. Fueron recuperando el pulso y Leo se sentó en el sofá mientras ella preguntaba dónde estaba el baño. Se lo señaló y al hacerlo se dio cuenta de que irremediamente pasaría junto al simulador, lo que en ese momento no le preocupó. Ella le dedicó un guiño que invitaba a seguirla con la mirada hasta que desapareciese tras una puerta.

Era extraño, pero siendo sincero consigo mismo sintió algo parecido a una breve punzada de infidelidad y no creía que fuese por Sylvia. Lo achacó al instante y a su imposibilidad patológica de permitirse ser completamente feliz, y lo relegó al baúl de las sensaciones desechadas.

Cuando Sorah salió del cuarto de baño, se recreó sin disimulo estudiando el simulador. Leo le restó importancia dejándola hacer sin preocuparse en mirarla. Tenía que retomar su investigación pero prefería hacerlo a solas.

—Esta no es la casa de Seven —dijo la doctora de forma distraída, con la intención de dar inicio a una conversación. Las dotes detectivescas de Leo no estaban lo suficientemente afinadas para distinguir si era interés sincero, el pie para un diálogo en el que se evitase comentar lo que acababan de hacer, o la mezcla de ambos.

—¿Has estado alguna vez en su casa?

—No... Pero la imaginaba... no sé, con otro estilo.

—Parecía que lo afirmabas, no que preguntases, perdona.

Sorah seguía dando vueltas alrededor del simulador, se detuvo y cerró los ojos pensativa.

—Ahora que recuerdo, sí que vi su casa en una ocasión, pero solo la entrada y fue hace años.

Leo no añadió nada y se giró a mirarla esperando que ella misma continuase.

—Fue después de una fiesta de la empresa. Seven se pasó un poco con las copas, tenía que volver a casa y... no era muy sociable precisamente. El caso es que, aunque estaba claro que alguien tenía que ayudarla, parecía que todo el mundo tenía un plan mejor. Yo también había bebido, pero moderadamente y pensé que la fiesta tampoco me ofrecería ya nada más —

Sorah abandonó finalmente el simulador y continuó hablando mientras se dirigía al sofá—. Le pregunté la dirección de su casa ya que era incapaz de marcarla en su PFI y ella la balbuceó. No la quise abandonar a su suerte en un taxi, la acompañé, le ayudé a salir y la dejé en la entrada de su casa cuando por fin conseguimos pasar su llave-tarjeta. Fin —sonrió triunfal.

—Joder, menos mal que no lo recordabas.

—Parece una larga anécdota, pero hablamos de quince minutos en la historia de nuestras vidas, años atrás y sin nada trascendental que poder añadir —sentada a su lado giró la cara sonriente en dirección a Leo y añadió—. Si nos hubiésemos liado, sí que me habría acordado antes —se echó a reír.

Leo la miró sonriendo pero pensativo.

—Es broma. Madre mía, cómo eres. Por aquel entonces ya era un secreto a voces que ella era lesbiana, pero a mi tanto entonces como ahora me siguen excitando solo los hombres —puso el ceño fruncido cómicamente y le besó espontáneamente en los labios.

—¿Qué celebrabais?

—¿Cómo?

—Que qué celebrabais en la famosa fiesta.

—Fue la celebración de la finalización de los modelos B17A y C17M y de su lanzamiento a la venta.

—¿Con cada modelo se hace una fiesta?

—No, hombre... conviertes cada respuesta breve en una explicación larga pendiente —dijo sonriendo y el detective respondió encogiéndose de hombros también con humor—. A ver, creo que Roma se sentía culpable por cómo nos había machacado... Espera, espera, tengo que ir más atrás —tomó aire teatralmente y cerró los ojos—. Real Life Droids está plagada de éxitos... y de fracasos. Las versiones masculina y femenina del modelo dieciséis tuvieron costosos fallos de software. Tenían problemas puntuales de personalidades contradictorias. Fue el primer modelo que iba probando personalidades para ver cual preferían sus dueños e ir adaptando su conducta hasta hacerse literalmente a su medida, de modo que los dueños *casi* ni se daban cuenta. Pero los cambios resultaron ser muy bruscos y a los clientes les incomodó no reconocer a veces a sus propios androides.

>>El fallo radicaba en la esencia del programa. No bastaba una actualización rápida y en remoto, sino que era necesario traerlos a la central y hacer una reprogramación completa. Y además todo eso no se pudo hacer

hasta haber diseñado la nueva arquitectura de la personalidad secuencial. Sé que jamás podrá apasionarte este punto tanto como a mí y que puede sonar hasta sencillo el trabalenguas “cambiar la sensibilidad de los cambios”. Parece evocar a un botón con el símbolo “+” y otro con el “-“, con los que jugar. Pero es algo tan complejo como convertir todas las percepciones del androide en números, y afinar en qué medida y cuales debes ir modificando para mantener la esencia y a la vez ir evolucionando hasta conseguir la *pareja perfecta* (o perfectamente complementaria). Sé que la expresión sonará ambiciosa, pero refleja un deseo más que una realidad.

—Roma os “machacó”, como tú dices, por esos problemas.

—Él es muy muy comprensivo con los fallos y las dificultades. Es extremadamente perfeccionista y según dice él mismo, la experiencia le ha demostrado que en los procesos creativos si trabajamos bajo mucha presión, acabamos rindiendo menos o terminamos dando un resultado cualquiera para llegar al plazo marcado, en vez de conseguir hacer algo excepcional con algo más de tiempo y un buen ambiente.

—Pero...

—Pero cuando el modelo tiene el lacito, se exhibe, se publicita, sale al mercado y se vende... ahí ya no hay margen para el error. Para él, un androide a la venta es un proyecto cerrado. Dicen que ni siquiera hace un seguimiento directo de las ventas, que ese control lo delega en Marcus, mientras los números vayan saliendo.

—Te entiendo. Para una mentalidad así, que algo que ya está *cerrado* se convierta en un problema, cuando debería poder estar concentrado en el siguiente bebé, debe ser irritante, frustrante...

—Y lo transforma en Mister Hyde. Sí. Digamos que agotó su paciencia. Cargó con todos los departamentos menos con el de mecánica física. Y nos trasladó la presión a todos para salvar la situación. No quería admitir pérdidas así que se lo jugó a todo o nada, prometiendo a los clientes decepcionados un modelo no reparado, sino superior. Y el cabrón lo consiguió... Sin tocar nada de la mecánica, sin tocar nada de la estética, sin cambiar los sensores, se afinó la progresión de la personalidad de una forma tan cuidada y delicada, que no lo quiso sacar como un mero *parche* del modelo dieciséis, sino como el nuevo y flamante modelo diecisiete. Clientes del dieciséis satisfechos, nuevos clientes para el diecisiete contentos, y accionistas eufóricos tras recuperarse de sus ataques al corazón.

—Otro éxito de Roma.

—Claro, claro, los que diseñamos esa delicada arquitectura que casi *humaniza* a los androides, supongo que no tenemos nada que ver...

Leo rio con ganas y Sorah, animada, continuó:

—Hablando de modelos diecisiete —evidentemente el detective sabía por dónde iba a saltar—... ¿Qué tal Sylvia? —miró a los lados como si la buscara desde el sofá.

—Vaya. Te has preocupado de averiguar su nombre.

—Me informo de todo lo que puede ser de interés en un amante potencial, querido —bromeó acariciándole la pierna—. Además... la elegí yo —le guiñó un ojo.

—¿En serio?

—Si la llega a elegir Turing, te habría encargado una mujer que habría entrado en la habitación veinte centímetros después que sus pechos, sin cuidar otros detalles. Eso o una de sus réplicas mal escondidas de la pobre Seven.

—Vaya.

—Sabes que has hecho un buen intento de evasiva pero que sigo esperando respuesta, ¿verdad?

Leo sonrió derrotado.

—Es guapa, con un físico muy realista y es sorprendentemente... convincente.

—Me alegro de que la hayas disfrutado.

—No he dicho que me haya acostado con ella.

—Eres adorable —dijo maternalmente pellizcándole la barbilla con el índice y el pulgar—. Tranquilo, lo raro es que no te haya encontrado, con los pantalones bajados. Acusarte, teniéndola en casa, sería como acusar a alguien de masturbarse en su intimidad. Solo, sin compromisos, sin parejas, y ella a medida, de tu propiedad, hecha para el deseo... Querido, en este juego *tú* eres su *víctima*, su objetivo. La gracia es que creas que mandas.

>>Y te has delatado —sonrió ampliamente, mostrando unos dientes alineados y perfectos, probablemente sintéticos.

—¿Me he delatado?

—A parte de la evidencia de desenvolver un regalo que te han hecho, al menos para verlo, en lugar de abandonarlo directamente en un cajón. Has hablado de acostarte o no con *ella*... no con *tu androide*.

—Matices —no podía evitar sonreír, aplaudiendo su habilidad.

—Exacto: matices.

—Hemos hablado de religión —continuó esquivo el detective.

—Vale, esa no me la esperaba —se giró en el sofá en dirección a él, apoyando el codo sobre el respaldo. Invitándole a continuar.

—Le he dicho que soy felizmente no-creyente de ninguna religión. Que mi postura (como la de otros muchos) es de modesta aceptación de que hay *algo* muy superior, una fuerza, un conjunto de leyes energéticas, un dios, o un grupo de ellos... lo que sea, incomprensible para nosotros y con el poder de crear, organizar y planificar la vida y la materia. Reyes de todos los tiempos, todas las dimensiones y todas las posibilidades —improvisaba una versión alternativa a lo comentado con Sylvia, para aprovechar y presentar reflexiones propias y personales, para conocerse mejor, y sobre todo porque pensaba que ella le detendría a la primera y aburrida frase. Ahora estaba condenado a continuar—. Toda la ciencia de todos los tiempos solo amplía el detalle de lo minúsculos que somos, lo bien diseñados que estamos, con nuestras *casualidades* evolutivas que se saltan cualquier estadística con las mutaciones genéticas acertadas para llegar a ser lo que somos, y en tiempo récord. La misma ciencia que pone fecha exacta a un Big Bang pero falla en el *antes de*. Y la misma ciencia que no deja de ampliar lo inabarcable del universo. ¿Qué sabremos nosotros?

—Guau.

—Si eres feo en la universidad y el único instrumento musical que te atreves a tocar es el triángulo, presentar y exponer teorías como ésta te ayudaba a ligar.

—¿En serio? —preguntó Sorah con una expresión que mostraba más que duda.

—No.

—Pero sí piensas todo eso.

—No suelo pensar en “todo eso”, pero reconozco —dijo pensativo— que sería una buena aproximación a lo que creo: Ser más modesto que los que piensan que pueden entender a un Dios todopoderoso, comprender su plan y sus intenciones, saber qué pretende, cómo, o cómo es; o simplemente concebir su existencia. Nosotros —sonrió— estamos más preparados para los cambios que nos trae la ciencia. Encajamos enseguida todos los descubrimientos revolucionarios, sin tener que *reajustar* nuestra religión, añadir justificaciones rocambolascas, o tener que corregir *firmes* posturas obsoletas —Leo continuaba disparando sus teorías personales, agradecido de que le permitiesen desviar la atención sobre el tema de sus relaciones

sexuales con la máquina.

—Sobre el simulador: No me has confirmado si la vivienda es la de Seven.

—No lo es —contestó secamente.

—Pero justo hoy... has ido directo a su casa para reunir los datos y poder estudiar...

—Confía en mí —puso sus manos sobre las piernas de la doctora.

—“*Confía en mí, pero no voy a decirte nada más*” —dijo ella ofendida.

Leo estudió su mirada en silencio; antes de poder apuntar nada más ella se puso en pie e hizo amago de arreglarse el peinado enérgica y distraídamente mientras seguía hablando:

—Supongo que podemos intercambiar flujos corporales, pero no información. No pasa nada.

—No seas injusta —dijo levantándose para ponerse a su altura. Estuvo tentado de añadir que él no la había invitado (por mucho que lo hubiese deseado) pero veía que ella se iba a ir de todos modos, con lo que la ofensa era evitable—. Por favor respeta mi trabajo como yo admiro el tuyo. Necesito más tiempo ahora mismo para investigar, que para dar explicaciones.

Ella suavizó su reacción guardando silencio. Ante la oportunidad Leo continuó:

—No te engañaré, no has venido en un buen momento, estoy en mitad de algo jodidamente importante —nerviosismo y tensión afloraron finalmente, transmitiéndose involuntariamente en sus gestos y expresiones—, tal vez no deberías haber venido, pero lo deseaba, y lo que ha ocurrido ha sido... genial, inevitable y reparador. Pero ahora en lugar de disfrutar de la conversación contigo, solo puedo pensar en el reloj.

—Podías haberlo dicho antes. Ahora me haces sentir estúpida.

—Antes habría sido ofensivo... lo sabes. Te lo estoy diciendo ahora, no pretendo que te sientas de ninguna manera. Te faltaba información que te estoy dando y tenías una necesidad exactamente igual que la mía.

—Tengo un don. Mira —dijo conciliadora y como muestra de ello se interrumpió besándole brevemente en los labios—. Tienes razón. No puedo exigirte un *informe*, ni un resumen, ni interrumpirte con lo que tienes entre manos. No diré que siento haber venido pero sí coincidimos en que tengo que largarme ya. Tienes una importante misión y no estoy acostumbrada a ello pero... la mejor ayuda que puedo darte es no estar.

La acompañó hasta la puerta y allí se despidieron con un beso.

—Repón mi orgullo dañado recordándome que soy maravillosa —dijo cómica, llevándose el dorso de la mano a la frente, mientras cruzaba la puerta.

Ella sonreía, pero Leo contestó completamente serio:

—Eres perfecta. Una pieza original y única.

La doctora se quedó seria también, le sostuvo la mirada y se volvieron a besar aproximándose en el mismo momento, activados por el mismo resorte.

Fue ella, desde el exterior, la que cogió la puerta y empezó a cerrarla. Leo la retuvo un instante más:

—Ten mucho cuidado —ella sonreía, pero la expresión repentina de él borró la curva de sus labios—. Si se confirman las teorías que estoy estudiando, todos, *todos*, podéis correr peligro. Por favor, de verdad, ten mucho cuidado.

Sorah recogió el mensaje valorando la intensidad con la que se lo transmitía. Le asaltaron mil dudas pero entendía que Leo no sabía o tal vez no podía responder todavía. Nerviosa se recogió un mechón de pelo invisible detrás de la oreja, el gesto que sin saberlo adoraba el detective.

La puerta se cerró y sintieron que les había enviado a ciudades diferentes.

21

El perfume de Sorah le acompañó hasta el simulador como el fantasma de un amor de juventud. Había estado unos minutos en la casa y parecía que había dejado huella dentro y fuera del detective.

Se detuvo frente al simulador como un púgil saltando las cuerdas para entrar en el cuadrilátero. Cerró los ojos y se ubicó con el ejercicio habitual, hablando rápido y en voz alta.

—Es un asesinato. Otro del maldito coleccionista. El tipo gordo, el del microondas, al que robó los valiosos comics, fue el segundo. Seven y Atenea, a las que quitó el collar, fueron las terceras. Ralf... Ralf —repitió el nombre como si fuese el de un conocido— fue el primero, de él se llevó la botella de vino.

>>Venga Leo, ata los cabos joder. Puntos en común. Son ya tres escenarios llenos de datos, tienes que trazar una línea. Adelantarte a él y cogérle. No puedes seguir siendo el espectador de ese psicópata.

Abrió los ojos y sacudió las manos separadas y con las palmas enfrentadas. Estaba inclinándose más hacia la responsabilidad que sentía que hacia el propio caso. Debía recuperar la frialdad para recibir la lógica deductiva.

—El ejecutor es una sola figura, grande, o al menos alta, fuerte. ¿Puede ser un androide (destacado punto en común en los asesinatos)?... Un momento... no, no puede ser: Una anomalía así sería tan inusual, que solo se podría contemplar que se diese en *un* androide —“el robot asesino” sonó dentro de su cabeza como un chiste de mal gusto— pero eso descarta los androides de los tres casos ya que en cada uno de ellos fueron retirados por la policía, con lo que no pudieron estar en los escenarios posteriores. Solo el tercero habría podido estar en todos...

Estaba siendo tan desesperadamente retorcido que descartó la idea por el momento, esperando no ser testigo de un cuarto crimen para justificar que no fue el tercer androide, lo que no dejaría de ser un bucle infinito.

Absurdo. Tenía que acotar las sospechas con algo más que suposiciones.

—Han avanzado mucho con estas máquinas —por primera vez pensó en si Sylvia le estaba escuchando e inconscientemente bajó el volumen, como si el término hubiese sido una ofensa—. Más de lo imaginable y más de lo que yo sé, pero dudo que un androide, a día de hoy, consiga tener *motivaciones* y

sin ellas no hay excusa, no hay ensañamiento, no hay víctimas, no hay trofeo... En esta historia, si hay androides de por medio, son o un motivo o una herramienta. En cualquier caso otorga el origen de los crímenes a un humano. Nueva bombona de oxígeno para Real Life Droids.

Negó con la cabeza, frustrado, mirando al suelo. Pensaba en cuánta información podría sacar de los androides a los que no tenía acceso.

Se echó mentalmente una jarra de agua a la cara. Nada de lamentarse por la información de la que no disponía. Tenía ante sí grandes porciones del puzle, si ordenaba correctamente las piezas, aunque no estuviese completo, podría adivinar el dibujo.

Tenía una importante baza, algo con lo que no contaba ni la policía: Un escenario completo de un asesinato disfrazado de suicidio; la prioridad era repasarlo por primera vez desde la óptica de lo que era realmente.

La hora siguiente voló estudiando el resto del chalet, aunque siempre acababa en aquella cocina. Respecto a los detalles del cadáver, empezaban a encajarle piezas: el ahorcado suele partirse el cuello con la caída si es brusca; en aquel caso, como dedujeron el suicidio desde la altura del bloque de hielo al deslizarlo lateralmente, encontraron su propia justificación. Pero si aquello era un asesinato, tenía que pensar cómo llegó el cuerpo allí y cómo acabó ahorcado, o si le pusieron la soga al cuello estando ya muerto.

Revisó los datos de la rápida autopsia: solo se indicaba la asfixia como causa de la muerte. En el cuerpo no había restos de veneno ni drogas, no había cortes ni heridas defensivas. Nada. Sabía que las autopsias en los suicidios eran menos exhaustivas, pero los responsables eran profesionales que igualmente habrían destacado cualquier anomalía de haberla hallado.

En el décimo paseo virtual por la casa, pasó por la habitación donde se suponía que permanecía encerrado el androide de compañía de Ralf. Iba a lamentarse de nuevo por la valiosa pérdida de información cuando abrió los ojos como si todo el simulador se hubiese convertido en un foco de luz.

—¡Los robots! —se lanzó a los controles para volver a la cocina. Pensando en los datos del androide recordó los que podía haber en sus *hermanos menores*: los robots domésticos... en concreto los de limpieza que miraba trabajar afanados.

La unidad que estaba mirando en concreto, era un modelo que él mismo poseía (siendo el suyo de gama inferior), recogía sin parar el agua bajo el péndulo humano. Con la puesta en escena que tenía delante había, la lógica apuntaba a que solo recogía agua, fruto del deshielo del gran bloque original.

Si estudiaba el contenido de los depósitos, todo lo que no fuese agua, serían pruebas. En lugar de celebrar la deducción, se decepcionó por no haber pensado antes en algo tan obvio.

—¡Sylvia! —absorto como estaba en la investigación y sin haber querido, ni necesitado, darle explicaciones sobre la visita de Sorah, solo se acordó y llamó a su compañera cuando necesitó de sus conocimientos, como Einstein a Mileva, su primera mujer.

—Hola *detective* —acudió obediente y sonriendo por su presentación, como si ser detective fuese la pose y no la profesión—. Seguía con los documentales y los tutoriales —. Leo afinó inconscientemente el oído en el instante de silencio y se sorprendió oyendo el televisor que Sylvia no había llegado a pausar. Objetivamente estaba volcado en el simulador hasta el punto de anular los sentidos para el resto del mundo.

Seleccionó en el simulador el robot de limpieza y lo cargó en el sistema para ver su historial y contenido. El recorrido se enviaba periódicamente al servidor doméstico, con lo que lo tenía un informe detallado. Respecto al contenido de los depósitos y filtros, por experiencia policial sabía que formaba parte de la rutina de datos a registrar en los escenarios. El análisis de dichos residuos no llegaba a hacerse si el caso se cerraba directamente, ya que no se consideraba necesario.

En pantalla se mostraba el listado de los componentes del depósito. Desechó las pequeñas partículas sólidas por el momento y la inmensa cantidad de agua. Con eso quedaron dos elementos claramente destacados en pantalla.

Leo se separó del monitor y releía una y otra vez las dos palabras, como si fuesen una antigua canción que no recordaba cómo continuaba.

Se los presentó a Sylvia con la esperanza de que su breve formación en química dedujese algo.

—¿Vinagre y bicarbonato?

—Eso es. ¿Te dicen algo? En conjunto quiero decir, no individualmente.

Mientras ella pensaba él estudió el recorrido del robot en las últimas horas. Antes de la llegada de la policía se había centrado solo en la cocina y en la bodega.

—¿La bodega? —se repitió en voz alta.

—¿Cómo? —Sylvia seguía dándole vueltas a los dos componentes y recibió la segunda pregunta desorientada.

—¿Cómo pudo estar ese robot en la bodega? El único acceso es por las

escaleras.

—Eso sí te lo puedo resolver: ¿ves eso? —señaló con cómico desdén el robot de limpieza del detective que ronroneaba perezosamente debajo de la mesa de la cocina—. La diferencia entre *eso* y el del chalet —se volvió a señalar el simulador—, es que el segundo tiene mucha más capacidad, más lógica para las rutas y... puede subir y bajar escaleras.

—Joder... Bien. Un misterio menos. ¿Aprendido de los documentales?

—No. De los anuncios.

En otras circunstancias se habría reído como ella, pero el bloqueo le mantenía gris.

—Vinagre y bicarbonato —apremió.

La lógica de Sylvia la obligaba a tener que decir algo.

—Mis conocimientos son muy muy básicos —confesó—. No sé exactamente cómo reaccionarían, pero sí me ha hecho recordar el experimento del globo.

Leo la miró como si en mitad de un partido desapareciesen los jugadores.

—En los tutoriales de química he partido de un nivel tan elemental que al principio eran básicamente curiosidades y experimentos, como dirigidos a niños. Acabo de recordar que había uno que relacionaba vinagre y bicarbonato.

El detective decidió dar un voto de confianza a su compañera. Desesperado como estaba por arañar información, lo contempló como una oportunidad de seguir aquel hilo, en lugar de ver aquello como algo que le separaba del simulador.

Fueron al sofá. Sylvia directamente y con gran habilidad navegó por el historial de enlaces hasta dar con los de química y dentro de ellos buscó el comentado. Una amplia sonrisa la delató antes de hablar.

—¡Este es! —dijo mientras lanzaba su emisión directamente.

En pantalla se veía a un actor caracterizado como científico con una bata blanca. Presentaba un matraz que contenía vinagre y al lado un globo común de plástico, deshinchado y que llenaba con cucharadas de bicarbonato. Dejó el matraz sobre la mesa y ajustó el globo a su cuello, sellándolo. Luego subió el extremo del globo para que cayera el bicarbonato sobre el vinagre. La reacción fue inmediata, provocando que el globo se hinchase *solo*.

Escucharon atentos y Leo hizo anotaciones que repitió en voz alta para trasladarlas a su escenario:

—Los dos componentes reaccionan de modo que generan dióxido de

carbono; este gas, que es el que infla el globo, no tiene olor y es muy peligroso.

—¿Es explosivo? Eso no sale en el vídeo.

—No es explosivo. La reacción entre los dos componentes no sabía que provocaba dióxido de carbono, pero sí sé lo que pasa con ese gas por otros casos de accidentes. El dióxido de carbono desplaza al oxígeno; y los humanos —sintió que lanzaba una puñalada al hacer la puntualización— necesitamos una concentración concreta de oxígeno en el aire. A más dióxido de carbono: menos oxígeno. A menos oxígeno: desmayo. Si se mantiene ese ambiente: muerte por asfixia —resumió finalmente.

Caminó pensativo hasta el simulador. Vinagre y bicarbonato podían encontrarse en cualquier cocina, pero las cantidades halladas eran desproporcionadas. Revisó la ruta del robot de limpieza y cuándo se llenaron sus depósitos: resultó que los dos elementos comentados los había recogido en la bodega.

—La bodega. ¿Por qué ahí?

Cogió su PFI e hizo una búsqueda rápida sobre el dióxido de carbono. Leía en diagonal, pero consiguió la respuesta que necesitaba: Es un gas que pesa, y se queda en la capa más baja. La bodega, cerrada, sin ventilación y en la parte más baja de la vivienda, era el sitio ideal si se preparaba la reacción para el momento preciso, antes de la visita de Ralf.

Lo imaginó descendiendo los escalones desde la cocina, para acabar desmayado en el suelo de la bodega y se horrorizó pensando en lo siguiente... el asesino cogiendo su cuerpo, acomodándolo en la horca y, si los dioses fueron piadosos, muriendo asfixiado antes de despertar. Porque si llegó a despertarse antes, el maldito sádico tuvo que disfrutar con el agónico minuto en el que se mezclaron la desorientación de no saber dónde se encontraba con la certeza de su muerte inmediata. Impotente. Y en sus ojos el pánico del que tal vez se alimentaba el asesino.

Sintió como se le erizaba el vello de los brazos contemplando la sutileza, la planificación y la recreación de la escena. Y pensando en cómo el asesino la había estudiado para conseguir su minuto de *premio*.

De nuevo le invadió el terror ante la creciente necesidad del criminal. Sacrificando sutileza por inmediatez. Descontrolado.

Sylvia, como si fuese sensible a sus temores, se aproximó y le acarició el pelo con expresión preocupada. Leo tenía el cerebro tan activo, que cualquier entrada de información le disparaba una reflexión inmediata. Mientras recibía

sus dulces caricias y obtenidas ya algunas respuestas, pudo dejar de pensar en la Sylvia estudiante para pensar en la Sylvia compañera: *¿Cómo recordará ella este momento en el futuro? ¿Puede grabarlo? ¿Registrarlo de alguna forma aunque sea internamente?*

Esto era algo que Leo acostumbraba a hacer: Sentía sobre si toda la presión de la incertidumbre por el caso, ya que solo por la ausencia de una botella, no podía denunciar un asesinato. Pero la nueva secuencia lógica le daba seguridad, explicaba el enigma de los restos en el robot de limpieza y su mente, ligeramente relajada, podía generar preguntas más mundanas, quizás como válvula para acabar de liberar tensión. *¿Me preguntará por Sorah?* Descartó la posibilidad en el mismo momento que se planteó la duda. Si en cuanto llegó, había desaparecido directamente, ahora que no estaba, no necesitaba recordársela. No era humana, lo parecía, pero no lo era. No iba a *competir* con Sorah. No podía hacerlo. Y los celos o la envidia no tenían cabida en su programa. De nuevo aquella certeza fugaz que le recordaba que era una máquina. La miró apenado, como si atesorase una verdad que ella no podría comprender. Él sabía quién era Papá Noel y ella era una niña.

Todo lo que había hecho cómodo, llevadero o posible el tener sexo con *otra mujer* allí mismo y sin necesidad de dar explicaciones, era lo mismo que la había deshumanizado un poco.

Pero su cuerpo y su mente se estaban haciendo inmunes a lo evidente y ya le preparaban inyecciones de subjetividad: *ella lo soporta porque está aprendiendo, necesita ganar a cualquier precio, incluso aguantando lo que le duele...*

Se giró y la besó en la frente paternalmente. Aquellos minutos fueron toda la pausa que se concedió. El sistema de iluminación empezó a activarse en el apartamento y miró incrédulo a la ventana. Efectivamente: la noche le había alcanzado.

Se sentó en el taburete alto que tenía frente al simulador, con la mirada del luchador agotado que consigue en el último segundo el empate por puntos. Era una sensación conocida en las investigaciones y a la que un viejo compañero le había puesto nombre: *la victoria de los perdedores*.

Había avanzado mucho, pero seguía sin poder anotar el nombre de un asesino. Lo único que le mantenía relajado frente al simulador era saber que de allí no sacaría nada más. Pero sabía de donde podía arañar más información.

La idea nació tan de improviso, que decidió llamar primero a Sorah para

estudiar su reacción y valorar así su viabilidad antes de hablar con Turing y Roma. Era tarde, pero si jugaba bien sus cartas, podía organizarlo para el día siguiente.

Le pesaba la sensación de que una cuenta atrás viviente recorría la ciudad. Cada hora que pasaba acercaba el momento de volver a detener el contador y señalar una nueva víctima (o varias).

Ajustó su PFI y dio orden de llamar a Sorah

—¿Se puede hacer una autopsia a un androide?

—Hola... ¿Cómo estás?... ¿Bien?... Buenas noches... Amigo, yo no soy un androide de compañía. Puedo irme para dejar que te centres, pero si me llamas, aunque sea para preguntar algo urgente; haz como si te importase.

—... perdona. Buenas tardes... noches. Buenas noches. No hay excusa para haber sido tan frío, por distraído que esté. Tienes toda la razón.

—Por la desorientación temporal deduzco que no has parado desde que me fui. Espero que al menos hayas comido algo —dijo según diluía el enfado—. Respondo a tu pregunta (y contestaré sin cuestionarme cuán rara es y sin avasallarte con las preguntas que a su vez me genera a mi): Respecto a practicar una exploración y análisis del *cuerpo*, evidentemente es posible, pudiéndose comparar con cómo salió, o debió salir, de fábrica. Por otro lado, si te estás planteando cómo o cuándo *muere un androide*, recuerda que no son conscientes de ello, no *entienden* el concepto. Dado su valor, tienen una importante carga de autoprotección en su programa, pero se trata de *cuidar un objeto*. El que realmente sufre la *muerte* de un androide es su dueño, ya que todo lo aprendido, las costumbres adquiridas y sobre todo la personalidad que se ha ido construyendo a lo largo de los años, es literalmente irrecuperable. Se pierde para siempre y... bueno, si te paras a pensar ¿no es eso lo que nos pasa al morir alguien?... No echas de menos un cuerpo vacío, sino lo que lo movía, lo que pensaba, lo que le inquietaba, cómo se relacionaba, cómo te hacía reír o rabiarse, ...

>>La muerte de un androide, la pérdida de su memoria, es como el familiar que sufría Alzheimer: está... pero ya no está.

>>¡Por los dioses! Si estoy dando ya información inútil o repetida: ¡párame! Entre los nervios y tu silencio puedo estar hablando sin parar toda la noche.

—Te sigo, te sigo. Escuchaba en silencio, no te preocupes. ¿No... no hay agonía ni nada así? Solo objeto y memoria.

—No sufren agonía igual que, si somos objetivos, no *tienen felicidad*

como la entendemos nosotros. No tienen emociones reales ni motivaciones. Tienen los dictados de un programa, una conducta adquirida, unas órdenes de sus dueños y unos límites. Que no tengan emociones internas reales hace que nuestro objetivo primordial sea que parezca que sí las tienen y que así lo expresen con palabras, gestos, comportamiento, etcétera.

>>Lo más parecido a mostrar agonía que puede darse en un androide, solo se me ocurre que sea su comportamiento desesperado cuando va a quedarse completamente sin energía, cuando tiene tan poca carga en sus baterías, que puede saltarse el protocolo de no mostrarse ante su dueño recargándose, con tal de no llegar al apagado.

>>Decir que eso es sufrir agonía, es como decir que su felicidad es la estabilidad: cuando va logrando objetivos, consiguiendo cumplir órdenes con éxito, y todo su sistema consume menos energía; *todo está controlado*.

>>Aun sabiendo sobradamente todo esto, cualquier dueño de un androide de compañía, que lo tenga desde hace meses, puede jurarte que *el suyo* sí que siente, sufre, es feliz y, en algunos casos, incluso ama.

—Quiero revisar todos los androides de los escenarios —dijo sin rodeos y sin darse cuenta que pensaba en tres unidades, mientras que Sorah solo sumaría dos.

—De acuerdo. No es una locura. Pero no es una autopsia, o no lo llares así si no quieres que se burlen de ti. Incluso apagados, sin energía, es más: incluso reseteados; todos los ven como objetos, más o menos parecidos a personas, pero simples juguetes al fin y al cabo. Y a algo que nunca estuvo vivo no se le puede practicar una autopsia.

Leo agradeció internamente que Sylvia se hubiese ido para continuar con sus tutoriales, y que no pudiese escuchar la parte de la conversación en la que hablaba Sorah, eso le daba libertad para expresarse cómodamente, sin sentir que no dejaba de repetirle a la cara lo que era. La semilla de creerla humana era tener esa sensibilidad involuntariamente.

—Era solo una forma rápida de explicarme. Pero tienes razón, tendré cuidado con las palabras que emplee.

Se dio un breve silencio que Sorah tradujo de inmediato.

—Necesitas llamar a otro lado, ¿verdad?

—Tengo que hablar con Turing y Roma para ver si es posible organizarlo. Quería llamarte antes a ti para ver si te parecía una locura.

—Gracias por pensar en mi primero —dijo sincera—. No sé si los contactos de Roma pueden llegar a tanto a estas alturas, pero a lo mejor se os

ocurre algo... con la ayuda de Marcus —apostilló sarcásticamente—. Hasta luego.

—Gracias a ti, hasta luego —dado su estado de excitación no se detuvo a elegir las palabras de despedida ni a medir el tiempo necesario para colgar con equilibrada cortesía.

Acompañó la última palabra con el gesto para cortar la comunicación. Y llamó a la vez a los dos contactos siguientes.

Turing fue el primero en contestar, desorientado; y un instante después se sumó Roma. Educadamente les advirtió que se encontraban en una llamada a tres y se saludaron brevemente entre sí.

Al igual que hizo con Sorah, tal vez vencido por el cansancio, fue directo al grano. Evitó hablar de autopsias y estuvo muy lejos de mantener un debate metafísico sobre la vida, la muerte, la felicidad y la agonía; o cómo convertir estos conceptos en números. Pero sí les comentó que había exprimido al máximo la información de los escenarios y que la única fuente interesante que les quedaba por investigar eran los propios androides.

—Pero... pero la policía argumentará que nos pueden *mentir* —intervino Turing.

—Me refiero a ellos como objetos. Ver su estado y explorarlos con un experto —la invitación a Turing la lanzó estratégicamente, en presencia de su superior.

—Si objetivamente no puedes avanzar más con lo que tienes ahora y crees que es vital, podemos intentarlo —casi podía sentir cómo Roma estaba ya pensando en el medio para conseguirlo. Leo no quería plantearse qué tenía más peso en los temores de Roma: si evitar una muerte más o salvar el hundimiento de su imperio.

—Pero no nos dejarán estar a solas con ellos —insistió Turing preocupado.

—No estoy proponiendo un plan para ocultar nada. Si la exploración ha de ser en presencia de la policía, no hay problema.

—Y por supuesto no nos dejarán tocar su software. Ni para cargar ni para descargar nada —las cuestiones del científico le servían de ejercicio para poder demostrar la viabilidad.

—Turing, me he puesto en el peor de los casos: que no nos dejen hablarles ni escucharles, que no nos dejen acceso al software. Joder, que no nos dejen ni tocarlos, pero al menos mirarlos, al detalle y de cerca. Estoy seguro —nada más decirlo se arrepintió de asumir tal compromiso— que

podemos encontrar algo.

En el breve silencio Leo reconoció las dudas del científico y las cavilaciones de Roma.

—Confirmar la autenticidad —resumió triunfal el empresario.

—¿Cómo?

—La excusa ideal: se acusa a los androides de compañía de Real Life Droids. Pues como mínimo tenemos derecho a un examen que certifique que se trata de productos nuestros y no de copias, imitaciones o modificaciones. Hay justificantes de compra, pero eso no garantiza que lo adquirido sea lo que se han encontrado en cada casa. Podemos alegar que con una inspección (por supuesto con presencia policial) tendríamos oportunidad al menos de confirmar que siguen siendo los originales.

—No pueden negarse.

—... podrían negarse; pero estamos colaborando y sería un enfrentamiento que ninguna de las partes necesita. Turing, tú serías el observador ideal ya que lo que podamos apreciar atenderá solo a la mecánica y la estética —dijo Roma, comprendiendo la ausencia de Sorah en la convocatoria.

—Sí... sí, claro. Sin problema.

—Dejadme hacer unas llamadas —antes de poder añadir nada, vieron como el empresario se desconectaba.

Leo tenía preparado un discurso para transmitirles la urgencia y necesidad de hacer aquel examen a la mañana siguiente si era posible, pero se alegró de ver que obviamente no hacía falta.

Algo incómodo a solas con Turing en la línea pero en silencio, optó por despedirse cortésmente, con la excusa de quedar atentos a las novedades que les transmitiese Roma.

Veinte minutos más tarde los dos pudieron leer a la vez el breve mensaje del empresario:

“Mañana, a las 9:30 se nos permite el acceso al almacén de pruebas de la comisaría del Distrito Centro. Tenemos derecho a la detallada revisión de los androides siempre que no implique ensayos destructivos y por supuesto no se permiten interrogatorios ni interacciones con su software. Agradecer de antemano la colaboración e interés de ambos”.

Como todas las órdenes directas de Roma, venía presentada en forma de educada invitación. Sin duda estaba acostumbrado a este tipo de comunicados: breves, directos y unidireccionales, sin margen a la réplica.

Un mensaje de un minuto tras veinte de espera. Sin duda el empresario había agotado sus contactos para conseguir aquello.

El cuerpo del detective aprovechó aquel respiro para dejarle caer sobre los hombros el cansancio de toda la jornada. Fue tan repentino como contundente y era prioritario acudir a la cita de la mañana siguiente totalmente despejado y hábil.

Se fue desprendiendo de la ropa de camino a su cama y se desplomó en ella en ropa interior.

Sylvia no fue a acompañarle. *Esta chica acabará siendo la compañera ideal*, pensó. Desfiló por su mente con otras dos mujeres. Después pasaron escenas puntuales del simulador.

Temió que le costase conciliar el sueño, pero las luces se apagaron a la vez dentro y fuera de su cabeza.

Como parecía ser la tónica habitual cuando trataba con el personal de Real Life Droids; Leo acudió a la cita antes de la hora acordada y volvió a ser el último en presentarse.

A lo lejos distinguió dos figuras que esperaban en la calle, frente a la puerta de entrada a la comisaría. Una era sin duda Turing, la otra era un hombre de altura considerable que supuso era Roma, pero que según se aproximó descubrió que era Marcus.

—Buenos días —antes de poder articular palabra, Marcus extendió la mano y se la estrechó con firmeza—. Le he insistido a Roma en que era mejor que viniese yo, en lugar de él, para evitar que la prensa pudiese conseguir una imagen con la que jugar —hablaba con seguridad y se adelantaba a la pregunta de Leo. El detective no quiso cuestionar la decisión, aunque pensaba que bien podía haberse empleado de imagen de Roma en la comisaría como muestra de completa colaboración.

—Buenos días —aprovechó para estrechar a continuación la mano de Turing, sintiendo la misma resistencia que si apretase un guante vacío.

En el suelo, a ambos lados del científico, descansaban dos pesadas maletas con el equipo que usaría para los exámenes.

—Disculpad el retraso —dijo Leo por pura cortesía.

—Acabamos de llegar, hemos venido juntos. ¿Algo que poner en común entre nosotros antes de entrar? —de nuevo hablaba Marcus. Turing seguía en silencio, como espectador.

—Como sabéis, la confirmación de que los androides que mantienen *retenidos* no son copias ni manipulaciones de los originales de Real Life Droids, es la excusa —inconscientemente bajó la voz y continuó, dirigiéndose al científico—. Turing, toma discretamente restos de debajo de las uñas, registra daños en la piel, deformaciones, partículas en el cabello... da igual que cualquiera de estas medidas no sean relevantes para el estudio que se supone que vamos a hacer, estaremos vigilados en todo momento, pero dudo que dentro haya un experto de tu nivel. Salvo conversar y revisar su software, se nos han permitido pruebas de inspección y, hasta donde yo sé, no nos han facilitado una lista específica de qué revisar —consultó a Marcus con la mirada y éste confirmó con un gesto de negación con la cabeza.

Entraron y tras presentarse brevemente les guiaron hasta la “sala de

pruebas”, que era el nombre que recibía el conjunto de almacenes de la planta subterránea del edificio. Las estancias se dividían por partes iguales en “casos cerrados” y “casos abiertos”, y convergían en la zona central en una habitación más despejada donde Leo supuso que realizaban las tareas administrativas. Había dos mesas con monitores, cada una presidida por un cómodo sillón de oficina. Uno de ellos estaba ocupado por el funcionario que relevó en su custodia al que les había guiado hasta allí, y el otro responsable salió distraídamente de uno de los almacenes para reunirse también con ellos.

Ambos tenían la misma expresión de cansancio; imposible averiguar si el tedio lo provocaba la situación actual o la rutina diaria de sus trabajos, pero se veía más vida en los dos androides que obediente y silenciosamente esperaban sentados en un banco de una de las salas cercanas. Eran los dos modelos de los casos conocidos: la voluptuosa figura femenina de la mansión y la unidad masculina de Seven y Atenea. Ambos tenían las manos sobre las rodillas y observaban con curiosidad.

Aunque parecía que iban a tener poca supervisión directa, se podían apreciar a simple vista todas las cámaras que les monitorizaban y que sin duda grabarían lo que hicieran en todo momento. Dada aquella vigilancia a Leo no le sorprendió la ausencia de Martin.

Mientras los dos funcionarios registraban los datos de la visita, Leo susurró a Turing:

—Por curiosidad: ¿qué fue del androide de Ralf, el tipo que se suicidó en el chalet? —el científico le miró como un conejo en mitad de la noche sorprendido por los faros de un coche, y a continuación frunció el ceño molesto.

—¿Qué coño tiene que ver?

—Solo hago tiempo —dijo conciliador, señalando sonriente a los dos funcionarios—. Es que he visto esos dos androides y me ha venido a la memoria.

—Que yo sepa —respondió mirando de reojo a Marcus— se quedó en el mismo chalet, como un objeto más de la casa. Por nuestra parte ya lo revisamos.

—¿Qué revisasteis?

Turing le miró como si estuviese contando chistes en un velatorio.

—Todo en regla, por favor procedan —invitó uno de los funcionarios elevando la voz para apagar los susurros.

Al entrar en la sala descubrieron a un tercer agente que vigilaba con

recelo a los androides.

El científico sonrió al agente como pidiendo permiso y depositando sus dos maletas en el suelo se dirigió al primero de los androides: el modelo masculino de Seven.

Aprovechando que estaba sentado le tomó las manos, las revisó a simple vista desde varios ángulos, y después con la ayuda de unas lentes de aumento que parecían gafas normales pero que modificaban su óptica reconociendo gestos silenciosos de Turing. Finalmente le puso unos guantes de plástico muy holgados.

—Como se nota que es un modelo masculino. Tiene las uñas descuidadas, cuando hay manicura de reposición incluida en la garantía. Paradójicamente las mujeres se fijan menos en sus uñas que los hombres en las de sus androides femeninas —Leo pudo apreciar cómo el científico daba distraída conversación a los espectadores mientras rascaba las uñas de modo que si había algo caería dentro de los guantes—. Cuando son modelos femeninos las suelen mantener con las uñas immaculadas. Uso guantes mientras los examino para no tocarlos por si luego molestan mis huellas o algo así.

La excusa era ofensivamente absurda, pero el agente asintió con la misma indiferencia con la que aprobarían la elección de las cortinas del cuarto de baño de un familiar lejano.

Retiró los guantes y tuvo buena cuenta de dejarlos aparentemente ignorados.

Sacó un grueso alambre de un aparatoso estuche, era alargado y en principio rígido, lo tomó por un extremo como si fuese un larguísimo lápiz con el que iba a escribir, lo aproximó a la nuca del androide y con un acertado gesto lo sacudió como si fuese a golpear la cabeza. El aparentemente estático alambre se curvó y adhirió a la cabeza, adoptando su figura, desde la nuca continuó la curva de la cabeza, siguiendo por la frente, nariz, labios y barbilla, para detenerse a la altura de la nuez, en el cuello, donde terminaba el cordón metálico. Finalizada la réplica de la forma, se iluminó brevemente el extremo del alambre y el estuche del mismo emitió un destello verde. Con el mismo gesto del principio, Turing hizo que recuperase la rectitud original.

—Esto es solo para tomar medidas —comentó al agente antes de que tuviese que preguntarle.

Repitió la operación desde diferentes puntos y orientaciones, de modo que la suma de la información que llegó al receptor era el detalle tridimensional de medidas del androide.

Concluido este análisis, le ordenó que se pusiera en pie, y que se quitara la ropa.

El androide, sin presencia de dueño alguno, con ciertas nociones de la autoridad policial y recibiendo una orden que ni implicaba daño ni ponía en peligro su propia integridad física, obedeció.

Se desvistió igual que si estuviese a solas en la intimidad de su cuarto de baño y los demás le observaban como si fuese a través de una cámara oculta. Leo solo encontró un punto de incomodidad igual al suyo en uno de los funcionarios, que carraspeó disimuladamente, sin apartar la vista para fingir normalidad.

Turing se recreó revisando el cuerpo con las gafas de lentes intercambiables. En ocasiones estiraba la piel con ambas manos, al límite de que le llamaran la atención. Le peinó poniendo unas bolsas sobre los hombros de forma poco discreta pero su pose era tan tranquila que no hacía sospechar.

Retiró las bolsas y las conservó con los guantes.

Finalmente sacó un escáner portátil, lo aproximó a los pies con intención de iniciar un barrido que recorriera todo el cuerpo, pero una mano le retuvo por la muñeca.

—Un momento, ¿qué es eso?

—Es el equivalente a los antiguos rayos X para las personas, ya que entiendo que no me dejarán abrir para ver posibles daños internos.

El agente puso cara de estar convencido al noventa y nueve por ciento.

—Usando el E.P.D.C. (Escáner Portátil de Daños Corporales) —la descripción resumía correctamente la función, aunque las siglas las improvisó —, cumplo todas las *normas*: nada de tocar el software, nada de manipularlo físicamente y nada de intentar acceder a sus baterías.

—De acuerdo, adelante —dijo liberándole la muñeca.

Turing completó el barrido, empezando desde la punta de cada extremidad para centrarse finalmente en el torso y la cabeza.

Llevó a cabo otros ensayos menores en ojos, oídos, boca y columna vertebral. Se aseguró de haber registrado todos los datos antes de dejarlo y repitió todas las pruebas de idéntico modo con el modelo femenino de la mansión. Leo tenía la sensación de haber estado meses sumergido en las investigaciones, cuando realmente aún no había completado una semana desde el inicio.

El científico comprobó que todos los datos recogidos del análisis del segundo androide también se habían guardado y procedió a recoger los

equipos.

Los agentes fueron parcios en palabras y colaboración, pero el hecho de permitirles realizar todas las pruebas ya era más de lo que esperaban. Leo, en cierto modo, echó de menos al detective Martin, su postura distante y crítica le obligaba a agudizar el ingenio y poner especial atención en los detalles, practicando esgrima con los argumentos de cada teoría.

—Eso es todo —sentenció Turing. Sus palabras parecieron activar a Marcus, que había permanecido en silencio, quieto e inexpresivo como un androide más. El empresario desplegó su radiante sonrisa y repartió generosos estrechones de manos.

—¿Y bien? —preguntó brevemente un agente.

Turing le miró con intriga pero reaccionó al instante, sacudiendo la cabeza como si acabase de decidir lo que quería del menú.

—Oh. Sí, sí, parecen nuestros —resumió torpemente—. Pero no podemos confirmar nada hasta revisar los datos. Enviaremos un informe.

Uno de los funcionarios lo registró en su PFI, le solicitó confirmación verbal al científico y luego a Marcus como responsable de la empresa. Pura burocracia.

Volvieron a la sala central, donde se despidió fríamente el agente que custodiaba a los androides. Uno de los funcionarios insistió en acompañarles a la salida aunque recordasen el camino, y se fueron mientras el compañero tomaba asiento resoplando como si acabara de hacer ejercicio.

Se encontraron reunidos de nuevo en el mismo punto donde habían coincidido antes de entrar en la comisaría.

—Sé que tienes que analizar con calma los resultados, pero ¿has visto algo destacable? ¿Algún detalle extraño o algo en común en ambos androides?

Turing miró incómodo a la puerta de entrada que tenían a diez metros, como si el propio edificio pudiese oírles.

Leo tomó una de las maletas del científico y le invitó con un gesto a caminar para charlar mientras se alejaban. Marcus les seguía, escribiendo en su PFI; seguramente reportaba a Roma el detalle de la visita.

—La verdad es que no hay nada que ocultar. Pero no me gusta hablar aquí. *Estos* mantienen un ataque continuo y parece que todo lo que digas o

hagas será utilizado en tu contra. Los androides: los he visto... bien.

—¿Y esa pausa?

—A ver, tienen algún daño, pero es lo normal, de hecho están bien en comparación con otros que he visto.

—Pero con lo increíblemente caros que son, no es normal que estén dañados, no son un juguete cualquiera.

Turing rio espontáneamente, mientras Marcus acababa de escribir y alzaba la vista. Seguía la conversación atento y serio.

—Sí son “un juguete cualquiera”. Es muy sencillo Leo —se detuvo, dejó la maleta en el suelo y puso las palmas de las manos como si fuese una balanza humana—: Tienes la parte sentimental y tienes la parte física. Los hay que se vuelcan en la parte sentimental, quieren a sus androides, los aman, les confían sus secretos, les compran complementos... —inclinaba una de las manos y el detective le hizo un gesto cansado indicando que ya le entendía—, este tipo de dueño tendrá (o no) relaciones físicas con el androide, pero no son como los que los usan sobre todo (o exclusivamente) para la parte física... ahí, amigo, hay de todo, y no nos engañemos, todos sabemos que estas preciosidades lo aguantan todo —le miró con complicidad aunque Leo no creyó que se refiriese a Sylvia en concreto sino a un nivel más global. Turing niveló las dos manos y las bajó.

—Reconozco que suelo considerar a los androides como algo que se ha de cuidar aunque solo sea por su increíble valor económico, sin pensar que para alguien realmente rico, en proporción, puede no ser más que otro robot doméstico. También entiendo los juegos sexuales y los extremos que pueden alcanzar; pero para llegar a dañar a estas... máquinas... —dijo incómodo, pensando en Sylvia—. Soy detective privado, y antes lo he sido de la policía, estoy seguro de que he visto cosas peores que tú...

—No —cortó Turing con seguridad. Marcus seguía la conversación con visible interés—. Te habrás encontrado con crímenes atroces, cadáveres, sangre... en definitiva daños y desgracias que afectan a personas, pero no creo que hayas visto las perversiones que yo he llegado a... —buscó la palabra— adivinar. Androides con daños que alcanzan las protecciones internas, deformaciones, amputaciones... Mira, cuando pasa el tiempo, si no se da el... joder, ¿cómo le llama Sorah?... ah, el *nacimiento de un vínculo afectivo*, el androide es solo un objeto, súmale a eso que eres rico, así que es un objeto normal, y que lo tienes para lo que lo tienes. Te da lo que quieres, es funcional y aguanta (y le *gusta*) todo lo que le hagas. Y pasa el tiempo y

cada vez vas un poquito más allá... y un poco más y un poco más. Al final puede que acabe excitándote solo lo que está lejos de ser el *sexo habitual*, puede que solo tengas sexo ocasional y normal con humanos y dejes *todo lo demás* para la máquina. ¡Eres rico! ¡Estás por encima del bien y d... ! — consciente de que se alteraba y alzaba el tono de voz, paró en seco y como si acabase de descubrir que estaba Marcus con ellos, bajó la mirada a modo de disculpa aunque mantenía el ceño fruncido y los puños cerrados con fuerza —. Perdonad, pero ya sabéis que se me calienta la boca.

—Creo que lo de antes ha sido una generalización gratuita.

—No lo digo yo —a pesar de su oposición, agradeció la intervención de Leo para calmar las aguas—. Y tampoco hablo ni mucho menos de que sean la mayoría de clientes, solo digo que son una cantidad considerable y que llegan a esos extremos. De estadísticas, estudios y detalles sabe mucho más la experta, pregúntale a ella.

—¿Cómo?

—Cada vez que vamos a diseñar mejoras y proyectar el siguiente modelo, partimos lógicamente de las quejas de los clientes, avances tecnológicos de vanguardia, presupuesto, y en parte también se considera lo observado en los modelos que han vuelto a pasar por Real Life Droids, ya sea por mantenimiento, reparaciones o actualizaciones. Después de encontrar daños físicos graves en varias unidades, Roma lo hizo analizar y Sorah en persona pidió hacerse responsable. Estuvo meses recopilando y analizando daños, tipo, perfil de los compradores, etcétera. Y fue ella la que nos explicó todo lo que te he dicho. Bueno eso y, como te decía, mucho más, con detalles, estadísticas, evoluciones psicológicas, no sé qué de “la carencia de empatía”... y así hasta los cien puntos más o menos que tenía el informe final. Total... para decir lo que todos podíamos imaginar: que a algunos, y a algunas, se les va la mano y les gusta.

Leo valoró si solicitar dicho estudio, pero si era tan amplio prefería quedarse con el resumen expuesto y, dado el interés personal de Sorah, le podría consultar.

—¿Toda la información la recogíais directamente de la observación de los androides que pasaban por las instalaciones?

—Eso he dicho.

—Pero eso es una minoría. ¿No podéis obtener datos remotos de los sensores, por ejemplo?

—Los androides... no... envían... información. Son cien por cien

inaccesibles remotamente salvo para desconectarlos en caso de extrema necesidad y previa activación de esta opción por parte del cliente. Inaccesibles remotamente en tiempo real, e inaccesibles remotamente a datos guardados —Turing hablaba serio y poco a poco, marcando cada palabra y cada pausa, repitiéndose para remarcar lo dicho. Leía uno de los mandamientos al pueblo de Israel.

—Pero igual que el androide los guarda para si...

—¿Comprarías un cuarto de baño con cámaras?

—Eso es absurdo.

—¿Y si te digo que lo que vea se queda solo en la empresa, es confidencial y solo es para tomar datos para hacer mejoras futuras?

—No —reconoció incómodo Leo.

Hubo un breve silencio interrumpido por una llamada dirigida a Marcus. Debía ser urgente, porque contemplaba molesto la pantalla y antes de atenderla lanzó una mirada de advertencia a Turing.

Cuando Marcus se apartó unos pasos para contestar la llamada, aunque observándoles en la distancia, el científico aprovechó para agacharse a coger la maleta. Ocultando su rostro a la vista del empresario, susurró al detective:

—Leo, en serio. Deja de preguntar lo que no toca, céntrate en los putos asesinatos y deja los androides. Haces preguntas incómodas y tendremos un disgusto.

El detective disimuló como pudo, tomando la otra maleta y sin poder devolverle ningún comentario.

En cuanto colgó, Marcus hizo un gesto para llamar la atención de un taxi. Se reunieron frente a él y se despidieron dando todos por hecho que Turing se iba con el empresario.

—¿Cuándo tendrás los resultados? —preguntó Leo a modo de despedida.

—Esta misma tarde, es solo volcarlos y hacer la comparativa.

—Disculpad mis silencios y la tensión, por favor —intervino Marcus—. Iba informando puntualmente a Roma y tampoco estoy cómodo con la situación. Necesitamos soluciones ya —dijo hablando desde el asiento que ya había tomado. Parecía visiblemente afectado.

Se despidieron de nuevo con un gesto. El detective siguió al taxi con la mirada hasta que dio la vuelta a la esquina.

—¿Y qué coño viste en el androide de Ralf, Turing? —escupió la pregunta que le ardía en la boca, la que no tuvo ocasión de formular ya que no podía insistir sin dar más información.

Leo llegó a su apartamento acompañado de un importante dolor de cabeza. Las incertidumbres de los asesinatos, sumadas al amplio abanico de sospechas sin pruebas, empezaban a pasarle factura a su salud.

En ese mismo momento, en otro lugar de la ciudad se consumía la vida de la última víctima del asesino. Leo no podía saberlo pero sentía en el pecho la misma presión que si fuese una premonición confirmada.

Era consciente de que aun sin buscarlo, en paralelo a la investigación, estaba llegando a incómodos jardines secretos dentro de Real Life Droids y tenía que andarse con cuidado. Todas las grandes empresas tienen asuntos que ocultar, pero en el punto en el que se encontraba no quería que le despidiesen por molestar desvelando incómodos temas ajenos a los casos. Se sentía con la obligación y la necesidad de seguir y dar caza al asesino.

En cuanto intentó despejar la mente para no volverse loco durante la espera de los resultados de Turing, inconscientemente pensó en Sorah y en lo insensible que había sido con ella. Eran adultos, sabían lo que querían, lo habían tomado y tal vez incluso sabían qué deseaban para más adelante. También eran perfectamente conscientes de la situación excepcional que les rodeaba y la responsabilidad de cada uno de ellos. Por una parte quería pensar en ella como algo más que el deseo consumado de una noche, pero por otra quería sentirse fiel a la investigación, manteniéndose concentrado y neutral. Sabía muy bien lo que era eso tras años de relación con la mujer que adoraba y el trabajo que amaba. El cruel equilibrio que era imposible mantener a partes iguales en el día a día: cerca del final de un caso, el trabajo fagocitaba su vida personal, mientras que al principio de los mismos (o cuando estaba libre) era su vida personal el motor real y la protagonista.

Nada más llegar, se sentó en el sofá, se quitó su PFI, y la dejó a su lado. Entonces le inundó el perfume de Sorah. No podía ser que tras un día fuese más intenso que poco después de irse. La explicación vino acompañada de un suave masaje en los hombros. Al sentir las manos de Sylvia no se sobresaltó pero tampoco se relajó. Llegó descalza como solía ir, silenciosa y delicada.

Ambos seguían en silencio y el perfume le envolvió confirmando que provenía de ella. Sylvia no era consciente de que el aroma auténtico era personal y único, fruto de la mezcla del perfume y el cuerpo de cada persona. Sorah por ejemplo lo hacía ligeramente más ácido, más fuerte, dando al

original un tono más agresivo. En Sylvia era neutro como en el frasco, levemente dulzón.

Leo no era un experto en perfumes pero asociaba muy bien los olores con las personas, con los recuerdos, y sabía bien cuál era *el de Sorah*, por ello le incomodaba que fuese el mismo olor y también la desesperada intención del androide. Para acabar de confirmarlo, al mirar para arriba vio que se había recogido el pelo, ocultándolo debajo de una peluca que imitaba la forma, el corte y el color del cabello de la doctora. La miró sorprendido y antes de poder decir nada ella bajó la cabeza y le besó en los labios, le miró con ternura y bajó las manos de los hombros al pecho del detective, lo acarició y le miró traviesa.

—Sylvia... yo eh, prefiero que no seas *como ella*... —dijo mientras se levantaba. Ella le miró confusa pero sin dejar de sonreír.

—No digas más. Te entiendo —dijo dándose la vuelta y se dirigió a su habitación; andaba coqueta y se giró guiñándole un ojo como si se tratase de un juego.

Leo estaba desorientado. ¿Había entendido el mensaje? Era bastante claro, pero su reacción, o era suavizada por su lógica artificial, o no la comprendía.

En el instante de recuperada soledad, recordó que esperaba noticias de Turing; que no le coincidían algunos datos con los comentarios del científico; la vigilancia educada pero constante de Marcus; el interés de Sorah por los estudios de maltrato; las dudas sobre qué se revisó en el androide de Ralf.

Por un minuto había conseguido mantener esos pensamientos flotando fuera de su cabeza y de golpe cayeron sobre él como una densa nube que le asfixiaba. Se enfureció como si fuese un paracaidista que se da cuenta de que está pensando distraído en la lista de la compra en lugar de concentrarse en vigilar el altímetro.

Sylvia volvió.

Llevaba una peluca diferente, una que le era dolorosamente familiar. También había cambiado de perfume, anulando sorprendentemente el anterior.

—¿Qué haces?

—Hacer realidad alguna fantasía... —dijo ella sensualmente y sin dejar de aproximarse a pesar de la expresión airada del detective.

Fue a besarle pero él retiró la cara.

—¿Qué es todo esto? ¡No me gusta nada! Quítate eso y déjame un rato a

solas. Espero una llamada importante —añadió la última frase intentando calmarse, pero le estaba resultando imposible.

—Sabes que todo lo que pasa en *nuestra* casa se queda aquí —continuaba sensual, ignorando sus palabras—, puedes desahogarte, puedo ser quien quieras que sea por el tiempo que quieras —volvió a aproximarse—. Acumulas muchísima tensión, parece que te culpas por todo. Date un minuto. Yo te relajo y luego retomas el trabajo —puso sus manos en el acelerado pecho de Leo y estudió su reacción.

Él la rechazó molesto, obligándola a retroceder un paso.

—¿De dónde has sacado eso? —señaló la peluca que imitaba el corte de pelo y el color del de Jessica, tal como lo tenía poco antes de irse—. ¿Y el perfume?

—La vi en una de las fotos que tenías guardada —dijo jugueteando con un mechón de pelo—, compré la más parecida; casualmente en el mismo cajón había un pequeño frasco de perfume, apenas le quedaban unas gotas pero aún conservaba la etiqueta, así que también pude conseguir uno nuevo. Compré todo esto y las otras pelucas esta misma mañana, a través del televisor, usando tu línea de crédito precargado, y llegaron hace media hora por dron. Me atreví a hacer la inversión sin consultarte porque era muy poco dinero y prefería mantener la sorpresa —sonrió triunfal y segura.

—Te equivocas Sylvia. Esto no es lo que quiero y espero que no se repita.

—He estudiado todas las señales, *esto* es lo que deseas. Y además... —se empezó a desabotonar la blusa, sin aproximarse para que pudiese admirar todo el conjunto—. No seas bobo, hazle lo que quieras. Házselo conmigo. Es nuestro secreto —acabó con los botones y dejó la tela suelta; se apreciaban las curvas de los pechos desnudos. Le miró provocadora, manteniendo la pose segura.

—¡Para! —Leo estaba enfurecido. En ese momento no era consciente de que su estado era la suma de la frustración por el caso, la falta de información de la empresa, de la policía, y su estúpido sentimiento de culpa con cada víctima. Y desde luego revivir viejos recuerdos enterrados bajo tierra eternamente fresca no era el mejor calmante.

Por primera y última vez en su existencia, Sylvia malinterpretó completamente lo que creía que eran señales en Leo:

—Toma lo tuyo por derecho. Úsame —tal vez ella tuviese más presente que él que con una orden directa repetida cuatro veces, ella tenía la obligación mecánica de obedecer. Tal vez era la novedad de la ira de Leo. O

tal vez fue la ingenuidad de pensar con su lógica de unos y ceros que el sexo siempre se podía separar de todo: del trabajo, de los recuerdos, de los nuevos deseos, etcétera.

Sylvia se aproximó echando los hombros hacia atrás para que se abriera más la blusa, fue directa a besarle y bajó una mano deslizándola hasta la entrepierna del detective. Lo hizo todo en el mismo segundo y Leo reaccionó airadamente.

—¡No, joder! ¿No lo entiendes? ¡¿Quieres imitar?! ¿Quieres ser Jessica? —avanzó y Sylvia retrocedió al mismo ritmo—. Ella era... el color... eso es: el color en los cuadros de Van Gogh, y su olor... su olor sin perfume era el de la tierra cuando empieza a llover en verano... ¡imita eso! —acompañó la última advertencia con un empujón para hacerla retroceder más y apartarla de su camino, con tan mala fortuna que ella tropezó con un pliegue de la alfombra.

Cayó hacia atrás y golpeó sonoramente la pared con la cabeza. Leo tendió rápidamente la mano para atraparla pero no llegó a tiempo de retenerla y escuchó, impotente, el contundente impacto.

Sylvia se levantó aturdida no tanto por el golpe como por la reacción del detective.

Estaba encajando los hechos y dada su expresión podría parecer que se sentía ridícula (o así lo interpretó Leo).

Le tendió la mano visiblemente preocupado. Ella estaba sentada en el suelo y la aceptó, quitándose la torcida peluca con la otra.

—¿E... estás bien? Yo... perdona, lo siento mucho.

—Estoy bien. Estoy bien. No ha sido nada —cambió la expresión de aturdida a alegre—. Tengo que moderar lo insistente que soy a veces —bromeó conciliadora.

—Por todos los dioses, ¿cómo puedes estar bien con...? —el detective miró el impacto en la pared y se quedó sin palabras. Pasó los dedos por el hueco cóncavo que había quedado y tras unos segundos ausente abandonó a Sylvia para ir directo al simulador. Distraídamente volvió a preguntarle si se encontraba perfectamente bien y si podía hacer algo por ella. Lo balbuceó de camino a la máquina, hipnotizado. Con el mismo miedo que un escritor a perder la frase perfecta.

Mientras el simulador hacía el test de inicio, revisó mentalmente la ruta que debía seguir, de modo que en cuanto estuvo operativo fue directo. Tecleó, gesticuló y delante suyo se reconstruyó el salón de la mansión del

segundo caso. El generoso cuerpo de la víctima que miraba al techo, exhibía el grabado estrellado sobre su piel. Lo ignoró y acercó la imagen junto a él, a la altura de la cabeza, en el asiento contiguo del sofá.

Ahí estaba el hueco cóncavo en la pared. Con idéntica forma, tamaño y profundidad que el provocado por el fuerte golpe de Sylvia, lo que indicaba el violento origen del mismo.

—Hijos de puta... Estoy cansado de que me mientan todos. ¿Qué pretenden?

—¿Qué pasa?

—Un golpe así no es fruto de un forcejeo, o algo accidental. En un sofá, estando sentados, es forzado. Se ha provocado violenta y voluntariamente.

Sylvia le miraba desorientada y sin atreverse a interrumpirle, como si fuese consciente de que no le hablaba a ella sino a si mismo. Ataba cabos en tiempo real y en voz alta. Ni siquiera la miraba, solo contemplaba furioso y frustrado el simulador.

—... Y Turing... hijo de perra... Este androide —señalaba el hueco en la pared virtual— es imposible que no tenga daños destacables. Lo ha revisado, delante de mí, esta misma mañana... Es imposible que no lo haya detectado incluso antes de “revisar los datos grabados”...

Su enfado iba en aumento, estaba molesto por la falta de información por parte de la policía, lo que en cierto modo podía llegar a entender, pero por la parte de los que le habían contratado no se lo esperaba. No si tenía que ver directamente con la investigación.

Descargó su rabia contra el marco exterior del simulador. Y de pronto convirtió toda esa rabia en una respuesta. Su expresión se transformó como la de un lobo devorando una oveja y que es sorprendido por el ruido de los pastores. Se miraba las manos doloridas.

—La furia —balbuceó borracho—. La violencia. ¿Dónde conoció Ralf a Caren? ¿Qué le hacía el tipo de la mansión a su androide? ¿Cómo usaba su androide Ralf, según su propia pareja?... Solo me falta saber qué hacían Seven y Atenea, pero puedo imaginármelo.

Se separó del simulador caminando hacia atrás. Sonreía. Alzó los brazos. Estalló en carcajadas. Y Sylvia, desconcertada por la inestabilidad del detective, le seguía con la mirada. Finalmente se aventuró a preguntar:

—¿Sa... sabes quién es el asesino?

Leo dejó de reírse, como si la pregunta le recordase que había alcanzado solo media victoria. Iba en cabeza pero le faltaban aún unos kilómetros para

acabar la maratón. De todos modos seguía de humor.

—No. Pero sé cuál es *la excusa*.

Miró a Sylvia como si debiese calcular qué, cómo o cuánto podía decirle. Le despertó de esos segundos de duda una alarma en su PFI.

“Llamar a Turing”.

Había transcurrido el plazo límite que se había dado para preguntar. Iba a llamar airado, pero con la PFI en la mano miró al techo, cerró los ojos, tomó aire, volvió a bajar la mirada y entonces marcó el número. Era consciente de que le sería más productivo llamar con calma y guardarse la información descubierta.

—Turing —fue la breve entrada.

—Hola Leo. Ya sé que esperas los resultados de los exámenes...

—¿Los tienes?

—Sí... De hecho yo... intenté llamarte...

—Joder con los misterios, Turing, que estamos en el mismo equipo. ¿Entonces los tienes? —estaba agotando la poca paciencia que había conseguido reunir.

—Sí —pensó cómo ganar más tiempo, pero estaba claro que el detective no estaba para rodeos, su única salida era seguir adelante, todo lo poco a poco que pudiese, pero directo —. Los... los androides presentaban algunos daños menores.

—Eso es lo que comentaste al salir de la comisaría —dijo dándole una última oportunidad.

—Pues verás. Tenemos que vernos en persona.

—¿Cómo?

—Tengo que darte información delicada, y conociéndote harás más preguntas de la cuenta. Quiero que sepas, *sobre todo* —remarcó estas palabras—, que quiero colaborar y que deseo de corazón que averigües...

—¡Pues dime lo que sabes! —sentía que de haber tenido una bola de billar en la mano podría haberla hecho estallar cerrando el puño.

—No puedo. No en una llamada, no es seguro.

—Ah... es por eso —buscó alrededor una idea desesperada y solo encontró una absurda—... Espera.

Acercó la PFI al simulador, lo apagó y volvió a encender. Al otro lado del auricular se escucharía el rápido baile de las columnas en su test de inicio. Un sonido extraño y diferente para todo el que no estuviese familiarizado con su uso.

—Ya está. Es una línea completamente segura —mintió.

En respuesta a los silenciosos segundos de duda del científico, añadió con toda la calma que pudo transmitir a sus palabras:

—Confía en mí, Turing. Es imposible que nadie pueda oírnos o grabarnos —en su favor solo tenía dos débiles bazas: la certeza de que el científico sabía que los encriptadores de señal existían aunque fuesen caros, y la confianza en su palabra que hubiese conseguido ganarse en esos días.

—De acuerdo. Entiendo que lo necesitas saber lo antes posible.

—Exacto. Y si es peligroso que nos oigan, más puede serlo que nos vean reunirnos —continuaba como si diera alas a las teorías de un loco conspiracionista.

—Los daños de los androides no son menores, de hecho son graves y afectan a su estructura interna. No son accidentales y son fruto de un castigo constante.

—¿Qué has encontrado en concreto?

—El modelo femenino de la mansión tiene varios golpes en la parte posterior de la cabeza, de gran contundencia, la deformación es tal que, si no quedara disimulada por el pelo, incluso se podría apreciar a simple vista. Con el escáner portátil comprobé que la tráquea está prácticamente cerrada, en el exterior del cuello no se ve, pero para alcanzar ese estado ha tenido que sufrir mucho más que estrangulamientos sexuales, se tiene que apretar el cuello con algo más que las manos y casi a diario para provocar que se estreche internamente —Leo escuchaba atento. Confirmaba su teoría, pero necesitaba más—. En el modelo masculino de Seven y su pareja... lo de las uñas descuidadas no es un daño meramente estético, no en el estado en el que se encontraban: a punto de caerse, algunas rotas y muchas despegadas hacia atrás. No se pueden separar de la piel como las de los humanos. Para hacerlo sería necesario emplear un destornillador, alicates, paciencia y ganas. Pero es más extraño aún, porque no parece que lo haya hecho alguien, sino el propio androide. No hay marcas de herramienta alguna y bajo las uñas había restos de pintura, yeso e incluso hormigón, el material estaba tan incrustado hacia dentro que fue lo que provocó la separación de las mismas.

—Creo que sé cómo fue.

Con esa información y sabiendo cómo se comportaban los androides con niveles críticos de energía en sus baterías, a punto de desconectarse, y cómo podían saltarse el protocolo de buscar electricidad disimuladamente a escondidas de sus amos, para conseguir energía urgentemente y así no perder

sus memorias (su *vida*). Leo sumó uno más uno.

El detective imaginó en silencio, con los ojos cerrados, a aquel androide, encerrado en la habitación vacía, solo, *desesperado*. Buscando una toma eléctrica, arañando las paredes en busca de los cables tapiados en ausencia de enchufes o interruptores que poder desmontar.

Intuía que las dos mujeres se turnaban observando por la mirilla el macabro espectáculo autodestructivo. Era mucho mejor que dar la orden directa o mutilar uno mismo... hacer que pareciese desesperación real... humana.

Sacudió la cabeza para borrar la escena. Turing esperaba en silencio al otro lado de la línea y Leo se sintió en la obligación de añadir algo como muestra del intercambio de información.

—En la casa de Seven había una habitación cerrada, sin enchufes y con las paredes arañadas —sabía que eran datos suficientes para el científico, pero no escuchó una crítica por su parte, como si ya las hubiese considerado capaces de algo parecido. O tal vez fuese por respeto a las fallecidas.

Asumida la novedad Turing estaba buscando las palabras para añadir la última información.

—Respecto a lo de registrar datos remotos de los androides... se puede hacer y se hace... Descubrí que se grababan y emitían los daños graves que recogían los sensores. Lo extremo, lo que va más allá de cualquier juego. Te digo esto... Escúchame muy atentamente... Te digo esto porque no tiene nada que ver con los asesinatos —sentenció tajante—, pero estás preguntando demasiado sobre el tema.

>>Está claro que los androides no son justicieros vengadores, ni creo que sean herramientas de un asesino. Es todo lo que tenías que demostrar y mantener, así que deja este punto; que atrapen al...

—Pero ¿cómo puedes decir que no tiene nada que ver con los asesinatos? ¡Si se puede acceder a lo que registran, entonces se puede obtener información de la vivienda, de los horarios, de los puntos de entrada, ...!

—No. Todo lo que se puede registrar es solo de los sensores de daños, y únicamente cuando alcanzan valores extremos... Puede saberse, por ejemplo, cuándo recibe un fuerte golpe en la cabeza, saber la hora, la fuerza y el punto del cuerpo, pero no se graba ni video ni audio, no se puede ver quién lo hace, o cómo, o qué dice. Lo que sí podrías sacar son deducciones con el historial: cuantas veces se daña, en qué momentos, cuánto, etcétera.

>>Escucha Leo, todo esto es cuestionable, lo sé, pero insisto en que no

tiene nada que ver con los asesinatos. Joder, hazme caso. Deja que atrapen al asesino, ayuda en todo lo posible, pero deja de indagar sobre lo de los registros de datos remotos. En eso vas a estar solo y conseguirás que te saquen de la investigación. Imagina el tipo de información que pueden tener y de qué tipo de personas... No tienes ni idea de los contactos que hay. Yo tampoco lo sé, pero soy listo, sé lo que se podría hacer con esos datos si los quisieran emplear mal, y tú... tú no eres tonto... o eso espero.

Las palabras del científico no cayeron en saco roto, Leo se las tomó muy en serio. Temiendo que colgara en cualquier momento aprovechó la intimidad para hacerle otra pregunta:

—¿Cómo estaba el androide de Ralf (el del chalet)? —el cambio de tema también le servía como respuesta al cierre del asunto anterior.

—¿Respecto a daños?

—Sí.

—Resumiendo: Tenía un poco de todo...

No era ninguna sorpresa, Caren lo justificó cuando hablaron en la hamburguesería.

—Leo, te digo todo esto como si estuviésemos en persona y solos, que quede claro que solo quiero colaborar. Lo digo porque es una línea segura, porque si pudiesen grabarnos...

Le detuvo el pensamiento paranoico de que el propio detective sí le podía estar grabando. Aun creyendo que la conversación estaba encriptada para terceros, esta suposición marcó el límite de lo que podía aguantar y fue la excusa para colgar.

Leo volvió a llamar, evidentemente sin éxito. Perdió la comunicación con el científico antes de encontrar una forma de preguntarle quién o quienes podían ver aquellos datos remotos. Misión imposible, ya que cualquier intento de retomar el tema habría provocado su precipitada huida.

—Maldita sea —volvía a hablar solo—. ¿Quién podría arriesgarse a pasar por alto la ley? Recoger y revisar los datos de los androides y la información personal, jugándose la reputación o incluso el cierre de la empresa —paseaba errático por el salón—. Real Life Droids tiene rivales ansiosos por conseguir algo así. También sería alimento para todos los grupos en contra de los androides. Arriesgarse de ese modo por un interés estadístico o científico me parece desproporcionado. Recoger toda esta información... joder... eso es... ¡cómo he podido ser tan ciego?!... —alzó la mirada y se sorprendió frente a Sylvia. Ella guardó silencio y él la miró serio, como si fuese la mejor amiga

de un enemigo.

—Ibas a decir algo —invitó ella.

—Nada —buscaba de nuevo su PFI.

—¿Has averiguado algo?

—Tengo que hacer una llamada ahora mismo. Perdona —dijo nervioso.

Marcó atropelladamente el número de PFI de su hermano Paul.

Daba señal pero nadie respondía. Miró la hora y volvió a llamar sin éxito.

Repitió la operación varias veces, visiblemente preocupado. Siempre había bromeado con Paul sobre su PFI. Siempre llevaba el último modelo y nunca se despegaba de ella. Leo la llamaba su tatuaje y su hermano le contestaba que era una extremidad, que incluso un tatuaje se podía eliminar. No recordaba que nunca hubiese dejado de atender una llamada, aunque fuese para decir que estaba ocupado.

Tampoco saltaba ningún mensaje de aviso de ausencia y hacía décadas que legalmente no existían puntos sin cobertura de red en el planeta.

Buscó en su agenda el número de Pandora, la ayudante que trabajaba en el bar. Paul se lo dio en uno de sus desesperados intentos como Celestina digital de encontrarle pareja.

—¡Hombre, por fin! Vaya con los “hermanos ocupados” —respondió Pandora directamente y con sorna.

—¿Qué pasa?

—Pasa que hace dos horas que Paul se fue y que yo tenía que haberme ido. Me ha dejado sola en el bar con estos trastos —hacía referencia a sus compañeros metálicos—. Se ha ido sin decirme nada ni darme indicaciones. No sé cuántas horas extra me debe y no se las pienso perdonar, el pasado jueves...

—Pandora —cortó Leo para centrarla—. Escúchame atentamente e intenta contestar con respuestas claras y concretas, por favor —eran famosas sus divagaciones y no era el momento—. Respecto a las horas extra que te debe, te doy mi palabra de que te las pagaremos dobles —improvisó desesperado.

—Joder, ¿en serio?

—Sí, pero ahora dime: ¿A qué hora se ha ido?

—Te lo he dicho: hace dos horas.

—¿Exactas?

—Más o menos... tal vez algo menos.

—¿No le ha dicho a nadie a dónde iba?

—No. Le llamaron por teléfono. Él estuvo llamando a alguien insistentemente, no le respondía y al final dijo que se iba corriendo, solo eso.

—¿No tienes ni idea de a quién llamaba?

—Por cómo se preocupaba pensé que te llamaba a ti o a Luna, aunque a ella la ha visto esta misma mañana.

Leo guardó silencio unos segundos, pensativo. Una sospecha le recorrió la columna hasta la nuca.

—Has dicho antes que has estado intentando llamarme.

—Sí, y no has contestado ni una vez.

—He tenido la PFI al lado todo el tiempo... —una certeza le golpeó en el pecho y ató cabos en voz alta—. Me han instalado un maldito inhibidor de señal regulable... Turing dijo que me había intentado llamar y pensé que era una excusa...

—¿Quién? ¿un inhibidor de qué?

—Nada. Luego haremos una prueba, ahora no quiero arriesgarme a perder la comunicación. ¿Sabes si iba lejos o cerca?

—Coño Leo, que ya te he dicho que no me ha...

—Te he oído, pero hay otras pistas: ¿le has visto coger el abrigo o las llaves del coche?

—No, no ha cogido el abrigo, lo veo aquí. Y hoy no ha usado su coche, le ha traído Luna a primera hora y ella se ha ido nada más dejarle.

—¿Ha llamado a un taxi?

—Desde el bar no, pero al salir a la calle no tengo ni idea de si ha cogido uno o no. Eh tío, me estas acojonando. ¿Pasa algo malo?

—No, nada —mintió. Aún no podía acudir a la policía. Martin fue uno de los pocos que había enviado datos a su PFI y de algún modo le habían transferido el software con el inhibidor. Además por ahora solo se trataba de un adulto que se había ausentado menos de dos horas de su negocio.

Sylvia miraba impotente al detective, escuchando solo la mitad de la conversación. Se había abotonado la blusa y le observaba en su deambular nervioso y ausente por el salón.

—Haremos una prueba, Pandora. Voy a colgar, llámame de inmediato. Si no consigues señal, te llamaré yo a ti en dos minutos.

—Okey.

Colgaron y Leo esperó ciento veinte desesperantes segundos mirando su PFI, comprobando si había fallos puntuales de cobertura, batería baja, llamadas silenciadas o cualquier posible respuesta. Nada. Todo correcto y

silencio.

Tenía sentido que hubiesen activado el inhibidor de modo que no pudiese recibir llamadas pero sí realizarlas, de esta manera mientras llamase no sospecharía hasta que se diera una situación como la presente. No sabía cuándo se lo habían instalado ni desde qué momento lo habían activado.

—Hola —llamó él finalmente.

—Te he llamado como diez veces, la última desde la PFI de un cliente.

—Vale. Mi PFI... debe estar estropeada. Yo localizo a Paul, no te preocupes. Solo te pido que esperes algo más en el bar, por favor. Mantengo lo de las horas extras al doble de su valor.

Aceptó la oferta a regañadientes y colgaron tras despedirse.

Leo estaba seguro de que solo recibiría una llamada. La de alguien imponiéndole unas condiciones con una voz familiar.

—Por favor... te lo suplico... dime algo —imploró Sylvia.

—Tengo que salir. No salgas para nada. Quédate en casa por si Paul viniera aquí —mientras hablaba aceleradamente, se aseguró la PFI, se puso los zapatos que había abandonado y cogió la chaqueta—. Si viene —se detuvo frente a ella para remarcar el mensaje—, que se ponga en contacto con Pandora, yo la iré llamando a ella periódicamente. No me fio tampoco de la PFI de Paul, no recibe mis llamadas.

Sylvia asentía repetidamente, con los ojos muy abiertos y finalmente pudo articular palabra justo cuando Leo iba a salir ya del apartamento.

—El... el asesino... ¿sabes quié...?

—*La asesina. La asesina es Sorah* —puso el punto final a la frase con el cierre de la puerta. Mientras esperaba el ascensor ya estaba marcando de nuevo en su PFI.

24

El joven Alejandro tenía a su androide, un modelo masculino que aparentaba doblarle la edad, tendido en el suelo sobre la alfombra.

Boca abajo, desnudo y con las piernas separadas, recibía obediente y silencioso las embestidas de su amo, que lo sodomizaba.

Alejandro apretaba con una mano y con todas sus fuerzas, la cabeza de su androide contra el suelo. A pesar de la aparente violencia de la escena y la tensión constante de su cuerpo, extremadamente delgado y definido, mostraba una expresión tranquila y placentera.

Alcanzó el orgasmo y arqueó su espalda hacia atrás, tensándola hasta quedar mirando el techo. Disfrutó y atesoró el momento de éxtasis en silencio, manteniendo la pose como el perfecto modelo de un escultor.

Cuando volvió a mirar hacia abajo, soltó la cabeza del androide de golpe, sacudiéndose algunos pelos que se le habían quedado pegados en la mano como si fuesen vómito que había tocado por error.

Se levantó violentamente como si acabasen de abandonarle en un vertedero desconocido.

—¡Levántate cerdo! —escupió— Qué asco me das. ¿Qué... qué pretendes, atractivo seductor? ¡Vete! —señaló el extremo opuesto de la amplia y lujosa habitación.

El inexpresivo androide caminó cabizbajo hasta el rincón señalado y se sentó en el suelo. A pesar de la invitación a desaparecer, se quedó en la misma habitación como fiel actor, conocedor de su habitual guion y coreografía.

Alejandro se vistió apresuradamente de cintura para abajo, sin dejar de insultar al androide y maldiciendo su suerte.

Se detuvo, se sentó en una silla y ocultó su cara con las manos. Hizo amago de llorar, pero las lágrimas no acudieron a la cita.

Liberó su rostro y mantuvo la mirada sobre un punto indeterminado de la pared. Se congeló en el tiempo durante cinco minutos y empezó a peinarse con las manos distraídamente. Suspiró profundamente de modo casi cómico, con una amplia sonrisa, como si acabase de recordar algo divertido de una amistad añorada. Asentía muy levemente con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Anda... ven aquí, tonto. Un segundo sin ti y ya me siento vacío.

Su servicial posesión acudió a la llamada, sentándose al lado, en una silla.

Alejandro le acarició el pelo y lo contempló con ternura, como si acabase de llegar tras muchos días de ausencia.

—Que guapo eres —susurró.

El rutinario guion continuaba. El androide tenía órdenes específicas que seguir con palabras y situaciones concretas. Ese alago, por ejemplo, implicaba intentar besarle. Él debía obedecer, lo que el joven aprovechaba para reaccionar desproporcionadamente en la dirección que le apeteciera. El punto de incertidumbre hasta la siguiente cruz en el suelo del escenario, la siguiente señal clara para continuar la coreografía.

Obediente en su interior y aparentemente apasionado en su exterior, el androide aproximó sus labios a los de Alejandro para besarle.

—¡¿Qué haces?! ¡A mí no me gusta esto, cerdo! —le empujó con tanta violencia que casi le hizo caer. Se levantó y empezó a deambular airado por la habitación. Hablaba en voz alta pero el discurso estaba más dirigido a sí mismo que a su programado amante.

—Mi padre... el que me *ama*. Que me da esas charlas en las que es tan próximo, tan sincero y taaaaaan comprensivo. Diciéndome que su prioridad es que yo sea feliz. Que él ha sido afortunado en los negocios y en la salud, que es feliz y desea lo mismo para su primogénito —el androide escuchaba inmóvil, con las manos sobre las rodillas, con la misma expresión neutra que las otras cien veces que había escuchado el mismo monólogo. Estaba capacitado para reflejar infinidad de expresiones, pero la experiencia le había enseñado a ser neutro. Las poses coincidiendo o incrédulo o preocupado, las interpretaba Alejandro aleatoriamente, reaccionando con ira, pena, rabia o derrumbándose, según el día. Seguía inexpresivo para respetar su principio de autoprotección—. Me regala —continuaba el joven con sorna— un... un ente mecánico. Un juguete millonario —señaló con desprecio a su paciente amante—. Y como si tuviese que medir las palabras conmigo, con el mismo tacto que si fuese un puto crío frágil e inestable. Me... me dice que *lo use*... que *te use*. Para conocerme. ¡Alucina! “Para conocerme”, aceptarme y ser feliz... ¿Ahora resulta que no me conozco?...

Hizo una breve pausa reflexiva y retomó el discurso.

—No soy idiota... Sé muy bien lo que es un homosexual. No me importaría reconocerlo si lo fuese. Pero es que no lo soy, joder —se sentó de nuevo al lado del androide, hablándole con calma, como si fuese un viejo amigo—. Lo que pasa es que no ha aparecido la mujer de mi vida, mi media naranja, ya sabes. Estoy seguro de que llegará —hablaba ilusionado, como el

narrador de una ensoñación—, la conoceré por casualidad, en cualquier sitio, bastará un segundo y lo sabré... lo sabremos los dos —acariciaba la cara del androide con dulzura. Se levantó y caminó de nuevo por la habitación ligeramente encorvado. Parecía un viejo político dictando su biografía:

—¿Solo porque no tengo una novia soy un marica? ¿O soy uno de esos desorientados bisexuales, que en realidad solo son unos cobardes indecisos? —de nuevo empezó a elevar el ritmo y el tono— ¡Pues no, papá! Lo siento, a lo mejor querías otra hija o ser el único *macho* de la familia. No... no entiendo tu jugada porque yo —se acercó al androide, le sostuvo la barbilla con ternura, haciéndole mirar hacia arriba—. Dioses... pero que guapo eres...

La campana que anuncia la reanudación del combate de boxeo sonó nítidamente dentro del amante mecánico. Una orden directa para el cerebro programado a la que respondió de inmediato un cuerpo esclavo.

El androide aproximó los labios al joven y éste le recibió apasionadamente. Se fundieron en un largo beso mientras Alejandro acariciaba al androide y se sentaba sobre su regazo.

De repente, como si hubiese tocado un enchufe, el joven se levantó desorientado y furioso.

—¿Otra vez, maldita máquina? —se limpió los labios con el antebrazo— ¡Te voy a dar lo que te mereces!

Descargó dos puñetazos contra la cara del androide y le empujó para atrás haciéndole caer con la silla. En el suelo hizo amago de incorporarse, pero el joven, con el pelo caído hacia delante y los ojos inyectados en sangre le propinó una patada en las costillas, a lo que el androide respondió permaneciendo inmóvil, en posición fetal.

Creó oír la puerta trasera de la casa, la que daba al jardín interior. Pero estaba aleccionando a la máquina y no era momento de ir a comprobar si había vuelto a cerrarse de golpe por una corriente de aire. Luego le enviaría a mirar.

—¡Toma marica! —una segunda patada—. Eres solo una cosa. Un objeto que se ha fabricado y que se ha comprado con dinero. Como... una tostadora o un inodoro. No tienes ni idea de nada, viejo.

Echó la pierna hacia atrás para descargar otra patada con todas sus fuerzas pero le paralizó un grito.

—¡Ya basta! —la poderosa voz distorsionada artificialmente pero grave, de un desconocido en su casa, en su propia habitación, le congeló y le hizo

desear que estuviese allí su padre.

No fue capaz ni de hablar, como si fuese él el intruso sorprendido en una vivienda ajena. Su único acto reflejo fue quedarse quieto.

La imponente figura, en cambio, actuó con sorprendente naturalidad. Rápidamente se agachó, cubrió la cabeza del androide con una capucha antes de que pudiese verle e inmovilizó sus manos a la espalda, esposándole con un útil de la policía. Le daba igual que le escuchara gracias al distorsionador de voz, pero no podía verle. El androide no.

Anulado como testigo, le acarició la cabeza con ternura y se dirigió al joven.

Alejandro interpretó el buen trato al androide como un gesto de debilidad e intentó reunir valor para imponerse.

—¿Qué haces en mi casa? ¿Sabes quién soy, payaso? Podrás robar algo, pero mañana te va a seguir media...

El asaltante recorrió la distancia que les separaba con dos largas zancadas y sin detenerse le dio un puñetazo en la boca. El joven no tuvo tiempo de esquivarlo ni de cubrirse. Retrocedió aturdido, se llevó las manos a la boca y las quitó de nuevo para escupir una importante cantidad de sangre densa.

Alejandro lloraba como un niño caído en mitad del parque sin ningún adulto cerca. Miraba la sangre de sus manos y del suelo, incrédulo, como si fuese de otra persona. Aquello no podía estar pasando.

—¡Ataca, estúpida máquina! Me están haciendo daño.

Aunque no hubiese estado inmovilizado, los principios de no intervención en conflictos de los androides, hacían que, incluso una desesperada orden directa como aquella, pudiese ser ignorada. El atacante ni se giró a mirar si seguía echado en el suelo; sabía que era así. En cambio cogió a Alejandro por la muñeca, le dobló el brazo a su espalda y así lo pudo manejar libremente. Le forzó a sentarse y aprovechando la escasa resistencia reunió las dos muñecas a su espalda para esposarlas a la silla.

Respecto al problema de que pudiese verle y escucharle, no era solo que le diese igual, es que era lo que necesitaba.

Con toda la situación controlada, el asaltante se mostró aún más relajado. Incluso sonreía abiertamente.

—Eres infinitamente más estúpido de lo que me imaginaba. He perdido media hora estudiando dónde estaba la alarma para desactivarla pero después me encuentro la puerta del patio abierta y ahora no has hecho ni un amago de activar la alarma en remoto —el joven se maldijo por no haber sido capaz de

reaccionar en pleno bloqueo—. Bueno... que no tengo mucho tiempo... Sé cositas de ti, Alejandro...

—¿Quién coño eres? ¿Qué quieres? Mi padre te dará tod... —cortó desesperadamente.

Antes de poder acabar la frase, la respuesta inmediata que obtuvo fue un violento guantazo que le hizo girar la cara y provocó que se le hinchara la mejilla izquierda.

El intruso cerró la puerta de la habitación y en su camino de vuelta tomó la silla caída del androide, echó un rápido vistazo a las ventanas para asegurarse de que estaban cerradas y se sentó delante de la víctima.

—Shhh... —continuó como si no hubiese pasado nada, sellando sus labios con un dedo—. Hablo yo —retiró la mano para mostrar una amable sonrisa—. Decía que sé cositas de ti, Alejandro. Una es que esta habitación está insonorizada. Algo que solicitaste tú mismo, supongo que para poder gritar y hacerle lo que quisieras a tu amante, manteniendo una pulcra imagen fuera de tu preciosa casita. Eso fue para hacer cosas de niño malo, pero para mí es una muy agradable novedad. Siempre he tenido que ser o rápido o silencioso, pero hoy... —desplegó otra amplia sonrisa.

Se levantó como si acabase de recordar algo. Fue hasta el pequeño charco de sangre provocado por el primer golpe, y tras mojar los dedos de las manos enguantadas fue escribiendo en la pared.

—... Es por si luego se me olvida. Es que esto es nuevo —contestó a una pregunta no formulada.

Tuvo que empapar varias veces los dedos para completar la frase.

“TE ECHO DE MENOS HIJO”.

Se separó y contempló las palabras como si fuesen una obra de arte que tuviera que tasar.

—No es nada original. Pero junto con otras pruebas repartidas por aquí y por allá, cuando encuentren tu cadáver, apuntarán a quien deben.

El joven lloraba e imploraba perdón por algo que no sabía que había hecho, pero el asesino le ignoraba contemplando de nuevo la frase, insatisfecho con su trabajo.

—Ni siquiera tiene sentido... pero bueno, esa es la gracia —sonreía y hablaba más alto para mantenerse por encima de las súplicas de Alejandro—. Tampoco debe tener mucho sentido si se trata de los desvaríos de alguien que se ha vuelto loco.

Volvió a sentarse frente al joven cuando una serie de mensajes pitaron en

su PFI y los leyó con calma.

—Información de la cita de la que me he librado y gracias a la cual nos hemos podido reunir —sonrió divertido—. Tenía que ver cómo estaban otros hijos míos, pero si te soy sincero, tenía miedo de que me reconocieran. Antes era muy bueno con todo esto, pero últimamente se me escapa algún detalle. Muchas gracias Marcus —dijo a la PFI—. Pero... ¿qué modales tengo?... No me he presentado aún.

Apartó la mirada de la pantalla y se enderezó frente a su interlocutor para continuar.

—Soy Roma. Tal vez no me conozcas, pero soy un importante... creador. También soy empresario, pero se debe decir primero lo más importante —le tendió la mano y la retiró—. Perdón, las esposas, claro.

El joven repetía súplicas, rezos y perdones como una oración milenaria susurrada. Roma le cogió por la barbilla y le sacudió la cabeza suavemente para recuperar toda su atención.

—Cuando iba a ver a mi madre a la residencia de lujo donde estaba, le explicaba lo que hacía, lo que sentía, lo que creaba y cómo arreglaba las cosas; cómo equilibrio el mundo y hago justicia. Recuerdo que le hablaba tomándole las manos y ella, agotada por la vida y con un hilo de energía, aún reunía fuerzas para retirar las suyas poco a poco, mirándome asustada. Sin duda ella misma se daba cuenta de mi genialidad, de mi poder y claro... de mis responsabilidades.

Sacudió la cabeza y recuperó la sonrisa, como si volviese de una ensoñación.

—Perdona, si me voy tanto por las ramas no acabaré nunca. Es que antes pensaba que no era del todo sincero, pero las señales me han indicado la gran verdad... Nada, olvídate de eso. Ahora estoy contigo, seré breve antes de que acabe todo... oh, vaya... creo que se te ha escapado el pipí. No pasa nada —le dio unos cachetes, paternal—, es normal, les ha pasado a otros antes. Y deja de decir “por favor”, ya suena irritante y no quiero tener que amordazarte para una vez que puedo evitarlo.

Cerró los ojos teatralmente y tomó aire como para centrarse. Sabía que se le agotaba el tiempo.

—Alejandro. Te has portado muy mal. Tienes suerte —consultó su PFI—, de que tengo mucha prisa porque hay un plan en marcha y tengo otra cita muy muy importante. Esta mañana, de hecho en este mismo instante, tenía que ir a comisaría, pero un atento compañero que se preocupa más que yo por

la empresa, se ha ofrecido. Eso me ha dejado unas horas libre... Te tenía en el número uno de la lista y sin embargo pensaba que ya no encajarías en la obra. Pero sin duda se trata de otra señal de mi misión y no podía desoírla.

>>Nadie tiene que maltratar a las personas, pegarles, hacerles daño, mutilarlas... Sí, Alejandro, ese hijo mío —señaló al androide sin girarse— pasó por nuestras instalaciones para ponerle un brazo derecho nuevo... y por todo lo que he podido ver después, la cosa no ha ido a mejor. El daño gratuito no es bueno... otra cosa es que se practique para... bueno, para castigar y enseñar a los injustos.

>>Por fortuna me encuentro de muy buen humor. Está a punto de acabarse todo. La mitad de mí que quería que me parasen, que me descubriesen, ha hecho todo lo que ha podido, pero joder... no lo hacen, y eso quiere decir que la misión de la mitad justiciera es auténtica. Yo *tengo* que seguir.

Sacó lo que parecía un corto y afilado cuchillo con una delicada empuñadura de metal que hacía que el conjunto pareciese una única pieza. Tenía una improvisada funda para poder llevarlo en el bolsillo sin peligro y al retirarla se pudo apreciar que se trataba de un bisturí.

—Una cosita. ¿Coleccionas algo?... Disculpa el cambio de tema, ya te dije que estas visitas las suelo preparar y estudiar mucho más, pero ha sido todo tan rápido...

Alejandro, bloqueado, no podía decir nada. El empresario, consciente de ello, tomó aire y decidió mentirle para conseguir alguna respuesta rápida; un segundo vistazo a su PFI le confirmó que no tenía tiempo para hacer un registro por su cuenta.

—No te mataré, eres muy joven y creo que te he asustado lo suficiente como para no repetirlo más. ¿Verdad? También dudo mucho que vayas a hacer alguna denuncia y olvidarás mi cara. ¿Verdad? —repitió.

El joven no le podía creer, pero necesitaba agarrarse a algo antes que asumir una muerte segura. En respuesta a sus preguntas asintió repetidamente con la cabeza.

—Muy bien. ¿Coleccionas algo? —del bloqueo pasó a la desorientación, así que Roma continuó ayudándole—. Maquetas, esculturas, relojes, ... lo que sea.

—Se... sellos. Tengo una valiosa colección de sellos —dijo esperanzado, con la ilusión de ver convertido el intento de asesinato en un simple hurto.

—Sellos... perfecto. ¿Serías tan amable...? —señaló vagamente con el

bisturí a la puerta preguntando por la ubicación concreta.

—Ah... e... el salón. Están en el salón, en las estanterías del mueble negro. No me hagas daño, por favor. No diré nada. Jamás. He... he aprendido la lección. Yo le amo —señaló con la cabeza en dirección al androide—, puedo cuidarle. Y los sellos... hay algunos muy especiales, caras rarezas, pero no me.... —se le quebró la voz y empezó a llorar de nuevo. No era estúpido.

—Alejandro... Los dos sabemos que vas a morir.

Roma tenía prisa pero no quería privarse del placer de matar a una víctima que era perfectamente consciente de lo que iba a pasar. Su sensación de poder era alimentada por las súplicas, la impotencia, la rendición y finalmente la desaparición del brillo. Seven le robó buena parte de ese premio y ahora lo estaba recuperando.

—Sé que puede sonar un poquitín prepotente pero en cierto modo reconocerás que soy como un Dios... Yo doy vida —señaló al amante mecánico y lo miró como un padre orgulloso de su hijo—. Yo juzgo. Y yo —le cruzó el cuello con un rápido corte—... quito la vida.

Saltó rápidamente hacia atrás haciendo caer la silla, para evitar mancharse con la sangre que manaba. El corte había sido preciso y profundo por el hábil giro de muñeca que acompañó al movimiento del brazo.

Contempló cómo el joven, impotente, hizo amago de llevarse las manos a la garganta, lo que le fue imposible de hacer por las esposas. Alejandro asustado, vencido, con los ojos desproporcionadamente abiertos, se despidió de la vida. Roma, concentrado como un científico al microscopio, lo observó atento hasta que desapareció el brillo de los ojos y la cabeza cayó hacia delante. Chasqueó la lengua y se relajó satisfecho.

Iba a abandonar el bisturí pero le había cogido apego tras varias intervenciones. Decidió sumarlo a la colección de recuerdos. Revisó el escenario con cautela por si se le había caído algún objeto personal y se aseguró de que en su ropa no hubiera restos de sangre, evidentemente luego se desharía del traje, pero no podía arriesgarse a salir a la calle con salpicaduras sospechosas.

Acarició de nuevo con ternura la encapuchada cabeza del androide.

—Adiós hijo mío, ya pasó todo.

Se dirigió al salón y miró de nuevo la hora, según sus cálculos ya era el momento de llamar al hermanito:

—Hola, ¿eres Paul, el hermano de Leo? —dijo fingiendo ansiedad

mientras localizaba entre los estantes los álbumes de sellos.

—*¿Con quién hablo?*

—Oh, perdona, soy... Robert, disculpa la molestia. Trabajo en Real Life Droids y colaboro con tu hermano en la investigación —hablaba mientras pasaba con calma las páginas del álbum que encontró con la cubierta más elaborada—, pero no consigo contactar con él. Seguro que no pasa nada importante, pero dado el reciente asesinato de un empleado cercano, nos han pedido que extrememos las precauciones —Paul seguía la conversación atento y en silencio—. Leo tiene hoy una cita importante, pero al intentar contactar con él para recordársela no hemos obtenido respuesta.

Tras pasar varias páginas cargadas de sellos, se encontró con una en la que destacaba un único ejemplar en mitad de la hoja. Lo cogió con sumo cuidado, se lo guardó y eligió otro al azar de entre las atestadas páginas para presidir la hoja del sustraído. En ningún momento dejó de hablar:

—Este es el único contacto alternativo que tenía. ¿Por casualidad no habrá pasado hoy por su establecimiento?

—No, aquí no ha estado en todo el día. ¿Dices que no contesta a su PFI?

—Así es.

—Mira, ahora tengo el negocio tranquilo. Haremos una cosa —el instintivo proteccionismo del hermano mayor hacía que tendiese a ponerse al mando—: Voy a llamarle, si tampoco obtengo respuesta me pasaré por su casa.

—Un compañero ha ido ya y no estaba en su apartamento. En cambio, si no es mucha molestia, lo que está relativamente cerca del bar es el lugar al que debía asistir... El mismo compañero está de camino, pero aún tardará en llegar.

—Dame la dirección.

Le envió las señas acompañándolas de una explicación:

—Se trata de un gran edificio, una mansión, donde lamentablemente sucedió el primer asesinato que el propio Leo está investigando. Aunque haya precinto policial, ya no hay agentes. La puerta está cerrada, pero no con llave ya que la cerradura quedó dañada —Roma se había preocupado de dejar abierto, antes de su visita a Alejandro, usando la misma llave que consiguió y empleó para cometer el asesinato del microondas—, ¿podrías pasar a ver, con cuidado de no tocar nada por favor? La policía ya está avisada de la visita y aunque ya tienen recopilada toda la información tenemos el compromiso de ser cuidadosos. Como digo, en breve llegará el compañero.

>>Con un poco de suerte Leo ya estará allí y se tratará solo de un problema con su PFI.

—Le llamo y salgo —los comentarios del supuesto ayudante no le tranquilizaron.

Ya en el jardín Roma se quitó la película transparente que llevaba adherida a la cabeza. Una lámina de plástico que evitaba la posible caída de cabello en el escenario. Algo que los diamantes habrían localizado con facilidad. También se quitó las fundas de los zapatos que evitaban que dejaran huellas claras y que pudiesen soltar partículas rastreables. Y finalmente se deshizo del distorsionador de voz.

Todo engranado, por orden y mejor de lo que esperaba. Paul se había ofrecido a ir antes de que hubiese tenido que pensar en cómo insinuárselo. Sonrió ante la ingenuidad de pensar que el escenario de un crimen permanecía libremente abierto con una puerta sencillamente entornada, se la había jugado aunque contase con el nerviosismo del hermano, pero había salido bien; al fin y al cabo el pobre diablo no tenía nada que sospechar de un humilde colaborador.

También había conseguido un hueco para Alejandro, su espina pendiente por fin arrancada. Y ya iba de camino al apartamento de Leo donde solo había dos posibilidades: Si no se encontraba allí; perfecto. Si se encontraba allí; se precipitarían las cosas y tendría que mover a los peones, pero todo sucedería igual: Fuera como fuese, en cualquiera de las situaciones, al final iban a morir los tres.

Se felicitó por la flexibilidad de su plan y disfrutó del frescor de la tarde. Estaba siendo un excelente día para matar. El ideal principio del final.

25

La prioridad de Leo era salir de su apartamento. Aunque Turing había confesado que solo se podía acceder remotamente a los androides para obtener información de daños, no se podía fiar. Tal vez pudiesen registrar más datos, en tiempo real o por grabaciones; al fin y al cabo eran máquinas que podían ver y oír.

Su compañera de apartamento era un regalo muy caro y que venía directamente de aquellos que más interesados estaban en que no se supiese su secreto. ¿Hasta qué punto podían haber llegado? ¿Qué nivel de control habían querido tener sobre la investigación y sobre el propio detective?

Tal vez estuviese pecando de precavido, pero ese instinto le había mantenido alerta y vivo durante todos los años de servicio. En cualquier caso, haber mentido abiertamente a Sylvia no suponía ningún problema y si alguien podía oír lo mismo que ella, solo encontraría desorientación.

Consideraba un acierto haberse inventado la acusación a Sorah, así como salir de la vivienda. Pero estaba muy lejos de estar tranquilo.

Su desconfianza se extendía a su PFI, pero comprobado que al menos podía realizar llamadas, y dada la urgencia, no tenía más remedio que usarla.

Sin poder localizar a su hermano, necesitaba saber al menos cómo se encontraba Sorah y avisarla.

Dos desapariciones sí le empujarían a acudir a la policía, por comprada o chantajeada que pudiese estar. Pero si solo se había ausentado su hermano, perdería el tiempo en comisaría, un tiempo muy valioso.

Aún en el vestíbulo de su edificio decidió ir a casa de Paul y se maldijo por no tener el número de PFI de Luna. Al salir a la calle no se podía haber imaginado quien estaba espiando, impaciente, sus movimientos.

En cuanto salió del apartamento había intentado llamar de nuevo a su hermano, y ahora marcaba aceleradamente el número de Sorah.

Roma llevaba treinta desesperantes minutos aparcado a una distancia prudencial del edificio de Leo. Se dio un pequeño margen de diez minutos

más de espera, antes de verse obligado a subir y modificar el plan. Tenía una alternativa pero era reacio a fastidiar el original que había orquestado con tanta precisión. Se impacientaba porque ya había llamado a Sorah con una excusa cualquiera para convocarla en la mansión; los necesitaba allí, pero *aquellos dos* no iban a aguantar indefinidamente esperando cuando se reuniesen. Y Leo aún estaba en casa.

Seguía atento las llamadas del detective y creía que aún no había descubierto que tenía instalado un inhibidor. Revisaba de nuevo la lista de interlocutores, ya que no tenía acceso al detalle de las conversaciones: Había hablado con Turing, lo que no le preocupaba ya que éste no sabía nada, supuso que era por los detalles sobre los androides estudiados. Luego había intentado llamar a Paul, se le escapó una sonrisa de satisfacción al imaginar cómo empezó a ponerse nervioso en ese punto, no tenía sentido que le llamase tan pronto, no lo tenía previsto y lo achacó a una comunicación excesivamente frecuente entre los dos hermanos. Después una llamada a una tal Pandora (según figuraba en la agenda de la PFI de Leo), sería alguna amiguita.

¡Un momento! Estaba marcando el número de Sorah. Miró nervioso la hora, aún no podía ser. Todo respondía a un orden muy preciso. La más mínima sospecha o un peón que se moviese de su lugar y le tocaría echar mano de la odiosa improvisación. La improvisación llevaba a los fallos. Y los fallos le condenaban a prisión... o lo que era peor: a no permitirle acabar de cerrar el círculo.

Estaba siendo bastante satisfactorio pero también agotador hacerlo todo él mismo, pero lo tuvo claro desde el principio. Su misión y responsabilidades eran algo que no podía hacer entender a cualquiera, era consciente de ello. Para esta compleja fase final podía haber contratado los servicios de sicarios profesionales o de simples matones para que le ayudasen en campo, pero ¿cómo fiarse? Si eran estúpidos podían fallar y si eran listos... cuando saliese todo a la luz, cuando por fin se cerrase el plan, podrían delatarle, pedir una recompensa o sencillamente chantajearle. Y la idea de contratarlos y asesinarlos después se le antojó tediosa.

No. Tenía que hacerlo él solo. Su plan. Sus manos. Su placer. Y sus premios. Sus ideas y la gloria solo para él. Roma contra todos (a veces incluso contra él mismo).

Esa soledad le obligaba a tener el control directo sobre cada maldito punto: consiguió instalar el inhibidor a Leo, le costó muchísimo más

ponérselo a la PFI de Paul, y a Sorah le fue directamente imposible. Era agotador estar atento para saber cuándo y en qué nivel activarlos: Primero que Leo y Paul no pudiesen recibir llamadas (activado solo desde hacía unas horas), pudiendo llamar para no despertar sospechas. Pero ahora estaba intentando llamar a Sorah... Imposible permitirselo.

Antes de que la doctora pudiese contestar desvelando su ubicación y compañía, activó el siguiente nivel del inhibidor: Leo no podía hacer llamadas. En este punto el detective se daría cuenta de que definitivamente algo no iba bien. Se empezaba a precipitar todo.

Fin del plazo límite.

A regañadientes Roma se dispuso a salir del vehículo para llevar a cabo el plan alternativo. En ese momento vio salir a Leo a la calle... Continuaba siendo una tarde maravillosa.

Observó cómo el detective miraba airado su PFI, intentando llamar sin éxito a Sorah. Ya no sabía si fallaba su aparato o el de ella.

Para Roma el plan original seguía en marcha: solo tenía que tomar dos piezas clave del apartamento de Leo. Quince minutos eran todo el margen que necesitaba. Solo quince minutos por delante de él y todo sería perfecto.

Leo llamó la atención de un taxi, se subió en él y Roma vio extasiado cómo el vehículo daba media vuelta para alejarse en la misma dirección por la que vino.

Eso le confirmaba que donde quiera que fuese Leo no era a la mansión. Genial. Iría a casa de Sorah, o a la de su hermano, o a la policía (suerte con eso), pero aún no tenía motivo alguno para ir al escenario del último acto.

Una vez desapareció de su vista en el horizonte, Roma abandonó su vehículo y subió al apartamento del detective.

Leo mantenía la idea de ir a casa de su hermano. No tenía un plan concreto, pero la inmovilidad le habría matado. No conseguía llamar a Sorah lo que dificultaba que pudiese pensar con claridad. ¿Le habrían instalado también un inhibidor? ¿tampoco podía recibir llamadas? Le sobresaltó la dimensión de la trama. Si tenía aquel nivel organizativo: ¿cuántos eran los implicados?

Estaba tan concentrado en sus pensamientos que casi hablaba en voz alta:

Si ella no puede recibir llamadas es que le han instalado el software, porque yo al menos puedo llamar... El taxi continuaba su carrera, pero a él le paralizó un pensamiento. Rápidamente marcó el número de Pandora y, confirmando su nueva sospecha, descubrió que tampoco podía llamarla, cuando en el apartamento, hacía apenas unos minutos, había podido hacerlo sin problema. Necesitaba llamar a Sorah desesperadamente.

—A... amigo, perdona —llamó la atención del taxista.

—¿Sí?

—¿Puedes por favor dejarme la PFI para hacer una llamada?

Silencio.

—Es una urgencia —imploró nervioso.

Una PFI era algo mucho más personal de lo que había sido un teléfono ochenta años atrás, las carcasas exteriores estaban personalizadas físicamente y por supuesto contenían toda la información confidencial imaginable. Aunque estuviesen encriptadas y protegidas hasta niveles militares, la suma de la sensación de posesión personal que daba el llevarla durante años pegada a la piel y los datos que contenía, hacían que pedir a alguien que te la dejase, equivaliese a pedir ver la portada de un diario personal aunque estuviese cerrado con llave y a la vez que te dejase ver el exterior de una cartera aunque estuviese bloqueada con un número secreto. El hecho de verla en manos de un desconocido ponía nervioso a cualquiera.

—¿Y la tuya?

—No.. no funciona bien —dijo agitándola en el aire tras desprendérsela, como si mostrase un objeto inútil.

—Lo siento... amigo... —imitó la fórmula de llamada de Leo—. Hace un mes una chica preciosa me la pidió con la misma excusa. La llevaba al aeropuerto. Iba bien vestida hablaba con educación, llevaba un bolso de marca (yo me fijo mucho en esas cosas). Absolutamente nada me hizo sospechar que no fuese de fiar —el taxista daba al relato la entonación de narrador propia del que está acostumbrado a contar historias para entretener—. La solté de mi antebrazo, se la dejé... y aún estoy peleando con el banco que no quiere creer que clonase mis claves e hiciese luego compras en línea de todo tipo: Que *¿por qué no bloquee el saldo y denuncié el robo?...* ¿Robo?.. Si me la devolvió agradecida y aún sonreí bobalicón diciéndole “de nada”... Lo siento mucho, pronto llegaremos a destino y...

—Cien eurodólares y me puedes ver marcar el número.

Silencio.

—Doscientos. Por favor, de verdad es una urgencia.

Detuvo el taxi con suavidad.

—Yo marco el número.

Leo accedió, le transfirió el dinero y desde su agenda le dictó el código de Sorah.

—¿Sorah?

—¡Por el amor de todos los dioses, Leo! —se le quebraba la voz.

—¿Estás bien? —hablaba visiblemente preocupado y el taxista le miraba con una punzada de culpabilidad.

—Sí, con tu hermano. Te hemos estado llamando y, según nos han dicho, han pasado por tu apartamento pero no estabas...

—Han... han instalado un inhibidor en mi PFI... luego te lo explico... pero ¿con mi hermano? ¿dónde? ¿cómo está él? —sin darse cuenta casi gritaba.

—Está bien, está bien. Solo preocupado por ti, como todos. Por eso nos han enviado en tu busca. Estamos en la mansión del tipo al que mataron con el microondas... —le costaba decirlo—. Donde tenías la cita c...

—¡Escúchame atentamente Sorah!...

Un fuerte sonido, no en la línea sino en el aparato físico de Sorah le echó para atrás. Escuchó nítidamente el crujido de la PFI al impactar con el suelo y el posterior pitido repetitivo que marcaba la pérdida de la señal.

—¡Salir de ahí! —gritó Leo impotente, a sabiendas de que el mensaje no tenía destinatario.

Rápidamente dio las nuevas señas al taxista. Media vuelta.

Maldita sea, ¿cuánto tiempo habré perdido? ¿quince minutos? ¿veinte?

En cuanto llegaron Leo abandonó el taxi apresuradamente. En el trayecto el conductor se había mostrado preocupado y colaborador, de modo que el detective se atrevió a confiarle una importante misión: le dijo que pasara lo que pasara, si transcurridos veinte minutos no sabía nada de él, llamase a la policía denunciando un asesinato. No sabía qué se encontraría en la casa y no confiaba en que acudiesen rápido si facilitaba la información real de la que disponía por el momento, pero independientemente de lo sobornados o implicados que pudiesen estar, debían asistir de inmediato a una llamada de ese tipo. Por otra parte no podía ser antes de ese tiempo, ya que las falsas alarmas estaban gravemente penadas y el taxista no se implicaría más allá de lo acordado, jugándose un arresto si al final no había pasado nada.

Al aproximarse a la puerta de entrada la encontró ligeramente abierta. Instintivamente se llevó la mano derecha a la parte trasera de su cintura, buscando su arma y volvió a maldecirse por no llevarla. Todo apuntaba a que entrar era una mala idea, se lo decían las entrañas, su instinto y la lógica. Pero eran su hermano y Sorah.

Hasta ese momento todo aquello podía haber sido una forma retorcida de asustarle, por parte del que espiaba los datos de los androides, para asegurarse de que guardaba el delicado secreto. Tal vez una amenaza que se le había ido de las manos. Ese era su principal pensamiento hasta que, en el instante en el que iba a entrar, sucedió algo tan normal como el paso de un vehículo:

Aquel era un barrio rico formado por mansiones bien distanciadas unas de otras. Un flamante deportivo pasó ruidosamente, Leo lo vio alejarse y su subconsciente, justo en ese momento, ató el último cabo. Lo supo todo al ver aquel caro vehículo de cualquier vecino anónimo. Pero la mano ya había empujado la puerta. Una última reflexión automática le había dado por primera vez la relación directa con el asesino, quien era y cómo había formado parte de su juego. No se había adelantado. Lo habría podido cazar sin riesgo, pero lo averiguó tarde... por un solo segundo... Ahora las dos personas más próximas a él eran presa del asesino.

Ya estaba dentro. Tocaba improvisar.

—Hola Leo —Roma sonreía extasiado. Con una mano le invitó a acabar de entrar y cerrar la puerta, mientras con la otra sostenía el arma apuntando a

Sorah y Paul.

El detective instintivamente fue a aproximarse a ellos, estaban de pie muy cerca el uno del otro, y visiblemente nerviosos, pero no parecían heridos. Roma le ordenó que se detuviese, estaban todos justo donde él quería: formando un triángulo en el que ni estaban demasiado separados, lo que le permitía poder apuntarles a todos, ni demasiado cerca, para que no pudiesen decirse nada sin que lo oyese o pudiesen organizar un desesperado ataque conjunto.

—Has sido muy muy rápido, la verdad —Roma no se molestaba en disimular el placer que estaba experimentando—. Iba a atarles, pero antes de tener tiempo he escuchado el frenazo del taxi. Sí: muy rápido... pero no lo suficiente.

—Roma, esto...

—¡Calla! Este es *mi* momento y hablo solo yo. No sé cuánto tiempo tendré hasta que el taxista (o el automatismo que hayas ideado) avise a la policía, y antes tengo que dejarlo todo listo.

En todo momento pasaba la mirada de unos a otros y, aunque dirigiese sus palabras a Leo, no dejaba de apuntar a la pareja.

—Es maravilloso el poder del amor —retomó la conversación animadamente—... ha bastado que les dijera que mataría al otro si decían algo, para conseguir que guardasen silencio. Solo les une lo que te quieren, pero eso ya es suficiente para que se protejan. Eso... y tal vez la fe en ti. La esperanza de que puedas hacer algo... *mágico* —se echó a reír ante las pocas posibilidades del detective.

Leo les miró apenado. Ellos seguían callados, furiosos e impotentes, con los puños cerrados con tanta fuerza que se les marcaban los nudillos. Dos de las personas más fuertes que había conocido en su vida, anuladas por el miedo a que otros fuesen dañados. Dos personas que de haber estado solas habrían gritado para alertarle, aunque les hubiese costado la vida, o se habrían echado directamente encima de Roma en un intento suicida por arrebatarle el arma; lo que fuese antes que dejar que entrase.

—...Por cierto, supongo que te suena esta vieja preciosidad —inclinó el arma sin dejar de apuntarles, mostrando el lateral.

Leo reconoció su arma. En otra ocasión le habría puesto enfermo imaginar a aquel bastardo invadiendo la intimidad de su hogar, su refugio, pero estaba demasiado preocupado. Eran marionetas en el teatro del más inteligente y retorcido asesino que hubiese conocido.

Roma no dejaba de hablar mientras el detective intentaba hallar desesperadamente alguna salida. Solo si dejaba el discurso intentaría entretenerle. De momento el tiempo era vida.

—... De tu apartamento me traje otra cosilla, es para explicarte luego algo importante —señaló detrás de él y sonrió ampliamente al ver cómo el detective reconocía a Sylvia, al fondo de la habitación.

Su compañera de apartamento parecía estar desorientada, como superada por unos hechos y una situación para los que no estaba preparada. Leo jamás la vio tan inhumana como en aquel momento, tan neutra. Situada detrás del asesino éste se permitía ignorarla como buen conocedor de las directrices de su programa: ante un conflicto un androide no puede interactuar, solo dar aviso a las autoridades. Bastaba que Roma le hubiese dejado claro que dando la voz de alarma o llamando a la policía mataría a inocentes, para anular la poca ayuda que pudiera haber prestado.

Sylvia dio un par de pasos al frente para que el detective pudiese verla perfectamente, no parecía tener ningún daño. Se detuvo y permaneció detrás del armado empresario. Una niña inocente metida por accidente en mitad de una disputa de mayores.

Roma seguía hablando animadamente, ignorando las preguntas e insultos que no podían reprimir Paul y Sorah. Leo se mantenía concentrado en la punta del cañón y en las dos líneas azul intenso que destacaban en el lateral de la pistola.

—... Seguro que te has maldecido por no venir armado, pero para tu tranquilidad te diré que no habría cambiado nada. Al entrar te habría dicho que soltases el arma apuntando con la mía a tus amiguitos —se llevó la mano libre a la espalda, a la altura de la cintura, indicando que la llevaba ahí— y si tenías problemas de oído habría hecho un primer disparo a la rodilla de alguno de ellos... ¡Retrocede, gilipollas! —su expresión se endureció repentinamente cuando Paul dio un paso al frente— ¡Te he dicho que detrás de ella!... ¡Detrás y bien pegado, imbécil!... Muy bien... ahí. Quédate ahí y todos a esta distancia o dejaré de hablar ya... y creedme... no queréis que deje de hablar.

Hubo un silencio sepulcral. Las víctimas observaban con tal intensidad al asesino, que si las miradas matasen, por tres veces habría caído fulminado. Recuperadas las posiciones, retomó el monólogo.

—Sé que has visto las dos líneas de tu arma, Leo; efectivamente solo tengo dos disparos. He de confesar que me ha decepcionado que un antiguo

agente de la ley no tuviese su arma bien cargada y limpia. Pero tal vez para un suicida en potencia es mejor tenerla descuidada y olvidada —le miró con la sonrisa del demonio recibiendo una nueva alma—... Dos disparos serán suficientes, tal vez lo de Sylvia tenga que hacerlo con la mía —sonaba como si realmente estuviese improvisando sobre la marcha—. Pero... un momento. Estamos todos admirando lo brillante que soy, pero no quiero restarte mérito: ¿Cómo sabías que era yo?

Observó a Leo con curiosidad, aunque éste solo le devolvió una mirada dura. Los labios apretados por la frustración hacían que la boca solo fuese una línea horizontal.

—Vamos detective —animó Roma—. Al entrar me esperaba un: “¡Oh! ¡Joder, eres tú! —gesticulaba cómicamente exagerando la expresión—. Y en cambio me he encontrado una decepcionante mirada neutra y resignada.

—El deportivo de lujo de Turing —no le apetecía hablar, y mucho menos seguirle el juego, pero el tiempo seguía siendo vida—. Él averiguó que alguien de la empresa tenía acceso remoto a los datos de los androides, algo que está prohibido y penado. Turing, por encima de sus principios, tuvo miedo. Es un tipo particular, pero adora su trabajo, la empresa y la libertad que tiene, entonces: ¿qué es lo que podría hacer que no denunciase algo así, aunque fuese solo a nivel interno, para pararlo a tiempo? ¿Cómo no iba a intentar detener algo que podría provocar la quiebra o cierre de la empresa?... Pues porque era el mismísimo director el que lo estaba haciendo... Con un buen soborno económico se vio obligado a aceptarlo y guardar silencio, demostrando que no era una amenaza y conservando su querido trabajo.

—Vaya... sí que sabías cosas —reconoció Roma asintiendo con la cabeza—. Pero eso no dice nada de los... ajusticiamientos.

—En todos los casos los androides habían sido seriamente castigados por sus dueños, algo que solo podía saber aquel que tuviese acceso remoto ilegal a los datos e hiciese un seguimiento. Toda una retorcida secuencia de deducciones para llegar a una patética realidad: Que todo esto... no es más que una excusa de un sádico para matar gratuitamente —no pudo evitar escupirle la verdad—. La ficción de un asesino en serie.

Durante su relato, Roma recorrió diferentes estados según repasaba los puntos el detective: Al principio sincera curiosidad por saber cómo había atado los cabos; luego una punzada de inseguridad por lo increíblemente cerca que había estado de atraparle; después le inundó la satisfacción de saberse vencedor frente a un rival de un nivel superior al esperado; y

finalmente ira, ante lo que consideraba una acusación sin sentido.

—¡El primero merecía un castigo! No he creado obras de arte: ¡he creado *vida*! Y... y volvían a casa dañadas, heridas... Mis criaturas... Quería saber qué accidentes estaban sufriendo y vi... vi cómo las maltrataban algunos. Ya no era un juego sexual, era pura destrucción... de la vida. De haber atentado contra humanos, habrían sido juzgados y condenados... Pero eran hijos de un dios menor. Mis inocentes androides, que son más que humanos: no mienten, solo dan placer, compañía... amor, y a cambio... ¡Merecía un castigo ejemplar, y tenía que parecer un suicidio! —hablaba apretando los dientes con odio—. Parecer así de cobarde y patético.

—¡Mientes puto sádico! Todo excusas. Uno puede llegar a disparar a alguien en un ataque puntual de ira, odio o venganza. Pero has sido cruel y desproporcionado. Te has deleitado con el castigo y la tortura. Has provocado muertes lentas y dolorosas, las has contemplado, te has recreado. Llevas la muerte en la sangre, solo has buscado y encontrado una excusa cualquiera...

—¡Todo lo que he dicho es cierto!

—¡Hay más! Hasta tu subconsciente te ha obligado a buscar la retorcida forma de intentar pararte, porque ya no podías dejarlo y sabías lo que eras, sabías en lo que te habías convertido... Me contrataste y...

—¡Calla!

Se produjo un breve silencio, parecía que iba a mirar al suelo, que iba a quedar cabizbajo y pensativo, que dejaría de fijar la vista sobre el blanco. Pero le cambió la expresión, se fue extendiendo una sonrisa muy poco a poco, hasta cambiarle la cara. Perdida la careta, mostraba orgulloso la sonrisa congelada del demonio.

—... Fue mi poder sobre Ralf. Fui Dios. Decidí sobre su vida y se la quité, se escapó de su cuerpo justo delante de mí... lo contemplé... se despertó asustado, con la soga al cuello. Yo le odiaba. Cerdo maltratador. Me senté y vi cómo iba a intentar ayudarse con las manos. No podía dejar rastro de daños en ellas ni marcas de ataduras... era un feliz suicida —aclaró—. Así que deslicé suavemente el bloque de hielo sobre el que se apoyaba... treinta centímetros le separaron del suelo y de la vida. Una lenta y asfixiante agonía... Yo giraba alrededor de él para mantenerme en todo momento frente a su cara. La súplica por vivir en sus ojos. Mi poder sobrenatural. Y finalmente... se apagó el brillo. La no-vida.

—Maldito enfermo.

—Para que entendieses el valor de mi obra. La vida que doy. Iba a

enseñarte cómo en unos días has cogido cariño a Sylvia, como persona, tanto como para no querer que la mate... —ella permanecía atenta pero inmóvil justo detrás de él. Cualquiera habría asegurado que parecía asustada—. Un disparo en su cabeza no supondría más que un *reinicio*, ¿no?... Reparaciones. Tal vez el cambio de la cabeza completa. Pero por supuesto: pérdida de memoria, de todo lo aprendido contigo y de ti estos días... Pero ahora solo tengo dos putos disparos de tu arma y no quiero que queden indicios de que ha habido otra pistola —de nuevo improvisaba al respecto—. No pasa nada, no te preocupes que cuando *pase todo* ya activaré la consigna de apagado con la secuencia de vértebras en su columna.

Leo tenía ganas de gritar que la dejase en paz, pero no quería darle ese placer. Aquel monstruo se alimentaba de la súplica y la desesperación. Pero tuvo que reconocer que, aunque fuese solo por un instante, había puesto a Sylvia al nivel de cualquier ser humano.

Sorah estaba paralizada desde el principio. Era una de las mujeres más fuertes que había conocido; pero la avalancha de información, a punta de pistola, frete a su jefe y asesino confeso de las torturadas víctimas, la estaban llevando a la locura. Sentía que cualquier palabra podría precipitar los hechos... unos hechos lamentablemente evidentes, aunque su cerebro se negase a aceptarlos.

—¡Lo va a hacer ya Leo! —gritó Paul.

—¡Detrás de ella, imbécil!

Paul mantuvo la posición para ganar tiempo y poder seguir dirigiéndose a Leo. Era perfectamente consciente de que iban a morir. Tal vez fuesen los primeros él y Sorah. Pero estaba claro que iban a morir todos. No existía ningún plan magistral y perfecto... la única opción era que sobreviviese al menos alguno.

—¡Va a matarnos a todos igualmente, Leo! —no pudo soportarlo más, no podía permanecer quieto detrás de Sorah. No podía facilitarle tanto las cosas a Roma. Si se lanzaba contra el empresario no podría acabar de darle el mensaje a Leo, incluso podría disparar al detective, que era con lo que los había amenazado en todo momento, pero al menos al separarse tendría en Sorah y en él a dos objetivos. Se mantuvo un paso por detrás de ella para no asustarle más, pero un poco a su derecha en vez de justo detrás— ¡Los juegos rusos, Leo! ¡Joder, tu técnica, ya sabes: pase lo que pase, no mires, tú...

—¡Último aviso puto gilipollas! ¡Detrás... de... ella! —Roma ardía. Estaban interrumpiendo el instante final de su composición. Se estaban

desordenando y enviando información. Se precipitaba el final sin que le dejaran paladearlo. La bola de nieve había empezado a rodar.

Leo entendió perfectamente el mensaje de su hermano. Suponía aceptar una realidad insoportable pero no quedaban soluciones milagrosas.

Roma miró al detective con los ojos inyectados en sangre y dijo con calma:

—Si los genios al tablero son del mismo nivel... : elimina piezas.

Miró de nuevo a Paul, apretó la empuñadura con firmeza, corrigió ligeramente la posición del cañón y en ese mismo instante se movieron el detective y la doctora. Sorah salió de su trance para proteger con su cuerpo a Paul (el único que no se movía, a la espera del impacto). Instintivamente, como una asustada suicida solidaria, dio un paso al lado y recibió en el pecho el brutal disparo destinado al hermano de Leo.

El impacto fue tan fuerte que tiró a ambos hacia atrás, silenciándolos. Incluso Sylvia reaccionó detrás de Roma.

El detective obedeció la última orden de su hermano, como debía ser, del único modo que podía funcionar: de inmediato. Cubrió a la carrera la distancia que le separaba de Roma en el mismo tiempo que éste tardó en cambiar la dirección del cañón del arma para apuntarle.

Leo no veía, solo corría para cargar contra el asesino, saltó aunque ya estaba frente a la pistola, prácticamente condenado. Roma sonreía a su suerte, retrocedió un pie para acomodar la postura y disparar, tenía tiempo de sobra para asegurar el acierto, pero entonces sucedió algo que no esperaba. Antes de poder apretar el gatillo tropezó hacia atrás.

Era Sylvia. Tras el primer disparo se había puesto a gatas, en el suelo, detrás y pegada al empresario. Con el tropiezo Roma se desequilibró y dio tiempo a Leo para caer sobre él, aprovechando su desorientación.

En la caída perdió el arma y antes de poder recuperarla recibió el primer puñetazo del detective. Casi le noqueó y le hizo olvidarse de la pistola. El empresario fue a alzar el puño, pero Leo no había hecho más que empezar. Descargó los golpes contra Roma con toda su fuerza, fuera de sí, con toda la rabia, la impotencia acumulada, el odio y la tensión. Todo liberado en el mismo momento y cegándole. El asesino no tuvo oportunidad de alcanzarle ninguna vez, la lluvia de golpes alimentados por el disparo de adrenalina le dejaron inconsciente. Leo seguía castigando el rostro ensangrentado sin darse cuenta de que estaba sin sentido; solo paró al distinguir el brillo del arma a su derecha, la tomó, se puso rápidamente en pie y apuntó a la frente de Roma...

Iba a apretar el gatillo, seguía en trance, y entonces oyó la tos acuosa de su hermano. Un instante de duda. Calculó por primera vez con frialdad el peor castigo, y en pleno debate interno sacó del bolsillo las dos esposas ligeras que llevaba siempre encima, apenas dos cordones que selló en torno a las muñecas y tobillos del empresario.

Leo recuperaba por fin el control sobre si mismo, se había concentrado en el ataque a Roma en cuanto detonó el disparo, desdibujando el resto del escenario para salvar desesperadamente cuanto pudiese. Anulado el asesino acudió en ayuda de la primera voz que oyó, como alguien perdido entre el humo de un incendio, dejándose guiar por un sonido.

—No es nada —Paul apretaba la herida con sus manos e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Sorah, indicándole que se ocupara primero de ella.

En cuanto se arrodilló junto a Sorah supo que apenas tenía unos minutos para despedirse antes de que la muerte robase su alma.

La brutal herida era imposible de taponar, ni habiendo sido abatida en pleno hospital habrían podido hacer nada por ella. El detective la observaba impotente y destrozado. La cara de ella era de febril calma. Apagándose le sonreía, como una madre contemplando la criatura recién nacida tras un doloroso parto. Sorah tenía sobrados conocimientos para saber que no iba a permanecer mucho más tiempo en este mundo. No sabía qué decir, nadie tiene preparado un buen discurso para su propia muerte inesperada. Ni de despedida ni de consuelo. Apenas tenía fuerzas para una última frase y al ver el estado del detective, mudo en su dolor, le lanzó el penúltimo salvavidas: la excusa para que pudiese hablar y así poder dormirse oyéndole.

—¿Por qué te llamaron Leo?

Él se sentó en el suelo dejando la cabeza de ella descansar sobre su muslo y contestó acariciándole la mejilla. Si ella quería despedirse así, es lo menos que le debía.

—Por Leonardo da Vinci, como te dije en tu despacho la primera vez que te vi —ella sonrió y cerró los ojos mientras seguía oyéndole—. Siempre improviso historias sobre el origen de mi nombre, pero la primera vez que te vi me quedé en blanco. El único modo de no quedarme callado fue decirte la verdad.

El pulso de ella se apagó con el susurro de su última petición:

—Vive.

Leo casi pudo seguir con la mirada como la vida abandonaba su cuerpo y

flotaba sobre éste antes de dispersarse.

—Te lo prometo —le dijo acomodándole un mechón de pelo detrás de la oreja tal como solía hacer ella.

Bajó la cabeza hasta apoyar su frente sobre la de ella. No habían tenido tiempo de amarse, y ahora habían perdido la oportunidad de encontrarlo. De nuevo el silencio lo rompió la tos acuosa de Paul.

Solo en mitad de una pesadilla como la que estaba viviendo, podía añadirse algo que consiguiera separarle del cuerpo de Sorah.

Los cambios en su hermano, en apenas unos minutos, eran visibles y dramáticos: estaba pálido y la sangre se había extendido por la camiseta. Cuando Leo se puso a su lado Paul perdió el conocimiento, al desmayarse las manos cayeron a los lados; con ellas, más que taponar, pretendían ocultar la herida real que tenía.

—¡Maldita sea, tenía que haberme dado cuenta!

El disparo con una pistola tan potente y a tan corta distancia, no solo había sesgado la vida a Sorah, sino que había conseguido que la bala la atravesara, impactando con menor fuerza pero de forma crítica, en Paul. El plan original de Roma (por el que los mantenía juntos y pegados) cumplido finalmente por el azar y la buena fe.

Paul quiso devolver a Sorah el favor de salvarle la vida: Sin saber lo gravemente herida que estaba, había ocultado a Leo su propio daño para que la socorriera primero a ella y ahora el detective descubría la trágica realidad.

—No... no, no, no por favor, tú también no —suplicaba a todos los dioses mirando alrededor en busca de alguna ayuda o idea. Podía llamar a emergencias, pero eso suponía probar cada PFI personal para ver cual no estaba bloqueada por Roma y además quería estabilizarle antes, la herida no era como la de Sorah, el daño era menor, pero era posible que muriese mientras llegaba la ambulancia si no era rápido.

Comprobó el pulso y la respiración. Eran casi imperceptibles y la pérdida de sangre era importante; estaba a punto de irse.

Levantó la camiseta para valorar el daño y entonces por fin le llegó la idea que esperaba. La que su subconsciente le había dejado rondando gracias a toda la información que tenía de aquella mansión.

—¡El Emergencybot! —gritó como anunciando el nombre de un nuevo dios.

Corrió en su búsqueda, recordaba perfectamente en qué pared encontrarlo. Lo único que sabía de aquellos automatismos es que estaban directamente

ligados a un dueño, al que monitorizaban constantemente en casa, para asistirles en caso de accidente. El salvavidas particular de los millonarios. Pero, al igual que cualquier PFI permite una llamada a emergencias aunque no tengas la contraseña, los Emergencybots disponían de un botón de auxilio en caso de necesidad (¿qué acomodado caballero no querría salvar la vida de un familiar o de un invitado en caso de accidente? ¿Para qué tener aquella cara maravilla tecnológica si no podía asistir más que a una persona?).

Lo encontró. Parecía una pesada y retorcida caja metálica en mitad de la pared. En un lateral destacaba el botón de emergencias, lo pulsó primero con suavidad y, al ver que no hacía nada, insistió repetidamente y con más fuerza.

—¡Joder! ¡Funciona de una vez! ¡¿Qué pasa?! —lo miraba por encima y por los lados como si entendiese la complejidad de su funcionamiento.

—¿Energía? —preguntó tímidamente Sylvia. Se había incorporado y seguido al detective por las habitaciones, superada por la situación y en silencio por miedo a interrumpirle. Solo al ver su desorientación se le ocurrió cómo ayudarle.

—¡Eso es! —buscó un compartimento lateral y al abrirlo torpemente quedó visible el enchufe —lleva sin usarse ni recargarse tanto tiempo que ha agotado la batería —mientras hablaba extendió el cable hasta la toma de la pared.

Se activó de inmediato, mientras seguía cargándose. Afortunadamente el cable era lo suficientemente largo para llegar junto a Paul, de lo contrario Leo habría tenido que arrastrar a su hermano.

—Nadie oiría sus señales de aviso de baja batería y los policías al irse no lo dejarían enchufado —continuaba deduciendo Sylvia mientras Leo mantenía los brazos extendidos a ambos lados del Emergencybot, sin tocarlo, esperando que se obrase el milagro.

Cinco segundos de espera que le costaron cinco años de vida y el robot se empezó a desplegar. Al principio solo unas *piernas* que le hicieron llegar al suelo y lo pusieron en movimiento, separándolo de la pared en busca de posibles accidentados. Se alejó mientras por detrás se iba desplegando el cable desde su carcasa hasta el enchufe, como un eléctrico cordón umbilical.

En su rápido camino topó primero con Roma, con el que ni se detuvo, emitiendo su veredicto con voz mecánica, mientras seguía andando:

—*Varón, adulto, inconsciente, heridas superficiales. No crítico.*

Por fortuna ni juzgaba ni observaba nada más allá de lo estrictamente médico. Ni quitó las esposas ni habló de ellas. Era una máquina que

sencillamente priorizaba la ayuda en función de los daños.

—*Hembra, adulta, fallecida. No recuperable* —continuó su camino hacia el hermano de Leo tras valorar con su cruel frialdad el estado de Sorah.

En cuanto estuvo junto a Paul no perdió un segundo. Para sorpresa de Leo, en lugar de valorar en voz alta el cuadro clínico, se desplegó completamente. La compacta caja se convirtió en una estructura similar a un esqueleto metálico. Lo primero que hizo fue cortar y separar toda la ropa de Paul, acto seguido se pegó sobre su cuerpo. Según se iba aproximando cada parte se escuchaban los disparos de antisépticos que precedían el acople a cada punto. Algo similar a una cabeza se selló en torno a la boca y la nariz, insuflándole oxígeno. La parte adherida al pecho estaba preparada para dar masaje cardíaco en cuanto fuese necesario. Alrededor del punto de entrada de la bala se aplicó un amplio cilindro, dentro del cual se adivinaban herramientas quirúrgicas más precisas.

—*Objeto metálico extraño, posible proyectil, alojado en la herida abierta. Extraer y estabilizar. Extraer y estabilizar. Ext...* —repetía la oración mientras procedía.

En la sala reinaba el silencio. Solo se podía apreciar el susurro de los instrumentos trabajando en el cuerpo y el flujo artificial del oxígeno. Unos instantes después oyeron el sonido de las grapas provisionales sellando la herida.

—*Estabilizar. Estabilizar. Estabilizar...*

Sylvia y Leo, sin darse cuenta habían acabado cogidos de la mano y observando la máquina como si sus propias vidas fueran en ello.

Por fin el Emergencybot cambió la palabra repetida. La sutil diferencia que trajo la esperanza:

—*Estabilizado.*

Leo estaba mirando con qué PFI podía llamar a emergencias, pero el milagro mecánico se le adelantó. Formaba parte de su protocolo avisar cuando el paciente estuviese estable, dando el detalle del cuadro clínico, la ubicación, y las medidas que se habían tomado.

Cuando llegase el equipo médico, se llevarían al herido con el Emergencybot pegado, como un sistema de soporte vital portátil. En el hospital lo retirarían y estudiarían con detalle a Paul, revisando y mejorando las acciones de urgencia llevadas a cabo en campo. Leo supuso que sin duda lo primero sería una transfusión de sangre.

A las risas de celebración se unió una que no era bienvenida.

—No está mal, casi consigo dos de tres —al reír Roma escupió la sangre que tenía en la boca producto del labio partido. Seguía tumbado y maniatado.

—No lo conseguirás imbécil. Pretendes que te mate, antes que pasar por la humillación de la cárcel, y de que todos sepan la puta basura que eres.

—Suerte. —volvió a echarse a reír—. Es tu palabra contra la mía. Mis contactos contra dos testigos que son hermanos, uno de los cuales es un potencial suicida que fue contratado por mí (pobre víctima magullada).

Leo se le acercó con cara de asco, lo cogió del pelo y le golpeó la cabeza con el suelo. Es todo lo que pudo reprimirse.

—Asesino retorcido. Conociendo a mi hermano, es muy posible que haya grabado todo con su PFI, conversación y confesión inclusive.

—¿Archivo de audio solo? —dijo con sorna—. Fácilmente manipulable. Sin duda algo que podrías montar con trozos de conversaciones... Flojo.

Roma era perfectamente consciente de que la situación, en cualquier caso, no era tan favorable para él como pretendía mostrar, solo quería el placer de regodearse ante el detective. Poder hacer burla después de asesinar a su querida y herir de gravedad a su hermano.

Estaba de humor porque había un hilo de esperanza para él: Gastarse su fortuna en abogados ocupados en su defensa y que intentaran hundir la reputación, la palabra y los méritos de Leo. Luchar. Aún creía que podía luchar.

—¿Sabes? —dijo Leo con una sonrisa que desorientó al empresario—. Que haya estado tan cerca de cazarte, que haya atado la trama a un segundo de precipitarse todo, fue una crueldad del destino. Pero en *este* punto hace que tenga muchísima información.

Roma le seguía retando con la mirada. Observándole con una amplia sonrisa. Leo continuó:

—Puto enfermo arrogante. Sé que de cada escenario te has llevado un recuerdo. Objetos muy específicos y que solo el asesino se pudo llevar. Y además sé de qué se trata en cada uno de los asesinatos —le cogió con rabia por pelo otra vez y continuó con los dientes apretados, apenas dejando escapar las palabras entre ellos. La sonrisa del empresario desapareció—. Voy a desmontar cada ladrillo de tu edificio, cada mueble de tu casa, para encontrar la botella de vino de Ralf, las novelas gráficas de esta mansión y el collar de la pareja de Seven. Te voy a destrozarte la puta vida —la cara de Roma mostraba miedo y Leo la tradujo enseguida—. Te ha traicionado finalmente tu otra mitad. Es eso, ¿verdad? Tienes todos los *recuerdos*

fácilmente reconocibles y a la vista en tu casita... Los encontraremos rápidamente... Lo que confundiste con seguridad fue tu último intento por pararte. La acusación definitiva... Conseguido.

Leo había visto a Roma pasearse por las instalaciones de Real Life Droids como un auténtico emperador, amo y señor del edificio, de la empresa y del destino de sus ocupantes. Todos le rendían pleitesía y era considerado un genio que construyó un imperio partiendo de una oportunidad mínima.

Se consideraba un dios aunque en su fuero interno supiese que no era más que un poderoso asesino. Pasar de lo más alto de la sociedad a formar parte de una celda por el resto de su vida era el castigo mayúsculo. ¿La muerte? Un digno atajo que no le regalaría.

Leo alzó la mirada y vio la máquina que insuflaba vida a su hermano, a Sylvia de pie a un lado, siempre servicial y próxima, pero sobre todo vio el cuerpo de Sorah... Descargó un último puñetazo a Roma, tan cargado de odio que le dejó inconsciente directamente. No soportaría una palabra más de él. Sabía que escuchando según qué frase, podía llegar a hacerle el favor de matarle.

Fuera se oyeron las sirenas de la ambulancia y la policía. Sonaban como la banda sonora de los títulos de crédito.

EPÍLOGO

Sonó el despertador con el recordatorio de ir al hospital. Habían pasado seis días desde la fatídica tarde, y por primera vez Sylvia se había atrevido a colarse en su cama. Solo durmieron y Leo agradeció su compañía.

El detective se tomó muy en serio la promesa hecha a Sorah, aprovechó la energía y vitalidad que le había insuflado el conocerla, el paso del tiempo, o la victoria final de su hermano. En cualquier caso era una excusa como otra cualquiera para empezar de nuevo, para abandonar la autocompasión, recuperar las ganas de vivir, aprovechar el tiempo en este mundo, retomar la necesidad de aprender y enfrentarse a un mundo que no solo eran casos o hibernación.

Se levantaron las persianas poco a poco en modo automático y el dormitorio empezó a inundarse de luz. Frente a él, tenía la espalda desnuda de Sylvia, y un escalofrío le recorrió al saber que en algún ordenador se almacenaba la secuencia de vértebras que la podían hacer *apagarse*, perder su memoria: morir.

La abrazó instintivamente y se pegó a ella. Sylvia le recibió agradecida, había tenido la precaución de guardar las distancias después de los episodios vividos y a Leo le ayudó marcar él el ritmo de aproximación. Se había dado cuenta de que la necesitaba, aunque fuese para no volverse loco.

Ensayó una sonrisa frente a su imagen en el espejo del cuarto de baño y volvió a comprobar que Sorah seguía allí. Tenía que seguir adelante, recordaba las ganas que tenía de aprovecharse de la vida, para usarla de ejemplo en lugar de hundirse en la melancolía, maldiciendo su suerte. Tenía que hacer que, estuviesen donde estuviesen su hijo y Sorah, se sintiesen orgullosos. Ya tendría tiempo de reunirse con ellos.

Saludaron a Luna en cuanto entraron en la habitación del hospital, entre ella y Leo se habían turnado para no dejar a Paul solo ningún día.

—¿Cuándo vas a dejar el cuento y volver a trabajar?

—Recibí un balazo, saqué el proyectil con mis propias manos y cosí la herida.

—Es lamentable que esa sea realmente la versión que vayas a dar en el bar a los que te pregunten. ¿Ya le has hecho fotos a la herida antes de que te quiten los puntos, para colgarla en el local? —llegó a la cama y le dio un abrazo, como cada día.

—Luna la ha llevado a enmarcar... Oye, hablando en serio: ¿Aceptaron al final la grabación de mi PFI con la confesión de Roma? Joder, lo grabé todo, no entiendo como pretendían invalidarla.

—Abogados caros y el hecho de no añadir video. Decían que era sospechoso que hubiese solo audio, que es fácil de manipular, pero nada en imágenes.

—Claro, me pongo frente al puto asesino y le digo que sonría a la cámara, no te jode... —se incorporó en la cama y en el monitor se dispararon las pulsaciones, un médico que pasaba frente a la puerta abierta chasqueó la lengua al oírlo.

—Pero ya no es problema, se han identificado todos los *recuerdos* que se había ido quedando de cada asesinato, incluyendo el que no sabíamos que acababa de cometer. No hay lugar a dudas, se pasará el resto de su vida entre rejas.

—Lo que fue arriesgado por su parte fue lo de ir a tu apartamento solo a por tu arma y a por Sylvia.

—Con Sylvia pretendía darnos una lección de lo justos que eran sus castigos... Lo de mi arma ya sabes: era para intentar inculparme de los crímenes...

—Esa teoría hacía aguas por todos lados.

—Fue acelerando demasiado rápido, cada vez pensaba menos y actuaba de forma más impulsiva. Era más peligroso y se sentía más poderoso. Un coctel explosivo.

—Otra duda y dejamos el tema —sonrió—. Pudiéndose borrar la memoria de los androides, ¿cómo se arriesgó a no hacerlo con todos los “testigos”?

—Pues podría decirte que dentro de su locura consideraría que eso era matarlos, cuando eran sus *hijos*. Pero siendo más pragmáticos, saber el protocolo de reinicio de un androide apuntaría a un reducido círculo de miembros de la empresa...

Hubo un breve silencio.

—Bueno y tú, ¿cómo estás? —ni hablando del asesino había estado tan serio Paul. Tenía pánico. Le había costado una vida mantener a flote a su hermano y temía cómo iba a reaccionar tras todo lo sucedido. Agradecía la compañía de Sylvia, Leo la llevaba incluso a las visitas al hospital, algo que no suelen hacer los dueños de un androide de compañía, y además tenía cuidado de no tratarla nunca como tal.

—Bien. De verdad. Bien.

Luna y Sylvia se pusieron a hablar animadamente lo que aprovechó Paul para hacerle un gesto indicándole que se aproximase.

—Lo de Sylvia a gatas, en el suelo, detrás de Roma... —le susurró Paul—. Le he dado muchas vueltas a eso, a todo lo de que no pueden interactuar en los conflictos para no favorecer involuntariamente a ninguna de las partes, ni causar daño alguno... Pero... ese gesto nos salvó la vida... ¿Crees que lo hizo conscientemente?

—¿Sinceramente?... Creo que le era imposible saltarse su programa, la directriz básica de no interactuar, aunque sabía muy bien lo que estaba pasando... lo que iba a pasar... Solo se me ocurre que hizo algo que no supusiera intervenir, pero a la espalda de Roma. Algo... lo que fuese, que yo pudiese aprovechar para ayudar.

—Pero entonces sí que intervino... Si ella pensaba que tú pensabas...

—Déjalo... Yo me he quedado en el mismo bucle sin salida. Creo que no lo entenderemos del todo nunca.

Leo alzó la vista y se encontró con la mirada de Sylvia, continuaba hablando con Luna pero le sonrió divertida, indicándole que sospechaba que cuchicheaban sobre ella. Él le devolvió la sonrisa. Al volver la vista a Paul se encontró con la mirada neutral de un sexador de pollos en plena jornada laboral.

—No digas nada, idiota —se excusó Leo.

El doctor que hacía el seguimiento del estado de Paul, pasó por la habitación para anunciar que en breve podría volver a casa y hacer vida normal. Todos soltaron el aire y sonrieron.

Media hora después los cuatro escuchaban distraídamente los titulares de las noticias, disfrutando sencillamente de su mutua compañía. Un día cualquiera más del resto de sus vidas.

—*Rusia acepta finalmente adoptar el Eurodolar como moneda oficial...*

AGRADECIMIENTOS:

A todo el que haya hecho la apuesta de leer este libro. Si lo has disfrutado la mitad de lo que lo he hecho yo escribiéndolo: he triunfado. Parte de los beneficios de esta novela irán destinados a UNICEF, un aporte para sentirme algo menos en deuda con el mundo, ofreciendo lo único de lo que dispongo: la imaginación.

A mi padre, improvisado corrector y paciente lector, durante años, de los borradores. Le debo la pasión por la música, las novelas gráficas y los libros. Ah: y concebirme.

A Amor, mi cómplice y mi compañera. Por todas las veces que me ha dicho "sigue" cuando lo he abandonado, por las lecturas, las relecturas, su equilibrada bipolaridad pareja-editor y el crítico y apasionado seguimiento de la evolución de la historia.